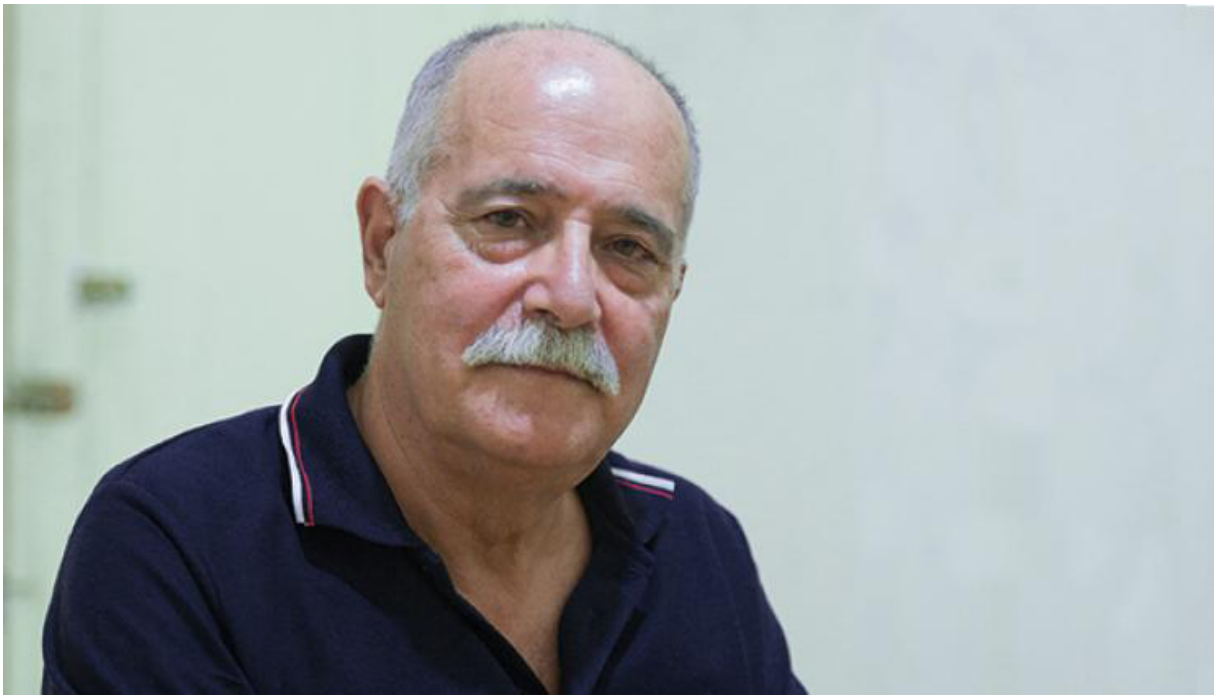
Miguel Amorós

Textos e intervenciones

Volumen 1/6



1984-2004

Miguel Amorós

Miguel Amorós (1949) es historiador, teórico crítico y militante anarquista. En 1968 se dio a conocer en la agitación universitaria valenciana, lo que le valió un juicio en el Tribunal de Orden Público y pasar algún tiempo en las cárceles franquistas, para luego exiliarse a Francia. En la década de los 70 participó en la fundación de varios colectivos: Bandera Negra, Tierra Libre, Barricada, Los Incontrolados y Trabajadores por la Autonomía Obrera y la Revolución social. En los primeros años 1980 colaboró con la revista *L'Assommoir* (denuncia de la nuclearización del mundo y apoyo a los obreros polacos) y con Guy Debord en una campaña por la liberación de los presos autónomos y libertarios.

Entre 1984 y 1992 formó parte del equipo redactor de la revista «anti-industrial» *Encyclopédie des Nuisances* junto a Jaime Semprún y Pierre Lepetit. Después, mantuvo una relación directa con las ediciones de la EdN hasta 2008. Ha pronunciado multitud de conferencias sobre cuestiones sociales, principalmente en la perspectiva antidesarrollista, en la crítica del ciudadanismo y en la defensa del territorio, la mayor parte reproducidas en la prensa libertaria o compiladas en forma de libro. Muchos escritos suyos han sido traducidos en varios idiomas y publicados en distintos países. Ha prestado su apoyo a las luchas contra el Tren de Alta Velocidad y los tendidos de Muy Alta Tensión. También tiene publicadas varias obras sobre la guerra civil revolucionaria española y otras sobre los anarquistas y el movimiento obrero asambleario durante los años 60 y 70.

En 2012 fundó con otros compañeros la editorial Les Amis de la Roue. Desde el 2013 es coeditor de Argelaga, revista antidesarrollista y libertaria.

https://argelaga.wordpress.com/2016/02/24/filosofia-en-el-tocador-miquel-amoros-argelaga/

Índice 1984-2004

1984

Octubre 1984
Informe sobre el movimiento asambleario

1990

Diciembre 1997
Las huelgas que cuentan que ganamos

Febrero 1998
Contribución al esclarecimiento de algunos aspectos de la acción durante los malos tiempos

Abril 1998
El movimiento de parados en Francia visto con desencanto

Octubre 1998
El partido del estado

1999

Marzo 1999
La tartuferia en el medio contestario
Carta a los responsables de la Lletra A

Abril 1999
Discurso contra el TAV

Junio 1999

La guerra social en la memoria

Septiembre 1999

¿Dónde estamos?

Algunas consideraciones sobre el tema de la técnica y las maneras de combatir su dominio

Noviembre 1999

La gran amenaza del TAV

2001

Octubre 2001

El ocaso de la revuelta

Octubre 2001

Mayo 1937. Una encrucijada histórica

Diciembre 2001

Una oposición que vuela bajo

Miserias de la lucha contra el TAV en Cataluña y el País Valenciano

2002

Enero 2002

La lucha contra el TAV ¿Asambleas o plataformas?

Abril 2002

Barcelona, entre vallas y flores

Mayo 2002

Cuando lo real se vuelve ilusorio

Julio 2002

Tecnología y disolución de Clases

2003

Enero 2003

Notas sobre el “Manifiesto contra el trabajo” del grupo Krisis

Marzo 2003

Primitivismo e historia

Mayo 2003

Primero de mayo contra el trabajo

Agosto 2003

La trastienda del TAV

Octubre 2003

Los dos anarquismos

Legalismo e ilegalismo libertarios a finales del siglo XIX

Noviembre 2003

Revolución y primitivismo

Diciembre 2003

Urbanismo y orden

Marzo 2004

El peso de la memoria

2004

Abril 2004

Urbanización y destrucción

Abril 2004
La tecnología como dominio

Abril 2004
José Pellicer

Junio 2004
La nueva Barcelona del capital

Julio 2004
Urbanización y defensa del territorio

Septiembre 2004
La evolución de las ciudades bajo el dominio de las finanzas

Noviembre 2004
Postfacio a la edición española de “Historia de Diez Años”

32 textos – 204 páginas – 655 000 c.

https://archive.org/details/amoros-interventions-v-1-es

Volumen 1: 1984-2004

32 textos – 208 páginas – 655 000 c.

https://archive.org/details/amoros-interventions-v-1-es

Volumen 2: 2005-2008

36 textos – 220 páginas – 709 500 c.

https://archive.org/details/amoros-interventions-v-2-es

Volumen 3: 2009-mayo 2013

40 textos – 202 páginas – 633 400 c.

https://archive.org/details/amoros-interventions-v-3-es

Volumen 4: 2014-2017

https://archive.org/details/amoros-interventions-v-4-es

Volumen 5: 2018-2022

https://archive.org/details/amoros-interventions-v-5-es

Volumen 6: 2023-2025

https://archive.org/details/amoros-interventions-v-6-es

1984

Octubre 1984

Informe sobre el movimiento asambleario

El movimiento de las asambleas obreras que removió España desde 1976 a 1978 no fue más que la aparición independiente del proletariado, y como consecuencia, la confirmación de la existencia de la lucha de clases en un país donde, tanto la dictadura como las políticas de recambio, durante cuarenta años, habían luchado conjuntamente por disimularla.

Es la respuesta espontánea del proletariado español al agotamiento político del franquismo, superpuesto a la crisis general de la economía que recorría por entonces el mundo capitalista, en el momento en que aquél intentaba una adaptación controlada de sus instituciones a formas seudodemocráticas, y este, una modernización de la economía espectacular de mercado que disolviera sin traumas al segundo asalto proletario contra la sociedad de clases. Pero ello no significó un simple rechazo de un régimen político retrógrado, a saber, el franquismo, y mucho menos, una adhesión a cualquier opción antifranquista de relevo. El movimiento de las asambleas fue una sublevación contra toda forma de explotación que desbordó el estrecho marco político burgués donde se le pretendió encajonar y desenmascaró a la oposición antifranquista cuando ésta se disponía a negociar unas formas de esclavitud social más europeas, es decir, más estandard, a cambio del acceso a su gestión.

Como constante exigencia de la democracia directa en la lucha, es el retorno de la organización de clase del proletariado, de la conciencia de clase, que recuerda en no pocos aspectos la tradición anarquista del viejo proletariado español, como en el de la negación de la idea de las vanguardias dirigentes, de la política, del reformismo sindical, en fín, de toda representación exterior a la clase, y en el de la utilización de la solidaridad, de la autodefensa, del diálogo directo y de la huelga general en tanto que métodos de lucha específicos. Y si bien el movimiento libertario poseía el proyecto emancipador y una experiencia orgánica de la que carecía el proletariado asambleario, en cambio este era menos retórico, más numeroso, englobando a sectores no industriales, menos antiintelectualista y más exigente con sus representantes. Con un punto de partida más osado, hubiera llegado más lejos. El movimiento asambleario es la prolongación del movimiento obrero en el tardofranquismo y sucede en el tiempo al movimiento del proletariado portugués, manifestando un mayor contenido revolucionario: al revés de Portugal, donde el proletariado avanzaba sin enemigos delante, aquí las asambleas obreras tuvieron desde el principio a todos sus enemigos delante, formando una contrarrevolución compacta, y debieron de avanzar contra todo y contra todos, incluido contra sus propias

carencias, que tan cruelmente hicieron sentir sus efectos desde el momento en que perdió fuerza y empuje. El movimiento tardó en ser derrotado, e incluso continuó siendo peligroso después de haber desaparecido; no sólo porque la idea de las asambleas no fue nunca extirpada del todo, sino porque la democracia española fue edificada contra el movimiento asambleario obrero, y al extinguirse, todas las fuerzas políticas existentes que cobraban influencia precisamente luchando contra él — en primer lugar los estalinistas, boicoteadores sistemáticos de la organización independiente de las masas, y después el conglomerado de franquistas reformados, disidentes y jesuítas, capitaneado por Suárez, en tanto que partido director de la 'transición' — perdieron solvencia y entraron en un proceso de descomposición funesto para la misma transición, que se resolvió en un golpe de Estado. Así se dio la paradoja de que, para el PCE, la UCD y los sindicatos, las asambleas obreras fueron peores disueltas que presentes. Porque eran la causa de su importancia y de su necesidad, y, una vez desaparecida la causa, aquellos no tenían razón de existir. Acabar con las asambleas obreras no significaba más que entregar pacíficamente el país a las clases dominantes y a sus proyectos políticos más convenientes.

En España, lo mismo que en Polonia, los proletarios lograron imponer sus medios de comunicación y de organización sin ser inmediatamente aislados y aniquilados, pero en Polonia la lucha pudo darse objetivos generales unificadores, y traducirse en planteamientos radicales cotidianos, y en España, las formulaciones asamblearias radicales fueron muy pocas, ciñéndose el movimiento generalmente a la solidaridad y a reivindicaciones laborales. Pero este no contaba con las simpatías ni con la neutralidad de esas clases medias secundarias que el capitalismo va creando a medida que transforma el trabajo social, por ejemplo, los cuadros post-universitarios, principal área de reclutamiento de personal dirigente, ni con los intelectuales, ni con la burocracia sindicalista, aunque solamente fuese en versión izquierdista, ni con los empleados de los medios de comunicación.

En España, un país de capitalismo débil, incapaz de grandes iniciativas, y mucho más incapaz de mantener a su alrededor un enjambre no directamente rentable de cuadros, periodistas, burócratas e intelectuales, el Estado suple a la empresa en cuantas tareas son de interés general para la clase dominante. El único medio de existencia y desarrollo de todo ese personal subalterno es el aparato administrativo, político y cultural del Estado; por lo tanto, los fines del Estado son sus propios fines. Y precisamente cuando el Estado se disponía a renovarse y ofrecer empleos a discreción, surgió un movimiento asambleario, antipolítico y anti-jerárquico, visiblemente enemigo del Estado. Así pues, el proletariado, apenas entrado en combate, no sólo tuvo que enfrentarse al dinero y al poder, sino a los políticos e ideólogos de todo pelo, a todos los arribistas, a los sindicatos, a la prensa, a la cultura, al folklore, incluso. En Polonia no se produjo esa simbiosis de todas las clases y capas no proletarias en torno al Estado; el movimiento fue favorecido por una complicidad generalizada de todas las capas sociales. En España el movimiento fue obstaculizado paso a paso por una complicidad generalizada de todas las capas sociales contra él.

La situación produjo las asambleas. La dictadura, ya institucionalmente residual, su equipo dirigente dividido, sin el incondicional apoyo de los sectores de poder que la justificaba históricamente, había perdido el dominio sobre la sociedad española, sin que nadie lo hubiese ganado en su lugar. La mayoría de los franquistas se daban cuenta de que una vez muerto Franco, su régimen había dejado de existir, de que el Estado era un cascarón vacío, aislado y desarbolado, y de que había de ser apuntalado con una reforma democrática. Pero el viejo franquismo, al intentar modernizarse, se dio cuenta de que era incapaz de imponer sus propios cambios, y ni siquiera de dirigir el país hacia ellos. En 1976, el franquismo 'democrático' no tenía sentido. La reforma, no negociada ni con la oposición ni con las familias franquistas recalcitrantes, tuvo la virtud de disgustar a todo el mundo, polarizando las posturas. Los franquistas reformistas, obligados por credibilidad a la tolerancia, pretendieron debutar con una congelación salarial, en el preciso momento en que se negociaban multitud de convenios y en que los precios se disparaban. El repentino agravamiento de las condiciones económicas de la 'fuerza productiva máxima' fue la gota que colmó el vaso de la crisis social incubada en los últimos años, y la tolerancia que el régimen de 'dictablanda' se veía forzado a ofrecer fue la brecha por donde se coló el movimiento.

Las huelgas comenzaron en enero en Madrid y se extendieron al poco por todo el país, sorprendiendo a todos por su combatividad y magnitud, y sobre todo por la generalización de las asambleas obreras, decididas y conscientes, órganos de discusión colectiva y de toma de decisiones, que evidenciaba la voluntad de los trabajadores de manejar sus asuntos por sí mismos, y de no dejarse manejar por otros. Las asambleas eligieron delegados, extendieron las huelgas por doquier, muchas veces por simple solidaridad de clase, y salieron a la calle, haciendo saltar por los aires la legislación vigente, la estructura sindical oficial que los estalinistas esperaban coger 'con los ascensores en marcha' y los planes conjuntos del gobierno, de los banqueros y de la oposición, en los cuales no figuraba el proletariado sino como vulgar mobiliario de sus transacciones. Su entrada en acción había alterado cualitativamente la situación, poniendo de manifiesto el antagonismo existente entre clases. Las asambleas, organismos de defensa del interés cotidiano, nacidas para discutir los problemas laborales y nombrar a los encargados de negociar con el empresario, se convertían en todo un poder, independiente, con una enorme fuerza, cargado de posibilidades de las que muchos obreros empezaban a ser conscientes. En Vitoria, durante febrero y marzo de 1976, el movimiento asambleario alcanzó su punto culminante. Si las huelgas madrileñas habían descubierto el poco alcance de la apertura gubernamental y habían convencido a los empresarios de la necesidad de una central sindical fuerte que controlara a los trabajadores, la huelga general de Vitoria torpedeó definitivamente cualquier reforma continuista y cualquier proyecto de renovación, aunque fuese el de las mismas CCOO, de la Central Nacional Sindicalista, desenmascarando el pacto cantado del franquismo postrero con la oposición. La huelga de Vitoria no solamente se servía de la asamblea como arma fundamental — "las armas no son más que la naturaleza de los combatientes" — sino que había conseguido imponer las *comisiones representativas* de

delegados, elegidos y revocables, forzando al mismo tiempo la dimisión del sindicalismo oficial y del oficioso. Los trabajadores ocupaban la calle y las asambleas se introducían en todas las manifestaciones de la vida de la población. El movimiento dejaba su carácter espontáneo para coordinarse y defenderse. Todos los enemigos del proletariado comprobaban estos rasgos revolucionarios tremendamente contagiosos, que podían multiplicarse y desembocar en una verdadera revolución si las condiciones seguían favoreciéndolos. Pero la tolerancia se acabó y los obreros de Vitoria fueron ametrallados. Oposición y gobierno consiguieron que la revuelta provocada por los disparos de la policía fuera circunscrita al País Vasco y que la solidaridad de los obreros del resto del Estado fuera dispersa y duramente reprimida.

En Vitoria termina la primera etapa del movimiento de las asambleas con importantes resultados: el fracaso de la reforma franquista y la asunción por parte del poder, de la inevitabilidad de los partidos y sindicatos, a los que se tendrá que legalizar, ya que son los únicos amortiguadores válidos del momento; la unificación de la oposición estalinista y socialista en una plataforma común, la Coordinación Democrática, que habrá de negociar la reforma política y el pacto social — a “ruptura pactada” — con un gobierno que convoque elecciones. El poder estaba asustado, por lo que los trabajadores habían de considerar el fin de la tolerancia, habían de coordinarse dotándose de una organización autónoma sólida que superase las dificultades propias de los comienzos y se enfrentase con éxito a sus enemigos coaligados. Debían de encontrar la manera de reunir todos los problemas en uno solo, el cual exigiese ser inmediatamente resuelto, o dicho de otro modo, debían de unificar sus reivindicaciones en un proyecto revolucionario coherente. Algunas de las tareas necesarias eran vivamente sentidas, como la de la autoorganización, y en muchas fábricas los obreros se organizaron al margen de los sindicatos, pero la coordinación nunca superó el área local de modo duradero. Solamente unos pocos ramos se coordinaban provincialmente, sin que se pudiese impedir que muchas asambleas manipuladas por izquierdistas votasen por la constitución de sindicatos unitarios y muchas coordinadoras de delegados se transformasen en embriones de sindicatos. Sólo en Vizcaya pudo crearse una *Coordinadora Unitaria de Asambleas de Fábrica*, responsable de grandes movilizaciones. Las huelgas continuaron pero ya no se extendían con tanta facilidad como antes porque enfrente tenían a la C.O.S., una asociación de circunstancias de las principales centrales, ocurrida en septiembre de 1976, para obtener un clima de paz social que favoreciese las conversaciones entre la oposición y el gobierno de Suárez. En cambio, eran huelgas más asamblearias y más antisindicales, por razones evidentes, y también más duras, porque tienen que hacer frente a las fuerzas represivas. Seguros de la oposición, los patronos intentaron recuperar el terreno perdido en las huelgas anteriores, con ayuda del gobierno, que autorizaba la congelación salarial y los despidos pasados. La represión causó nuevas muertes e hizo reaccionar de inmediato a los obreros, desencadenándose un otoño caliente. Esta segunda etapa del movimiento de las asambleas termina con la jornada del 12 de noviembre, tras la cual, el punto de equilibrio de los proletarios asambleístas y burócratas sindicales se desplaza en favor de los últimos, y el movimiento entra en una fase de aislamiento y dispersión.

La alianza entre sectores liberales de la burguesía, socialistas y estalinistas no tenía otra razón de ser que la necesidad de una evolución política pacífica del régimen franquista, y no buscaba otra cosa que el diálogo con él. Su estrategia se basaba en reforzar esa evolución, y lograr acuerdos del tipo que fuesen. Todo lo que alteraba ese proceso, como por ejemplo, la lucha de clases, estorbaba los planes de la oposición, porque asustaba a los franquistas y ahuyentaba a los representantes burgueses. El proletariado tenía que limitarse a jugar un papel auxiliar, de eco de las consignas del cónclave estalino-burgués y desfilar dócilmente tras sus autonominados dirigentes. Entonces, la clase obrera tenía que sacar las obligadas conclusiones y tratar a la burocracia políticosindical sin contemplaciones, como enemigos de la misma clase que el franquismo. Los obreros constituían un poder al que todo le era hostil, y ante las perspectivas de la situación, o afirmaba su autonomía o cedía a la usurpación: "o asambleas o sindicatos". Así lo plantearon los más radicales. El problema de la revolución española — y de todas las revoluciones modernas — reside en la raíz misma de esta controversia: reconocer o no reconocer el papel independiente del proletariado, y actuar en consecuencia. Lo que nunca debieron hacer los proletarios fue llegar a la transacción del 12 de noviembre, cuando, a cambio de calmar su entusiasmo combativo con una masiva demostración antifranquista, cedieron la dirección del movimiento, y la jornada se convirtió en un ensayo de disciplina sindical coronado con éxito. Todas las huelgas que sucedieron después tuvieron a la policía delante y a los sindicatos a la espalda.

Las huelgas de la tercera etapa asamblearia, que alcanza hasta la legalización de los sindicatos el 28 de abril de 1977, transcurrirán aisladas en un ambiente de pacto secreto consolidado entre los empresarios y los sindicatos, entre la oposición y el gobierno, habiendo perdido los trabajadores la iniciativa. Fueron luchas largas, totalmente apartadas de los sindicatos, que terminan en derrotas. Sin embargo fueron huelgas ejemplares, todas ellas capaces de invertir la correlación de fuerzas durante un cierto tiempo y de relanzar el movimiento si se hubiera generalizado. Pero esto ya era muy difícil, y las pocas iniciativas que van en este sentido, como el aniversario de los hechos de Vitoria y la celebración del Primero de Mayo, fracasan. El régimen postfranquista abría las puertas de la administración y la política a los partidos y a las clases medias, gente que por primera vez es consciente de sus intereses de clase específicos, que no pasan en absoluto por la revuelta obrera. El PCE representaba en esos momentos los intereses de tales clases, herederas del papel histórico jugado otrora por la pequeña burguesía; había conseguido la adhesión de los sectores obreros más retrasados políticamente, y había desarmado ideológicamente a los más radicales, convirtiéndose a principios de 1977, en la vanguardia del partido del orden. Como jefe de ese partido, su secretario Carrillo sería presentado por Fraga en el Club Siglo XXI, ante las élites capitalistas nacionales. La presencia del PCE y de los sindicatos, favorecida desde el poder, se doblaba con la progresiva divergencia entre los intereses cotidianos de los obreros y los verdaderos intereses de clase, ocasionando que el proletariado no se enfrentase con unanimidad contra la clase dominante y que, en virtud del impacto de la crisis económica desviada hacia los trabajadores, la solidaridad languideciese y se oscureciese la conciencia de clase. Entonces bastó que el franquismo residual contraatacase fomentando reacciones

antirreformistas entre los militares y recurriendo a la estrategia de la tensión, como los fascistas italianos, para que la oposición se lanzase en brazos del gobierno franquista renovador, desorientando y desmoralizando al proletariado. Esa unión sagrada fue remachada tras las elecciones del 15-J con un calamitoso pacto social.

El Pacto de la Moncloa, en septiembre de 1977, fue un frente común de todos los partidos con el gobierno, en contra de una posible ofensiva proletaria que el empeoramiento de las condiciones económicas hacía temer. Por primera vez, los sindicatos son reconocidos públicamente en calidad de esquiroles y rompehuelgas, como responsables de la domesticación de la clase obrera y de su sometimiento a las leyes "naturales" de la producción que sellan el dominio del capital sobre el trabajo. Hasta entonces, sus victorias sobre las asambleas habían sido efímeras, porque no se acompañaban de mejoras materiales que les prestigiasen; lo contrario era más cierto: cada intervención sindical había sido nefasta para el nivel de vida de los obreros, y por tanto, todos sus pasteleos pendían siempre del hilo de una no deseada reactivación del movimiento asambleario. El movimiento había sido preservado en el País Vasco, donde se le habían añadido los abertzales. Entre julio y septiembre, los obreros del calzado de la provincia de Alicante dieron el mayor ejemplo de organización asamblearia conocido. Con el Pacto de la Moncloa se daba la paradoja de que a pesar de haber sido derrotado el movimiento asambleario, los sindicatos y partidos no sacaban todo el provecho que querían y, cuando trataban de hacerlo, antes perdían que ganaban. Todas las huelgas importantes que ocurrieron a partir de entonces, eran, de un modo u otro, huelgas contra el pacto. Durante el mes de octubre de 1977, en Cádiz, la Coordinadora de trabajadores llegó a tomar la ciudad, como en Vitoria, y en noviembre se celebraron grandes manifestaciones contra el pacto en grandes ciudades, culminando el movimiento un mes más tarde con las huelgas generales de Vizcaya y Tenerife. Muchos empresarios tuvieron que olvidarse de los sindicalistas y aceptar a delegados elegidos en las asambleas. Pero esta cuarta etapa del movimiento asambleario contradictoriamente no termina con un relanzamiento de la democracia directa en las fábricas y en la calle, sino con su casi desaparición, observable a partir del 16 de enero de 1978, fecha del inicio de las elecciones sindicales. Entonces irán terminando el diálogo en la base y la representación directa. No se podrá hablar ya de asambleísmo sino como una tendencia cada vez más minoritaria entre los obreros, como un conjunto de prácticas cada vez más residual y criminalizado por sus enemigos. En adelante, la clase obrera pintará muy poco en los acontecimientos.

Las asambleas obreras hicieron retroceder a sus enemigos varias veces, pero no ocuparon el terreno que aquéllos cedían. El movimiento, falto de cohesión, se fue agotando, sin objetivos generales, sin poder dar golpes decisivos. La ausencia de una corriente revolucionaria definida constituída por asambleístas, contribuyó más todavía a que la confusión se instalase. El movimiento de las asambleas había llegado lo bastante lejos como para necesitar comprender sus obras y las consecuencias de sus obras. Para avanzar después de haber librado batalla, había de protegerse contra la recuperación, progresando en la

organización y en la definición de tareas. Cuando se presenta la oportunidad de pasar a una fase superior de la lucha contra el Capital y el Estado, el instinto de clase no es suficiente: la conciencia de clase es el factor decisivo. El conocimiento del conjunto de las condiciones de lucha, la comprensión clara de la realidad, el juicio exacto del orden social capitalista. El proletariado combate a la sociedad de clases obligándola a enfrentarse a un conocimiento de sí misma. En paralelo con la lucha económica se desarrolla una lucha por la conciencia, por el conocimiento de la sociedad. Porque el conocimiento social histórico, la toma de conciencia social, significa también la posibilidad del dominio de la sociedad, la propia emancipación social, si el proletariado sale triunfante en esa lucha.

Ambas luchas se hallan imbrincadas, y cada una es real sólo si va acompañada de la otra. La única condición para que esto se cumpla es la acción autónoma del proletariado. Si el proletariado no consigue independizarse de representaciones exteriores a él, su proceso emancipador se detiene y acaba. Esa es la principal enseñanza del movimiento de las asambleas.

Miguel Amorós, octubre de 1984.

Nota.

El Estatuto de los Trabajadores, obra de la patronal CEOE y de la UGT, apoyada con reticencias por CCOO, fue promulgado el 10 de marzo de 1980. Introducía la flexibilidad de las plantillas y suprimía la práctica corriente de las asambleas, pero no para dar mayor protagonismo a los Comités de Empresa legales sino para darlo a las cúspides de las centrales, consagrando los acuerdos verticales (por arriba). El capítulo relativo al derecho de reunión establecía la periodicidad óptima de las asambleas ¡UNA CADA SEIS MESES! Además, su celebración sucedería fuera del horario de trabajo, con un orden del día prefijado y con los asistentes de otras empresas (si los hubiere) previamente anunciados.

Miguel Amorós, Barcelona, 1996.

Publicado en
Historia de diez años.
Esbozo para un cuadro histórico de los progresos de la alienación social,
Editorial Klinamen, 2005.

1997

Diciembre 1997

Las huelgas que cuentan que ganamos

«Las victorias sobre los bárbaros reclaman himnos,
las victorias sobre los griegos, lamentos.» (Gorgias)

¿Las huelgas generales que han sucedido desde aquel socorrido 14-D en España y en toda Europa hasta el diciembre francés del 1995, forman parte de una revuelta contra la mundialización o son la prueba palmaria de la evaporación – virtualización diríamos ahora – de la lucha de clases? Antes de responder a la pregunta señalaríamos un hecho que nos llama la atención: la total normalidad del día siguiente. Pareció con las huelgas como con las meigas, que ya no se las ve por ningún sitio pero, de haberlas habido, húbolas.

Ni discusiones, ni nuevos procesos organizativos, ni luchas que las prolonguen, que muestren una progresión en la conciencia de sus protagonistas. Por eso, nos inclinamos a pensar que no son verdaderas huelgas, o bien que han acabado no siéndolo, que ya no ocurren huelgas auténticas, de las de antes. La pregunta es otra: ¿Cómo pueden existir huelgas obreras en la actualidad si la clase obrera no existe, si los obreros no existen en tanto que clase social específica? Quienes tratan de explicar el presente con conceptos solamente aplicables a la realidad anterior militan por la confusión y benefician al mantenimiento del orden. Alguien se acordará de los modos espontáneos y autónomos de los movimientos de base, de algún radicalismo, de alguna asamblea… pero todo ello carece de importancia, permanece en el terreno laboral, en el coto de los sindicatos, necesariamente se autolimita y entra en competencia desigual con ellos hasta degenerar en otro sindicato más o desaparecer. La ilusión de un movimiento obrero de verdad, al margen de las centrales sindicales, ya sólo son capaces de crearla las propias centrales, en tanto que maniobra de diversión específica y nada infrecuente. Hoy en día, la condición de asalariado es general y, en ese sentido, casi todo el mundo es obrero, explotado, dirigido, desposeído o contaminado, pero eso no significa que forme parte de un sujeto histórico o de una clase, que tenga una predisposición particular a la revolución, una misión histórica determinada o un destino. Sólo es uno de esos que «puede votar, pero no elegir», al decir de J. Estefanía (alto ejecutivo de El País). Queda, eso sí, una clase residual, ligada a la antigua producción industrial, es decir, al periodo capitalista precedente, en franco proceso de jubilación. Esa que todavía nos enseñan en los patéticos desfiles del Primero de Mayo cantando La Internacional. En fin, una antigualla de antes de la mundialización.

«Nada es tan sintomático de la decadencia del movimiento obrero como que el propio obrero no tome nota de ella» (Adorno). Cuando hablamos de proletariado nos referimos a

esa masa heteróclita de gentes -obreros, funcionarios, empleados, clases medias en declive, cuadros, jubilados, parados, asistidos, jóvenes, etc.- donde se yuxtaponen intereses materiales divergentes y cuyo único nexo común es el de depender de un salario o un subsidio. El desarrollo del capitalismo ha alterado tanto la estructura social proletaria que la masa asalariada ha dejado de ser un agente de la transformación histórica. En efecto, tal aglomerado social no puede ser la negación del capitalismo. Se halla en la misma situación del campesinado que Marx describe en El 18 Brumario: son una masa enorme de población cuyos miembros viven prácticamente de la misma forma, pero sin estar unidos mediante el establecimiento de múltiples interrelaciones. Su trabajo y el espectáculo moderno les aíslan entre sí, en lugar de conducirles hacia relaciones recíprocas. La explotación actual del trabajo no permite ninguna variedad de talentos, ninguna riqueza de relaciones sociales. Viven en condiciones materiales que separan a los unos de los otros, y si nos atenemos al género de vida, en ese sentido son una clase. Pero no lo son en la medida que no existe entre ellos ningún lazo social, en la medida que la proximidad de sus intereses no crea entre ellos ninguna comunidad, ni menos una organización específica. Así no pueden defender sus supuestos intereses de clase, no pueden representarse a sí mismos y han de ser representados por una clase burocrática exterior. De ella salen sus jefes, de quienes se supone que están obligados a proteger sus intereses y a decidir lo que les conviene. La influencia política de los asalariados encuentra su última expresión en la subordinación de la sociedad a los políticos, o sea, al poder ejecutivo estatal, al Estado. La moderna condición proletaria, por su propia naturaleza, sirve de base a la burocracia que opera desde el Estado, al partido del Estado, y hace de los asalariados un elemento conservador, un agente del orden. Sus remedos de lucha son solamente asunto privado y no representan al interés general de la acción. Son nada más que nulidad política y aburrimiento porque la clase obrera ya no existe en oposición al sistema dominante, sino que forma parte de él. La parte prescindible.

Según los manuales, la mundialización es «aquella etapa del capitalismo en la cual las economías nacionales se integran de modo progresivo en el marco de la economía internacional, de modo que su evolución dependerá cada vez más de los mercados internacionales y menos de las políticas económicas gubernamentales». De entrada fue precedida de una reestructuración generalizada de la industria -la «reconversión» de los ochenta- y acompañada de una automatización no menos general del proceso productivo, con el resultado de la eliminación de una gran parte de los puestos de trabajo y la expulsión de la mayoría de los trabajadores hacia la periferia de la producción o directamente hacia el paro. La mundialización no ha visto erigirse ante sí a un proletariado internacional que se enfrenta al Capital en un terreno más amplio: en todo el mundo. Cabe preguntarse cómo todo ello pudo imponerse con tan poca oposición social y cómo pudo despertar tan pocos comentarios y rumores. Habría que hablar de la degradación de la conciencia consecuente a la incapacidad del proletariado en hacer su revolución, del fracaso de sus asaltos contra la sociedad de clases y del buen hacer de las clases dominantes, las cuales han sabido ir preparando las condiciones laborales, es decir, empeorándolas, jugando con pequeños

privilegios políticos y sindicales sin levantar oposiciones insuperables. De una forma u otra, el proletariado se está disolviendo en una masa informe, sin derechos y malpagada, de subempleados, temporeros y parados, simple servicio doméstico de la producción, ejército de reserva del trabajo contra sí misma. Además, las máquinas, diseñadas por expertos, escapan al control de los trabajadores, así que los paros alteran cada vez menos una producción inservible e inabordable; podemos decir que esto es el fin del proletariado, que el proletariado ha muerto. Y ha nacido una clase de criados «cuya única ocupación es servir sin objeto especial a la persona de su amo y poner así de manifiesto la capacidad de éste de consumir improductivamente una gran cantidad de servicios» (Thorstein Veblen). Los asalariados actuales son incapaces, por su situación, de crear un movimiento autónomo organizado, y los viejos obreros y funcionarios sólo se implicarían en un movimiento corporativo. Pero, alguien dirá que ha habido realmente huelgas generales. Pues no; se trataba simplemente de demostraciones de la capacidad de control de los aparatos sindicales que ocurrían porque el proceso de homogeneización laboral se hacía unilateralmente y en él resultaban afectadas algunas de sus prerrogativas.

El capital y el trabajo asalariado son sólo dos aspectos de la misma relación social y uno crece en la medida que lo haga el otro. Pero el aumento del trabajo no significa necesariamente aumento del número de trabajadores. Gracias al desarrollo tecnológico autónomo, la demanda de trabajo no se corresponde en absoluto con la demanda de obreros. «Para el capital el trabajador no es condición alguna de la producción, sino que sólo lo es el trabajo. Si puede cumplirlo por medio de máquinas o simplemelnte por medio del agua o del aire tanto mejor» (Marx). La vieja reivindicación revolucionaria de la abolición del trabajo se realiza contra los trabajadores. La sociedad capitalista se fundaba en la explotación del trabajo asalariado y trabajo que no hagan las máquinas es lo que va desapareciendo de escena a marchas forzadas. Tanto que desde el poder se habla de repartir el que queda. Desde los asesores de Clinton al sector critico de CCOO, el tema consiste en reducir la jornada, trabajar a tiempo parcial, inventar empleos que no se necesitan, trabajar por periodos alternados, recurrir a la retribución variable, etc. Medidas que tratan de disimular el hecho de que el futuro supone la casi extinción del trabajo asalariado y eso, en las condiciones existentes, significa la pauperización a corto plazo de la mayoría de la humanidad. Toda una subclase urbana ha aparecido, almacenada en guetos, compuesta por quienes no son aptos para integrarse en el mercado, los excluidos, los marginados, los verdaderamente pobres, rechazados y forzados a permanecer en la periferia de la economía y en el centro de la abundancia. Son una masa de ensayo de otros tipos de economía y de política destinados a rentabilizar la miseria, puesto que la miseria ha venido para quedarse. Por primera vez en la historia, los poderosos no necesitan de grandes masas obreras. Las masas sobran. Son superfluas para el mercado. Por otro lado el trabajo es el único valor de la sociedad moderna, que es una sociedad de trabajadores. La sociedad desconoce otro tipo de actividades más elevadas y significativas por cuya causa mereciera liberarse del trabajo y no queda ya ningún grupo social portador de otros valores, a partir del cual pudieran restaurarse las demás capacidades hu-manas.«Nos enfrentamos con la

perspectiva de una sociedad de trabajadores sin trabajo, es decir, Sin la única actividad que les queda. Está claro que nada podría ser peor» (Hannah Arendt).

El punto más débil del marxismo fue la identificación del desarrollo de la economía con la revolución proletaria. Con la automatización de la producción las fuerzas productivas principales son las máquinas; de pronto, el proletariado se revela como clase innecesaria. Es cada vez menos Capital. Las fuerzas productivas y el modo de producción dejan de estar en conflicto. Todo lo que sale de la fábrica no es producto del trabajo colectivo de gran número de obreros; nadie puede decir: «Esto lo hemos hecho nosotros, por lo tanto es nuestro». La producción pierde su carácter social. Entonces desaparece el conflicto que residía en el seno de la sociedad, entre producción social y apropiación capitalista, no se corresponde con el antagonismo entre trabajadores y patronos, es decir, ya no adopta la forma de la lucha de clases. Por lo tanto, el «socialismo», sea lo que sea, ha dejado de ser «el producto necesario de la lucha de clases formada históricamente» (Engels). No existe ni existirá una crisis fruto de aquel conflicto, que proporcione un marco de actuación a una clase obrera cada vez más difuminada, la cual, empujada por la necesidad histórica objetiva, haga su revolución y emancipe a la sociedad de sus servidumbres.

Con la mundialización de la economía, los poderes económicos transnacionales que dirigen el mercado go-biernan, y el gobierno, gestiona. Fin de la política -no hay más política que la economía- y fin del Estado nacional, de los aranceles, de la moneda nacional. Con ello no afirmamos que anteriormente política y economía fuesen realidades separadas e independientes. Desde los tiempos keynesianos de la postguerra, Estado y Capital habían actuado en simbiosis, apoyándose en la existencia de mercados nacionales de trabajo y en capitalismos nacionales protegidos. Esa fusión, auxiliada por el sindicalismo y los partidos obreristas, se conformó como «Estado del bienestar», «corazón de la civilización europea moderna», si prestamos oídos al periodista de Le Monde, Ignacio Ramonet: la jubilación, el seguro de enfermedad, el de paro, el derecho a la educación, los derechos laborales, etc. Y es este corazón el que la mundialización quiere arrancar instaurando un mercado internacional del trabajo y exigiendo un Estado barato, que es lo mismo que decir un Estado mínimo. Incluso en cuestiones de orden se confiará más en la policía privada. Así que ante ese moderno anarquismo capitalista no es de extrañar que quienes sacaban su poder del Estado -los políticos, los sindicalistas u otros intermediarios, como los ecologistas o las ONGs- o conservaban un estatus laboral menos deteriorado gracias a sus leyes -los funcionarios o la vieja clase obrera en liquidación, es decir, los pensionistas- les haya entrado una añoranza estatista profunda y defiendan si no un retorno a las idílicas condiciones de consumo y disfrute de poder del periodo anterior del capitalismo, el periodo nacionalista, sí una mundialización que respete, mediante la transacción con un Estado del cual son clientela y que no desean reducido, lo esencial de esas mismas condiciones. Pero la función del Estado moderno es la de defender las condiciones exteriores del modo capitalista de producción precisamente contra los atentados de los obreros y no la de proteger a los obreros contra los atentados del modo de producción capitalista. Esta, digamos, aristocracia

obrera se sienta, como aquel que dice, en dos sillas. Son a la vez, obreros y accionistas minoritarios. Trabajan y combaten la desvalorización de su único «capital». Sus intereses son particulares, distintos de los del resto de desposeídos y por eso su lucha -la lucha sindical, y su obtuso estatismo- no puede ser la lucha de todos. Si se manifiesta con contundencia puede ser tomada en serio por el resto de asalariados, pero ¿por qué se detiene en los momentos culminantes? ¿Por qué se imponen los sórdidos argumentos de la supervivencia? Preguntas que se contestarían con otra: ¿Qué harían si venciesen? Si no saben o no quieren responder, mejor negociar y distraerse con simulacros de combate, y al final, contentarse con lo que echen.

Uno de los aspectos de cualquier huelga importante de antaño que más preocupaban a los obreros conscientes era el de la información, que organizaban con celo autónomo para contrarrestar la desinformación o el silencio de los medios de comunicación habituales. Ahora en cambio, son esos mismos medios los principales exegetas de la huelga y sus mejores valedores. Su función sigue siendo la misma, la de escamotear la realidad sirviendo un sucedáneo, pero si antes se trataba de disimular la existencia de la lucha de clases, ahora que no hay proletariado que valga, se trata de disimular su inexistencia. Si antes se montaba su invisibilidad, ahora se prepara su espectáculo. En las sociedades donde reinan las condiciones modernas de producción una huelga no es huelga si no sale por la televisión. El panfleto y la pintada ya no se llevan. La huelga general no existe sino como espectáculo y su organización corre a cargo menos de los aparatos sindicales que de los medios de comunicación. Ellos la convocan, ellos la retransmiten y ellos le ponen punto final apartando las cámaras. Allí sólo caben los actores: los líderes son realistas; los huelguistas, responsables; las autoridades, dialogantes; las peticiones, justas; las consignas, moderadas; los piquetes, informativos, y, por fin, los incontrolados, lamentables. Lo ideal seria que las movilizaciones fueran cubiertas de igual modo que, por ejemplo eventos de la realeza. Cuando ya han conseguido sacar fuera de la realidad a toda la población, la realidad más real es el mismo espectáculo. «Hacer la infamia más infamante librándola a la publicidad» es hoy una consigna sin sentido, puesto que cuando ya no se percibe lo real, nada tiene consecuencias; la publicidad es sólo ruido. Se han perdido todas las referencias y reina la indiferencia frente a la realidad. La comunicación no es posible sino como acto ilegal entre ilegales, antiespectáculo.

Después de todo lo que hemos dicho, alguien se preguntará: ¿Son legítimas entonces las luchas obreras? ¿valen la pena? Nada se podrá objetar a que las luchas continúen, sobretodo si suprimen intermediarios y huyen de los tratamientos mediáticos y de los procedimientos jurídicos. Un conflicto funciona en la medida en que el sistema trata de disimularlo o silenciarlo. El boicot de los medios de comunicación es una garantía de efectividad y lo contrario, una prueba de inocuidad. Pero el problema consiste en que la cuestión laboral no constituye ya el núcleo de la cuestión social y por lo tanto, las luchas no conducen necesariamente a su planteamiento: no se superan a sí mismas. Hay que considerar al trabajo asalariado como un efecto nocivo, al igual que la contaminación, la

alimentación adulterada o el efecto invernadero, tan destructor que incluso crea adicción, y toda lucha en su terreno ha de ser, para ir al centro de la cuestión, una lucha contra él, es decir, que ha de llevar implícita su critica y la del sistema social basado en la condición asalariada. Ha de ser una lucha antieconómica y antiestatal. Ha de ser un sabotaje. Como la insumisión es un sabotaje del ejército o la ocupación es un sabotaje de la propiedad privada. El sabotaje es la táctica de los tiempos.

Pero, ¿no han sido la semana de treinta y cinco horas o la Cumbre Europea del Empleo consecuencia directa de las protestas obreras? Han sido medidas políticas que no crearán ningún empleo, como no lo creó la semana de cuarenta horas ni la contratación a tiempo parcial. Sólo marean la perdiz. Significa que la facción estatista del partido del orden ha triunfado en Francia y en Italia, y a ella le toca defender el proceso de supresión del empleo fomentando la ilusión de su creación. Esa ilusión ha sido bautizada varias veces: Mercado con Estado, Nuevo Contrato Social, Socialismo de Mercado, etc. Pero siempre, las medidas que se supone que nos acercaban a estas «utopías» se han materializado en incrementos de horas extraordinarias, trabajo negro y rebajas salariales, al son de la canción Lavorare meno per lavorare tutti.

El fin de la lucha de clases no es el fin de la historia; se da la paradoja de una aceleración del proceso histórico llevada a cabo por fuerzas sociales antihistóricas. La historia se ha ocultado. En menos de dos décadas, las clases, los partidos que pretendían representarlas y el mismo terreno social se han vuelto gaseosos. De un mismo movimiento, la sociedad se ha hecho irrecuperable y la revuelta, invisible. Da la impresión de que la historia se haya detenido, de que pasen cosas sin que pase nada. Pero realmente nada sucede, todo lo que se ve es pura representación, espectáculo, y lo que ocurre en realidad no se ve. Puesto que la condición sine qua non de la realidad en la sociedad del espectáculo es la clandestinidad. Las verdaderas huelgas obreras comenzaban cuando acababan; en cambio, cuando un espectáculo acaba, acaba del todo. Hasta que venga el siguiente. La dominación se ha puesto a producir los típicos individuos de la sociedad de masas, aislados, amorfos y manipulables, con un comportamiento propio de los seres en cautividad, que conforman una mayoría resignada, unificada gracias al espectáculo, dentro de la cual la rebelión queda anulada. Sólo hay una manera de acabar con ella: tomar la determinación de oponerse, pensar que cualquier cosa mejor es posible. Pero eso es una solución ante todo individual y, al no respetar las reglas del espectáculo, criminal. En ese sentido el rebelde se halla en una posición semejante a la que se hallaba el disidente soviético dentro del sistema estalinista. La solución definitiva dependerá de que muchos digan que no, pero el camino lo tendrá que empezar uno mismo. Y «un hombre con más razón que sus conciudadanos ya constituye una mayoría de uno» (Thoreau).

Miquel Amorós, diciembre 1997.

1998

Febrero 1998

Contribución al esclarecimiento de algunos aspectos de la acción durante los malos tiempos

"¡Ay de mí! ¿Qué gentes habitarán esta
tierra a que he llegado?¿Serán violentos,
salvajes e injustos, u hospitalarios y temerosos
de los dioses?"
Homero, *La Odisea*

Según Brecht, son sombríos los tiempos en que la gente pide que se le descargue de la preocupación de defender sus intereses reales y su libertad. Son los tiempos del cínico, que abomina de la sociedad y desprecia sus convenciones, y son los tiempos también del disidente, que no quiere someterse a los hechos consumados y, a contracorriente, toma partido por la libertad. La disidencia no significa exilio interior porque actúa, y por lo tanto, corre riesgos. Es fundamentalmente resistencia y secesión. Esta posición obliga a liberarse de gran parte del bagaje teórico de la época anterior y a penetrar en la nueva sólo con lo puesto, ya que no se trata de conservar la memoria de un pasado y comunicarla de forma ortodoxa a los nuevos individuos conscientes, sino de incitar a pensar, de provocar un diálogo entre los que se reconocer iguales sin temor a contradecirse. Para encontrar soluciones primero hay que suscitar preguntas. La crisis del pensamiento revolucionario no podrá ser remontada sino en condiciones de libre discusión; en una situación de crisis, el anquilosamiento ideológico y su consecuencia principal, el vacío teórico, son la verdadera catástrofe. No se puede permitir que el enemigo se despache a gusto cuando tiene de su parte fuerzas ingentes: la pérdida de esa batalla, la de las ideas, acarrea la derrota de todas las demás.

Es necesario sacar conclusiones tanto de la constatación de la capacidad del capitalismo de superar sus propias contradicciones o de instalarse cómodamente en ellas, como de la evidente incapacidad de los obreros en hacer su revolución y de la disolución del proletariado como clase social. Todo ello implica la superación capitalista del conflicto, la desaparición de las crisis generales, y por consiguiente, la refutación de una supuesta necesidad histórica objetiva que nos conducía, inevitablemente, hacia la lucha final. Y nos sitúa teóricamente en la posición de los anarquistas y de los socialistas premarxistas, que deducían la lucha por la emancipación humana de la perversidad del mundo y de la voluntad consciente de los oprimidos. Las frecuentes crisis parciales que se dan a causa de la imposición constante de condiciones de vida peores que las anteriores puede generar

ilusiones respecto a un retorno de la lucha de clases, o sea, a un replanteamiento de la cuestión social, pero en vano. La cuestión social no puede mostrarse espontáneamente como conflicto que emana de un antagonismo entre dos partes irreconciliables en tanto que lucha de clases, porque la derrota definitiva del proletariado industrial ha eliminado la posibilidad de una crisis total – y por lo tanto, la posibilidad de un conflicto real- y favorece que las luchas actuales sean débiles y manipulables, y en consecuencia, recuperables por el sindicalismo, los partidos, los ecologistas o el humanitarismo de izquierdas.

Walter Benjamin apuntaba que el fracaso del proletariado histórico residía en su "progresismo", en la creencia burguesa del progreso:

"Nada ha corrompido tanto a la clase trabajadora alemana como la idea de nadar a favor de la corriente. El desarrollo técnico era el sentido con el cual creía estar nadando. A partir de ello no había más que dar un paso para caer en la ilusión de que el trabajo en las fábricas, por hallarse en la dirección del progreso técnico, constituía de por sí una acción política. La antigua moral protestante del trabajo celebraba su resurrección en forma secularizada entre los obreros alemanes […] Tal concepción no quiere ver más que los progresos del dominio sobre la naturaleza y se desentiende de los retrocesos de la sociedad" (*Tesis de filosofía de la historia*).

La moral obrerista apartaba a los trabajadores del planteamiento de la cuestión histórica por excelencia, la cuestión del progreso. La mayor parte de la crítica social ha considerado siempre que los avances científicos y técnicos eran aliados absolutos del proceso emancipador y jamás imaginó que, en tanto que creadores de nuevas servidumbres, iban a hacer de la dominación algo insuperable. Así pues, los obreros eran separados de la producción automatizada – la cual ya no podían concebir claramente como obra suya ni por otra parte cuestionarla- sin hacer la crítica de la máquina, sin rebelarse con la el maquinismo como sus predecesores, hace casi dos siglos. La superioridad de aquellos obreros ludditas residía en que ellos sí que sabían a qué miseria les condenaban.

No se podrá ir a ningún lado si no se rompe con la concepción de la revolución como reapropiación del aparato productivo existente, ni se admite que la emancipación humana pasa por la destrucción del sistema industrial. Consignas que pertenecían al "estadio anterior del desarrollo económico objetivo" como la ocupación de las fábricas, el control obrero de la producción o la autogestión generalizada, han envejecido y son palpablemente equívocas; solamente partiendo de ese punto podremos identificar las necesidades reales de los individuos y elaborar una crítica auténticamente subversiva. Lo cierto es que, al contrario de lo que decía Marx, hay que renunciar a transformar el mundo con ayuda de todos los grandes recursos propios de este mundo, e intentar conseguir su redención a espaldas del sistema dominante, con todos los medios ajenos a la dominación.

La idea directora de la crítica revolucionaria ha de ser la de la autonomía de la técnica. En nuestra sociedad el hombre es servidor de la máquina y la técnica abarca todos los sectores de la existencia, determinando a la vez las relaciones de los individuos con la naturaleza y las

relaciones – hoy en estado de anomia- que mantienen los individuos entre sí. No queda ningún aspecto de las relaciones humanas que no haya sido tecnificado y, por lo tanto, relegado al control de expertos. Ya no es el sistema económico el que determina la naturaleza de la técnica, la política y el grado de complejidad del mundo. Es la técnica la que, fundamentándose en el conocimiento científico, ha ordenado la economía al dictado de sus propias exigencias y se ha apoderado de la sociedad entera, mientras que los individuos han acabado siendo perfectamente equiparables y reemplazables por máquinas. La ideología humanista burguesa se ha deshecho y el "hombre", es decir, el burgués idealizado, ha dejado de ser la medida de todas las cosas. Quienes hacen historia son las máquinas, los humanos solo las padecen. La técnica es la falsa conciencia de una época de individuos reificados, convertidos en cosas. La tecnociencia moderna impone una organización social determinada donde la regla general es la tendencia de la elite a acumular poder sin control. La novedad consiste en que esa concentración de poder no se realiza mediante la expansión del aparato estatal, es decir, no sigue el modelo de la burocratización, sino la línea eminentemente técnica de la eficacia y el rendimiento.

La civilización industrial ha sido creada por la técnica. Desde entonces, la historia mundial es cada vez más historia de la técnica. En los albores del proceso, los socialistas utópicos reconocieron en la máquina, o lo que es lo mismo, en el crecimiento explosivo de la capacidad de producción, la amenaza de un desarrollo cultural que fragmentaría al individuo y atacaría la raíz misma de la libertad y la vida, y trataron de conjurarlos con proyectos basados en el control de los medios técnicos y en el rechazo del sistema de mercado, ignorando cualquier consideración económica. Posteriormente, el socialismo político y el sindicalismo fueron manifestaciones de tendencias a la autoprotección de los destrozos del mercado, pero a costa de un compromiso con la máquina. Según Karl Polanyi:

"La industrialización fue un compromiso, nada fácil, entre el hombre y la máquina, en el cual el hombre se perdió y la máquina encontró su camino" (*El sustento del hombre*).

Un programa que contemple la reorganización de la sociedad sobre bases descentralizadas y comunitarias, sobre el "ágora", a través del desmantelamiento de la producción actual, del control asocial de los medios técnicos y de la adopción de tecnologías descentralizadoras, de la supresión del mercado y del espectáculo, de la desaparición del transporte privado, de la recuperación del campesinado, etc. ha de saber que está pidiendo explícitamente un retorno a las condiciones precapitalistas, al trabajo artesano a la fiesta, a la tradición y a los lazos comunitarios, a los ritmos vitales relajados, al derecho consuetudinario, a la economía del sustento y a la sociedad del estatus, en donde "lo que importa no es la utilidad de uno sino lo que se es " (Cicerón). Pero no es un retorno en el tiempo, no es una vuelta al pasado: es una liberación que sueña más que calcula y que carga con la experiencia de dos siglos de capitalismo y de absolutismo tecnológico; es un viaje por encima del cadáver de los nuevos señores feudales del mercado mundial.

En la actualidad, la escolarización prolongada, el reciclaje y la asistencia social, son los medios empleados profusamente para mantener a una parte cada vez mayor de la población

fuera de la producción, por cuanto que se ha convertido en fuerza productiva innecesaria que hay que desmovilizar, métodos que corren a cargo del Estado y que son presentados como logros sociales y expresión de un supuesto "bienestar". Por estos procedimientos. Jóvenes, parados y demás excluidos, son apartados de los circuitos de la productividad, pero son conservados como consumidores. La mundialización ha disparado los gastos sociales al punto de afectar otras necesidades más significativas del Estado como la dotación policial y la compra de armamento. Ante el recurso a los impuestos, los estrategas del poder han promovido políticas tendentes a la creación de un espacio de dispersión de fuerzas productivas inútiles, mediante el fomento de actividades "sin ánimo de lucro" financiadas por el Estado con desgravaciones fiscales. En lo esencial, se trata de que el Estado vaya cediendo la gestión de los servicios sociales y del reciclaje de los individuos a organizaciones inofensivas de voluntarios o de colectivos juveniles adictos, o simplemente a cretinos "sin fronteras", de modo a desarrollar una economía intermedia que neutralice a los inservibles para el mercado globalizado del trabajo. Dicha economía, destinada a crecer en los próximos años – llamada en Francia "economía social" – es responsable de más del 6% del empleo. Un objetivo económico de este tercer sector (ni público ni privado), consiste en alcanzar la autofinanciación con la constitución de comunidades autosuficientes y el establecimiento de redes de comercio paralelo (llamado "justo"), aderezados con la ideología filantrópica y ecologista de rigor. La denuncia de tales prácticas, por las ilusiones que pueden generar, es tan importante para los desertores del sistema como lo fue la denuncia del ecologismo en la luchas contra la contaminación. La deserción no tiene nada que ver con los paliativos. Loa deserción no coopera con la dominación ni acepta su dinero; sabe que el establecimiento de condiciones de vida humanas no resultará del hecho de ocupar las posiciones abandonadas en los mercados internacionales por los propietarios del mundo. No ofrece soluciones sino que le pide cuentas: la deserción se aparta del sistema pero sin dejarlo tranquilo.

Sabemos que la economía globalizada está transformando íntegramente a la naturaleza en materia de gestión económica, lo que significa que la tierra fértil, los bosques, la pesca o el agua dulce, por ejemplo son considerados elementos estratégicos de la mundialización, como el petróleo, los pesticidas y la energía nuclear, y disfrazados de constituyentes de la "seguridad nacional", asunto en realidad de las altas instancias reguladoras del mercado. Ahí no son admitidos los ecologistas porque todavía no son un poder fáctico y no pueden aspirar más que a una participación de base en la gestión de los efectos nocivos ambientales. Se trata de una economía de guerra que no quiere camuflar la miseria ni tampoco incrementar el control sobre la población, sino que, con el mismo pretexto de racionalización con que antaño burocratizaba el mundo, hoy se desentiende de la nocividad no rentable, coloca ala gente desechable para el mercado en economías de subsistencia y descentraliza el control social, poniéndolo en manos de dirigentes "no gubernamentales". Es una operación de aislamiento del pauperismo dentro del propio sistema que lo produce, a través de economías marginales gestionadas por una pléyade paraestatal de ONGs, sindicatos, fundaciones, iglesias, etc, pero también por rackets independientes como mafias, sectas o bandas, encargadas de los aspectos menos aceptables de dichas economías, como la

protección o el contrabando. Se trata entonces de consagrar una nueva división de la sociedad entre excluidos e integrados en el mercado, y que se está materializando en el desarrollo imparable de incontrolados ghettos. La gestión del caos ya no es de interés específico para la dominación. Se domina todo dominado sólo una parte: ese la ley de la rentabilidad represiva decreciente la que determina las dimensiones de la pirámide policial.

La producción de mercancías produce por igual lo insoportable y los hombres capaces de soportarlo. Los progresos de la alienación no suceden en medio de la pasividad de las masas sino con su participación activa y entusiasta. Nunca se ha resaltado lo bastante el papel contrarrevolucionario de la miseria, del lado malo que, al desarticular la lucha, detiene el movimiento que hace la historia. Y se ha olvidado el efecto ideológico del desclasamiento que ha producido la proletarización del mundo. Wilhelm Reich señaló el papel de la ideología dominante como fuerza material -bautizándola como plaga emocional- de la contrarrevolución, la cual se alimenta de la falta de dominio de los individuos sobre sus propias vidas. En la base del sometimiento yace un conflicto emocional y afectivo que desactiva el potencial rebelde de los individuos. Pero resulta que el corolario de la proletarización mundial es la liquidación del individuo, que, "como todos los procedimientos individualistas de producción, aparece históricamente anticuado y a la zaga de la técnica" (Adorno, *Minima Moralia*). Y la desaparición del individuo, su transformación en muchedumbre vacía, aislada y sustituible, abre el momento de la reflexión,, del repliegue, de la contradicción, y obliga a nuevos planteamientos. Adorno sigue diciendo que:

"Quienes no deseen entregarse de lleno al individualismo de la producción espiritual ni lanzarse de cabeza al colectivismo de la sustituibilidad igualitaria y despectiva del hombre, están obligados a un trabajo en común libre y solidario bajo una común responsabilidad."

Inicialmente son dichos colectivos los únicos que están en conflicto con el sistema, pero ese conflicto todavía no afecta a sus fundamentos, porque no contiene en sí mismo un proyecto superador, es decir, aún no es histórico. A medida que el movimiento social desaparece, que los desposeídos son una masa incapaz de movimiento propio, los antagonismos no se perciben y las crisis no suceden. De la parte de los oprimidos no puede salir nada peculiar, ninguna iniciativa histórica. En su propia situación no encontrarán las condiciones para comenzar una lucha que no sea mera negatividad y descontento. Entonces son los grupos de disidentes quienes ocupan el lugar de la "organización de clases", ya que clase no hay. Quienes contraponen a la inactividad social la difusión de sus puntos de vista. Quienes propugnan un movimiento social sin tildarse ellos de movimiento social. Quienes se camuflan dentro de las luchas y critican la miseria de la vida cotidiana. Son, hegelianamente hablando, la conciencia de lo afirmativo, y están en el terreno de los utópicos, recordándonos la posibilidad real de un sistema nuevo, quienes diagnostican y no recetan, quienes preparan sus experimentos sociales sin anunciar panaceas. Quienes nos dicen, como Babeuf, que no creen "*que la posibilidad eventual de un retorno al estado de la comunidad sea una fantasía*" (*El Tribuno del pueblo*).

Es importante la propia existencia coordinada de quienes se oponen a la dominación porque demuestra la posibilidad al margen de ella. Estos grupos avanzan negativamente, sin definir demasiado un proyecto positivo, pues ahora importa más saber lo que no se quiere, y la experiencia colectiva merece mucho más interés como negación de una sociedad condenable que como afirmación particular de una práctica limitada. Es la capacidad de vivir afuera lo que dificulta la reproducción y lo que, si consigue generalizarse, ha de disolverlas. Por ahora lo único que pueden ofrecer a sus contemporáneos es un lugar donde ejercer sus cualidades, un medio para comenzar a concertarse y construir una sociedad dentro de otra y a la vez, aparte. Un proyecto de acción colectiva de ese estilo coloca en el mismo plano las virtudes de la sociabilidad, el amor a la libertad y las capacidades revolucionarias. Y la negación de ese proyecto adopta la forma del carácter. Reemprendiendo una vieja polémica anarquista, se debe recalcar el lado colectivo de la acción, la pasión común, frente a la individualidad, demasiado afectada por el carácter, pero sin olvidar que el factor subjetivo, la voluntad individual, ha de ser la fuerza motriz de la historia. El intento de excluir el capitalismo de nuestras vidas no es una llamada a la marginalidad; no es más que el empeño por conservar y ampliar las relaciones humanas en nuestro entorno, y dicho intento es ahora el punto central de la acción, el elemento a partir del cual se van a elaborar proyectos de exclusión más ambiciosos.

Quien apuesta contra el capitalismo está apostando por la revolución y reivindicará sus formas autónomas de lucha que son, según la crítica radical de los sesenta, "*la parte no vencida de un proyecto vencido*". Pero lo que distinguirá como revolucionario a comunas, coordinadoras, consejos, asambleas, etc, será su talante, su función y su acción, o sea, su contenido. Y éste ha de ser antiindustrial, societario, libertario. Porque el primer objetivo de toda revolución es "*la constitución de un espacio público donde aparezca la libertad, la constitutio libertatis*" (Hannan Arendt, *Ensayo sobre la Revolución*).

El resto llegará desde allí o no llegará.

Miguel Amorós.

Este escrito ha aparecido en el libro
Golpes y contragolpes,
la acción subversiva en la más hostil de las condiciones,
editado por Pepitas de Calabaza, 2005.

Abril 1998

El movimiento de parados en Francia visto con desencanto

[…]

En España, el problema de los parados fue ignorado por los sindicatos hasta hace bien poco. Un documento de CCOO en donde se dice que «situará en un segundo plano los incrementos salariales en 1998» es del pasado octubre y eso que la financiación sindical procede en más de un 70% de las cantidades que se perciben por cursos de formación, destinados principalmente a parados. Los sindicatos tienen un nivel de afiliación también bajo, el 11%, y han perdido miles de delegados desde las pasadas elecciones. En este país se desmanteló la estructura industrial antes de haber acabado de construirse, y la principal tarea de los sindicatos al formarse fue la de contener a los obreros, tarea que triplicó el número de parados. Las conquistas sociales, o fueron obtenidas en tiempos del franquismo por las luchas obreras de entonces, o por su continuación natural, el movimiento asambleario de 1976-78. Los sindicatos entrarían en escena como mercenarios del orden establecido, ayudando a congelar los salarios y a defender las primeras reformas laborales, las del Pacto de la Moncloa y del Estatuto de los Trabajadores. Con las fuerzas que dominaban el mercado del trabajo colaboraron en sucesivas reformas que progresivamente lo desregulaban, aunque desde 1973 los costes salariales crecían a un ritmo menor que la productividad. Las reformas del felipismo, la de 1984 y la de 1994, son responsables de la eclosión del empleo precario y del paro. Ellas abrieron el camino a la contratación temporal, al despido libre que amplió la reforma de 1997, y a la degradación de las condiciones de vida de más de ocho millones de personas. Y acompañaron a las reconversiones de los sectores naval, automoción, defensa y minería, la base del sistema productivo. En Francia, como la negociación colectiva desapareció en muchos sectores, el Estado sustituye a las organizaciones patronales como interlocutor, y los grandes acuerdos laborales son pactos políticos. En España, la concertación actual se hace principalmente con los empresarios, a través de varias mesas negociadoras, para que un punto no bloquee todos los demás, de acuerdo con el modelo alemán, que en Francia sólo quiere la CFDT. Dicho modelo da más peso a los burócratas intermedios, al personal que dirige las federaciones, los que introducen en los convenios las cláusulas de descuelgue que permiten medidas como la del aumento de la jornada de trabajo, la vinculación de los salarios a la marcha de la empresa, la aceptación de aumentos de salario diferidos, la discriminación de los nuevos contratados, la recalificación y la movilidad en el puesto, el trabajo en días de vacaciones, etc., aunque contradigan los acuerdos nacionales y la propia ley. Resulta patético que en plena agitación unánime por la jornada de 35 horas se compruebe que, por cuarto año consecutivo, ha subido la jornada media anual y la subida ha sido pactada en convenio. O que Volkswagen y Mercedes Benz negocien con los sindicatos para trabajar en sábados. O que se dispare el

número de horas extra trabajadas, que la prolongación ilegal de jornada sea una práctica generalizada en los sectores donde dominan las pymes y en la construcción, y que la quinta parte de la economía española esté sumergida. La jornada de 35 horas es perfectamente plausible puesto que los propios obreros la pagarán con «moderación salarial» y ritmos de trabajo más intensos. Y, dada la desregularización irreversible del mercado laboral, aunque no disminuya el paro, aumentará la precariedad. El hecho decisivo es que la clase obrera sufrió en España, durante los 80, la más completa de las derrotas, hasta el punto de desaparecer como clase. Por su parte los sindicatos no desean lamentarse de una situación de la que son los principales responsables y eso explica que habiendo más paro, mas «flexibilidad» y más precariedad que en Francia, la protesta sea muy leve. Que los asalariados no tengan confianza en sí mismos y que se hallen desmoralizados, que no crean en su fuerza y que en realidad no deseen luchar. Que les dé igual quien hable en su nombre y que acepten su destino como una inevitable fatalidad.

El trabajo, en ausencia de cualquier resistencia obrera, se comporta como otra mercancía más sometida a las leyes que regulan el movimiento general de precios, y la tendencia general consiste en reducir su precio hasta el límite mínimo, que no es otro que el nivel estricto de supervivencia, aprovechando la contracción de la demanda. De esta realidad nacen la precariedad y el paro. El parado es el trabajador en stock. Su mala posición fluye de la domesticación de los trabajadores, por lo que su movimiento no debe seguirles. Una alianza con el movimiento sindical llevará al suicidio a las asambleas de parados. Será una unión oportunista que destruirá cualquier intento de construir un movimiento autónomo. Los sindicatos impondrán de inmediato su programa, so pena de ruptura, y los parados cubrirán con su sostén activo una política reaccionaria de entente con la patronal y el gobierno que ha destrozado a la clase obrera. Políticos, sindicalistas, empresarios, hace tiempo que escogieron entre la dictadura de la economía y la suerte de las víctimas. Son partidarios del mercado único, donde el capital europeo competirá con el americano o el japonés. Los parados, prisioneros de esa política, habrán de fingir que creen que todo el mundo quiere lo mismo, que no hay diferencia de intereses entre nadie. Demostrarán su falta de ideas, de confianza en sí mismos, de coraje. £n esas condiciones, el único futuro que cabe a un movimiento como el de los parados franceses es el de servir de peón en el tablero del juego político. Porque está obligado a soportar toda clase de mediaciones. Porque su lucha no se dirige contra el mercado laboral, contra las leyes que gobiernan el mundo del trabajo y de la vida. Porque acepta que sus reivindicaciones más realistas son imposibles de satisfacer en el marco de las relaciones sociales actuales. Como la simple subida de los mínimos sociales. Como la de una renta suficiente para todos (mejor que una mala integración, una exclusión bien pagada). Como la de la gestión de todos los fondos que les conciernen, o la de declarar disponibles las viviendas desocupadas, etc. En resumen, porque ha de luchar de verdad contra las bases materiales de su miseria y no lo hace.

[…]

Miguel Amorós.

NOTA: Este texto es un extracto del folleto
«El movimiento de los parados en Francia visto con desencanto».

Octubre 1998

El partido del estado

"Quien es causa del poder de otro,
lo es de su propia ruina."
Maquiavelo

Un fantasma pena por el mundo al acecho de los vivos; el fantasma del Estado. La pregunta sobre su naturaleza ha dejado de ser la cuestión central de nuestra época. Vencido el segundo asalto proletario contra la sociedad de clases, los intereses estatales se supeditan a los del Capital y la iniciativa pasa definitivamente a las finanzas. En efecto, la Bolsa ha disuelto fronteras, y en todas partes, el holding, el *trust*, la multinacional, pasan pon encima de las instancias políticas y administrativas. Los diputados, los líderes sindicales, los intelectuales, los ministros, etc., ceden paso a los mánagers, a los expertos, al marketing. El principio de competitividad se impone sobre el principio de organización y el Estado se doblega ante la supremacía del Mercado. El poder real se manifiesta poco en la actuación administrativa y en la política cotidiana, porque ya no está en manos del funcionariado. El poder, en su crecimiento, se escapa del Estado. El progreso de la burocratización se ha detenido y, de nuevo, Estado y Capital, burócratas y financieros, son realidades separadas. En contraste con la evolución de los últimos cincuenta años, la tendencia histórica actual se dirige en el sentido de la pérdida progresiva de hegemonía del Estado.

La sociedad nacida tras la Segunda Guerra Mundial – en España, treinta años más tarde – basada en la integración política y social de los trabajadores, representados por los partidos y sindicatos, condujo a la parálisis de toda acción proletaria verdadera; la masa obrera, al beneficiarse de mejores condiciones de vida y de trabajo, rehusaba jugar el papel revolucionario que le atribuían, consolidándose un sistema político burocrático diferente, donde la carrera por el control total de la sociedad impelía al Estado, al aumento considerable de los gastos sociales. Ahora, la progresiva retirada del Estado de diversos sectores de la vida social como comunicaciones, transportes, sanidad, vivienda, enseñanza, etc., cuya apropiación en el curso de los últimos cincuenta o sesenta años fue defendida en tanto que servicio público, preocupa a políticos, intelectuales, funcionarios, y, en general, a quienes viven de su administración material o moral; el desasosiego que les causa la renuncia del Estado a representar el interés público está de sobras justificado, puesto que les coloca en mala posición como clase intermediaria que vive de representar dicho interés al menudeo, es decir, como clase al servicio del Estado, como burocracia, y pone en peligro

sus lugares de trabajo. El que los mercados financieros internacionales determinen ahora ese interés y no los pactos políticos resultantes del equilibrio local entre fuerzas, implicará a medio plazo la liquidación de una parte de la burocracia estatal y el reciclaje del resto, principalmente en la dirección penal y asistencial. Al sufrimiento burocrático consiguiente se le denomina crisis de la política.

La primera fase de este proceso, la domesticación de los trabajadores mediante la extensión de la precariedad y la creación de un mercado de trabajo volátil abandonado por los sindicatos, fue la creación de un partido del orden unificado, a derecha y a izquierda, plasmación de la alianza conjunta entre Estado y Capital. La ficción del interés público – a veces orden público – necesaria hasta hoy mismo, se vuelve inútil al final, cuando triunfa el Mercado, la reunión de los intereses privados por excelencia, y la diferencia entre la administración del Estado y la de las empresas deja de existir. La actuación de un político, de un funcionario, del propio Estado, está en adelante sujeta a valoraciones traducibles en términos económicos (sale barata o cara, se gana o se pierde, es rentable o deficitaria, etc.). Y puestos en ese terreno, todo lo que hace un burócrata, lo puede hacer un empresario con mejores resultados. No es el fin de lo público, es el fin de la separación entre lo público y lo privado. Es la generalización del principio de competencia capitalista, un verdadero golpe contra el Estado, el paso de la explotación mediatizada a la explotación sin intermediarios, que inaugura obligatoriamente una fase de desburocratización parcial, o como la llaman los afectados, de desregularización.

Sucede que la gestión de las necesidades de la sociedad de masas es cada vez más complicada, más ineficaz y, sobretodo, más costosa. El Estado ha fracasado en la tarea de tallarse una sociedad a su medida y no puede huir hacia adelante, extendiéndose más allá de lo que puede controlar, sin agotar los medios económicos a su disposición. Toda intervención estatal necesita ser financiada y el Estado no puede endeudarse más allá de un cierto límite sin verse en bancarrota. La burocracia política pierde capacidad de maniobra y el Estado pierde el respaldo de sus principales acreedores, que le desposeen poco a poco de sus atributos, incluido el que constituyó siempre su mayor justificación, el monopolio de la violencia. En el modelo social americano, que soluciona el problema del paro y la marginación no sólo con ETTs y asistentes sino con carceleros, la gestión de las prisiones está pasando a empresas y se desarrolla el próspero sector de la policía privada. En el modelo ruso, las diversas mafias compiten ventajosamente con la fuerza institucionalizada en el ejercicio de la protección. El Estado había evolucionado en los últimos tiempos privilegiando la seguridad, pero ésta no ha mejorado con la expansión de aquél, de modo que, el resultado (el caos, la catástrofe), ineluctable ahora, sale menos gravoso sin gestores y es objeto de la iniciativa privada. En un mundo realmente caótico, el Estado aparece como la forma burocrática del desorden. En la lógica de la dominación, es ahora el Mercado y no el Estado quien ha de gobernar.

El Estado es una forma de dominación todavía política que va a transformarse en una forma particular de Capital gracias al recurso de métodos empresariales. La autonomía de las

finanzas internacionales ha bloqueado el proceso de fusión de la burocracia privada de los ejecutivos con la burocracia estatal de los funcionarios y políticos, proceso sobre el que se asentaba el llamado «estado de bienestar» – que en España equivaldría al franquismo más la reforma política –, liquidando de un mismo movimiento todas las apariencias estatales de independencia, y eso es el centro de la cuestión. Y no es que la burocracia estatal no necesite marcar sus diferencias con los poderes financieros, es que no puede, ya que la razón de Estado se ha convertido íntegramente en razón de Mercado. La razón de Estado había sido hasta hoy el eje de toda la política contemporánea, debido a la necesidad de Estado que ha tenido la clase dominante para afianzar su supremacía. Por entonces ello supuso el condicionamiento de la acción política al objetivo único de la conservación del Estado. De esta forma el interés público fue identificado con el interés del Estado, y por ende, con el del poder dominante, primando sobre cualquier otro interés y justificando cualquier medio empleado. A diferencia de la razón de Estado totalitario, que de la ideología hacía Estado, la moderna razón hizo del Estado ideología. Al no haber autoridad por encima del Estado, la política perdió su cobertura ideológica y entonces recurrió a la necesidad económica, encarnación moderna del destino. La economía ha sido el límite ideológico del Estado que ahora se vuelve real.

El Estado como forma exclusiva de dominación al servicio de unos intereses ha entrado en crisis, y de ahora en adelante, toda crisis tendrá el efecto de acelerar el proceso globalizador de la economía. Finalmente, la dominación era un problema técnico, un problema que las tecnologías de la información resuelven sin pasar por la maquinaria del Estado, lo cual no es reflejo de una descentralización en la toma de decisiones sino, al contrario, de una centralización de nuevo tipo, porque mientras la burocracia se disuelve en el ciberespacio, el centro se ha virtualizado pero no ha desaparecido. El *umbilicus mundi* ha subido al cielo. La esencia del poder es de este modo casi inaprehensible, ya que éste no reside en un sólo país o en unas cuantas capitales sino que, gracias a las nuevas tecnologías, está en todas partes y en ninguna a la vez. Los dirigentes máximos habitan una metaciudad atravesada por autopistas electrónicas por donde circulan los capitales: un espejismo gobierna el mundo.

La mundialización no es solamente una simple amplificación y aceleración de la internacionalización de los intercambios comerciales, es la proclamación de la autonomía total y del dominio del capital financiero sobre el capital industrial y el Estado. Significa, entre otras cosas, la redefinición de la división internacional del trabajo, el fin del trabajo asalariado como forma de inserción social y el fin del control estatal del capital privado. O en otras palabras, el fin de la clase obrera, la imposibilidad de un capitalismo nacional, la liquidación del Estado–nación. El proceso ya se había desarrollado en el periodo histórico anterior, el de la hegemonía de las dos superpotencias, EE. UU. y la URSS, que eran dos Estados mundiales. El camino de la mundialización conduce a la disminución del peso específico de los partidos y de los parlamentos, «del poder de decisión de la ciudadanía» como dice el vocero europeo de la burocracia bienpensante Le Monde Diplomatique, que ante sus feligreses promueve una resurrección del espíritu nacional y un culto sin disimulos

al Estado. Se clama por una unión sagrada entre partidos de izquierda apoyada por los sindicatos y las asociaciones y se ensalza la punta de lanza de esa unión: la masa de funcionarios de a pie, bautizada como «mano izquierda del Estado», y sus mandos, o «petite noblesse d'Etat». La conversión de estalinistas y ecologistas a este nacionalismo de circunstancias es un hecho. Paradójicamente, el nuevo nacionalismo de Estado ha de librar batalla en el campo supranacional. A una internacional de los financieros ha de oponer una internacional de la burocracia: eso es el partido del Estado.

Los ideólogos extremistas del partido del Estado pretenden una federación de Estados que implicaría una especie de Estado europeo, y por de pronto, reivindican que las naciones transfieran poder al parlamento europeo y que éste reciba el mandato de las políticas «nacionales». También reclaman «un espacio público europeo que permita a los ciudadanos participar en la edificación de la Unión» (*Le Monde Diplomatique*, marzo de 1996). Pero la Unión Europea no es una federación sino un mercado, por lo que el parlamento europeo no es más que una instancia secundaria, un adorno, los parlamentos nacionales no tienen poder real que transferir, las políticas nacionales no existen y el terreno político europeo se halla hipertrofiado con toda clase de asociaciones, como el Forum Cívico Europeo, las Conferencias interciudadanas europeas, el Comité Europeo por el respeto de las Culturas y de las Lenguas, el Foro Europeo de la Juventud, organizaciones diversas, sindicales, de enseñantes, de investigadores, etc., verdaderos viveros no gubernamentales de burócratas de todo pelo. Tras esa «utopía» estatalista se esconde en realidad el deseo de ampliar la base internacional del partido, de crear una nueva zona de mediación interestatal, con asociaciones y organismos subvencionados no necesariamente útiles, pero que creen empleos para la «ciudadanía» de aspirantes a dirigentes.

El partido del Estado es la idea madre de la intelectualidad estatista, ansiosa por inventar un nuevo discurso políticamente correcto más allá de las habituales coartadas pacifistas, feministas o ecologistas. Pero en el plano de la acción, la burocracia política es incapaz de una coalición internacional que sea otra cosa que un club del estilo de la Internacional socialista, debido a la disparidad de intereses de sus componentes, y difícilmente forma una a escala nacional. Pero por encima de todo, la burocracia es incapaz de oponerse seriamente a las causas profundas de la mundialización, porque sólo cree en el poder y éste ya no reside en el Estado. Así pues, con la totalidad del discurso panestatista solamente comulgan los menos «realistas», quienes identifican todavía Estado y poder, como por ejemplo los estalinistas y su cohorte de izquierdistas. Y es que los intereses de la burocracia no apuntan a un Capitalismo de Estado sino a un Estado en el Capitalismo. Como los antiguos mandarines, la burocracia es una clase que no detenta el poder sino que lo administra, que no posee nada, que no controla su reproducción y que se representa a sí misma representando a otros: al Estado, al Ciudadano, al Obrero… No ejerce función de dirigente sino de transmisor. Obedece y manda. Además, de acuerdo con la naturaleza de su mediación varían sus intereses. Por consiguiente, su partido, el partido del Estado, otrora llamado «la unidad de la Izquierda», no puede existir unificado orgánicamente, a lo sumo

puede funcionar coaligado. No es un partido ideológico sino un conglomerado de intereses varios y de clientelas diversas. Cada fracción defiende sus intereses específicos y la mayoría – los socialdemócratas y los sindicatos – propugnan «terceras vías» o «nuevos centros», o sea, que se sitúan fuera de él, en un lugar indeterminado entre la estatización y el mercado global, más cerca del segundo que de la primera. Como dijo González a sus compadres italianos, «Un Olivo mundial sólo puede entenderse como una declaración de intenciones». En resumen, una internacional de la burocracia no sirve más que para cantar, el huevo se pone en otro nido. Disimulan, cada sector a su modo, el hecho flagrante de que, para poder seguir en política, el partido del Estado ha de «estar constantemente ajustando la política según la orientación de los mercados» (G. Schroder), es decir, ha de hacer exactamente lo contrario de lo que ha pregonado.

En tanto que representante de los intereses generales de la burocracia, el partido del Estado parte de los principios que la justifican, como el de la separación entre el ciudadano y la administración pública – la separación entre gobernantes y gobernados, o sea la especialización del poder – o el de la necesidad del mantenimiento permanente de aparatos policiales y ejércitos. Es un partido de orden – no conviene olvidar que el partido del Estado puede llegar a ser el partido del crimen de Estado cuando crea que el orden lo requiere – que dice defender la «justicia social» a su manera, con una gran burocracia asistencial. Sus falsos contrincantes, o lo que es lo mismo, sus verdaderos interlocutores, las fuerzas que dirigen el Mercado, el partido de la Mundialización, no son enemigos jurados de la burocracia ni pretenden abolir el Estado. Quieren simplemente someterlo a las leyes económicas y dan preferencia al desarrollo de una burocracia judicial y carcelaria, con el fin de controlar las contradicciones de la Economía. Piensan que el orden planetario puede concebirse de forma diferente a la del Estado mundial, a saber, como un espacio sometido a la Economía incontrolada y vigilado por un Estado gendarme. Entonces, partidarios también del Estado hasta cierto punto, no solamente no combaten al partido del Estado, partidario del mercado global también hasta cierto punto, sino que frecuentemente se sirven de él para imponer sus planes sin despertar resistencias que les inquieten, puesto que se ha de favorecer al máximo la adaptación de las estructuras productivas locales al mercado mundial autoorganizado y el descontento generado ha de adoptar formas inocuas y perseguir fines irrelevantes, tareas ambas que hasta hoy constituían la misión histórica de dicho partido: en Europa han sido llevadas a cabo mayormente por gobiernos socialistas, normalmente con apoyo estalinista. No es nada extraño entonces que entre las distintas esferas de poder haya una cierta permeabilidad y que los dirigentes circulen por ellas, como lo demuestra la buena acogida que reciben en los círculos empresariales o el paso cada vez más extendido de la política a los negocios; diríase que, siendo la política algo subalterno, un dirigente llega a la madurez cuando la deja.

El partido del Estado se quiere constituir cuando el trabajo contrarrevolucionario del Estado y de sus partidarios se está acabando. La posibilidad de verdaderos movimientos sociales que atacan las bases de la miseria y de la opresión, discuten sobre la reorganización social y

formulan proyectos de emancipación humana se ha vuelto irreal; solamente se dan movimientos de supervivencia perfectamente controlables. El partido del Estado, en su etapa actual, no significa un obstáculo para la economía, antes al contrario, es el partido de la economía. Como dijo un significado experto, «sin el Estado no se puede hacer nada». Todavía tiene que dirigir el proceso globalizador, tal como demuestran los ascensos de Blair, Jospin, D'Alema… Todavía ha de realizar la tarea de su antagonista, a saber, la de desmantelar el Estado. Así pues, el partido del Estado se bate por su última tarea, la de preparar la transición hacia un orden mundial en el que ya no será necesario.

Cuando la sociedad funciona a través de una fuerza organizada y separada que recauda impuestos, decreta normas y las hace cumplir, estamos ante un hecho político singular, el Estado. No es una realidad intemporal, tiene fecha de nacimiento y también de caducidad. Como acertadamente dice Bakunin, el Estado es una forma histórica de sociedad, y como tal, perecedera: "Es la autoridad, es la fuerza, es la ostentación y la infatuación de la fuerza." En efecto, el poder – la autoridad que confiere el monopolio de la fuerza – es el elemento clave del Estado y la razón última de su ser. A diferencia del antiguo, el Estado moderno – después de que Maquiavelo revelara su verdad íntima – no necesita razones divinas para explicarse, se justifica por sí mismo, él mismo es su propia finalidad. A eso llamaron la Razón de Estado. Sin embargo dicho Estado ordena una sociedad dividida, donde a lo largo de la reciente etapa histórica, una actividad específica, la economía, se ha vuelto independiente y ha acabado por dominar el resto de actividades sociales, particularmente la política, es decir, el ejercicio del poder. La clase dominante, la burguesía, es la clase que controla la economía. Lo económico es cada vez más infraestructura y superestructura pues lo político ha perdido toda su autonomía: la Razón de Estado se ha convertido en Razón de Mercado. Más adelante, en una etapa posterior, cuando los gobiernos establezcan el desarrollo económico como directriz absoluta de la política estatal, el Estado, que ha perdido su carácter político a nivel nacional, da un paso adelante en su dependencia económica y de instrumento exclusivo de dominación de una burguesía local cualquiera pasa a obedecer los designios de la elite corporativa internacional. Las relaciones interestatales dejan también de ser estrictamente políticas. A semejanza del planteamiento de Hobbes, una nueva teoría capitalista del Estado se fundaría en un contrato de sumisión ideal por el cual los individuos con derecho a voto (o ciudadanos) renuncian a sus derechos políticos en la medida que traban la libre desenvoltura de las finanzas internacionales. Algunos detalles parecen corroborarlo, como determinadas medidas de orden público y de reforma financiera, y, sobre todo, las cláusulas relativas al déficit presupuestario y al pago de la deuda estatal incluidas no hace mucho en el ordenamiento jurídico constitucional. Desde entonces los individuos, que ya no existían "de facto" como seres independientes frente a los mercados nacionales, dejan de hacerlo legalmente, porque han traspasado "de jure" – o lo han hecho otros en su nombre – su libertad al Mercado mundial.

Desde que el desarrollismo es ley, Estado y Capital dejaron de ser realidades distintas. Interés público e interés privado económico coincidieron en apariencia. El código mercantil

pasó a ser la fuente principal de derecho civil. Esa nueva racionalidad desencadenó una reorganización de las fuerzas económicas de tal magnitud que pusieron fin a la democracia típicamente liberal, al Estado-Nación y al capitalismo nacional. Se dieron entonces las condiciones de una separación radical entre producción y finanzas, que se concretó en una deslocalización productiva, una circulación plenamente libre de capitales y una expansión unilateral del crédito (y del riesgo financiero) a escala mundial. La mundialización tuvo profundas consecuencias: la supresión de barreras a la especulación, la desregulación del mercado laboral, la corrupción del sistema de partidos, la pérdida de influencia de los sindicatos, la atomización y dispersión del proletariado, la liquidación definitiva de la agricultura no industrial, la decadencia de las clases medias, el endeudamiento institucional y social… En una primera fase que podríamos calificar de neoliberal, el periodo eufórico de las burbujas inmobiliarias, tecnológicas y, en general, financieras, el papel del Estado tendía a reducirse al mínimo. El Estado había perdido su función mediadora entre la sociedad y los mercados, por lo que sus servicios habían dejado de ser necesarios. El Estado se justificaba exclusivamente por la Economía, esfera adonde se había desplazado el poder: tenía que estar a su servicio. La sociedad globalizada requería pues un desmantelamiento del Estado en todos los sectores ajenos a la defensa de la violencia económica, pero el Estado mínimo no es un Estado fantasma, sino un Estado policía. Es bien sabido que la libertad económica se lleva mal con las libertades sociales, pero ahora incluso con el espectáculo de la libertad. Las medidas disuasorias dominaron pues sobre las preventivas. La desregulación de los mercados, la contaminación o el agujero en la capa de ozono no implicaban un desarrollo de los medios de control social tradicionales puesto que la prevención y el garantismo resultaban caros, sino solamente el incremento de los mecanismos de choque, especialmente las fuerzas de intervención rápida, los programas de evacuación, los centros de detención de indocumentados y el armamento antialgaradas. El Estado policía ya no podía permitirse un adiestramiento positivo de la población bajo condiciones de supervivencia cada vez más extremas y tenía que habituarse a la contención y la concentración. El Estado policía no es un Estado de derecho al margen de la economía, sino un Estado de excepción donde la ley deroga todas las garantías jurídicas que obstaculicen el dominio absoluto de la economía. Imperio de la ley sí, pero de la ley de los mercados. La libertad de las personas es sólo un subproducto degradado de la libre circulación de los capitales.

El Estado-Nación, sin embargo, no se disolvió sino idealmente, sobre el papel. En Francia la industria nuclear, terreno en el que un cierto interés nacional de clase puede formarse, impedía esa disolución, y, en el resto de estados, precisamente la desaparición de ese interés desempeñaba el mismo papel. Los tejemanejes de la economía real y los fondos europeos los Estados proporcionaron suficiente efectivo para conservar e incluso agrandar el aparato político-burocrático, dando lugar a una patrimonialización partidista de la cosa pública favorecida por una Ley de Transparencia ausente. Así pues, la “clase” política estableció alianzas con los principales grupos de poder económico: los bancos, las grandes constructoras, las eléctricas, las grandes compañías del gas y el petróleo, las multinacionales

del transporte y la distribución… El resultado fue que los Estados no defendían intereses económicos generales sino intereses particulares. Puede que los organismos directores de la economía global tales como el Tesoro americano, el FMI, la OMC, la Comisión Europea, el BCE, etc., dictaran orientaciones, pero no suplantaban a la oligarquía nacional político-burguesa: el Estado se debía antes a las corporaciones que trataban con él a través de su propia clase política y esa prioridad determinó una globalización más caótica de lo que cabía esperar. Es más, cuando la crisis ecológica se vio reforzada por el fenómeno del calentamiento global y el aumento exponencial de la demanda energética, reorientando los mercados capitalistas hacia el negocio verde, la función de conciliar la ecología con la globalización fue otorgada por sucesivas "Cumbres de la Tierra" al Estado. El ambientalismo se convirtió en una fe política, con dogmas, íconos y soluciones sencillas "de mercado" para todos los problemas. Tras ellas el Estado tuvo que encargarse de poner en marcha los dispositivos locales de los nuevos mercados mundiales de la descontaminación, la descarbonización y de la energía, responsabilizándose de los residuos y subvencionando los sectores insuficientemente rentables como el de los agrocombustibles o el de las renovables industriales. La etapa del "desarrollo sostenible", la que correspondía a la valorización del territorio, devolvió protagonismo al Estado en tanto que promotor y legislador de la "sostenibilidad", nueva propiedad de la acumulación de capitales, pero sobre todo, como Estado inversor, costeando las infraestructuras, a menudo innecesarias, como megapuertos, aeropuertos, trenes de alta velocidad y autopistas, fruto de la megalomanía dirigente combinada con el interés privado y la corrupción política. El desarrollismo es una constante huida hacia delante y toda huida capitalista hacia delante ha de ser tutelada y financiada por el Estado. Cuando el coste es ruinoso se le llama crisis.

Las crisis ponen cada cosa en su sitio. La verdadera naturaleza del sistema queda al descubierto y el lado ficticio del dinero y del crédito se hace patente cuando el descontrol financiero y estatal sobrepasa los límites. La relación Estado/Economía tiende a invertirse: a fin de cuentas el Estado puede existir sin capitalismo pero el capitalismo jamás subsistirá sin el Estado. Cuando el Estado es amenazado por la Economía se descubre que en realidad la Economía depende del Estado. El Estado, o sea, la fuerza (y la autoridad que ésta confiere), es en último extremo su único baluarte. El valor, el factor abstracto convencional que fundamenta el capitalismo, no tiene otro asidero más seguro. La globalización ha acarreado un capitalismo de Estado. Efectivamente, el capital no es una acumulación de objetos, conocimientos y medios, sino una relación social mediatizada por todos ellos, pero cuando por ejemplo, un enorme agujero crediticio, o una gigantesca acumulación de activos ficticios, o el agotamiento previsible del petróleo, quiebran esa relación con más eficacia que una insurrección popular, solamente la fuerza estatal puede recomponerla y asegurarla. Las crisis, al señalar el Estado como tabla de salvación, le transfieren el poder que los mercados le habían arrebatado. El Estado se convierte en el gran interlocutor, no porque haya recuperado sus antiguas funciones políticas, sino porque se ha puesto realmente al servicio del interés general económico: se ha vuelto economista. La autoridad estatal sustituye en el tajo a la pretendida autorregulación de las finanzas incontroladas. El nivel de

endeudamiento condiciona por supuesto su libertad de movimientos puesto que sus acreedores ante todo han de asegurarse el reembolso de los préstamos y el pago de intereses; pero la gravedad de las crisis, es decir, la amenaza del colapso económico, amplía los márgenes de actuación. El salvador ha de ser salvado previamente si las circunstancias lo requieren.

El Estado parece ser la respuesta a todas las cuestiones sociales y el amigo de todas las clases. Los bancos y los Gobiernos autonómicos recurren al Estado para ser intervenidos; los empresarios apelan al Estado en demanda de liquidez; los funcionarios le exigen moderar los ajustes; los sindicatos mendigan empleos, los comerciantes, rebajas de impuestos; e igualmente se dirigen al Estado los pensionistas, los inmigrantes, los mineros, los compradores de productos financieros tóxicos, los fabricantes de placas solares…, cada cual con sus problemas particulares. Ya no se ocupan los lugares de trabajo, ni ocurren manifestaciones en los barrios; se viaja a la capital para llamar la atención del Gobierno, o en su detrimento, del ministerio correspondiente, con la esperanza de sentarse en una mesa de negociación. Advirtiendo de su perversa y abstracta naturaleza, alguien dijo que el Estado era el mal, pero resulta que es un mal con el poder de intervenir en una sociedad paralizada. Las crisis económicas y ecológicas actuales desembocan en crisis laborales, fiscales, crediticias y asistenciales, pues la transferencia de capitales que debe colmar la deuda energética, bancaria y administrativa se efectúa a costa de la población. El Estado ha de asegurar que el proceso discurra con orden y que la destrucción definitiva de la sociedad civil no genere focos de resistencia que causen a los dirigentes problemas de consideración. El Estado lo es todo, porque sus súbditos no son nada. En esa atmósfera de temor y sumisión, la lucha de clases, lejos de reaparecer como lucha contra el Estado, se disuelve en peticiones ciudadanistas de reforma política que sitúan al Estado en el máximo nivel, por encima de todas las clases. Si, al final, todo es cuestión de poder, la correlación de fuerzas no puede ser más desfavorable para los inconscientes desposeídos. Los usurpadores de la representación popular, los autoproclamados portavoces de la ciudadanía, “los macarras de la tiranía” en palabras de Sexby, los han persuadido de prostituir su libertad para mejor entregarlos al enemigo.

Nosotros venimos llamando partido del Estado a la tendencia que propugna una conciliación entre capitalismo y parlamentarismo, a través de una fórmula que, todo y alentando el crecimiento económico y la oferta de empleos, permita un juego político menos condicionado por la economía. Para los partidarios de otro tipo de capitalismo, de un capitalismo políticamente correcto, con rostro humano, el Estado es el bien supremo. Es la llave maestra de todas las puertas que conducen a la reinvención de la democracia populista, y el motor de una nueva sociedad, capitalista por supuesto, pero mucho más receptiva a las pequeñas empresas políticas, gracias a sus canales de participación. Hablamos de un partido que se opone a la reducción del número de concejales y diputados; bien al contrario, pide la expansión de la burocracia, pues representa a las clases medias en descenso, cuyo componente más afectado es el funcionariado. Del movimiento

contracumbres a los indignados del 15-M, pasando por la creación o renovación de partidos terceros a base de antiguos fragmentos estalinistas, socialdemócratas o nacionalistas, se levanta una falsa oposición que en nombre de las masas ciudadanas en precario llama al gobierno lo mismo para un roto que para un descosido. Así igual pide al Estado que aplique la tasa Tobin, que decrete la Renta Básica, reforme la ley electoral, elabore un programa decrecentista, consiga créditos para las pequeñas empresas, desoiga las recomendaciones de las autoridades monetarias o nacionalice la Banca. En resumen, que el Estado detenga, regule o simplemente negocie los plazos de la transferencia de capitales desde las clases endeudadas hacia las finanzas especulativas. Que gestione la crisis en beneficio de las clases perdedoras en el mercado mundializado, justamente lo que el Estado no puede hacer porque su misión es exactamente la contraria. El Estado no es un islote en un mar de finanzas embravecidas, sino una institución de la economía globalizada. El verdadero partido del Estado sería el de los partidarios del mercado mundial y del crédito a muerte; la elite política financiera e industrial que está al mando. En pocas palabras, los grandes partidos oficiales. Y lo que hemos llamado hasta ahora partido del Estado, sería mejor el partido del Estado nodriza, una especie de Partido Nacional que reclamaría para el Estado funciones dirigentes propias de la etapa preglobalizante. Partido pues de la burocratización intensiva, del presupuesto hinchado y de la deuda estatal, del mercado nacional, del empleo subvencionado, sin otra finalidad que la reconstrucción de la influencia perdida de una casta populista que ha servido bien a la dominación hasta la irrupción brutal de las fuerzas económicas transnacionales.

En la sociedad industrial desarrollista, la concentración de poblaciones masificadas en espacios asfaltados y urbanizados, sometidas a una clase dominante extremadamente jerarquizada y móvil, requiere un aparato de poder complejo y desarrollado, una sofisticada “megamáquina”. La conservación de las condiciones capitalistas esenciales obliga no sólo al sacrificio de la política autónoma, sino a la reducción de la burocracia partidista, de forma que la alternativa entre un Estado demócrata repleto de diputados y otro autoritario relleno de cargos arbitrarios es falsa; en una sociedad esclavizada por “los mercados” la opción discurre entre un Estado capaz de saldar sus deudas y otro insolvente. El primero puede permitirse mayor imaginería democrática a la hora de aplicar las medidas terroristas que impone la buena marcha de la economía. El segundo ha de plegarse a las exigencias de instancias exteriores cuyas órdenes se manifiestan a través de un Estado mejor administrado que les sirve de referencia, como es el caso de Alemania. En el otro extremo, una sociedad libre de condicionantes económicos es más que nunca una sociedad emancipada de condicionantes políticos, libre pues tanto del Mercado como del Estado. Una sociedad sin cargos electos, sin ejecutivos, consejeros ni asesores. Es una sociedad sin dirigentes ni expertos que ha de funcionar fuera de la economía autónoma y de la política profesional o amateur. Eso significa que ha de recrear en su seno condiciones no capitalistas suficientes e instituciones democráticas horizontales que hagan posible una existencia sin Estado. En palabras de P. J. Proudhon:

“Encontrar una forma de transacción que, unificando la divergencia de intereses, identificando el bien particular con el general, borrando la desigualdad natural mediante la formación, resuelva todas las contradicciones políticas y económicas; aquella donde cada individuo sea a la vez productor y consumidor, ciudadano y príncipe, administrador y administrado; donde la libertad aumente siempre sin que nunca sea necesario alienar nada; donde el bienestar crezca infinitamente, sin que nadie sufra, bien de parte de la sociedad o bien de sus conciudadanos, ningún perjuicio, ni en su propiedad, ni en su trabajo, ni en su peculio, ni en sus relaciones de interés, opinión o afecto con sus semejantes… Yo no pido ni el bien, ni el manejo de los asuntos de nadie, y no estoy dispuesto a sufrir que el fruto de mi laboriosidad sea presa de alguien. También deseo el orden, tanto o más que quienes lo perturban con su pretendido gobierno; pero lo quiero como efecto de mi voluntad, como una condición de mi trabajo y una ley de mi razón. No lo soportaré jamás si proviene de una voluntad exterior, que me impone como condiciones previas la servidumbre y la esclavitud”. (*Idea general de la revolución en el siglo XIX*)

En 1850 Proudhon, cuyos conceptos de propiedad y de trabajo derivaban de la economía “moral” típica del proletariado primitivo, creía que podría saltarse la lucha de clases con esa fórmula transaccional que él llamó “contrato”, especie de pacto social federativo desde la base social organizada, “en lugar de la alienación de las libertades, del sacrificio de los derechos, de la subordinación de las voluntades.” Es en cierto modo lo que hoy ensalza cierto ciudadanismo económico y municipalista, pacifista, encandilado con las cooperativas autogestionadas, las redes de consumidores y las monedas que llaman solidarias. Sin embargo, la historia, y, por consiguiente, la memoria de la experiencia, nos han enseñado que el conflicto es insoslayable, que la dominación utilizará todas sus fuerzas y recursos a su disposición para mantener la población en un estado de sumisión permanente, que la liquidación de los múltiples intereses de clase o de casta y que la supresión una tras otra de todas las piezas de la maquinaria gubernamental será obra de un sujeto revolucionario todavía por formar, y que el pacto o contrato social que lo constituya no se acordará en luchas laborales o reformas políticas, sino en revueltas territoriales y crisis urbanas. Cuando triunfe, los acuerdos entre iguales sustituirán a las leyes, y la libre federación de comunidades hará lo mismo con el Gobierno y el Estado. Es un camino largo y difícil, pues ha de pasar por encima de muchos cadáveres vivientes que, a pesar de haber sido sentenciados por la evidencia histórica, se obstinan en seguir coleando, abrazados al mundo tal cual es, el único lugar donde su sinrazón cobra sentido.

Miquel Amorós, octubre 1998.

Publicado en *Ekintza Zuzena* n°25, 1999.

Este escrito ha aparecido en el libro
Golpes y contragolpes,
la acción subversiva en la más hostil de las condiciones,
editado por Pepitas de Calabaza, 2005.

1999

Marzo 1999

La tartuferia en el medio contestario

Carta a los responsables de la Lletra A

"El alboroto no prueba nada. A menudo
una gallina que no ha hecho otra cosa
que poner un huevo cacarea como si
hubiese puesto un asteroide."
Mark Twain, *Siguiendo el Ecuador*.

Buenas son las polémicas y, quien tema generarlas, mejor que no escriba. Pero, como toda lid, tienen sus regias. Cuando alguien publica un artículo en una revista abierta a la discusión, no ha de sorprenderse si en el siguiente número figura una respuesta discrepante. Pero causa cuando menos extrañeza que una revista publique, *sin dar ninguna explicación*, un texto – el mío – y, a continuación, otro firmado por un tal **Philippe** que, a modo de supositorio, lo revoca. Ya me parece estar viendo "*la influencia directa de los zapatistas*". Da la impresión de que, con la publicación del dichoso artículo y de un oportuno antídoto, se pretenda anular su posible impacto crítico. Si éste era el objetivo, más valdría no haberlo publicado y santas pascuas. Eso es lo que ha pasado con "**El movimiento de parados en Francia visto con desencanto**" (abril 1998)**,** que apareció en vuestra sección "Espai obert" del número 54 de *La Lletra A***.** No creo que por vuestra parte se trate de una maniobra y, antes que excusas, prefiero recoger el guante felipista y pagar amor con amor, como es de recibo. Esta vez me traerán sin cuidado las maneras, es decir, que si al publicar mi respuesta procedéis contra el gusanillo de la crítica al estiio de la patata de Montsanto, *con pesticida incorporado*, tanto peor.

En el fondo, mi contrincante sólo se ha molestado por unos cuantos párrafos que pinchan el globo de la asamblea de Jussieu. Como a cualquier *branché* de la moda contestataria, sóio ¡e interesa el tema objeto de su mistificación. Así pues, me sale con la cantinela de aquél que reparte o deniega "*patentes de revolucionañdad y denominación de origen de movimiento social desde lo alto de un santuario teórico*" y me reprocha el subestimar el papel de los colectivos autónomos de parados, con su "*tonelada de textos*". Si alguien me hiciera caso, creería "*que no ocurrió nada en Francia*". Para "teóricas" las jeremiadas de la asamblea que pontificaba sobre la "*abolición del trabajo*" o la "*reapropiación de la vida*" sin concretar jamás un detalle de su realización. Y para lo que pasó en Francia, me limito a citar un testimonio:

"*EL 'movimiento de parados', en realidad era conducido por los medios de comunicación que tomaban el relevo de las acciones espectaculares pero muy aisladas de unos cuantos individuos animados o desesperados y de algunos izquierdistas más o menos encuadrados en sindicatos (AC!, CGT, etc.). El eco mediático difuso creó la ilusión de un movimiento a escaía-nacional que suscitó tentativas de coordinación de lo que de hecho no eran más que migajas dispersas de agitación: ni la gran masa de 'parados y precarios' directamente afectada, ni el resto de la población constantemente amenazada de desclasamiento durante los últimos años, creyeron conveniente sostener tal 'movimiento'*" (*Notas y Fragmentos Escogidos***,** n°1, Bertrand Louart).

Situados los colectivos autónomos en su contexto, es decir, en el seno de un "no movimiento" mediatico-sindical, con buenas dosis de indiferencia social, no puede sino resaltarse su posición inestable y testimonial. Además, ni todos los colectivos eran autónomos, ni la calidad de los textos se mide por toneladas, ni, por desgracia, han avanzado lo suficiente en la clarificación de ideas y en su coordinación como para constituir un movimiento.

Se ha dicho nada menos – en prólogo del libro *Los Parados Felices* – que Jussieu "*tal vez sea el exponente más radical*" de "*esa ola que recorre Francia*", pero no creo en mi modesta opinión que se alcancen las cimas de la radicalidad, por ejemplo, plantando coles en un parque parisino y dejando tranquilas las ETT's. Ni tampoco creo que el lenguaje de Jussieu refleje "*no sólo una capacidad de análisis crítico de la realidad socioeconómica global actual, sino sobretodo la alegría y el humor de quienes se han reapropiado del tiempo – el tiempo liberado del trabajo – y, con palabras e imágenes en las que cualquiera puede reconocerse, lanzan un desafío desde su cotidianidad* a *los gestores de la miseria social*". ¡Ahí es na! Quien tome la retahila de tópicos que componen la mayoría de la producción panfletaria de Jussieu por análisis o confunda sus "paseos" con el tiempo reapropiado, va dado: creyendo comer liebre, se habrá zampado un gato. El pavoneo triunfalista, el autobombo entusiasta, la autocomplacencia superlativa, ese es el estilo dominante en Jussieu, que ha sido denunciado en la misma asamblea. Cito por ejemplo el panfleto **"**Lo que sucedió en Jussieu (continuación ¿y fin?)":

"*Constato que ciertas personas tienen una desmesurada propensión a magnificar las acciones y el rol de la Asamblea. Basta con mirar el estilo deplorable de algunos textos* (El lunes al sol, *por ejemplo); ¿Es posible contar las cosas llanamente, sin vanagloriarse? Esta Asamblea no tiene nada de extraordinario, existe y punto; evidentemente es mucho para los que participan en ella, pero no hay que ocultar que es muy poco en relación con el movimiento de parados, y casi nada en relación con la insatisfacción que reina en una ciudad como París. Habría que dejar de jugar a películas con bellas frases exaltadas y evaluar nuestra influencia en sus justas proporciones. A ese respecto, el autoilusionismo entre algunos es tal que se plantean diversas puestas en escena, el aspecto 'lúdico' (¡puaf!) que hay que dar a las acciones, etc. Pero ¿qué sentido tienen todos estos* simulacros? *¿realmente hay que precisar que no somos una* empresa de espectáculos, *aunque fuesen críticos y*

revolucionarios? ¿O bien es ya demasiado tarde y la Asamblea se ha transformado en un teatro donde cierta gente se complace en el espectáculo que ofrece de su radicalidad?"

Por otra parte, las capulladas de Jussieu no han sido originales; escenificaciones y disfraces hace años que se ven *en* las manifestaciones de estudiantes, maestros, gays, ecologistas, etc.; todos se felicitan por el "ambiente festivo" que acompaña a las protestas y, aquí paz y después, gloria. Es un toque *light,* "diver", como dicen ahora, un cachondeo inocente, -como el partido de fútbol por las calles de París entre 150 o los programas "indiscretos" de la tele. Es curioso que gente que se toma tan en serio a sí misma y que, por definición, carece de sentido del humor, tenga la boca llena con esa palabra. El humor se esfuma cuando se le utiliza para fines didácticos o apologéticos. Repartir *vin chaud* a los manifestantes cegetistas es una humorada sin ingenio, prueba de poca seriedad pero no de humor. Hechos así dan risa sólo porque dan pena y no todo el mundo en Jussieu estaba de acuerdo con ellos:

"*Hubo un tiempo (y no es la mejor cosa a tener presente de aquella época) en que lo 'lúdico' era una provocación. Ahora, está perfectamente integrado. No hay más que ver la omnipresencia en los medios de comunicación, la publicidad, la educación, el ocio o el trabajo, del juego y de sus consecuencias, a saber, la renuncia al menor esfuerzo, a la reflexión y al rigor. Esta sociedad ha desarrollado, al mismo tiempo, la obligación de trabajar y la obligación de divertirse. Diríase que lo 'lúdico' se convierte en un reflejo condicionado, que nuestra generación está tan empapada de esa manera de ser en general que, cuando intenta construir su punto de vista y encontrarse a sí misma, desarrolla espontáneamente esa ideología.*" ("Reflexiones sobre la Asamblea de Jussieu").

El medio radical ganará mucho si consigue marcar distancias con un espécimen sociológico en auge al que yo llamo *boyscout*. El boyscout es el *philistin* de base, el tartufo populista moderno, el "progre" de ahora. Para él, la acción es menos interesante que la "*manera de reunirse*" para "*dialogar de todo*". La comunidad es ante todo el mercadeo de la intimidad, la miseria en común, donde cuentan las personas y sus emociones. Pero el egocentrismo es esclavizante y no liberador. La manía de esperar beneficios psicológicos inmediatos de la menor movida – gozar, divertirse, afirmarse, etc. – le lleva a tratar los temas en términos de sentimientos personales. Busca su "realización" a cada momento y se vuelve incapaz de diferenciar, en su narcisismo caracterial, lo que es del dominio del *ego* de lo que es simplemente un acto público. Precisamente el secreto del Poder consiste en movilizar tales sentimientos, que desembocan en una desvalorización del carácter objetivo de la acción. La intervención pública no se encamina entonces hacia la subversión del orden establecido, o hacia la creación de uno nuevo, aunque se proclame en voz alta, sino que apunta realmente a la formación del carácter – a la "autorrealización" – y para ello no es necesario ser consecuente con las ideas. Por eso es fundamental *la separación entre la discusión y la acción* y las decisiones en común están de más. Evidentemente, todo esto el boyscout lo ve como la mismísima expresión de la libertad, una "*tentativa de superar la ley de hierro de la línea política que reina en las organizaciones*" con la ley de goma del todo vale. El boyscout quiere "*plantearse iodo de nuevo, pero no con los de siempre*". El boyscout busca a otros

boyscouts, y no le importa que vengan de partidos o sindicatos; de hecho no le importa de donde vengan. Si el carácter subversivo de una asamblea le es conferido por la cantidad de odio que despierta entre los defensores del viejo mundo, el escándalo de Jussieu, donde todo el mundo era bien recibidores que *no tenía enemigos.* Hasta el servicio de orden de la CGT se enrollaba. Resulta significativo que, para darse tono, la asamblea, tras arduo debate, encontrase a un enemigo, la prensa, y prohibiese la entrada a los periodistas, aceptando su presencia su presencia ¡en tanto que individuos! La lógica de tal comportamiento es como la de aquél que no aceptasen un rumiante porque era camello, pero que no objetase nada al camello si se comportaba como rumiante. Enfin, una lógica semejante presidía la extraña afinidad entre los boyscouts de Jussieu y la gente de AC!.

AC! es una organización muy moderna en cuanto a la técnica de manipulación que practica. En principio, no tiene militantes, sólo portavoces. Es una razón social, un buzón de correos, al que todo el mundo puede pertenecer cuando quiera y dejar de hacerlo cuando le venga en gana, *en tanto que carne de cañón*. Los portavoces, dirigentes troskoides de SUD, reivindicarán o condenarán las acciones de la base, según dicten sus cálculos políticos. O las dos cosas a la vez, si la necesidad obliga. AC! aporta a la gestión burocrática la novedad de no usar militantes; sólo profesionales y masa de maniobra. Puede decirse que la base de AC! está hecha de militantes en precario e indocumentados. Los izquierdistas y los boyscouts tienen muchos puntos en común: refugiados en su pequeño mundo, ambos cambian la realidad por una ilusión en cuyo centro se han instalado. Ello es fruto en los unos de un estado mental disperso, de una *falsa conciencia*, y en los otros, de una cristalización teórica delirante, es decir, de una *ideología*. No es por casualidad que el compilador de los textos que componen el libro *Los Parados Felices*, favorable a Jussieu, haya incluido en pie de igualdad un buen ramillete de chapuzas de AC! La confluencia se produciría en el ataque del 11 de febrero a Cash Converters, empresa de usura, decidido entre gente de Jussieu – no en asamblea, ya que ésta carecía de poder de decisión, lo que habría la puerta de par en par a la provocación militante – y AC! La acción fue catastrófica; la policía esperaba a los manifestantes – AC! practica una curiosa política de cobertura mediática consistente en prevenir a los propietarios – y el resultado fueron cuarenta detenidos. Cuatro de ellos pasaron a la cárcel ¡y los portavoces de AC! París desautorizaron la acción! De golpe toda la asamblea se vio involucrada en un activismo en pro de los detenidos; un grupo reducido monopolizaba la palabra. Solamente era cuestión de informes sobre los presos y de asuntos técnicos relativos a hipotéticas acciones. Hay quien proponía conferencias de prensa y chorradas por el estilo. Como lo cuenta un curioso panfleto manuscrito:

"*La asamblea representaba un movimiento informal opuesto a las organizaciones de izquierda (AC!, CGT…). Pero no había definido objetivos precisos, a no ser el encuentro y la discusión entre individuos que no se reconocían en la reivindicación institucional (organizaciones políticas, medios de comunicación). Esta asamblea toleraba de hecho a todo el mundo: los izquierdistas podían estar allí 'como peces en el agua' y reclutar tropas para satisfacer su activismo. La acción de Cash Converters ha detenido el movimiento de discusión*

libre que se perfilaba en Jussieu tal como unas bombas asesinas colocadas en sitios precisos pueden parar en seco un movimiento de revuelta […]. ” (“Lo que ha pasado en Jussieu, o cómo un movimiento informal ha sido saboteado por el izquierdismo ambiental y un puñado de izquierdistas en carne y hueso”).

Y es que el boyscout, cuando deja de contemplar su apolíneo radicalismo y pasa a la acción, no se diferencia del izquierdista Mirándose en AC! ve su imagen sin pulir: cree que la base es buena y que sólo la cúspide resulta infrecuentable. Ve lo que las separa e ignora en cambio lo que las une y, en consecuencia, cree poder tratar con una sin salpicarse con la mierda de la otra. Ante los ojos de un boyscout, los de AC! son los parados en acción por antonomasia, a los que tan sólo falta un poco de alegría tonta para ser boyscouts en cuerpo y alma. A fin de cuentas, el boyscout no es más que el izquierdista tierno de la época postmilitante.

El compadreo público con AC! y la inmersión subsiguiente en el activismo contemplativo originaron un goteo de abandonos de quienes, .hartos ya de tanta felicidad, lamentaban lo que pudo ser y no fue, la ocasión perdida. La decepción ha sido el principal resultado de Jussieu. Pocos son los que reivindican la experiencia, que tiene el dudoso mérito de ser una innovación muy de su tiempo. Pero precisamente por ser simplemente eso, *moderna*, pasará de moda.

En otra ocasión señalé el comportamiento de las *Asambleas de parados de Vizcaya*, que cualquiera puede conocer leyendo el libro *Parados que se lo curran* escrito por la Asamblea de Sestao, como el ejemplo mejor de movimiento sin frases, sin jerarquías, eficaz, solidario, valiente, radical. Compuesto sólo por parados, supo de entrada donde estaban “los buenos” y donde “los malos”, por eso pudo avanzar y consolidarse. Y, al sacar a los empresarios puestos de trabajo por la fuerza y repartirlos rotando en ellos, han llevado a cabo una crítica del trabajo más profunda que todos los veredictos juntos pronunciados por el movimiento francés del copón.

Miquel Amorós, marzo de 1999.

Publicado en *La Lletra A* n°63, julio-agosto 1999.

Abril 1999

Discurso contra el TAV

“¿Qué importancia tiene para los hijos de la vieja Castilla que sus bueyes tiren de carros con ruedas macizas como en los albores de la civilización, si se sienten independientes de todo salvo de su fe? Además, la regla de dicha fe, tal como se les enseña, ¿no permite acaso el libre ejercicio de las facultades naturales? El amor, el bandolerismo, que para el campesino español no es más que una especie de caza, compensan las virtudes que desconoce. Y

cuando le hayan enseñado economía, que no es más que la avaricia de mentes estrechas, cuando lo hayan adiestrado en la industria, que no es más que el primer esfuerzo de una ambición vulgar, bien podrá la política decirle: ahora sois libre, la naturaleza le pregonará: tú eres esclavo." Custine, *España bajo Fernando VII*, 1831.

"En esto, el tan debatido plan de unir las áridas llanuras de Castilla con el mejor puerto del Cantábrico por medio de un ferrocarril, iba a dar el primer paso […] Con tal fausto motivo los santanderienses echaban la casa por la ventana, y se agitaba y se conmovía la provincia entera, entre la curiosidad y los recelos, hijos unos y otros de esas hondas impresiones que causan en los hombres pacíficos y sedentarios los misteriosos rumores que le anuncian un súbito cambio de vida y costumbres; la invasión inmediata de extraños elementos que han de borrar en breves días de febril actividad la obra de tantos siglos de inmovilidad y sosiego." José María de Pereda, *Pedro Sánchez*, 1883.

"– ¡Siglo de las luces! ¡mucho vapor, mucha electricidad! ¿Y Dios, que es la electricidad y el vapor verdadero?… El ferrocarril lleva la corrupción a los más escondidos valles. Las familias apenas se recogen ya a rezar el santo rosario; y mientras el buen casero, apoyado en su laya, sobre la tierra regada con su sudor, cuando se ha puesto el sol, a la oración, se quita la boina y reza; el negro, allá, en su escritorio de Bilbao, adora al becerro de oro y medita el engaño. ¡Como iban muriendo las buenas costumbres viejas!" Miguel de Unamuno, *Paz en la guerra*, 1897.

Con harta facilidad puede rastrearse en la literatura la inquietud ante el advenimiento de la sociedad burguesa entre los diversos estamentos del Antiguo Régimen, reflejada en las élites en forma de un sentimiento de pérdida general de libertad real (ejemplo, el marqués de Custine) y, en los estratos populares, como intuición de una amenaza al equilibrio secular, material y moral, entre el hombre y la sociedad (los campesinos en la novela de Pereda). La cita literaria no obedece a un capricho estético; durante toda una época histórica – la del triunfo de la burguesía – la novela, sobretodo la realista, jugó ante sus lectores el papel antaño asignado al confesionario. El ferrocarril también aparece en las novelas como el vehículo en el que viajaba el capital, destruyendo fronteras históricas, estableciendo mercados e instalando industrias en todas partes. En los países en vías de industrialización, el ferrocarril apresuró el desarrollo capitalista, pero en los países donde el capitalismo se limitaba a unos pocos puntos, como España, el ferrocarril alteró profundamente al conjunto de la sociedad que vivía al margen de los movimientos económicos, contenta con sus telarañas, su polvo, su religión, sus vetustas tradiciones, sus arraigados prejuicios, su rancia decadencia… y aceleró su desintegración política y social. Así se lamenta el cura en la novela de Unamuno. La rebelión de la España "profunda", mezclándose con viejas y nuevas ideas, revistió en el siglo XIX formas tan dispares como los experimentos utopistas, el movimiento cantonalista, las revueltas milenaristas de los campesinos andaluces o las guerras carlistas. A medida que la nueva sociedad se establecía irremisiblemente, es decir, a medida que emergían nuevas clases, la burguesía y el proletariado, y se adueñaban del espacio político y social, se imponía la prosaica realidad del tiempo y el espacio uniformes. Pero la revuelta

proletaria impediría a la sociedad uniformizarse del todo. Como escribe en 1904 Vicente Blasco Ibáñez en las bellas páginas finales de su novela *El Intruso*:

"Bilbao estaba amenazada de un tercer sitio; pero en este último no se detendrían los enemigos ante las defensas exteriores: se esparcirían por las calles y bloquearían a la riqueza en sus magníficas viviendas. La guerra, que hasta entonces había sido en nombre del pasado, se repetiría en defensa del porvenir. Los nuevos sitiadores llevarían la miseria como bandera, y como grito de combate el derecho a la vida."

El movimiento obrero, especialmente en su vertiente anarquista, aunque imbuido de creencias en la ciencia y el progreso, llevaba en sus entrañas la primitiva protesta antiburguesa y sus tentativas revolucionarias, por ejemplo las colectividades de la guerra civil, así lo demostraron.

Cuando más avanza la producción de mercancías, tanto más importantes se vuelven las condiciones físicas del intercambio: los medios de comunicación y transporte. Para el capital son una necesidad porque eliminan distancias y ahorran tiempo:

"Por cuanto en los mercados remotos el producto inmediato sólo puede valorizarse masivamente en la medida en que disminuyan los costos de transporte, y por cuanto, de otra parte, los medios de comunicación y el transporte mismo no pueden convertirse en otra cosa que en esferas donde se valoriza el trabajo puesto en marcha por el capital; por cuanto se opera un tráfico masivo – a través del cual se reintegra más del trabajo necesario –, la producción de medios de circulación y transporte más baratos se convierte en condición de la circulación fundada en el capital, y por consiguiente éste la lleva a cabo." (Marx, *Grundisse*).

Entiéndase que son baratos para las empresas que los usan, no para la población que indirectamente los sufraga y directamente los padece. En los medios de transporte modernos el hecho se acentúa. Por eso el oneroso TAV, por ejemplo, que será parcialmente financiado con la cancelación de otros medios de transporte menos agresivos, no resulta realmente económico sino para los verdaderos beneficiarios, los intereses capitalistas. Quien gana tiempo y suprime distancias es el capital.

El TAV es la culminación de un proceso salvaje de mecanización típico de un mundo cuya principal y prácticamente única actividad consiste en la circulación acelerada de mercancías. Es un medio de transporte específico de una sociedad abierta a la aceleración generalizada de los intercambios. La alta velocidad impuesta a los individuos no es más que el lado social de la rotación rápida del capital. La economía camina a tal velocidad que nadie se baña dos veces en el río de los intercambios con la misma mercancía. El TAV es un fenómeno paralelo a la proliferación de autopistas, a la construcción de macrotúneles y macropuentes, al incremento desmesurado del parque automovilístico y de la navegación aérea, a la producción astronómica de energía eléctrica que exige embalses, centrales térmicas y nucleares; representa la fría realidad de la expansión aberrante del transporte desencadenada por la mundialización, que trata a pueblos, ciudades, y a toda la geografía en

general, como si de imperdonables cuellos de botella se tratase. Todo está cambiando en función de la alta velocidad y de sus enormes necesidades energéticas. El impacto medioambiental – los ruidos, la destrucción del paisaje, la contaminación, etc. –, la parcelación del territorio, la desertificación del campo, son muestras palpables de una brutal colonización del espacio y del tiempo social.

El TAV en tanto que medio de transporte correspondiente a un determinado estadio de la técnica y representativo de una nueva clase ligada a ella, la de los cuadros ejecutivos, la de los mánagers, la de los *tecnócratas*, ilustra el sometimiento de la población a los imperativos de las máquinas y a la lógica de las máquinas. Los individuos se van subordinando a un esquema de organización abstracto, semejante al militar, regido por las leyes de la técnica y marchando a su ritmo. Recordemos que la adopción del horario de Greenwich, la unificación horaria del mundo, fue forzada por los trenes. El TAV simboliza el poderío de la técnica, la mecanización avanzada de las fuerzas motrices, la emancipación técnica de la geografía y del trayecto. Pero tal logro no significa una victoria de la libertad o de la igualdad. Todos son iguales, pero solamente ante la técnica. Y nadie es libre de no usarla. Es una victoria, pero de la técnica. Esto se confirma en particular en el TAV. Su implantación dividirá la Península en dos zonas diferenciadas: una en expansión servida por el TAV y conectada con Europa, y otra en declive recorrida por trenes de la RENFE. Quienes vivan en Cataluña, en el País Valenciano o cerca del eje Zaragoza-Madrid-Sevilla, gozarán de las delicias del desplazamiento a todo gas y del frenesí de innecesarias prestaciones asociadas a él, y los demás viajarán más despacio y con menos frecuencia, por lo menos en transporte público.

Existe una relación estrecha entre la mercancía y la transformación del espacio en espacio de la mercancía. La mercancía entiende poco de paisajes; cuando una mercancía sale del lugar de producción no tiene más interés que llegar cuanto antes al lugar de consumo para convertirse en dinero. El capital necesita acortar su tiempo de rotación disminuyendo el tiempo de circulación de las mercancías y para eso construye TAVs y autopistas como antaño construyó trenes y carreteras. Estos, al contraer el espacio, hace que la distancia no importe. Toda la superficie de un país se reduce a la talla de unas pocas metrópolis. Y en consecuencia, la gran ciudad absorbe el país entero. Todo se vuelve extrarradio, periferia. El paisaje urbano se generaliza e impone una nueva ordenación territorial: zonas comerciales, lúdicas, residenciales, vacacionales, zonas dormitorio, “verdes”, industriales… se esparcen siguiendo las vías de comunicación que se multiplican y multiplican así el tráfico. Las distancias se reducen pero al mismo tiempo el espacio de la circulación se expande. La masa de mercancías crece en enormes proporciones y viaja distancias exorbitantes, desde centros de producción cada vez más alejados de los centros de consumo. Y los individuos por su parte, amontonándose en ambos, pasan un tercio de su vida desplazándose dentro de vehículos y el otro, trabajando para pagar su adquisición y el combustible que consumen. La ganancia de tiempo queda anulada por la multiplicación de las distancias. Un argumento a favor de la semana de 35 horas que ningún sindicato usaría es que el tiempo empleado en ir al trabajo es sensiblemente mayor que cuando la semana laboral tenía 50 horas. En realidad,

la alta velocidad no sólo es un despilfarro de medios, es también una enorme perdida de tiempo. Cuando dicen que hoy podemos atravesar la Península en la mitad de tiempo que hace, pongamos veinte años, hay que pensar que hace veinte años muy poca gente se veía tentada a perder el tiempo en cosas así. Nadie que esté en su sano juicio disfruta recorriendo montones de kilómetros a toda velocidad en busca de espacios naturales que han sido destruidos para acabar encontrando ocio "verde" tolerablemente contaminado. Solamente una estrafalaria organización de la sociedad crea la necesidad de hacer cosas como esa. Y esa organización es el resultado de la economía capitalista, cuyo corolario es el desarrollo desmesurado de los medios de transporte, desarrollo coronado con el TAV.

Una oposición decidida contra el TAV ha de desacreditar el pretendido interés general en su existencia. Porque el TAV, como las autopistas, solamente beneficia a los intereses privados que se ocultan tras la economía globalizada: los de la producción y distribución masificadas, los de la industria del turismo de masas, los de las grandes empresas constructoras, productoras de material de construcción o de energía, de maquinaria avanzada, de automóviles, etc.; en fin, los intereses de los grandes bancos que financian los proyectos y los de los partidos políticos que representan en bloque el interés económico. Cuanto más se desarrollan los medios de comunicación y transporte, mayores son las inversiones requeridas para su construcción y explotación que, llegados a un nivel de alta concentración de capital, no están al alcance sino de poderosos intereses industriales y financieros. Además el TAV, a la vez que comunica centros de consumo masivo – mercados – pone en comunicación a centros de poder y, por tanto, acorta la separación entre los centros de decisión, contrae la geografía del poder. El TAV puede alargar o disminuir la distancia relativa entre ciudades y provocar la decadencia de unas respecto a otras, dejando fuera de juego a su clase política. Por eso todos los políticos están directamente interesados en el TAV: se juegan su peso específico en las decisiones, es decir, su futuro. Tras las disputas por el TAV, las oligarquías locales libran una sorda lucha por el poder.

El TAV causará enormes perjuicios a la población, consumiendo terreno por hectáreas y consumando la destrucción de las economías e infraestructuras de transporte y distribución locales, al imprimir más velocidad al proceso de concentración de masas, capitales y poder político en unos cuantos puntos. También, una oposición decidida ha de elaborar un interés general contrario al TAV y decir claro a la gente que el desarrollo individual y social es contrario a la alta velocidad de la economía. Rechazando al TAV se rechaza la sociedad del TAV. Y aceptando todo en esta sociedad se acepta el TAV. Primero se acepta "el progreso" y la "tecnología punta", luego se admite un TAV que pase por las vías ya existentes, al final, el TAV llega a su hora. Lo peor que puede hacer la protesta organizada contra el TAV es renunciar a su autonomía y a sus objetivos específicos – en primer lugar el rechazo sin discusión del TAV – y caer en el terreno de la acción jurídica y de las maniobras locales, electorales o de poder, buscando el apoyo de alcaldes o concejales de pueblos afectados, de entidades vecinales subvencionadas, o de la impostura del ecologismo político y llegando incluso a reclamar la ayuda de algún partido. Si buscan tales alianzas por debilidad, tengan

por seguro que no saldrán reforzados con ellas y con toda certeza la protesta, después de cansarse con actos simbólicos y peticiones, será canalizada hacia vías parlamentarias, donde reinan los intereses de la economía, o sea, los del TAV, y allí liquidada. En realidad la protesta se verá reducida a pedir "información", "participación" y diálogo a un Poder que ya tenía la decisión tomada de antemano. Los contestatarios se habrán comportado como votantes, como buenos "ciudadanos", gente que cree en la buena voluntad de los políticos y que en el fondo, precisamente porque vota, no desea decidir sobre nada. Resulta equívoco exigir un "debate público" cuando no existe un *espacio público* donde puedan aparecer informaciones objetivas y libres, donde se contrasten opiniones no interesadas y, ante todo, *donde se tomen decisiones*. Y ambiguo es pedir "autonomía" para los municipios o una "democratización" de la sociedad. La pasada experiencia del *movimiento social urbano* de los años setenta puede proporcionar ideas concretas al respecto. Las asociaciones de vecinos y otras entidades populares fueron un bastión de resistencia al franquismo y sobretodo a sus planes de urbanización y ordenación territorial, planes que los partidos políticos llevaron a cabo corregidos y aumentados en la década siguiente. Concretamente en Euskal Herría, donde se habían dado pasos importantes en la coordinación de asociaciones y éstas no estaban controladas por los partidos, el vacío de poder de los ayuntamientos del 76 causado por la incapacidad e impopularidad de los cargos nombrados a dedo o por sus dimisiones, favoreció diversas formas de organización popular derivando hacia un movimiento asambleario enfrentado al poder local en tanto que *poder paralelo*. La asamblea, el *batzarre*, fue en muchas ocasiones el espacio público de información, debate y toma de decisiones.En algunas localidades – Llodio, Rentería – llegaron a darse experiencias de gestión municipal alternativa basada en la asamblea. Eso era, con todos los defectos que se quiera, "el principio de la autonomía municipal" en acción, la democracia directa ganada a pulso. Los partidos y las elecciones municipales acabaron con un movimiento que si hubiera confluido con las asambleas de fábrica habría creado una situación revolucionaria. En cuanto al panorama actual, la oposición al TAV hace bien si aproxima y federa su lucha con otras similares contra embalses, centrales nucleares, vertederos, autopistas, etc., porque es la misma y porque necesitará muchas fuerzas para sublevar al mayor número posible de gente contra el TAV, única manera de impedir su llegada. Si no existen fuerzas suficientes, la actividad con mayores resultados es el sabotaje, como demostró por ejemplo el colectivo *Solidarios con Itoiz*.

Una propuesta alternativa no debe limitarse a constatar la necesidad de "un modelo de desarrollo y de transportes radicalmente más equilibrado" o concluir en que "la actual política de transportes debe ser modificada en profundidad" (*Informe contra el Plan Territorial de la Red ferroviaria*, de la Asamblea contra el TAV). Hay que decir lo que se quiere: que habrá que poner límites a las ciudades, impedir las obras faraónicas, reutilizar las zonas residenciales, detener los proyectos turísticos e ir desmantelando progresivamente las zonas dedicadas a tan deprimente actividad, luchar contra la degradación de los barrios periféricos, dificultar el acceso rodado a los espacios naturales, favorecer la edificación artesanal, acabar con la especulación inmobiliaria y con las constructoras… Que reducir la

movilidad imperante requerirá medidas tendentes a dificultar al máximo el tráfico, tanto en el exterior como en el interior de las ciudades y pueblos, volver los lugares de residencia más habitables, hacerlos coincidir con los lugares de trabajo, implicar a sus habitantes en la gestión de los mismos, poner trabas al transporte privado y a la fabricación de automóviles, disminuir de verdad la jornada laboral… Todas las calles, y no solamente las del centro, han de ser recuperadas para el transeúnte, no para el comercio. El conocerse y tratarse requiere un tiempo, un tiempo libre, vivido con lentitud y no consumido en el ocio motorizado. Será necesario renunciar al uso de energías no renovables y a las tecnologías que favorezcan la centralización de la decisión, la concentración de poder, la producción de masas, la velocidad, la manipulación de las conciencias, la pasividad, el aislamiento, etc., porque disminuyen la autonomía de los individuos y su libertad. Si las ciudades recuperan sus dimensiones normales la supresión de la industria agroalimentaria, con sus abonos, maquinaria, granjas, transgénicos, etc., será posible, y la producción campesina bastará para alimentarlas mediante la venta directa en mercados locales.

En fin, existen medidas *para parar un tren*, bastantes para invertir el movimiento de concentración de masas en escasos puntos y dispersar la población por todo el territorio, creando las condiciones de un estilo de vida pleno y relajado en una sociedad equilibrada, solidaria y libre. Cierto que tales medidas resultarán extremistas en el marco del capitalismo reinante, pero nadie podrá negar que son abordables y, apenas se desarrolle un movimiento social de importancia contra los fenómenos nocivos, perfectamente practicables.

Miguel Amorós.

Conferencia en Donosti en ocasión de la jornada contra el TAV del 17 de abril de 1999; editado como folleto el mismo mes; hay traducción italiana; publicado en “disedenteak betico’zine”, nº 7, 2000; en “La Lletra A”, nº 57, juny/juliol 2000.

Editado por CNT – AIT Valladolid, **El Tren de Alta Velocidad***. Una herramienta de uniformación social y cultural a combatir*, 2005.

Junio 1999

La guerra social en la memoria

“Verase una guerra, al parecer tenida en poco, y liviana dentro en casa; más fuera estimada y de gran coyuntura, que en cuanto duró tuvo atentos, y no sin esperanza, los ánimos de príncipes amigos y enemigos, lejos y cerca; primero cubierta y sobresanada, y al fin descubierta, parte con el miedo y la industria, y parte criada con el arte y la ambición.”
Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*.

Hace unos pocos años, pasaron por televisión unas “Memorias de la transición”, difundidas después en cintas de video, realizadas por una empleada de los medios de comunicación que, en compensación por el servicio prestado a la historia del poder, vio cómo su obra era unánimemente ensalzada y puesta a la venta con beneficios garantizados. Se trataba de una contribución entre muchas (por ejemplo, las “memorias” de políticos retirados, o las confidencias selectivas e interesadas de periodistas a su servicio) a la parálisis de la memoria y, por tanto, de la historia. Un ejemplo de lo que Debord calificaba de falso sin réplica. El periodo político transcurrido entre 1975 y 1981, correspondiente al laborioso relevo de la clase dirigente española tras la muerte del dictador Franco y conocido con el nombre de “Transición”, era presentado como un vaivén de personajes que, discretamente, de despacho en despacho y de reunión en reunión, con el inapreciable auxilio de abnegados correveidiles mediáticos y la ambigua tolerancia de las más altas instancias, iban atando los cabos del nuevo sistema político de dominación. Cuando aparecían las masas lo hacían como decorado de fondo, siempre dispuestas a seguir las prudentes y acertadas disposiciones de sus líderes, protagonistas absolutos del espectáculo de la historia en tanto que dueños exclusivos de la misma. La historia reducida a la cronología del poder, salpimentada con anécdotas de salón y cotilleos de trastienda, demuestra hasta qué punto los individuos tienen expropiado el tiempo, su tiempo, donde sólo están presentes como objetos y donde la vida histórica transcurre monopolizada por las élites fácticas y sus representantes. Esto no siempre ha sido así, la usurpación tiene fecha, es ella misma histórica, por lo que la función del charlatán mediático consiste menos en revelarnos el quién es quién de la clase dirigente en otros tiempos y de paso recomponer alguna que otra mala reputación, que en ocultar el momento de la usurpación, negando la existencia cercana de movimientos sociales autónomos. La dominación persigue la desaparición del conocimiento histórico, porque es lo único que, al traer el pasado al presente, posibilita la comprensión de lo nuevo, y por consiguiente, permite plantear la transformación de la sociedad sobre bases liberadoras. Como decía IBN JALDÚN a propósito de las diversas formas de la falsificación histórica, “los charlatanes tienen en las artes del conocimiento un campo extenso: las praderas de la ignorancia están siempre dispuestas.” Alguien podría objetar que, de todas formas, los hechos son los que cuentan. Pero con el espectáculo, los hechos mismos pasan a la clandestinidad. No sólo el camino hacia la realidad está plagado de obstáculos puestos por la falsificación sino que el mismo camino es indiscernible. No existe opinión crítica, puesto que no existe espacio público ni medios donde se pueda formar y manifestarse, y en esas condiciones, todo da igual. Los voceros del espectáculo pueden filmar, decir o escribir lo que quieran, y volver a hacerlo cuando gusten, por ejemplo, a la hora de los aniversarios. Como los hechos se vuelven rápidamente obsoletos ante la avalancha de informaciones, la falsificación que sirve al poder los pone al día, reinventándolos si es preciso, de acuerdo con el método totalitario.

“Toda la historia se convertía así – escribía ORWELL en 1984 – en un palimpsesto, raspado y vuelto a escribir con toda la frecuencia necesaria. En ningún caso habría sido posible demostrar la existencia de una falsificación”.

El presente perpetuo está en la base de la sociedad moderna, la abundancia de seudoacontecimientos alcanza un punto de banalización que suprime y a la vez distorsiona el tiempo: a la vez que desaparece la memoria, el pasado transcurre en la época de Maricastaña. Hechos tales como el Mayo del 68, la revolución portuguesa del 74 o el movimiento asambleario de los obreros españoles de 1976-78, resultan extraños y remotos, como si realmente no hubieran ocurrido, y aunque en ellos participaron decenas de miles de personas, casi todas vivas en la actualidad, es extremadamente difícil dar con un relato de los mismos que posea algún sentido, que los recuerde como episodios recientes de la guerra social, como momentos de un proceso histórico. Asimismo, si consultamos el artículo "Italia" en una enciclopedia o en un digest de actualidades, o nos tropezamos en la prensa con alguna efemérides del 77-78, con toda seguridad daremos con el rapto de Moro, con un indescifrable terrorismo y, a lo sumo, con Negri y las Brigadas Rojas. Nadie describirá el Movimiento del 77 como movimiento sin dirigentes, como la subversión más profunda de los tiempos modernos, ni hablará de la situación más preñada de posibilidades revolucionarias que jamás se diera en pleno capitalismo, por lo que nadie podrá comprender mínimamente el montaje del terrorismo de Estado -la "estrategia de la tensión"- o la función esencialmente contrarrevolucionaria del partido llamado comunista y de los sindicatos, ni el papel manipulador de los medios de comunicación o el de la contestación parcial y recuperadora, ni el efecto nefasto del seudodebate sobre la lucha armada o el espectáculo deprimente de los "disociados" y "arrepentidos", consecuencia última de aquél, y, en fin, nadie sabrá nada del auxilio decisivo que presta la droga en la aceleración de la descomposición del medio rebelde.

Todo ello es el resultado de una serie sucesiva de derrotas proletarias, la perdida de la memoria no es más que un aspecto del corolario de la derrota, la desaparición dei pensamiento revolucionario: "La memoria, en cuanto tal, es solamente el modo extrínseco, el momento unilateral de la existencia del pensamiento" (Hegel). Nada escaparía a la falsificación y a la trivialidad – tanto daría la huelga insurreccional de Vitoria como la Expo de Sevilla – a no ser por la obstinación de unos pocos en practicar la actividad subversiva por excelencia en los tiempos sombríos: la memoria. Es la mejor arma para reconstituir una comunidad de rebeldes, por restringida que sea, único lugar donde es posible la comunicación autónoma. Con ella se recobran los puntos de referencia históricos y los nuevos movimientos contestatarios pueden considerar su actividad como continuación de la subversión anterior, inscribirla en el decurso histórico.

Entonces, enfrentándose con el discurso unilateral del poder que sólo habla de los imperativos de la economía y del progreso tecnológico, y refutando su versión de los hechos, en tanto sean capaces de reapropiarse del pasado y de controlar su presente -la tarea de la memoria histórica, volviendo a Hegel, "es la pura comprensión de lo que ha sido y de lo que es, sucesos y acciones"- prepararán el terreno de la unificación de las luchas donde habrán de formarse ab ovo las condiciones de una secesión antieconómica de grupos extensos que permita la aparición de la historia consciente.

Miguel Amorós.

Folleto distribuido en la presentación de la colección "Terrorismo en busca de dos autores. Documentos de la revolución en Italia" en la librería Trafiquantes de Sueños, a primeros de junio de 1999.

Septiembre 1999

¿Dónde estamos?

Algunas consideraciones sobre el tema de la técnica y las maneras de combatir su dominio

"¿Qué tratamos de realizar?
Cambiar la organización social sobre la que reposa la prodigiosa estructura de la civilización,
construida en el curso de siglos de conflictos en el seno de sistemas avejentados o moribundos,
conflictos cuya salida fue la victoria de la civilización moderna
sobre las condiciones naturales de vida."
William Morris, *¿Dónde estamos?*, 1890.

Walter Benjamín, en su articulo *Teorías del fascismo alemán*, recuerda la frase aparentemente extemporánea de León Daudet, "*el automóvil es la guerra*", para ilustrar el hecho de que los instrumentos técnicos, no encontrando en la vida de las gentes un hueco que justifique su necesidad, fuerzan esa justificación entrando a saco en ella. Si la realidad social no está madura para los avances técnicos que llaman a la puerta tanto peor para la realidad, porque será devastada por ellos. El resultado es que la sociedad entera queda transformada por la técnica *como tras una guerra.* Realmente, con sólo citar la gran cantidad de desplazamientos de la población, la enormidad de datos almacenados y procesados por la moderna tecnología de la información y el gran número de bajas por accidentes, suicidios o patologías contemporáneas, parece que una guerra, en absoluto fría, sucede a diario en los escenarios de la economía, de la política, o de la vida cotidiana. Una guerra en la que siempre se busca vencer gracias a la superioridad técnica en automóviles, en ordenadores, en biotecnologías… Por la propia naturaleza de la sociedad capitalista, los cada vez más poderosos medios técnicos no contribuyen de ningún modo a la cohesión social y al desarrollo personal, ya que la técnica sólo sirve para armar al bando ganador. Para Benjamin pues, y para nosotros, "*toda guerra venidera será a la vez una rebelión de esclavos de la técnica*."

Los adelantos técnicos, son todo menos neutrales, en todo desarrollo de las fuerzas productivas debido a la innovación técnica siempre hay ganadores y perdedores. La técnica

es instrumento y arma, por lo que beneficia a quienes mejor saben servirse de ella y mejor la sirven. Un espíritu critico heredero de Defoe y Swift, Samuel Butler, denunciaba el hecho en una utopía satírica.

"…en esto consiste la astucia de las máquinas: sirven para poder dominar […] ; hoy mismo las máquinas sólo sirven a condición de que las sirvan, e imponiendo ellas sus condiciones […] ¿No queda manifiesto que las máquinas están ganando terreno cuando consideramos el creciente número de los que están sujetos a ellas como esclavos y de los que se dedican con toda el alma al progreso del reino mecánico?" (*Erewhon o allende las montanas*).

La burguesia utilizó las máquinas y la organización "científica" del trabajo contra el proletariado. Las contradicciones de un sistema basado en la explotación del trabajo que, por un lado expulsaba a los trabajadores del proceso productivo y, por el otro, alejaba de la dirección de dicho proceso a los propietarios de los medios de producción, se superaron con la transformación de las clases sobre las que se asentaba, burgueses y proletarios. La técnica ha hecho posible un marco histórico nuevo, nuevas condiciones sociales – las de un capitalismo sin capitalistas ni clase obrera – que se presentan como condiciones de una organización social técnicamente necesaria. Como dijo Munford:

"Nada de lo producido por la técuica es más definitivo que las necesidades y los intereses mismos que ha creado la técnica." (*Técnica y civilización*)

La sociedad, una vez que ha aceptado la dinámica tecnológica se encuentra atrapada por ella. La técnica se ha apoderado del mundo y lo ha puesto a su servicio. En la técnica se revelan los nuevos intereses dominantes.

Cuando "*la dominación de la naturaleza queda vinculada con la dominación de los hombres*" (Herbert Marcuse, *El Hombre Unidimensional*), el discurso de la dominación ya no es político, es el discurso de la técnica. Busca legitimarse con el aumento de las fuerzas productivas que comporta el progreso tecnológico una vez que ha puesto a su servicio el conocimiento científico. El progreso cientificotécnico proporciona a los individuos una vida que se supone tranquila y cómoda y por eso es necesario y deseable. La técnica, que ahora se ha convertido en la ideología de la dominación, proporciona una explicación suficiente para la no libertad, para la incapacidad de los individuos de decidir sobre sus vidas: la ausencia de libertad implícita en el sometimiento a los imperativos técnicos es el precio necesario de la productividad y el confort, de la salud y el empleo. La idea del progreso era el núcleo del pensamiento dominante en el periodo de ascenso y desarrollo de la burguesía, progreso que pronto perdió su antiguo contenido moral y humanitario y fue identificado con el avance arrollador de la economía y con el desarrollo técnico que lo hacía posible. Efectivamente, los inventos técnicos y los descubrimientos científicos en el siglo XIX fueron tantos y provocaron tantos cambios económicos que generaron en los países industrializados, y no sólo entre su clase dirigente, una religión de la economía, una creencia en ella como la panacea de todas las dificultades. El progreso de la cultura, de la educación, de la razón, de la persona, etc, derivaría necesariamente del progreso económico. Bastaría un correcto flincionamiento de

la economía para que la cuestión social cesara de dar disgustos. El mismo proceso se repetirá más tarde con la técnica, ante el fracaso definitivo de las soluciones económicas. Porque vueltos a la sociedad civil tras dos grandes guerras, se impone el pensamiento militar – un pensamiento eminentemente técnico – y los propios problemas económicos se creerán resolver con procedimientos y adelantos técnicos. *La economía pasó a segundo plano* y la técnica se emancipó. La propia economía ya no es más que una técnica.

"La emergencia de la tecnología occidental como fuerza histórica y la emergencia de la religión de la tecnología son dos aspectos del mismo fenómeno." (David F. Noble, *La Religión de la Tecnología*)

Según este autor, el deslumbramiento ante el poder de la técnica tiene raíces en antiguas fantasías religiosas que perviven en el inconsciente colectivo de los hombres: la Creación, el Paraíso, el virtuosismo divino, la perfectibilidad infinita, etc. Eso significa que la técnica posee un fuerte contenido ideológico desde los comienzos, que ha llegado a ser dominante en la época de los totalitarismos, en la época de la disolución de los individuos y las clases en masas. Desde entonces redefine en función de sí misma los viejos conceptos de "naturaleza", "libertad", "memoria", "cultura", "hechos", etc., en fin, inventa de nuevo la manera de pensar y de hablar. La técnica cuantifica la realidad y, bautizándola con su lenguaje – con tecnicismos –, impone una visión instrumental de las cosas y de las personas. Neil Postman recuerda en *Tecnópolis* el adagio de que "a un hombre con un martillo todo le parece un clavo". El mundo habla el idioma de los "expertos". Un divulgador de las maravillas de la ciencia moderna como Julio Verne describe en una de sus primeras novelas de anticipación a ese producto natural de la era tecnológica un tanto someramente, pero no olvidemos que lo hace en 1876:

"Este hombre, educado en la mecánica, explicaba la vida por los engranajes o las transmisiones; se movía regularmente con la menor fricción posible, como un pitón en un cilindro perfectamente calibrado; Transmitía su movimiento uniforme a su mujer, a su hijo, a sus empleados, a sus criados, verdaderas máquinas-instrumentos, de las que él, el gran motor, sacaba el mejor provecho del mundo." (*París en el siglo XX*)

Por vez primera en la historia, la técnica representa al espíritu de la época, es decir, corresponde al vacío espiritual de la época. Las relaciones entre las personas pueden considerarse como relaciones entre máquinas. Toda una gama de las ciencias ha nacido con esos planteamientos: cibernética, teoría general de sistemas, etc. Los problemas reales entonces se convierten en cuestiones técnicas susceptibles de soluciones técnicas, que serán aportadas por expertos – aquí decimos "profesionales" – y adoptadas por dirigentes, "técnicos" en tomar decisiones. La dominación desde luego no desaparece; gracias a la técnica ha adoptado las apariencias de una racionalización y se ha vuelto también técnica.

La técnica ha vaciado a la época de contenido: todo lo que no es directamente cuantificable, y por lo tanto medible, y por lo tanto manipulable, automatizable, no existe para la técnica. El poder de la técnica no sólo ha comportado la atomización y amputación de los individuos,

sino la muerte del arte y de la cultura en general; la nada espiritual es el mal del siglo. La filosofia existencial, la vanguardia artística, la proliferación de sectas y la aparición de masas hostiles al gusto y a la cultura, son fenómenos que representan la sensación vivida del proceso de aniquilación de la individualidad, *de supresión de lo humano,* en el que la acción, inconsciente y absurda, es puro movimiento. Esta fatalidad histórica se intuye desde el principio de la era tecnológica, y nos la cuenta Meyrink en su relato *Los Cuatro Hermanos de la Luna*:

"Por lo tanto las máquinas han llegado a ser los cuerpos visibles de titanes producidos por las mentes de héroes empobrecidos. Y como concebir o crear algo quiere decir que el alma recibe la forma de lo que se ve o se crea y se confunda con ella; así los hombres están ya encaminados sin salvación en el sendero que, gradual y mágicamente, los llevará a transformarse en maquinas, hasta que un día, despojados de todo, se encoiltrarán siendo mecanismos de relojería chirriantes, en perpetua agitación febril, como lo que siempre han tratado de inventar: un infeliz movimiento perpetuo."

La técnica se opone a los individuos como algo exterior, que poco a poco va desposeyéndoles del control de sus vidas y determinando sus acciones. En un mundo técnico, la máquina es más real que el individuo, que no es más que una prótesis suya. La fe en la técnica, que aun podíamos considerar burguesa, se ve acompañada entonces de un nihilismo cada vez más conformista y apologético, sobretodo en la fase postburguesa de la era tecnológica, fruto del desencantamiento del mundo y de la destrucción del individuo. El pensamiento tecnocrático se complementa con una ideología de la nada, un verdadero *mal francés* que proclama la supremacía del modelo y la fascinación del objeto, que habla de la independencia del pensamiento respecto a la acción, del derrumbe de la historia y del sujeto, de las máquinas deseantes y del grado cero de la escritura, de la deconstrucción del lenguaje y de la realidad, etc. Desde el existencialismo y el estructuralismo hasta el postmodernismo, los pensadores de la nada constatan una serie de demoliciones de todo lo humano y se congratulan por ello; no pretenden contradecir la religión de la técnica, sino desbrozarle el camino. No son originales, ni siquiera son pensadores: plagian las aportaciones críticas de la sociología moderna o del psicoanálisis y fabrican un verborrea ininteligible con préstamos crípticos – como no – del lenguaje científico. En la objetivación completa de la acción social que efectúa la técnica, aplauden la abolición del individuo social en tanto que sujeto histórico. El sistema, la organización, la técnica, ha evacuado al hombre de la vida y estos ideólogos anuncian con alegría, como una gran revelación, el advenimiento del hombre aniquilado, del ser vacío y superficial cuya existencia frívola y mecánica consideran la expresión misma de la creatividad y la libertad.

El dominio, el *poder,* en la política y en la calle, en la paz y en la guerra, pertenece al mejor equipado tecnológicamente. La burguesía ha sido substituida por una clase tecnocrática no nacida de una revolución antiburguesa sino de la creciente complejidad social forzada por la lucha de clases y la intervención estatal. En el camino hacia una nueva sociedad basada en la alta productividad proporcionada por la automación y en la economía de servicios, la

burguesía se ha metamorfoseado en una nueva clase dominante. Esta no se define por la propiedad privada o el dinero sino por la competencia y la capacidad de gestión; la propiedad y el dinero son necesarios pero no son determinantes. La fuerza de la clase dominante no proviene exclusivamente de la economía, ni de la política, ni siquiera de la técnica, sino de la *fusión* de las tres en un complejo tecnológico de poder que Mumford denominó "megamáquina". Si la técnica, al convertirse en la única fuerza productiva, facilitó el triunfo de la economía, ahora la economía, al crear el mercado mundial, le ha allanado el camino a la técnica, y ésta impone la dinámica expansiva de la producción en masa al mundo entero. A su modo ha ridiculizado la figura del Estado, difuminando su historia y su papel después de que la economia lo convirtiese en el mayor patrón y la técnica lo transformase en una *maquinaria* de gobierno y de control de masas. Desde finales del XIX la estabilidad del sistema capitalista se consiguió gracias a la intervención del Estado, que desplegó una política económica y social correctora. El Estado dejó de ser una superestructura autónoma para fusionarse con la economía y presentarse como un escenario neutral donde podía resolverse el enfrentamiento entre clases. El Estado pasaba a ser el garante de las mejoras sociales, de la seguridad y de las oportunidades. El Estado "del bienestar" fue una invención que aseguraba a la vez la revalorización del capital y la aquiescencia de las masas. En su seno la política se convertía paulatinamente en administración, se profesionalizaba, se orientaba hacia la resolución de cuestiones técnicas. Aunque el régimen político fuera una democracia formal, la política no podía ser objeto de discusión pública: en tanto que planteamiento y resolución de problemas técnicos requería por un lado un saber especializado – era una tecnopolítica – en manos de una burocracia profesional, y por el otro, un alejamiento – una despolitización – de las masas. El progreso técnico conseguirá esta despolitización. Tenía la propiedad de aislar al individuo en la sociedad, al rodearlo de artilugios domésticos y sumergirlo en la vida privada. Por otra parte, cada etapa de dicho progreso anula la precedente, desarrollando un dinamismo compulsivo en el que la novedad es aceptada simplemente por ser novedad y el pasado es relegado a la arqueología. De esta forma crea un continuo presente, en el que nunca pasa nada puesto que nada tiene importancia y donde los hombres son indiferentes. ¿Fin de la historia?

En una de las mejores sátiras escritas contra la explotación del hombre gracias a la ciencia y la técnica, Karel Capek, ironiza sobre esta banalización de los hechos; en una sociedad con tantas posibilidades técnicas:

"no se podían medir los acontecimientos históricos por siglos ni por décadas, como se había hecho hasta entonces en la historia del mundo, sino por trimestres (…) Podríamos decir que la historia se producía al por mayor y que, por ello, el tiempo histórico se multiplicaba rápidameute (según cálculos, cinco veces más)" (*La Guerra de las Salamandras*)

Gracias al Estado, que fomentó la investigación a gran escala en el campo de las armas bélicas, desde donde pasó a la producción industrial de bienes, el progreso científico y técnico dio un gran salto, convirtiendo a la tecnociencia en la principal fuerza productiva. La evolución del sistema social, y por lo tanto, de la Economía y del Estado, estaba determinada

a partir de entonces por el progreso técnico. Ello no solamente implicaba la decadencia del mundo del trabajo y anunciaba la obsolescencia de la clase obrera, que dejaba de ser la principal fuerza productiva, sino que significaba el fin del Estado protector. En las sociedades tecníficadas el control de los individuos se logra con estímulos exteriores mejor que con reglas que fijen sus conductas y los regimenten. Lo que domina entre los individuos no es el carácter autoritario – y su complemento, el carácter sumiso – sino la personalidad desestructurada y narcisista. El fin del Estado era antes que nada, el fin del carácter "social" del Estado. Ahora ha de limitarse a ser una organización – y cuanto más compleja, más técnica, y cuanto más técnica, con menos personal – de servicios públicos baratos, una red de oficinas *eficazmente* conectadas, policiales, administrativas, jurídicas o asistenciales. Las condiciones sociales que impone la técnica autonomizada no son en absoluto favorables a una centralización política, no promueven ni el estatismo ni el desarrollo de una burocracia disciplinada, más conformes con un *Welfare state*, o con un modo de producción colectivista autoritario, o con un Estado totalitario, correspondientes a una fase social precedente de la técnica, que con el despotismo tecnológico contemporáneo. Todos los sectores de la burocracia estatal o paraestatal están siendo reciclados, es decir, reorganizados según estrictos criterios de rendimiento que priman sobre los intereses de grupo. Como reza un antiguo proverbio bancario, todo es cuestión de números. Conviene recordar que quienes mandan no son los propietarios de los medios de producción – los empresarios, la vieja burguesía –, o los administradores del Estado – la burocracia – sino de las élites ligadas a la alta tecnología y a la "ingeniería financiera". Esas élites son apátridas y se sirven de los Estados como se sirven de los medios de producción y de las finanzas, combatiendo todo desarrollo autónomo de los mismos y exigiendo eficacia. Tampoco hay que olvidar que todo proceso técnico – productivo, financiero, político – tiende a eliminar a las personas y hacerse automático. Las masas no son necesarias más que en tanto que no existan máquinas para substituirlas. El Estado totalitario era una técnica de gobierno donde todos los movimientos de las masas eran simplificados y reducidos a acciones predecibles, como en un mecanismo. Para él el pensar era una actitud subversiva y la obediencia la mayor de las virtudes públicas. Por eso necesitaba un enorme aparato policial. Pero la misma lógica de la técnica conduce al automatismo de las conductas, *con cada vez menos necesidad de control,* y por lo tanto, sin necesidad de líderes ni de grandes burocracias. Ni de grandes aparatos policiales; es mejor videovigilancia, unidades especiales de intervención rápida y servicios de protección privados. El individuo no existe, la clase obrera no existe, el Estado puede reducirse a una pantalla, es decir, puede virtualizarse. En ese momento histórico estamos.

La mecanización del mundo es la tendencia dominante de un proceso acabado en líneas generales. Pero todavía se dan contradicciones entre sectores más avanzados y menos avanzados, entre tradiciones burguesas y estatistas e impulsos desmesurados hacia la tecnificación, entre clases en proceso de disolución que ya no son sino grupos particulares con intereses privados y la nueva clase emergente, unificada y estable, extremadamente jerarquizada, en la que la posición de poder depende del elemento técnico. La técnica es un factor estratégico decisivo que se guarda como si fuera un secreto: es el secreto de la

dominación. Pero eso no significa que los técnicos, por el mero hecho de serlo, gocen de una situación privilegiada. Evidentemente la oferta de empleos a profesionales y técnicos es la única que ha crecido, aunque en modo alguno ha aparecido una clase nueva de "mánagers", de directivos, dispuesta a hacerse con el poder. Lo único que ha variado es la composición de los asalariados. Los expertos no mandan, solamente sirven. Los *cuadros,* la intelligentsia técnica, es sólo el espejismo de una clase provocado por los cambios ocurridos en los primeros momentos de la aparición de la alta tecnología, de la tecnociencia, cuando realmente esos asalariados desempeñaron un papel: el de facilitar su institucionalización. Con la especialización y la fragmentación crecientes del conocimiento y con el desarrollo del sistema educativo en la dirección más favorable a la tendencia dominante y su extensión a toda la población, todo el mundo está preparado para obedecer a las máquinas. Técnicos lo somos todos. La formación técnica no es ninguna bicoca: es la característica mas común de todos los mortales. Es la marca de su desposesión.

La transformación del proletariado en una gran masa de asalariados sin ningún lazo ni solidaridad *de clase* no ha eliminado las luchas sociales, pero sí la lucha de clases. Cuando resultan perjudicados intereses surgen conflictos que pueden llegar a ser de gran intensidad y violencia pero que no tocan lo esencial – la técnica y la organización social basada en ella – y por consiguiente, no amenazan al sistema. No podemos interpretar las luchas de los flincionarios, de los excluidos, de los empleados, de los pequeños agricultores, de los cuadros, etc., en términos de lucha de clases. Son respuestas al capital que en su proceso de revalorización daña intereses sectoriales propios de determinados grupos sociales que no encarnan ni pueden encarnar el interés general, por lo que no ponen en peligro al sistema de dominación. El momento clave de la lucha es siempre *la negociación,* y esa la efectúan especialistas. Ningún grupo oprimido específico puede *por su situación objetiva* llegar a ser embrión de una clase social, un sujeto histórico cuyas luchas lleven consigo las esperanzas emancipatorias de la mayoría de la población. Todas las luchas ocurren ya en la periferia del sistema. El sistema no necesita a nadie, no depende de ningún grupo en concreto. Si éste se segregara, el sistema funcionaría igual sin él. Su lucha, por tanto, sólo será marginal y testimonial. Carece de las perspectivas revolucionarias de la vieja y desaparecida lucha de clases. Los grupos sociales oprimidos ya no se enfrentan a la dominación como clase contra clase. Por otra parte, ningún grupo aspira a la liquidación del sistema, porque ningún grupo, a pesar de la acumulación de efectos nocivos, ha contestado la supremacía de la técnica, que proporciona cohesión y solidez a la dominación. El consenso respecto a la técnica – todo el mundo cree que no se puede vivir sin ella – justifica el dominio de la oligarquía tecnocrática y diluye las necesidades de emancipación de la sociedad.

Toda revuelta contra la dominación no representará el interés general si no se convierte en una rebelión contra la técnica, *una rebelión luddita.* La diferencia entre los obreros ludditas y los modernos esclavos de la técnica reside en que aquellos tenían un modo de vida que salvar, amenazado por las fábricas, y constituían una comunidad, que sabía defenderse y protegerse. Por eso fue tan difícil acabar con ellos. La represión dio lugar al nacimiento de la

policía inglesa moderna y al desarrollo del sistema fabril y del sindicalismo británico, tolerado y alentado a causa del luddismo. La andadura del proletariado comienza con una importante renuncia, es más, los primeros periódicos obreros – cito a *L'Artisan*, de 1830 – elogiarán las máquinas con el argumento de que alivian el trabajo y que el remedio no está en suprimirlas sino en explotarlas ellos mismos. Contrariamente a lo que afirmaban Marx y Engels, el movimiento obrero se condenó a la inmadurez política y social cuando renunció al *socialismo utópico* y escogió la ciencia, el progreso (la ciencia burguesa, el progreso burgués), en lugar de la comunidad y el desarrollo individual. Desde entonces la idea de que la emancipación social no es "progresista" ha circulado por la sociología y la literatura más que por el movimiento obrero, con la excepción de algunos anarquistas y seguidores de Morris o Thoreau. Así por ejemplo, tendríamos que abrir la novela Metrópolis, de Thea Von Harbou, para leer arengas como ésta:

« De la mañana a la noche, a mediodía, por la tarde, la máquna ruge pidiendo alimento, alimento, alimento. ¡Vosotros sois el alimento! ¡Sois el alimento vivo! ¡La máquina os devora y luego, exhastos, os arroja! ¿Por qué engordáis a las máquinas con vuestros cuerpos? ¿Por qué aceptáis sus articulaciones con vuestro cerebro? ¿Por qué no dejáis que las máquinas mueran de hambre, idiotas? ¿Por qué no las dejáis perecer, estúpidos? ¿Por qué las alimentáis? Cuanto más lo hagáis, más hambre tendrán de vuestra carne, de vuestros huesos, de vuestro cerebro. Vosotros sois diez mil. ¡Vosotros sois cien mil! ¿Por qué no os lanzáis, cien mil puños asesinos, contra las máquinas? »

Evidentemente, la destrucción de las máquinas es una simplificación, una metáfora de la destrucción del mundo de la técnica, del orden técnico del mundo, y esa es la inmensa tarea histórica de la única revolución verdadera. Es una vuelta al principio, al saber hacer de los comienzos que la técnica había proscrito.

No se trata de un retorno a la Naturaleza, aunque las relaciones de los hombres con la Naturaleza habrán de modificarse radicalmente y basarse menos en la explotación que en la reciprocidad, pues al destruir la Naturaleza se destruye inevitablemente *naturaleza humana*. Ya no es cuestión de dominarla sino de estar en armonía con ella. La existencia de los seres humanos no habrá de concebirse como pura actividad de apropiación de las fuerzas naturales, movimiento, trabajo. Una sociedad no capitalista, es decir, librada de la técnica, no será una sociedad industrial pero tampoco una especie de sociedad paleolítica; habrá de conformarse con la cantidad de técnica que se pueda permitir sin desequilibrarse. Debe eliminar toda la técnica que sea fuente de poder, la que destruya las ciudades, la que aísle al individuo, la que despueble los campos, la que impida la aparición de comunidades, etc., en fin, la que amenace el modo de vida libre. Todas la civilizaciones anteriores fundadas en la agricultura, la artesanía y el comercio, han sabido controlar y contener las innovaciones técnicas. La sociedad capitalista ha sido una excepción histórica, una extravagancia, un desvío.

Si quienes se hallan comprometidos en la lucha contra la técnica miran a su alrededor, constatarán que los estragos tecnológicos despiertan todavía una débil oposición, parasitada

por el ecologismo político o directamente recuperada por gente al servicio del Estado Por otra parte, ningún movimiento de una cierta amplitud, partiendo de conflictos precisos, ha tratado de organizarse claramente contra el mundo de la técnica. Apenas se redescubren las grandes aportaciones de la sociología critica americana, o las de la escuela de Frankfúrt, o la obra de Ellul, no obstante tener muchos años de existencia. La tarea de actualizar esa crítica y ponerla en relación con la de transformar radicalmente las bases sobre las que se asienta la sociedad moderna es algo que todavía no comprenden más que pocos. Los más, tratan de combatir al sistema desde terrenos con cada vez menos peso: el de las reivindicaciones obreras, el de los derechos de las minorías, el de los centros juveniles, el de la exclusión social, el del sindicalismo agrario, etc. Sin menospreciar el compromiso social de nadie, estas luchas tienen un horizonte limitado, no sea más que porque evitan la cuestión clave, cuando no comparten con el sistema su tecnofilia. De todas formas, merecen apoyo aquellas que reconstruyen la sociabilidad entre sus participantes e impiden la creación de jerarquías. La acción de quienes se oponen al mundo de la técnica todavía no ha llevado a grandes cosas, ya que tal oposición es sólo una causa y no un movimiento. Pero al menos ha servido para incrementar la insatisfacción que la técnica viene sembrando y para apuntar en la buena dirección La apología de la técnica pone en mala posición a sus partidarios cuando deviene demasiado visiblemente apología del horror. El sistema admite no ser ningún paraíso y se justifica como el único posible, tanto que no haya nadie que pueda mandarlo al basurero de la historia. Ahí estamos. El sistema tecnocrático produce ruinas, lo que favorece la difusión de la crítica y posibilita la acción contra él. La cuestión principal son los principios más que los métodos. Cualquier proceder es bueno si es necesario y sirve para popularizar las ideas, sin que ello sea óbice para ninguna capitulación: se participa en las luchas para hacerlas mejores, no para degenerar con ellas. En ausencia de un movimiento social organizado, las ideas son lo primero, el combate por las ideas es lo importante, pues ninguna perspectiva puede nacer de una organización donde reine la confusión respecto a lo que se quiere. Pero la lucha por las ideas no es una lucha por la ideología, por una satisfecha buena conciencia. Hay que abandonar el lastre de las consignas revolucionarias que han envejecido y se han vuelto frases hechas: resulta incongruente cuando no existe proletariado hablar del poder absoluto de los Consejos Obreros, o de la autogestión generalizada cuando sería cuestión de desmantelar la producción. El final del trabajo asalariado no puede significar la abolición del trabajo, puesto que la tecnología que suprime y automatiza el trabajo necesario sólo es posible en el reino de la Economía. Las teorías de Fourier sobre la “atracción apasionada” serían más realistas. Tampoco una acción voluntarista sirve de mucho, si las masas que consiga agrupar no sepan qué hacer una vez hayan decidido hacerse cargo, sin intermediarios, de sus propios asuntos. En esa situación, incluso los éxitos parciales, al abrir perspectivas que no podrán afrontarse con coherencia y determinación, acabarán con el movimiento mejor aún que las derrotas. La tarea más elemental consistiría en reunir alrededor de la convicción de que el sistema debe ser destruido y edificado de nuevo sobre otras bases al mayor número de gente posible, y discutir el tipo de acción que más conviene a la práctica de las ideas derivadas de dicha convicción. Dicha práctica ha de aspirar a la

toma de conciencia por lo menos de una parte notable de la población, porque mientras no exista una conciencia revolucionaria suficientemente extendida no podrá reconstituirse la clase explotada y ninguna acción de envergadura histórica, ningún retorno de la lucha de clases, será posible.

Miquel Amorós, septiembre 1999.
Escrito en febrero de 1998 para el debate en el círculo
de la Encyclopédie des Nuisances. Editado como folleto en francés.

Este escrito ha aparecido en el libro
Golpes y contragolpes,
la acción subversiva en la más hostil de las condiciones,
editado por Pepitas de Calabaza, 2005.

Noviembre 1999

La gran amenaza del TAV

"¡Oh gentes! A menudo las prisas conducen a la tardanza."
Abut-Tahir el zaragozano, *Las Sesiones*.

La moderna puesta en escena de la reificación bajo el capitalismo moderno es tecnológica y el TAV es uno de los principales fetiches. Simboliza la rauda llegada del dinero y de los negocios, del poder en suma, por lo que es norma, que el papel de trovadores de la alta velocidad lo desempeñen empresarios y políticos. Las declaraciones entusiastas sobre el TAV y a favor de tal o cual detalle se multiplican, cada cual barriendo para su casa: «Nosotros optamos por el trazado centro sobre el resto porque es el que encaja al cien por cien con las expectativas de toda la Comunidad Valenciana» dice un tal Federico Félix, presidente de la Fundación Pro AVE. La Generalitat y el ayuntamiento de Barcelona reivindican una estación en La Sagrera y las fuerzas vivas zaragozanas reclaman otra en su aeropuerto. «Mi máximo deseo es que el AVE llegue a Murcia, sea por donde sea», confiesa Ramón Luis Valcárcel, presidente de la Región Murciana. «UGT y CCOO y el sindicato de maquinistas SEMAF han anunciado que se opondrán al futuro modelo ferroviario si no se cuenta con ellos». No hacen falta más ejemplos para convencer a quien sea de la existencia de una movilización general de los dirigentes en pro de dicho tren que, en algunos casos, ha contado con cierto respaldo popular: «AVE por Cuenca, por derecho» es la consigna de la Plataforma Cívica del AVE de Cuenca frente a «Madrid-Albacete-Valencia, el AVE que queremos», lema de su rival, la Mesa Unitaria del AVE de Albacete. También la humanidad se calza las botas de siete leguas para transformarse en clientela. Cada clase dominante tiene un medio preferido de transporte, que acostumbra a presentar como el vehículo del interés común, al cual todos tienen derecho a subirse y fuera del cual no hay futuro: «sólo pedimos lo nuestro», dice el

vicepresidente de la cámara de comercio albaceteña; «es una cuestión de supervivencia», declara el alcalde de Cuenca. Pero el TAV, ese paradigma del progreso entendido como desarrollo tecnológico descontrolado, es un simple tren para ejecutivos, cuya necesidad deriva principalmente de la congestión del trafico aéreo debido al incesante desplazamiento de las élites y al auge desmesurado de la industria turística. En él viajan «bárbaros», que no tienen otro objeto que convertir la sociedad en algo tan despreciable como ellos mismos: una colectividad jerarquizada, dependiente, insolidaria, derrochadora y represiva. El progreso que nos traen se materializa en forma de cemento, asfalto, contaminación, masificación, desagregación social y miseria.

Asistimos a una configuración nueva de las clases dominantes caracterizada por la movilidad y el desarraigo, reflejo de la movilidad del capital y la mundialización. El poder nunca había estado tan ligado a la circulación, sea de dinero, de información o de élites. Y el resultado es una clase dirigente nómada, tecnócrata y, al estilo del turista, cosmopolita. En todas partes se habla el mismo lenguaje, el idioma del poder, de preferencia a cualquier idioma local, y con él todos se entienden. Todo problema tiene una solución técnica. Toda solución técnica mueve capitales. El movimiento de capitales provoca la circulación incesante de ejecutivos. Por eso, las aberraciones tecnológicas que arrasan los territorios y desintegran las poblaciones, como por ejemplo el TAV, son calificadas de «apuesta de futuro» y «salto enorme hacia el progreso». Como dice un personaje de una novela centrada en la alienación tecnológica de las grandes urbes: «Los esclavos egipcios trabajaban sin máquinas durante decenios para construir una tumba real, los obreros europeos sudan con máquinas durante decenios para edificar una fortuna particular. ¿Progreso? Quizá. Pero, ¿para quién?» (Berlin Alexanderplatz, Alfred Döblin). Para los tecnócratas que nos dirigen, progreso es sinónimo de fuerza, de poder. Cuando, por ejemplo, un fanático de la técnica ensalza el hecho moderno de que la producción de fibras en una sola fábrica es mayor que toda la producción australiana de lana de oveja, no aplaude realmente el progreso que permite vestir barato nuestra desnudez, sino al poder de una simple fábrica capaz de arruinar ella sola a todo un continente y forzar a millones de personas a abrigarse con seudolanas. Hace veinticinco años las centrales nucleares también eran, en boca de los dirigentes, el progreso y el futuro, pero entonces se les creyó menos: la correlación de fuerzas era otra, los partidos no habían liquidado todavía al movimiento vecinal y el movimiento antinuclear era muy fuerte. En muchos barrios y pueblos subsistían las bases de una comunidad capaz de conocer sus intereses reales y luchar resueltamente por ellos contra el Estado, los bancos, las eléctricas, los partidos más o menos abiertamente nuclearistas y los sindicatos que defendían los puestos de trabajo de la industria nuclear. Lemoiz fue la mayor lucha antinuclear del mundo. Pero hoy la situación es otra. La clase dominante es mucho más fuerte, se ha renovado, tiene un programa y lleva la iniciativa mientras que la masa dispersa de las neociudades vive sumergida en la apatía, el aislamiento y la resignación.

La técnica es el sujeto de la historia y cuanto mayor es su poder, menos inhibiciones hay ante su uso. Se esgrime como legitimador el «precio del progreso», sin preocuparse de las

pérdidas en fines humanos, en objetivos liberadores, que comporta ese «progreso». De todas formas, éste no persigue la mejora de la condición humana mediante la técnica, sino la adaptación de la humanidad a la evolución tecnológica que, al parecer, viaja en tren.Y viaja tan rápido que, al final, el tiempo y la historia se destruyen con tanta aceleración. La concepción del tiempo como historia conservaba el pasado suprimiéndolo. El pasado permanecía en la experiencia, en la memoria colectiva, en la tradición y, por tanto, vivía en el presente. «Apostar por el futuro», hasta el momento en que la técnica se apoderó del mundo, no significaba hacer tabla rasa con el pasado, enviar el pasado al inconsciente, como ahora, simplemente quiere decir vivir en un eterno presente, irreflexivo, sin memoria. El imperio de la técnica ha transformado la concepción del tiempo: ya no es duración, proyecto, devenir histórico, sino una mera función del movimiento los Cuerpos en el espacio físico. El tiempo separado de la historia, separado pues de las necesidades humanas, en definitiva, el reificado, es algo que se gana o se pierde incrementando o disminuyendo el movimiento. Lo que sucede realmente es que al aumentar la velocidad disminuye la experiencia, empezando por la experiencia del viaje, hasta el punto que al alcanzar un determinado nivel de tráfico la experiencia desaparece: se parte de un lugar para llegar a otro exactamente igual, con idénticos habitantes. La vida se uniformiza, el espacio se contrae, el individuo también. La circulación incesante no es la libertad. La libertad es calma, reflexión, encuentro; necesita tomarse su tiempo: para ser libres hay que apearse de muchos trenes.

La técnica se ha apoderado del mundo y el mundo se ha convertido en una maquina. No porque esté repleto de máquinas y sea gobernado y administrado por aparatos, sino porque está funcionando como una máquina, según el principio de máximo rendimiento. Para funcionar bien, la máquina somete el entorno a sus reglas de forma que va expulsando a quienes no las aceptan o son incapaces de seguirlas. Con referencia al tema que nos ocupa, una sociedad plenamente motorizada tendrá un tercio de su extensión ocupado por carreteras, aparcamientos y vías. Las necesidades del transporte crecen más rápidamente que la producción y su financiación absorbe la mayoría de los recursos del Estado. Por eso coches, camiones y trenes son las máquinas invasoras por excelencia. «Lo que desean las máquinas es un estado donde no haya nada que no esté a su servicio, nada que no sea 'comecánico', ni 'naturaleza' ni 'valores superiores' y (puesto que para ellas no somos más que equipos de servicio o de consumo) tampoco nosotros, los humanos» (Günther Anders, Nosotros, hijos de Eichmann). No comprenderemos nada si ignoramos el proceso colonizador del mundo por las máquinas, el avance «imperialista» de su lógica. Si no nos damos cuenta de que caminamos hacía la máquina mundial, un totalitarismo de nuevo cuño, del que el TAV no es más que un episodio.

La cosa no viene de anteayer; se trata de un proceso que está inscrito en la esencia de la máquina, y que fue denunciado hace mucho, en el momento en que la producción, y en consecuencia, la acumulación de capital, dependió fundamentalmente de máquinas. Un siglo antes de que la máquina degradase al obrero en «pastor» de los medios de producción

y circulación de mercancías, había envilecido al obrero artesano transformándolo en peón. Proudhon ponía como ejemplo de la colonización del entorno por parte de la máquina precisamente a los trenes: «el principal resultado de los ferrocarriles, tras el sometimiento de la pequeña industria, será la creación de una población de trabajadores degradados, peones camineros, barrenderos, cargadores, descargadores, camioneros, vigilantes, porteros, pesadores, engrasadores, limpiadores, conductores, bomberos, etc., etc. Cuatro mil kilómetros de ferrocarriles darán a Francia un suplemento de cincuenta mil siervos» (Filosofía de la Miseria). Pero si en una primera fase capitalista el proletariado fue una clase creada por la máquina, en el periodo del capitalismo tardío lo es la propia clase dirigente. Ya el programa de la burguesía franquista consistía en proezas técnicas como los pantanos, los altos hornos y la construcción naval, y continuó con la industria química y las refinerías, para acabar elaborando un plan demencial de nuclearización, heredado por el relevo posfranquista y abandonado ante una oposición generalizada. Durante la etapa socialista, la clase dominante renovada estuvo ocupada primero con el problema de los residuos y la reconversión industrial, y después con la construcción de grandes infraestructuras: autopistas, más embalses, trasvases, redes de alta tensión, TAVs, supertúneles, superpuertos… que ahora son las banalidades de base de la dominación.

LOS años 90 son los de la integración en el mercado mundial, en los que todos los grupos de presión compiten para ocupar las mejores posiciones al socaire de montajes propagandísticos espectaculares como «la Capitalidad Cultural», la «Expo», los «Juegos Olímpicos», el «Xacobeo»… Las megalópolis españolas se consolidan, en medio de una avalancha de realizaciones tecnopolíticas, como residencias del poder: Madrid, corte de las finanzas, Sevilla, capital de la «California de Europa», Barcelona, centro del «Triángulo de Oro»… El resultado de tanta efervescencia es la cohesión de los principales «lobbies» locales y la aparición de otros nuevos que pugnan por vertebrar su región conectando mediante el TAV a sus capitales-empresa con otras similares del Centro y Norte de Europa. Los clanes que rigen Valladolid y Málaga ya tienen sus ramales seguros y, sucesivamente, en todas partes, en Valencia, Galicia, Castilla-La Mancha, etc., los poderes fácticos se unifican con el dinero y la política para reclamar su parte, a veces incluso con el apoyo de la población local, demostrando que el chantaje tecnológico funciona. Aunque la mayoría de las obras del TAV no comenzarán sino dentro de unos cuantos años, los posibles trazados levantan ásperas polémicas entre las organizaciones empresariales y las cámaras de comercio, y provocan divisiones en el seno de los partidos, que ejercen sin disfraz el papel de representantes políticos de las oligarquías locales. Todos actúan en interés de su ciudad, pero ¿qué interés podrá tener un trabajador de Madrid en irse a vivir a Guadalajara por no encontrar una vivienda asequible cerca de su lugar de trabajo? ¿qué interés tienen los conquenses en convertirse en un suburbio madrileño, o los albaceteños en vivir alrededor de un gigantesco empalme ferroviario? ¿qué interés tienen los habitantes del litoral mediterráneo en que les visiten diez o doce millones más de turistas al año? Quienes realmente tienen intereses en las infraestructuras son las industrias locales, contaminantes y despilfarradoras de energía; las constructoras y los negocios turísticos, los sindicatos, que administrarán más fondos; los

dirigentes, que tendrán más poder. Pero, definitivamente, lo que es bueno para unos pocos, es malo para la mayoría.

La construcción de carreteras y del sistema ferroviario sirvió históricamente para crear un mercado nacional y desarrollar el capitalismo, al acabar con las economías locales y empobrecer el campo, que liberaba sus excedentes de mano de obra enviándolos a las aglomeraciones industriales aparecidas a lo largo de las vías de comunicación. En mayor medida si cabe la construcción de grandes infraestructuras suprimirá las barreras postreras del mercado mundial y entregará la población al azar de los movimientos de la economía globalizada, puesto que, de acuerdo con el Plan Delors, «son las arterias del mercado y sus fallos se traducen en la falta de oxígeno para la competitividad». Gracias a ese oxígeno especial la población es expulsada del centro de las neociudades, que se convierten en centros comerciales, y es reinstalada en el extrarradio, donde es alimentada con vegetales contaminados con pesticidas, con carne tratada con hormonas y anabolizantes y con productos de la ingeniería genética. Pero el efecto de la globalización reside en el hecho de que hunde a países enteros, transformando a sus millones de habitantes en una gigantesca reserva de inútil mano de obra que, llevada al desespero, emigra como puede hacia las zonas «desarrolladas» en pos del «progreso» responsable de sus privaciones. Sin embargo, el efecto más llamativo es el de la perversión del sistema político. También antaño el ferrocarril sirvió para la financiación de partidos y el amasado de fortunas espúreas, igual que la construcción del AVE Madrid-Sevilla ha servido para llenar los bolsillos de los responsables del PSOE y de sus allegados. Si antiguamente la promoción de tramos viarios constituía la principal actividad de muchos diputados, miembros de los consejos de administración de las primeras compañías ferroviarias, cuando iba a construirse el AVE, la lucha por decantar las adjudicaciones hacia Alsthom o hacia Siemens fue la actividad más destacada de los gobernantes socialistas, beneficiarios directos de comisiones millonarias. Hoy podemos decir que ha cundido el ejemplo entre los principales responsables políticos de las distintas comunidades autónomas. El TAV es más que un tren: es el moderno emblema de las clases dominantes. Es un negocio que lleva la bandera de la unidad en torno al poder. Con el TAV, la política recupera su papel de mediadora entre el capital y el Estado, y las élites regionales escapan del particularismo, reconocen un interés común en sintonía con la mundialización y se ponen de acuerdo en los detalles de un proyecto que reconocen como propio. En resumen, se manifiestan como partes de la clase dirigente.

En el idioma de la dominación, en catalán o en castellano, la fluida circulación de mercancías se llama «vertebración» y es el objetivo principal de un programa completo: «El tren del futuro se llama alta velocidad […] es la nueva apuesta del gobierno del Partido Popular, empeñado en crear una red de vías de alta velocidad que vertebre la península, que compita con ventaja con el avión, sea una alternativa real al transporte por carretera y una España con Europa» (La Razón, 30-5-99). Y es la nueva apuesta de la Generalitat de Catalunya. El papel de agente «vertebrador» le es atribuido al TAV en tanto que vehículo clave del tráfico de dirigentes y de mercancías, esencia misma de la competitividad de las empresas; el

conseller Pere Macías lo expuso didácticamente en unas jornadas económicas que contaron con la presencia de ministros del gobierno central y miembros de la Generalitat y de las patronales: «llevar mercancías a los mercados del área de París, así como transportar cómodamente a 1.500 personas desde el centro de Europa hasta nuestro país en tan sólo ocho horas […] eso significa ser competitivos» (El País, 28-5-99). Pero en primer lugar el TAV es un motor de imponentes capitales llamados a borrar para siempre los agravios centralistas: solamente las inversiones del TAV Madrid-Barcelona-Francia han supuesto 135000 millones de ptas. en 1999 y el total será de 1,1 billones. Se trata, como bien dice el presidente del GIF, «de la obra de mayor envergadura de Cataluña» y como declara el ministro de Fomento, «del proyecto de inversión más importante del gobierno». Todo un pastel que, mediante comisiones y contratos de obra adjudicados más o menos fraudulentamente, se están repartiendo unos cuantos (dos directivos del GIF han tenido que dimitir por conceder obras a empresas vinculadas a ellos). Pero ante todo el proyecto significa la formidable convergencia de intereses de clase que conducirá a una brutal ordenación del territorio en bloques, a su integración jerárquica en el espacio mundial de la economía y a la transformación de las otrora ciudades en hipermercado y parque temático, envueltas en un amasijo viario que las separará de un agregado informe de edificios denominado por los expertos «área metropolitana».

La extensión de las líneas del TAV no detendrá la proliferación de autopistas porque por ellas viajan mercancías diferentes, como por ejemplo, los productos de la agroindustria o los turistas. En el mercado mundial la producción se concentra en pocos puntos, pero todas las mercancías recorren grandes distancias a través de Redes Transeuropeas para abastecer a buen precio a una población amontonada en la periferia de las ciudades. Como la competitividad se mide por el tiempo de transporte, cuanto más autopistas, mejor. Con este sistema una partida de carne contaminada puede encontrar comensales a miles de kilómetros en pocas horas y una sola empresa puede esparcir rápidamente su producción tóxica por todo un continente. Pero no hay que ver en ello algo fortuito porque la mercancía no es una simple cosa nociva, sino ante todo, una relación social mediatizada por cosas nocivas. Y las relaciones sociales existentes funcionan con autopistas y trenes de gran velocidad. El argumento social de la creación de puestos de trabajo es un cuento. Si bien la construcción de las líneas creara algo de trabajo, temporal y precario, la reconversión de la RENFE, consecuencia del «nuevo modelo ferroviario», eliminará unos miles de kilómetros y de empleos fijos, seguramente pactados con los sindicatos. Por no hablar del número de empleos en el campo que serán suprimidos por la competencia de la industria agroalimentaria y la macrodistribución, o de los que serán eliminados en la marcha de las industrias hacia zonas bien comunicadas. Finalmente, otros argumentos en favor del TAV como el de reducir gases o el de evitar accidentes por carretera, son puras falacias, ya que con el fetichismo de los datos se pretende ocultar la categoría esencial de la totalidad. Pues el sistema social forma un todo del que el TAV es un simple elemento, por lo que a pesar de haber cada día más líneas en funcionamiento, las emisiones contaminantes, las destructoras de la capa de ozono, o las responsables del efecto invernadero, no han dejado de crecer. Y

tampoco la producción y la venta de automóviles, y con ellas, los accidentes de tráfico y el cáncer generado por la polución. Como el TAV forma parte dicho sistema, es corresponsable de todos sus efectos nocivos.

NO se puede separar la lucha contra el TAV del rechazo a la sociedad que lo reivindica. No hay que hacer como muchos afectados por el TAV, que se confiesan partidarios del mismo, pero no de su trazado, que les perjudica. No teniendo un interés de todos para oponerlo al TAV, ya que admiten que dicho tren representa el interés de todos, el caso se reduce a una disputa ante los tribunales entre ellos y el Gobierno y la RENFE. No tendrán con qué implicar al resto de la población y ésta les dejara con su pleito, que inevitablemente perderán, dada la desproporción de las fuerzas en litigio. Tampoco hay que rechazar el modelo social asociado con el TAV y al mismo tiempo aceptar el modelo político, tal como hacen la mayoría de ecologistas y residuos militantes. Así limitan las luchas a actos simbólicos y folklóricos, tratando solamente de presionar y comprometer a las instituciones, dominadas siempre por los partidarios del TAV. El protagonismo lo asumen las peticiones de los burócratas y los litigios de los abogados, con el inevitable resultado de desmovilización y derrota. La cuestión es hoy la siguiente ¿qué puede hacer una minoría que decida enfrentarse radicalmente contra el TAV? Lo primero es no someterse a una mayoría contemporizadora y dar a conocer su posición para reunir a todos los que estén de acuerdo con ella. Combatir la construcción del TAV con los medios de que disponga, elaborando un interés general contrario a él, a partir de la convicción de que no se puede detener al tren sin enfrentarse a la gran velocidad de los intercambios económicos. El objetivo estratégico consiste en conseguir que una mayoría de gente se sienta afectada, comprenda que para vivir no necesita ni dirigentes ni desplazamientos de dirigentes y se levante contra el TAV y contra los grupos de poder que lo promueven. La tarea no será fácil porque aunque exista una insatisfacción general entre la población, la mayoría se conforma con la labor de unos cuantos especialistas de la protesta «cívica» -que evidentemente no incluye el sabotaje, ni siquiera en su forma «cívica», tal como lo ha practicado en Francia la Confédération Paysanne-, simulacro impotente que pide al Estado contar con el electorado. De ahí que no se formen auténticos movimientos sociales y que dirigentes de segunda categoría salgan a escena. Pero la batalla contra el TAV no podrá ganarse de esta manera. El Estado, sabedor de la maleabilidad de tales interlocutores y de la confusión de la población votante, da cuartel a la oposición «constructiva» y reprime duramente a los verdaderos luchadores: los Solidarios con Itoitz han sido condenados a cuatro años y diez meses de cárcel por cortar los cables de la presa. El panorama deprimente de ahora no refleja la realidad de una lucha imposible, sino el hecho de que se trata de una lucha de larga duración, que habrá de llevarse a cabo por etapas, con la contradicción añadida de que la oposición al TAV no dispone de tiempo. En los próximos diez años se van a construir dos o tres mil kilómetros de vías. El TAV es la guerra y Musil recordaba el ánimo colectivo anunciador de un cataclismo como ese:

«En particular uno de los síntomas más significativos de la catástrofe era a la vez expresión de una determinada situación ideológica: se trata de ese dejar hacer a los grupos especialistas situados en la máquina del Estado, de forma que se viajaba en un coche cama y sólo se despertó después del choque» (*La Europa desamparada o un viaje por las ramas*).

Miquel Amorós, Noviembre 1999.
Escrito difundido en la acampada organizada por Copaltav a primeros de diciembre,
en cuyo debate, vista la composición de la mesa, el autor declinó participar;
publicado en *Ekintza Zuzena* nº 26, 2000.

2001

Octubre 2001

El ocaso de la revuelta

> «Sé muy bien que mi destino es morir en esta tierra lejos de mi padre y de mi madre queridos; sea como sea no pararé hasta que los troy anos queden ahítos de guerra».
> Homero, *Ilíada*.

En todas las épocas menos en esta, ha habido espíritus libres que han marchado hacia la lucha con serenidad y alegría, disputándose incluso la preferencia en pelear por el interés general queriendo a toda costa tener su parte, fuese en la derrota o en la victoria. Hoy ningún interés general consigue siquiera cristalizarse. Jamás los individuos han sido tan esclavos como en los tiempos que corren, con su vida y sus deseos colonizados por la mercancía, a merced de los instrumentos de control que ni siquiera imaginan. Jamás han sido menos rebeldes. Podría creerse que naciendo bajo tales yugos nunca han vivido sin opresión ni pueden figurarse una existencia libre, y que, siendo la esclavitud más o menos equipada, se complacen en vivir como nacieron sin pensar en otro destino que el que encontraron. Aceptan este mundo en la medida en que no se enfrentan o fingen un enfrentamiento ficticio con él. Pero está aquiescencia despreocupada es algo más que un estado de ánimo general; es el final de un largo proceso de degradación de la consciencia, el producto de una serie de derrotas históricas – las de los soviets rusos y los conejos consejos obreros alemanes; la de la revolución española del 36; la de las revueltas de los sesenta y setenta, especialmente la del Mayo francés – que han aplazado *sine die* la solución revolucionaria de la cuestión social. Y en contraposición, es consecuencia del triunfo ineluctable del sistema capitalista sobre su enemigo histórico, el proletariado industrial, sin que la masa de desheredados reducida a grados extremos de humillación que las nuevas

condiciones tecno económicas han alumbrado – trabajadores precarios y parados, emigrante sin papeles, marginados sin techo… –, pueda desempeñar por ahora un papel inquietante.

En esta época extraña, de gentes desarraigadas e individuos aislados; en esta época vacía y decadente, proclive por si sola al desorden y la anomia, dónde la revuelta ya no es lo que era, una legión de Ghandis profesionales predican a una masa de hombres apocados, aturdidos y asustadizos, una curiosa concepción del combate social que reposa en la peregrina idea de la protesta sin alteración del orden, de la oposición sin enfrentamiento. Con toda solemnidad anuncian la posibilidad de hacer una tortilla sin romper un huevo. Las jeremiadas de una multitud de voceros de la entente cordial con la policía y el Estado arramblan con los escasos exaltados apenas despunta un conflicto, condenando sin paliativos el hecho violento, cualquiera que sea su índole, y tachando a sus autores de provocadores o de infiltrados. Valientes como un San Jorge rescatando el *statu quo* de las fauces del capital depredador, reaccionan como Torquemadas cuando un ladrillo descompone la escena. Singular pacifismo el que dirige su furia en exclusiva contra quienes se inclinan por la confrontación sin mediaciones. Nos preguntamos cómo va a presentarse el pasado a la memoria una vez traducido a semejante lenguaje, de acuerdo con cuya lógica, por ejemplo, las barricadas de mayo del 68 podrían haber sido obra de agentes provocadores, y la canción del Conseil pour le Maintien des Occupations, cuyo estribillo decía «*des canons, par centaines / des fusils, pas milliers*», cosa de fascistas y confidentes.

El argumento central de este nuevo fariseísmo escoge la violencia como el rasgo más característico – y único – del poder, de forma que si se está contra el poder, se está contra la violencia. Olvida que el poder también dialoga, persuade, convence y seduce. Según el mismo razonamiento, si se estuviera contra el poder se estaría contra todo diálogo con él. Pero lo específico del poder es la inmensidad de medios de desposesión que acumula, muchos de los cuales – el Estado, el parlamento, las nuevas tecnologías, el mercado – son aceptados gustosamente por nuestros pacifistas de pacotilla (un Bové ha llegado hasta el elogio del «servicio público» de la administración de prisiones). El poder goza del monopolio de la fuerza y dispone a su antojo de la seguridad de la población: desde Maquiavelo sabemos que la formación de los Estados modernos se funda en la fuerza y se sostiene gracias a ella. Lo que caracteriza al poder es en realidad la apropiación estatal del ejercicio de la violencia, en el origen prerrogativa de las diversas corporaciones populares (en otro tiempo más autónomas), y en último término de los individuos (antaño más libres). Los individuos continúan sufriendo la violencia económica o institucional pero ya no disponen de medios de defensa y mal pueden devolver el golpe. Se hallan despojados del derecho a la insurrección y a la guerra contra las instituciones opresoras y del derecho a deponer o incluso a eliminar a sus representantes, tal como reconocían los tratadistas «monarcómanos» (regicidas), o tal como figuraba en las primeras constituciones revolucionarias.

Los fanáticos del dejarse pegar llaman violencia a lo que en definitiva no es sino un acto de legítima defensa de las víctimas contra la violencia del poder. Niegan el derecho a resistirse

por la fuerza y en ese sentido le hacen el juego a la policía. El pacifismo es pues la última justificación ideológica del acaparamiento estatal del poder de coacción. Estado y pacifismo criminalizan por igual a los violentos, a aquellos que no admiten la autoridad de los Estados y les buscan querella, aquellos que piensan como Thoreau, que no deseaba «ser considerado miembro de ninguna sociedad legalmente constituida en la que no me haya inscrito personalmente». Enfocar la cuestión como una disyuntiva entre violencia sí, violencia no, es plantearla mal. Primero porque se trata de una falsa alternativa. Segundo, porque no se puede separar la cuestión de aquel que la plantea. En principio, no se puede separar los medios de la protesta de sus objetivos buscados: no se matan mosquitos a cañonazos, pero permítasenos dudar de que las murallas de Jericó puedan ser derribadas solamente tocando la trompeta. Nadie negará la eficacia frente a la represión de métodos como la desobediencia civil, el boicot o la insumisión; incluso actitudes individuales de disidencia, exilio interior o *drop out*, han significado en momentos aciagos para la libertad una demostración de dignidad y de coraje. Pero muy mal les hubiera ido, por ejemplo, a los obreros, sin las ocupaciones, los piquetes, los sabotajes, las barricadas o las algaradas callejeras. No hay más que verlos ahora. El antimilitarismo está bien, pero en determinados momentos apuntar a los jefes puede estar mejor. El uso de la violencia es siempre táctico y depende de muchos factores: como antes señalamos, de los medios – organización, efectivos, reservas, experiencia, movilidad, armamento – y de los fines, del terreno y del momento, de la situación del contrario, pero sobre todo, cuándo sólo se reconoce auténtica efectividad a la acción de masas, del humor y la ira de las multitudes rebeldes. La violencia popular al fin y al cabo es un desbordamiento de la pasión.

En cuanto a la identidad de los exégetas del desarme frente a la agresión no nos puede extrañar que a la cabeza de una masa crédula mitad pija mitad pringada, figuren conocidos burócratas en absoluto vírgenes, sino bien rodados en la política, el sindicalismo o los medios de comunicación, lo que de por sí dice bastante de la naturaleza verdadera del tan cacareado pacifismo. Había que haber comenzado preguntando si se trataba de una lucha o de otra cosa, si los contestatarios querían dar cuenta del contrario o convencerle de su pretendido error, y en seguida hubiéramos comprobado que no estábamos ante un movimiento social, ni era el caso de una verdadera oposición con un programa de acción nuevo. Nada que ver con los combates de retaguardia que siguen al reflujo de la lucha de clases, que en el curso de la derrota han degenerado en pantomimas conformistas. Tampoco con la declaración degradación de las luchas pasadas, con la pérdida del valor que acompaña a la esclavitud resignada con la teorización abusiva de tácticas que se utilizan cuando no hay condiciones para otras más eficientes. Ni siquiera nada que ver con el propio pacifismo: el abstencionismo o la negativa a pagar impuestos repugnaba tanto a las nuevas huestes de la mansedumbre como los mismísimos molotovs. Era algo peor y más grotesco: puro teatro de la concordia, escapismo ceremonial, sublimación psicodramática de las ganas de peleas; en resumen, la negación pura y simple de la acción.

Objetamos que no se hace historia tocando el tambor, porque quienes se manifiestan con tambores – o con silbatos, o con guitarras – no pretenden hacer historia. Resulta que la mayoría de los que dirigen tales movidas y muchos de los que participan en ellas son gente de orden y no van en serio (sería difícil ver alguna subversión, por ejemplo, en las payasadas «imaginativas» de los Tute Bianchi, pactadas con la policía y financiadas por los ayuntamientos). Incapaces de forjar un interés general incompatible con el orden establecido, están menos dispuestos todavía a luchar por él. Sólo reclaman diálogo y circo en el mayor respeto a las reglas del juego escritas por la dominación. Si tuvieran que elegir elegirían orden: Medea Benjamin, líder de la Red Global Exchange decía a propósito de Seattle que «Estamos aquí protegiendo a Nike, McDonald's, Gap y todos los demás ¿dónde está la policía? Esos anarquistas [del Black Bloc] habrían de ser arrestados» (*New York Times*, 2 noviembre de 1999). Más que negar la violencia como método, niegan realmente la propia necesidad de la lucha. Conciben la calle como un escenario donde los manifestantes son espectadores de sí mismos. Allí van a intentar poner en común sentimientos y emociones puesto que estamos en los tiempos de la confusión de lo privado y lo público. No discuten y se comunican, sólo «conectan» entre sí y tratan de conectar con el lado contrario, establecer lazos emocionales con los de enfrente. Arrastrar a la policía hacia un convivialismo sentimental sería el mayor de los éxitos. Necesitan erradicar todo aire agresivo creando un ambiente festivo donde la indignación y la violencia puedan sublimarse freudianamente en un ritual simbólico. Los problemas sociales y políticos que se supone que han de solucionarse se convierten mediante esa confraternización pervertida en problemas psicológicos; toda categoría histórica se interpreta como categoría psicológica y el lenguaje mismo de la revuelta se cambia por el del psicoanálisis. La violencia contemplada desde esa perspectiva es un problema psíquico: en una revista de cocina la acción violenta era atribuida a personas «psíquicamente más débiles» y «proclives a la traición», amalgamando con disparatada seriedad tanto violencia y lucha armada como violencia institucional y caracterial (*Maldeojo* n°2, abril 2001). Por medio de la reducción afectiva los objetivos perseguidos pasan a segundo plano, se disuelven; lo que cobra verdadera importancia es el marchar «todos juntos». El espectáculo de la «emoción» desplaza a cualquier otro fin, que como todo en la vida del *boy scout*, es relativo. La no violencia, al exaltar el valor de la cobardía, es la coartada perfecta de quien ante todo busca vivir una «experiencia» y huye todo lo que puede del combate. Una mezcla de frivolidad conectada a Internet y vehemencia moral pacifista está sirviendo de fórmula magistral para emplastar lo viejo – la política, el militantismo, el asociacionismo filantrópico – que de todas maneras se hunde sin remedio.

El fenómeno llamado «globalización», es decir, la conquista del mercado mundial por las grandes corporaciones industriales y financieras, nació con las políticas desreguladoras de los ochenta y noventa mediante el movimiento libre de capitales, posible gracias a la desaparición de toda barrera nacional o local, natural o cultural, religiosa o política, legal o consuetudinaria, etc., que propiciaron todos los gobiernos. Los efectos sobre el mercado de trabajo, las rentas de las clases medias, las finanzas del Estado y la burocracia de las empresas fueron devastadores. El movimiento de noviembre del 95 en Francia y la

seudoagitación de los parados dos años después, certifican la desaparición del proletariado como clase y la del sindicalismo como medio de integración capitalista. Al mismo tiempo entran en crisis todas las clases o capas sociales cuya labor consistía en la gestión y la mediación. En esta fase, las clases, la política, la burocracia y el Estado son trabas al movimiento del capital y de la innovación tecnológica; son instituciones y estamentos ligados a anteriores formas rígidas de capital y a técnicas de control pasadas de moda que decaen en beneficio de formas fluidas y móviles, operando en «tiempo real» dentro de una sociedad cuyos elementos se agitan en movimiento browniano, como las moléculas de gas dentro del recipiente que las contiene. El nuevo capitalismo se distancia del concepto de «organización» y se acerca al de «conexión», y abandona la jerarquía por la «flexibilidad» y la «coordinación». La privatización, la reestructuración, la desregulación, la subcontratación, las patentes, el monopolio de la información, las vías de comunicación ultrarrápidas, las nuevas tecnologías, las fusiones, la unión monetaria… son los instrumentos de los que se sirve el aparato de la dominación para consolidar su orden «global» y someter al mundo. Si por culpa de la eficacia letal de los citados mecanismos ya no podemos hablar en propiedad de clase obrera ni de socialismo, tampoco podemos hacerlo de realidades otrora clamorosas como la propiedad privada o la ética del trabajo, las figuras tradicionales del burgués, del intelectual o del artista. Asimismo, el Estado nacional en tanto que centro de gravedad del poder económico y político, o los sindicatos, como mediadores innecesarios de inexistentes conflictos laborales, o el capitalismo patrio como fuente de riqueza nacional, o las burocracias asociativas y políticas que abastecían de personal a los servicios estatales – la «megamáquina nacional» al decir de Mumford –, emprenden un imparable declive. Los actores principales no son los Estados sino las empresas grandes. Los países se conquistan ya no por las armas sino a través de sus mercados, y en consecuencia, la esfera pública queda sometida a la férula mercantil. Todas las clases, instituciones y sectores de población ligados a periodos anteriores a la globalización, incluso los de más reciente creación, se van al garete: la clase de cuadros ejecutivos, ingenieros y empleados que nació con el capitalismo gerencial de la posguerra para imponer la burocratización de la industria y los servicios; la seudointelectualidad cesante en el mercado del entretenimiento cultural; los funcionarios de la administración estatal del «bienestar»; los campesinos como «jardineros de la naturaleza» y proveedores de alimentos. El poder no paga, como Roma, a los traidores. Se sirve de todas esas subclases y residuos de clases para abandonarlos luego, cuando no tienen ninguna utilidad, dejando tras de sí una estela de desechos sociales, de clases intermedias desamparadas, una especie de *lumpenburguesía* progresivamente desarraigada, a la que en otro lugar he llamado juzgando por sus inclinaciones «el partido del Estado». Los sueños promocionales de esta chusma social han sido frustrados por los movimientos incontrolados de capitales que el progreso tecnológico y la venalidad política han facilitado, arruinando el proceso de burocratización del mundo y su porvenir como clases intermediarias. Como consecuencia de la nueva estructuración mundial de la economía, su trabajo pierde diariamente valor. El capitalismo sigue otra vía que no pasa por la política. El

«movimiento contra la globalización» o «por otro tipo de globalización», como prefiere llamarse ahora, es la respuesta del sector perdedor del orden.

El carácter peculiar de esta infraburguesía se concreta en el hecho de exigir el retorno del Estado burgués de posguerra, no como medio para abolir los extremos, la globalización y el proletariado superexplotado de los países tecnológicamente no desarrollados, sino para atenuar su antagonismo con propuestas como la de destinar el 0,7% del PIB o suprimir la deuda exterior a la clase dirigente de dichos Estados. En general niega la necesidad de los antagonismos. Quiere la sociedad transformada «democráticamente», dentro del marco de los grupos sociales intermedios que la componen. Cree que las condiciones particulares de su salvación son las condiciones generales fuera de las cuales la sociedad no puede ser salvada ni el cataclismo social editado. Desea volver a sus posiciones en la escala social de los tiempos pasados con los modos de la economía del presente, lo cual le obliga a pedir la restauración de las condiciones políticas de posguerra: rehabilitar el Estado, el sindicalismo y la política. A tal fin recurre a la figura del «ciudadano», que no es más que el votante provisto de Internet.

Por más que se pronuncien proclamas revolucionarias y se suscriban peticiones rimbombantes, el contenido es siempre el mismo. Una «red» pequeñoburguesa típica como el Movimiento contra la Europa de Maastricht reclama la moneda del país, la renta básica, la soberanía alimentaria y el desarrollo sostenible, medidas que solamente pueden plantearse dentro de un Estado fuertemente nacionalista dirigido por la lumpenburguesía dentro de un capitalismo casero. Para alcanzar sus objetivos estos «radicales» piensan operar «en los márgenes de la izquierda», es decir, hacer la clásica política oportunista, interviniendo en las instituciones con el pretexto de no quedar aislados: «no debe negar la posibilidad de intervenir, con un movimiento social poderoso desde las instituciones para llegar a amplios sectores de la población promoviendo su autoorganización y su lucha contra el poder establecido». Al final el río de la autoorganización desemboca en el Estado keynesiano, puesto que la transformación social pretendida no podrá financiarse sino con impuestos que graven el capital: «la Renta Básica supone un fortalecimiento del Estado como instrumento de redistribución del excedente social». Y por supuesto, al capital habrá que respetarlo (*Materiales para el debate sobre lo que somos y lo que queremos ser*. Asamblea Estatal, 4 y 5 de noviembre del 2000).

Con el despuntar de la crisis asiática en 1997, apareció impulsado por el mensual *Le Monde Diplomatique* un «grupo de presión cívico de cara a los gobiernos»: la Asociación Attac, el alma de lo que se ha dado en llamar «ciudadanismo». Sustentando una crítica parcial del capitalismo globalizador centrada en uno solo de sus componentes (el capital financiero) y en un solo aspecto del mismo (los movimientos de capitales), reivindicaba el control estatal de los flujos financieros por medio de la tasación de las rentas del capital y las transacciones. Pretendía «devolver los márgenes de maniobra de antaño al ejercicio político» y «transformar el mundo a través de movilizaciones democráticas y ciudadanas», y su programa aspiraba a la reconquista de «los espacios perdidos de la democracia en provecho

de la esfera financiera» («*Tout sur Attac*»). Era una llamada a los dirigentes políticos para el apuntalamiento del Estado. Nada diferente de la política socialdemócrata de toda la vida: usar el Estado como ente regulador de los mercados financieros y servirse de la expansión del gasto público para crear infraestructuras, servicios y generar empleo. Viejas fórmulas que si querían poner coto a las formas exacerbadas de valorización del capital era en provecho de otras menos duras. Aparte de perorar contra la «dictadura de los mercados», Attac respetaba al extremo todos los valores de la civilización burguesa: el cretinismo parlamentario, la aberración tecnológica, la explotación salarial y el dominio de la mercancía, apenas disimulados en conceptos como «progreso», «comercio justo», «desarrollo sostenible», «renta básica», «banca ética», «consumismo crítico», «reinvención del campo», etc. Con que le devolvieran el rosario de su madre ya se podían quedar con todo lo demás. Los sucesos de Seattle de noviembre de 1999 vinieron a significar para Attac «la toma de conciencia nacional e internacional de los representantes elegidos de los pueblos», o sea, de la nueva misión histórica de la burocracia política, cuyos miembros electos habían de afirmar la primacía de «la representación democrática sobre las lógicas mercantiles, financieras y tecnocráticas», pues eran ellos quienes habían de construir «los útiles de gobierno de la sociedad mundial», en resumidas cuentas, una «Asamblea mundial de los parlamentos» (*Le Monde Diplomatique*, enero 2001).

En verdad la parálisis de los partidos socialistas tras años de gobierno y la opinión ligeramente favorable de altos mandatarios de organismos como el Banco Mundial, proporcionaban espacio para un partido reformador que intentarse corregir el deterioro excesivo de los presupuestos estatales, los salarios y las pequeñas rentas, y la privatización de servicios como la energía o el transporte público. Attac, y en general, el ciudadanismo, trataba de fabricar, si no un verdadero movimiento social, la imagen de un movimiento, solicitando la adhesión de los aparatos político-sindicales, de las ONGs, de las redes izquierdistas, religiosas y alternativas, del ecologismo, de los profesionales de la representación que suplantaban la voz de los jóvenes, de los parados, de los indocumentados, de los campesinos, etc., para convencer a los partidos y a los gobiernos de la idoneidad del programa ciudadanista. El ciudadanismo no elaboraba planes de conquista del poder político al viejo estilo leninista, sino planes de defensa del poder político. No buscaba desplazar a la «clase política» sino reforzarla, imbuyéndola de su misión. La burocracia política era la punta de lanza, el agente histórico de los ciudadanistas.

Principal valedor de la burocracia, el ciudadanismo exige al Estado que cobre impuestos, asegure unos mínimos de renta e imponga nuevas reglas al juego financiero. Con tales alforjas no piensa emprender largo camino. En el partido del Estado los ciudadanistas han descubierto un rostro humano a la globalización y se plantean colaborar con sus instituciones. Apuntan en un futuro muy lejano a la creación de un «Ejecutivo global democrático», es decir, de un superestado: «A una economía global le correspondería un gobierno global, acompañado de una propuesta de control democrático del mismo» (Joaquín Estefanía, «Aquí no puede ocurrir»). Un reciente manifiesto de Attac se refiere a

«nuevos cauces democráticos a escala mundial que hagan posible la democracia global»; ¿un superparlamento? ¿O simplemente otro Banco Mundial y otro FMI? Uno de sus ideólogos introduce una singular innovación conceptual al separar globalización de «ultraliberalismo», exonerando a la primera en detrimento de este último. La globalización sería entonces un logro del progreso, y el liberalismo, una mala política de gestión sustituible por otra (Viviane Forrester, «Una extraña dictadura»). Otro ideólogo habla de «un auténtico mundialismo» (René Passet) y todos, en fin, se refieren a «otro tipo de globalización». ¿Cuál es la diferencia entonces entre los ciudadanistas y los dirigentes de la globalización? Difícil decirlo, y más aún cuando la crisis de las economías «emergentes» favorece la vuelta de las ideas de regulación y los planes de pleno empleo. La política socialdemócrata retorna a la palestra y Jospin, correspondiendo, se interesa por la tasa Tobin. El primer ministro francés también planea barrera *sui generis* a la globalización procurando «afrancesar» las empresas con accionariado obrero y la inversión con fondos de pensiones gestionados conjuntamente por los sindicatos y los empresarios. La socialdemocracia no encuentra oposición entre globalización y acción política si se da la condición de que el Estado influya en el mercado financiero. En España, Morán dirá que «la globalización bien entendida no excluye la acción política y las políticas sociales… frente a la globalización abstracta, la mundialización democrática» porque «No se trata de pertenecer o no, sino de que perteneciendo clara y fielmente, democratizar y modernizar el sistema» (*El País*, 15 febrero de 2000). El ciudadanismo no pensaba otra cosa, por lo que Maragall encontraba factible llegar a acuerdos en el Parlament de Cataluña con las ONGs antiglobalizadoras si éstas trazaban «una línea nítida entre ellos y las minorías violentas» (*El País*, 17 septiembre de 2001). Existe pues una identidad de miras entre los ciudadanistas y la socialdemocracia, bien comprometida con las políticas globalizantes de los ochenta, visto lo cual, finalmente, el ciudadanismo no servirá sino para vigorizar el cadáver de la política y para indicar a la policía los grupos «terroristas de baja intensidad», puesto que sabotean su convergencia con el poder al desenmascararla desde la calle. Ni que decir tiene que los sectores alternativos se sienten cada vez más cerca de los ciudadanistas ya que los gobiernos no se matan por consensuar la reforma del capitalismo global y su papel cobra importancia solamente si la citada convergencia se ralentiza. Quieren lo mismo: coinciden en no «sacar rentabilidad a las protestas, pero sí poner el debate sobre la mesa y que la clase política recoja sus demandas». Y si algo tienen claro «es que hay que evitar un escenario como el de Génova, donde la violencia desplazo el debate político» (*El País*, 20 agosto de 2001). A estas alturas la verdadera función de los ciudadanistas y de sus compañeros de viaje no es otra que la de combatir el rechazo frontal al sistema señalándolo como «violencia» e identificando en las comisarías a los «violentos» (como ya han hecho el infame Casarini y sus Tute Bianchi). Todos los enemigos de la reforma capitalista son enemigos suyos, sean los gobernantes «insensibles» a la reforma como Aznar y Berlusconi, o los grupos «violentos» como los anarquistas del Black Bloc.

Los sucesos de Génova han estimulado el retorno de esas viejas prácticas estalinistas. Una indignada Susan George, vicepresidenta de Attac, denunciaba «los múltiples testimonios de

la complicidad entre carabineros y elementos del "Black Bloc"» (*Le Monde Diplomatique*, agosto 2001) – tan sólo citaba el de un cura – y afirmaba sin rubor que el ataque al Genoa Social Forum fue debido a la tentativa de las tropas de Berlusconi de apoderarse «de imágenes que probaban la infiltración de los carabineros en los grupos alborotadores». Con el ardor del neófito, el ciudadanista Amador Savater repetía las mismas insanias, demostrando valer para un oficio que le va a exigir mucho por ese lado: «Numerosos testimonios y pruebas documentales demuestran la infiltración policial en grupos del denominado Black Bloc, cuya lógica operativa era difícilmente discernible de la estrategia represiva» (*Le Monde Diplomatique*, agosto 2001, edición española). Un burócrata más experimentado cómo José María Mendiluce, eurodiputado y miembro de Attac, hubo de terciar con más inteligencia sobre la cuestión ante la histeria delatora de sus compañeros: «la preocupación de algunas personas, referentes en el movimiento por otra globalización, por la relación de éste con la violencia de dentro y con la respuesta a las violencias del sistema, puede alejarnos de lo fundamental, que no es otra cosa que la relación del movimiento con la política formal (partidos, sindicatos, instituciones)… Los *blacks* no son nuestros adversarios aunque no compartamos sus propuestas ni sus métodos. No podemos dejarnos chantajear – para ganar respetabilidad – por la presión mediática y política de los que nos exigen renuncias o denuncias, mientras que los organismos financieros coquetean y alternan con auténticos asesinos…» (*El País*, 7 septiembre de 2001). En efecto, la verdadera estrategia de Berlusconi y de los intereses que representa consistía en sacar a los ciudadanistas y alternativos de la calle porque no podían controlar a los perturbadores y dificultaban la labor de la policía en lugar de favorecerla; era falso pues decir que persiguiese simplemente la represión de la protesta. El error que se le puede atribuir es en todo caso haberse desentendido del deseado diálogo entre «el movimiento» y la «política formal». Los antiglobalizadores no hicieron bien sus deberes, a saber, la tarea de soplones y gendarmes, ya que la lucha de la calle tenía la virtud de deslindar los campos – aquí el Capital y el Estado, allí sus enemigos – y de recordar que estar contra la globalización significa enfrentarse a ella, cosa que a ellos no les convenía. No pretendo afirmar que el cuerpo a cuerpo con la policía sea el mejor modo de combatir al poder, ni el más revolucionario, pero, ante un acontecimiento tan confuso y equívoco como la concentración antiglobalizadora de Génova, donde convivían gentes y objetivos tan dispares y opuestos, ¿no había que imponer un poco de claridad organizando el mayor de los estropicios? En resumen, las ventajas del enfrentamiento resultaron mayores que las de los *shows* pacifistas puesto que el escándalo de la actuación policial convenció a los capitostes de la economía mundial de no reunirse en ciudades; en lo sucesivo, habrán de subirse a una montaña o irse en medio del desierto. No negaré que hubiera policía infiltrada entre los banderizos, pero también la había entre los filisteos de la paz. Es la táctica habitual y no demuestra nada. En aquel momento, si alguien hizo el juego de otros, ese fue la policía, contribuyendo a formar un tiberio cuya posibilidad de creación escapaba a cualquiera de los grupos manifestantes y que no beneficiaba en absoluto la imagen del gobierno italiano. Y si el hecho de la infiltración era tan clamoroso, ¿dónde están las supuestamente numerosas pruebas? ¿Dónde, las listas con nombres, las

fotos, los testimonios? Las fotos que circulan por Internet pueden ser de cualquiera. En cambio, hay testigos de la protección que el Black Bloc prestó a los manifestantes del 21 de julio frente a la brutalidad policial. Un colectivo *black* se había quejado de las amenazas y agresiones en Seattle por parte de activistas «no violentos» y de que «policías infiltrados llegaron a emplear la cobertura de los "guardianes de la paz" para tender una emboscada a los que se dedicaban a destruir propiedades de las multinacionales» (comunicado de ACME en *Fifth State*, primavera 2000). Todo el mundo debería saber que el Black Bloc no es una organización sino una táctica de lucha callejera similar a la «kale borroka», que una constelación de grupos libertarios, «autónomos» o alternativos, venía practicando desde las luchas de los squats («okupaciones») en los años 80 en varias ciudades alemanas. Con motivo de las protestas contra la guerra del Golfo en 1991, la táctica se exportó a los Estados Unidos. Una estructura tan volátil hace que en la práctica resulten imposibles las manipulaciones de las que les acusan los fiscales de la paz, pero ya basta para desenmascarar a un movimiento que pretende reformar el capital en lugar de abolirlo.

Lo sucedido en Génova, como en Seattle, en Davos, en Göteborg o en Praga, no son manifestaciones de una oposición cualquiera, y mucho menos revolucionaria; se trata de una especie de campaña electoral del partido del Estado – que no se opone a nada – más o menos echada a perder tanto por la acción de elementos hostiles a la autoridad y a las vitrinas como por la poca disposición al pacto de los especuladores de la economía global; son protestas ficticias en nombre de un movimiento que sólo anda en el ciberespacio. Aquí lo único que se mueve son los capitales. En tales eventos la sola presencia de ciudadanistas y aliados suyos ya basta para sembrar la confusión y convertir las mejores intenciones radicales en puro activismo, integrado sin dificultad en el espectáculo y por lo tanto manipulable, como argumento de los gobernantes para justificar los excesos de la fuerza pública o como coartada de los ciudadanistas para justificar el fracaso de sus expectativas. El activismo – violento o sólo ideológico – es el mayor revelador de la obsolescencia de la revuelta al reflejar la pobreza teórica y la debilidad estratégica de los enemigos del capital y del Estado. Acuciados los activistas por la necesidad de hacer «algo», se apuntan a todos los bombardeos, cayendo por tanto en la trampa mediática y espectacular, que los tacha de gamberros o de provocadores. El resultado no es útil más que para los gobiernos, los partidos o los seudomovimientos, basura que si existe es para impedir la más remota posibilidad de una lucha autónoma o de un pensamiento revolucionario. Si la acción no es radical es porque no existen condiciones que favorezcan el radicalismo, pero también porque no existen ideas radicales. Hay que participar en las luchas para revelar la naturaleza de la dominación, pero hay que comprender la naturaleza de la dominación para poder luchar eficazmente contra ella. Es necesario pues, un replanteamiento crítico de las ideas revolucionarias que hoy se han vuelto lugares comunes; es indispensable desenmascarar la mistificación que acecha en todos los conflictos y batallar siempre por la autonomía de las luchas; es imprescindible no hacer concesiones, ni contemporizar, ni dejarse llevar por la impaciencia; es fatal frecuentar a gente sospechosa o dialogar con cretinos. Para construir un mundo a la medida humana hay que rechazar absolutamente la economía y la política, su

tecnología, su industria, sus mercancías… Quien realmente se oponga a este mundo deshumanizado ha de saber que se halla en guerra con él y que esa guerra es total. A partir de ahí podrá entenderse con otros afines.

El debate sobre las verdaderas causas de la libertad y de la opresión social es hoy en día posible y por consiguiente, es posible la organización de minorías en base a acuerdos concretos, pero a condición de aceptar los límites que le impone la situación; sólo el regreso de las asonadas y los motines – de la revuelta – creará las condiciones adecuadas para la formación de una oposición revolucionaria y la aparición de un auténtico movimiento social, pero dicho regreso, en parte al menos, ha de ser consecuencia de la extensión del debate y de las prácticas ejemplares que lo acompañen.

Miguel Amorós.
Editado en Barcelona como folleto.
También en Bilbao y Zaragoza bajo el título *Paz y orden*.

Este escrito ha aparecido en el libro
Golpes y contragolpes,
la acción subversiva en la más hostil de las condiciones,
editado por Pepitas de Calabaza, 2005.

Octubre 2001

Mayo 1937. Una encrucijada histórica

Escribir la biografía del insigne revolucionario que fue Balius para mí ha sido cumplir una tarea pendiente de años. A finales de la dictadura franquista mis pasos en el anarquismo me habían conducido a la cárcel y al exilio. La constante agitación social y la enfermedad de Franco sumían a la emigración política en cábalas ante el advenimiento de una época de cambios. En sus cálculos especulativos la realidad española contaba poco al lado de otros componentes de más peso, como por ejemplo las convicciones resultantes de esquemas ideológicos inamovibles y caducos o los deseos nacidos de esperanzas continuamente frustradas, todo ello disimulado con desarrollos tácticos nebulosos que dejaban traslucir o bien una desorientación hasta cierto punto ingenua o bien un declarado oportunismo. Lo peor eran las previsibles componendas entre el aparato franquista y una semioposición montada sobre la marcha por el partido estalinista y los socialistas residuales con elementos descolgados del régimen para dejar las cosas tal como estaban, al tiempo que los recién venidos buscaban acomodo en la escena política del posfranquismo.

Para quienes teníamos en cuenta las posibilidades revolucionarias que encerraban las dificultades de tal pacto por la “ruptura” política — yo diría mejor por la digestión tranquila — del franquismo, dificultades incrementadas por la intervención inesperada de las masas

proletarias desbordando el horizonte reducido de una oposición comprada, la fecha del 3 de Mayo de 1937 era un símbolo. Con toda seguridad, el movimiento obrero, impulsado por recientes huelgas, imposible de encuadrar en los sindicatos verticales o en los embriones del futuro sindicalismo y enardecido por el debilitamiento de la represión, iba a avanzar durante un tiempo y a crear una situación favorable para la formulación de un proyecto revolucionario. Un bando se constituiría con el propósito de derrocar al Estado franquista y hacer la revolución, y otro opuesto levantarían las fuerzas de oposición democrática, decididas a formar con dicho Estado una gran coalición de orden para vencer a la revolución. La victoria pertenecería al contrincanteque hubiera sabido ganar por la mano a su enemigo. El paralelismo entre aquel hipotético desenlace y Mayo del 37, la ocasión perdida del primer asalto proletario a la sociedad de clases, era manifiesto.

El interés que despertaban las alternativas de Mayo del 37 en tanto que guía del presente era evidente, por lo que el conocimiento de aquellas jornadasy de la historia de sus protagonistas indiscutibles, Los Amigos de Durruti, era fundamental como base histórica de un nuevo proyecto revolucionario en España. Entonces oí hablar por primera vez de Balius, secretario de aquella agrupación. En París, rue Vignoles, sede de la CNT, me facilitaron su dirección, y le escribí ofreciéndome para la publicación de sus recuerdos de Mayo del 37 o de una antología de textos comentados. Balius estaba de acuerdo, pero ni él ni yo disponíamos de documentos ni de medio material alguno con que ponernos manos a la obra. Además, él estaba en Hyères y yo en París, y las condiciones precarias de ambos nos impedían vernos con la asiduidad que el calibre de la labor requería. Finalmente yo regresé a España y otros tareas más urgentes acapararon mi atención, aunque tuve la satisfacción de ver que Etcétera y el Centro de Documentación Social editaban buena parte de la producción de Los Amigos de Durruti.

Pasó el tiempo y pasó la época. Ha quedado atrás “el siglo de la Revolución Traicionada”, que es como definió Camus la centuria que contuvo la Revolución Española. El proletariado fue vencido y la fatalidad quiere que en su crepúsculo como clase yo haya podido reunir tiempo y energías suficientes para escribir esta historia, cuando menos útil resulta, tan cierto es que la lucidez resplandece en el ocaso. Ahora el panorama intelectual es pobre, la crítica historiográfica no existe, los rastros de la memoria se van difuminando y toda una prole de historiadores profesionales trabaja para el olvido. Como consecuencia, la generación actual vive sin pasado. Los métodos de trabajo actuales pueden resultar impensables para quienes exigían rigor y erudición: hoy parece que para historiar, por ejemplo, la vida de un personaje, pongamos por caso, de José Martínez, haya que empezar ignorándolo todo sobre él. El punto de partida es la ignorancia.

El papel que desempeña la revisión historiográfica moderna consiste en proporcionar una visión de la historia tan en la perspectiva del pensamiento dominante que el pasado resulte un ensayo más o menos imperfecto, más o menos fallido, del presente. Algunas constantes ilustran este revisionismo: el repudio de la acción directa y más aún de la violencia no estatal, la justificación de las jerarquías y de sus unilaterales decisiones, la aceptación de la

política como profesión de elegidos y juego entre camarillas, la incitación al consenso y a la "unidad" entre dirigentes, el protagonismo otorgado a triviales personajes, la ocultación del papel de las masas (que cuando actúan por su cuenta son "extremistas", "románticas", "manipuladas por grupos radicales", etc.), el silencio en torno a los revolucionarios… Para el historiador revisionista la lucha social siempre es un problema de personas; como mucho de "vanguardias", nunca de clases. Las masas no existen, sólo los líderes que las representan. Las masas sin jefes no son masas, sino grupos de "incontrolados". Y, por lo tanto, en el 36 nunca hubo revolución ni revolucionarios; simplemente, conspiración contra las autoridades legítimas. En ese sentido — y en otros — coinciden bastante con los historiadores estalinistas. El idealismo de las masas que no siguen a los dirigentes es objeto de un sicoanálisis que lo disuelve en una suma de motivaciones particulares egoístas basadas en la ambición, el resentimiento, la exaltación, el delirio, la miseria, etc., a las que se opone con todo lujo de datos el prosaico interés cotidiano de la mayoría por la supervivencia. Ante todo es una historia de vencedores que ha de aleccionar a los súbditos en el sistema de valores de la actual clase media urbana, el segmento de la población que mejor refleja los ideales de la dominación. Por eso es una historia indulgente, sin malos ni buenos, sólo con penosos errores y "excesos" lamentables que-no-han-de-volver-a-repetirse. Es un cuento con moraleja en el que el bien lucha contra el mal. El bien está encarnado por personajes y partidos concretos cuyo comportamiento puede acoplarse a la mentalidad dominante actual -por ejemplo: Macià, Azaña, Companys, Prieto, la Pasionaria, la burguesía liberal, los treintistas, los ministros "anarquistas"-; y el mal aparece caricaturizado y demonizado hasta ser casi inaprehensible, animando esperpentos extinguidos como el demagogo anticlerical, el falangista fanático, el cura integrista, el señorito feudal… El bien es "la democracia", el mal es "el fascismo", conceptos que se presentan vacíos de contenido, fantasmales.

Los hechos no bastan, hay que preservar su memoria: "tampoco los muertos estarán a salvo del enemigo cuando éste venza. Y este enemigo no ha cesado de vencer", decía Walter Benjamin. Primero se hace historia, después hay que combatir por ella. La historia, pues, es algo muy importante como para dejarla en manos de los historiadores. Afortunadamente no todo ha sido desolación en ese campo después de Bolloten. Siempre sale alguien que sigue derroteros opuestos a la historiografía del sistema, como prueba de que el amor a la verdad no tiene remedio. Historiadores de otro tipo se vienen dedicando a la restauración de la verdad de las luchas, el mejor servicio que se le puede hacer a la causa de la libertad y la emancipación; no hace falta mencionarlos. No diré que para escribir la historia de una revolución haga falta haber participado en unas cuantas (aunque no estaría de más), pero creo que si no se hace historia sin pasión, al decir de Hegel, tampoco se escribe historia sin pasión. La objetividad se consigue simpatizando con el objeto, no huyendo de él. Concretando: para hablar de nuestra guerra civil revolucionaria hay que implicarse en ella, escoger bando y no contemplar su verdad desde la galaxia Andrómeda, tal como aconseja la historiografía moderna más pretenciosa. De hecho, ella también ha escogido su bando, el bando contrario, y su aducida neutralidad es sólo un artificio para disimular dicha elección. Por consiguiente, quienes mejor escribirán la historia de Los Amigos de Durruti serán los que

han sido o todavía sean un poco Amigos de Durruti. Esto no significa dar carta blanca a interpretaciones hagiográficas, maniqueas y sectarias, esta vez en sentido contrario al del revisionismo. Ni tampoco sentar ortodoxias: las vías del presente pueden iluminarse con la experiencia del pasado, pero el presente no es el pasado. Escribir historia quiere decir acercarse apasionadamente a los hechos, al punto en que éstos hablen por sí mismos y, consecuentemente, digan la verdad sobre sí mismos; luego, que cada cual opine o juzgue. La manera de escribir más auténtica empieza tratando de pensar como los protagonistas históricos, adoptando su punto de vista, lo cual no es trabajo sencillo. Es tan arduo que sospecho que a Balius le habrá sido más fácil hacer historia que a mí tratar de restituirla.

Miquel Amorós, octubre de 2001.

Introducción a la primera edición de
La Revolución traicionada.
La verdadera historia de Balius y Los Amigos de Durruti,
Virus editorial, Junio 2003.

A partir de documentación en parte inédita del movimiento libertario español y siguiendo el hilo conductor de la biografía de Balius, una de las figuras destacadas de la Agrupación Los Amigos de Durruti, Miquel Amorós reconstruye con gran exhaustividad los debates y enfrentamientos a los que se vio abocado el movimiento libertario español ante la disyuntiva Guerra-Revolución y la participación de la CNT en responsabilidades de gobierno. Las aportaciones teóricas y prácticas de Los Amigos de Durruti fueron importantes porque reflejaban una corriente de opinión creciente dentro de los medios libertarios que quedó plasmada en hechos como los de Mayo del 37 en Barcelona.

Diciembre 2001

Una oposición que vuela bajo

Miserias de la lucha contra el TAV en Cataluña y el País Valenciano

"No hay más que un millón de herreros
forjando cadenas para los niños que han de venir.
No hay más que un millón de carpinteros
que hacen ataúdes sin cruz."
Federico García Lorca, *Poeta en Nueva York*.

Los estragos del desarrollismo a ultranza que caracterizan los tiempos modernos no pueden ocultarse, el mundo entero está en obras: campos, ciudades y pueblos toman el aspecto de talleres donde se consuma su suburbialización. El poder que promueve el crecimiento acelerado de los intercambios y la movilidad frenética de la población, reconoce la

destrucción que llevan consigo como el precio necesario del progreso – interpretado por índices como la renta o el número automóviles por habitante, es decir, como desarrollo económico – y apenas quiere oir hablar de paliativos a no ser que amenace el descontento. La tarea actual del ecologismo consiste en contribuir a la gestión de la catástrofe y circunscribir la protesta en los límites del orden. Pero en España el ecologismo sólo produjo pequeñas formaciones "verdes" sin espacio electoral significativo que presas de un oportunismo sin límites se pusieron a remolque de todos los partidos. La insignificancia del ecologismo político tuvo como consecuencia el que ni los verdes entraran en el Estado, ni que el Estado se pintara de verde: en ningún otro Estado un ministro hubiera dicho lo de Borrell, eso de que "*el AVE no sólo no destruye el medio ambiente, sino que incluso lo mejora*".

Los verdes fueron incapaces tanto para controlar por sí solos la agitación contra las devastaciones del progreso industrial y financiero, como para convencer ai Estado de ponerse a la cabeza en la lucha por la preservación del medio, razón por la cual entraron en función de los llamados "movimientos ciudadanos", paradigma de los cuales es la oposición al Tren de Alta Velocidad.

La característica principal que diferencia a los movimientos ciudadanos de cualquier otro movimiento popular es la desconfianza para con las masas. Dichos movimientos rechazan las estructuras asamblearias y adoptan el tipo organizativo de la "plataforma", es decir, la reunión de entidades en torno a un grupo promotor compuesto por militantes de partidos o por cercanos "independientes". La plataforma trata de funcionar como un *lobby* – un grupo de presión – y para ello su acción se encamina a conseguir adhesiones de asociaciones, secciones locales de partidos y consistorios municipales. Un individuo aislado sólo cobra importancia por su valor mediático. Aunque existan ejemplos de protestas triunfantes gracias a las continuas movilizaciones (una por semana en el Movimiento contra el Plan de Residuos Industriales de la Generalitat, en 1992), paradójicamente, un movimiento es más ciudadano cuando menos se mueve. Es más "cívico" cuanto menos recurra a las masas. Aunque la capacidad de movilización de las plataformas puede no ser desdeñable, se celebran muy pocas manifestaciones. La manifestación es para la plataforma un acto de presentación en sociedad; con una basta. Después entra en un periodo "informativo" que descansa principalmente en el espacio virtual, en una página *web*, ya que a los actos públicos va poca gente. Al acto constitutivo de la PATAV asistieron solamente veinte de las cien entidades adheridas. A los actos que convoca la COPALTAV la asistencia es francamente mínima aunque cuente con la adhesión de quinientas entidades, entre ellas la de la Asamblea de Asociaciones Ecologistas. La prolongada inactividad plataformil es disimulada con sucedáneos de acción como desfiles, bicicletadas, excursiones, colgadura de pancartas y banderolas, reparto de pegatinas y similares. No se bromea con acciones que puedan molestar a un sector de la ciudadanía; la plataforma del Baix Gaiá condenó unas pintadas contra el enlace TAV-Corredor Mediterráneo por "incívicas". Lo que las plataformas llaman "*promoure un debat ciutadá*" consiste en unas cuantas conferencias locales, la difusión de

un manifiesto, la recogida de firmas y la presentación de mociones en los consistorios. La denuncia ha de centrarse exclusivamente en el motivo de la plataforma – por ejemplo, la alta velocidad – desligándose de otros relacionados – las líneas de alta tensión, las autopistas, los megapuertos, los proyectos hidrológicos, el automóvil privado… Se huye de críticas globales: el TAV a un lado y la sociedad que aspira a ese tipo de transporte al otro. De hecho los responsables de las plataformas nunca dejar de precisar que están a favor de "la tecnología" y del "progreso", entrando en el oscurantismo retrógrado que ambos conceptos esconden y cerrando los ojos ante el irreversible desastre que su materialización ha acarreado. En verdad, a una crítica social prefieren una crítica técnica. Toda plataforma que se precie ha de poseer un buen informe técnico elaborado por "expertos" de donde extraer material para la campaña de alegaciones. La plataforma entra entonces en el periodo judicial. Cuando el proceso informativo del Estado termina hay que conseguir el mayor número posible de alegatos (en el País Valenciá se presentaron más de cuarenta mil contra el trazado del TAV) y de mociones. Al mismo tiempo, los representantes de las plataformas inician una larga marcha por los despachos oficiales, empezando por el consejo comarcal y acabando, si puede, en el ministerio. Si la prueba de los despachos no se supera, el abogado de la plataforma, en base a los informes técnicos, recurrirá ante los tribunales. Aunque al actuar de esta guisa se acepta el principio mismo que se combate y se dispensa mucho tiempo en una tarea perfectamente inútil ¿qué otra cosa puede hacer un "movimiento" que no desea moverse sino dialogar con el poder? Para dialogar, primero hay que ser aceptado como interlocutor, y para ser aceptado hay que aparentar "respetabilidad" y lograr un mínimo respaldo institucional. Las plataformas no extraen por lo tanto su representatividad – y su respetabilidad – de la presencia de miles de vecinos furiosos en la calle, sino del número de alcaldes, concejales y diputados que se les unan, del número de instituciones que les apoyen. En su defecto, del número de alegaciones que hayan presentado. Una plataforma no considera un triunfo la sublevación de una comarca en favor de su programa, sino el recibimiento de un ministro para discutir sus propuestas. Así pues no persigue objetivos irrenunciables ni tiene una posición de principio: todo es negociable y las concesiones otorgadas en un despacho, por insignificantes que sean, sirven para firmar la paz y cantar ese tipo de victoria que delata en el cantor al vencido. Si ha llegado hasta los tribunales, cuando éstos pronuncian su previsible veredicto el ciclo de vida de la plataforma termina. En realidad los movimientos ciudadanos vienen a ser complementos de la acción política, que por su total integración en el orden dominante es incapaz de crear cauces para dirigir y dispersar la revuelta que la incesante devastación capitalista no deja de provocar. Las plataformas ciudadanas contra el TAV en Cataluña y Valencia son un ejemplo ilustrativo de todo lo anterior.

Desde que la construcción del AVE Madrid-Barcelona-frontera francesa fue declarada prioritaria en un consejo de ministros y empezaron a reservarse terrenos, numerosos municipios elevaron protestas y en torno a sus consistorios surgieron colectivos anti TAV. Hay que entender que la oposición se manifiesta dentro de un proceso general de desruralización y crecimiento ilimitado de las ciudades y en el marco de los intereses de una

variable política local que determina los pasos de las plataformas “cívicas” desde el instante mismo de su creación. La primera de ellas, L'ESBORNAC, se formó a finales de 1996, a impulsos de la organización de Girona del partido patriótico ERC, de CEC-Els Verds y de otros grupos. Sus informes serán paradigma del género y su manifiesto “*Quinze raons per dir no al TAV*” expondrá el punto de vista que las demás plataformas se limitarán a repetir: el TAV es un artilugio técnico que destruye el territorio, obedece a un modelo centralizado^ será de baja rentabilidad, presenta dificultades de financiación, absorbe la mayoría de la inversión ferroviaria, forma parte de una política de privatización del transporte público y abandono de líneas, no resuelve el problema del transporte de mercancías y esconde los intereses de compañías constructoras. La alternativa serían los trenes pendulares o los TAV adaptados al ancho de vía español (Euromed), capaces de grandes velocidades y de mucho menor impacto ambiental. El carácter parcial de la crítica es patente; separa al TAV de la sociedad que lo fabrica y acepta la necesidad de incrementar la velocidad en los trenes, confrontando un proyecto desarrollista a otro y resaltando los defectos del primero frente a las virtudes del segundo. La crítica del TAV circula por su terreno. Parece que el desequilibrio territorial viene con el TAV y no con la concentración de la producción y los servicios en las ciudades. Que tras el TAV se ocultan la Siemens y la Alsthom, y no los del conjunto de empresarios, bancos, Generalitat y elites locales, es decir, los de la clase dominante. Esta oposición no niega el “progreso” entendido como desarrollismo tecnológico, ni enjuicia “la demanda de movilidad” de la población como frenesí consumista; por eso propone una alternativa que no cuestiona la alta velocidad en sí. Pero el gran error de la protesta anti TAV es que se dirige a gentes que no usan el tren. La decadencia del tren fue obra del desarrollo de la circulación automovilística. Cada autopista o carretera que se ha construido, cada coche vendido, han sentenciado un poco más al transporte ferroviario de viajeros. El coche es el gran responsable de las segundas residencias y del turismo de fin de semana, del crecimiento aberrante de las ciudades, de la desagregación del territorio, de los ghettos, de buena parte de la contaminación, etc. El coche se ha adueñado del mayor espacio de las ciudades, erradicando de ellas la otrora actividad pública del juego, el paseo, la compra, la tertulia o la manifestación (en Barcelona por ejemplo, circulan al día un millón de vehículos). El coche es la herramienta que permite al trabajador desplazarse al curro, pues ya nadie vive cerca de su lugar de trabajo; es pues el signo indiscutible de la proletarización y no el tren. El despilfarro del transporte privado es tan grande que el depredador AVE tiene un consumo energético por viajero transportado inferior al 66% sobre el automóvil. Pero los anti TAV no han dicho jamás una palabra sobre el medio preferido de las masas asalariadas – como demuestra la popularidad y su apoyo a los movimientos “cívicos” que reclaman la gratuidad de los peajes –, por lo que tratar de cautivarlas con las excelencias del Talgo es tarea verdaderamente “utópica”. Realmente el TAV no les peijudica más que el vehículo aparcado frente a su casa. La protesta contra el TAV tiene entonces que desembocar en el ámbito restringido de los propietarios de terrenos afectados, frente a lo cual estaban las indemnizaciones. Mientras que los alcaldes de los municipios maltratados, como los del

Girones y Pía de l'Estany, se daban por satisfechos ora con la construcción de túneles y viaductos, ora con el soterramiento de las vías.

La protesta ciudadana prosiguió con la creación de la "Coordinadora por una Alternativa al TAV", o COPALTAV, el 15 de noviembre de 1997, a partir de un acuerdo entre las organizaciones locales de ERC, IC y Verdes de Santa Perpetua y Mollet del Valles, al que se sumaron algunos grupos ecologistas y asociaciones de vecinos. Su objetivo consistía en abrir un proceso de información y debate dentro del estrecho marco ambientalista, llamar a las entidades "cívicas" y presentar su propuesta "pendular" a las instituciones: a los ayuntamientos, a los consejos comarcales, a la diputación, a la subdelegación del Gobierno, al Parlamento, etc. Desde el principio la posición de los neoestalinistas de IC fue ambigua pues ni se pronunciaban públicamente contra el TAV ni participaban en las campañas informativas. Figuraban nominalmente en la plataforma pero no asistían a sus actos; sólo les interesaba manipularla o neutralizarla con fines electorales. De hecho algunos dirigentes se habían declarado favorables al TAV y sus grupos municipales en Barcelona y Tarragona (como también los de ERC) eran partidarios convencidos de la alta velocidad. Ni siquiera en Santa Perpetua presentaban alegaciones demasiado hostiles. Por su parte, los patrioteros moderados de ERC no se habían definido como partido, y puesto que su vocación política es hacer de bisagra, todos sus posicionamientos flotaban en la imprecisión. La manifestación ocurrida en Santa Perpétua el 13-XII-1998 a la que asistieron 2000 personas, fue el canto de cisne de la lucha contra el TAV en el Vallés. Y la oposición de los municipios se disolvió definitivamente cuando el ministro de Fomento aceptó minúsculas modificaciones del trazado y prometió abrir a los pasajeros la línea Mollet-El Papiol. Al recibir a ocho alcaldes vallesanos, el verdadero problema surgió por el emplazamiento de la estación del AVE, pues "*ninguno de ellos estaba dispuesto a renunciar a las ventajas de tenerla en su término municipal*" (*El País*, 23-XI-1999). En menos de un año las lanzas se trocaban en cañas.

En el Penedés se repitió la misma historia. A principios de 1998 se constituyó la "Plataforma por una Alternativa al TAV Alt Penedés" – PATAV –, integrada en la Copaltav. Los promotores se dirigieron a todos los partidos políticos independientemente de cuales fueran sus posiciones respecto al TAV, y, así pues, IC y ERC figuraban en la plataforma al lado de diversas entidades ecologistas, culturales y recreativas, e incluso libertarias. Recogieron firmas, presentaron alegaciones y celebraron una manifestación en El Vendrell el 24-V-98, de mil quinientas personas, la primera realizada contra el TAV. El objetivo táctico principal era llamar la atención de los políticos: *"No a la indefinició i al joc polític deis representants municipals de la ciudadanía que no es posicionen a favor o en contra del projecte del TAV*"("*Manifest de la PATAV*" leído al final de la manifestación). "*Aquesta mobilització pretén substituir la manca de responsabilitat que han demostrat la majoria d'ajuntaments i alguns partits polítics de les nostres comarques* […] *Estem aquí, per manifestar-nos en contra de un projecte que maltracta el nostre territori, pero també* per demanar responsabilitats a les institucions que ens governen, per denunciar la seva negligencia […] *Per tot aixó us demanen que trenqueu la inercia i la apatía deis polítics i entrem al 2000 sense por…*"

("*Manifest de la Plataforma del Baix Penedés*"). El 3-X-1998, 16 miembros de la PATAV trataron de atraer las miradas de los políticos encadenándose a los asientos de un vagón TAV en la exposición "Ara és demá" del Molí de la Fusta (Barcelona). Ni los consistorios ni los partidos hicieron mucho caso y la Copaltav liquidó la lucha presentando un contencioso administrativo y pidiendo formalmente la suspensión cautelar de las obras. Como ya se había construido el tramo Madrid-Lleida, la Copaltav, muy realista, propuso aprovecharlo para "la tecnología Talgo XXI".

El tramo Lleida-Martorell tropezó también con la oposición de Montblanc, Esplugues y otros municipios de la Conca de Barberá, cuyos alcaldes suscribieron a finales de 1999 un documento en pro de la Cataluña rural, conocido como el "*Manifest de Poblet*" La Copaltav sostuvo el manifiesto y organizó una acampada a principios de diciembre de 1999, por la que pasaron poco más de doscientas personas y se organizaron debates con aforos menores de la cincuentena, pese a lo cual las jornadas fueron valoradas de modo triunfalista. Los alcaldes no se habían propuesto sino sacar el mayor partido del TAV y dificultaron las prospecciones negándose a tramitar ningún permiso de obra. También presentaron un contencioso administrativo, pero durante el mes de noviembre del 2000 el ministerio de Fomento se comprometió en adecentar los apeaderos de la línea Tarragona-Lleida y cedió a los municipios el uno por ciento de las inversiones para el patrimonio cultural. A partir de entonces el AVE pasó a considerarse poco menos que como agua bendita.

El ejemplo de los alcaldes del Manifest prendió en el Baix Llobregat, donde el consejo de alcaldes pidió a Fomento que el TAV respetase el territorio y la Copaltav aprovechó la ocasión para insistir en su proyecto de trenes pendulares. El trazado destruía zonas agrícolas de importancia y el sindicato Unió de Pagesos, que también tenía su trayecto preferido, organizó una tractorada de protesta el 25-III-2000. Como ni siquiera las grandes fuerzas que militan por el TAV como son el ayuntamiento de Barcelona, la Federación de Municipios de Cataluña y la Generalitat, estaban de acuerdo con un trazado que no paraba en el aeropuerto, el trazado hubo de modificarse. Al final, el alcalde de Hospitalet se felicitaba por el soterramiento de las vías, y el del Prat (de IC), por la estación aeroportuaria. En este baile de intereses las estategias localistas podían situar a cada partido en ambos lados; por ejemplo, en la manifestación ciudadana del 9-II-2001 organizada en Lleida por la Federación de Asociaciones de Vecinos, donde mil personas pidieron el soterramiento de las vías del AVE, contaba con la presencia de los partidos PP, CiU y ERC y la ausencia de IC y PSC. En cambio, en otros lugares como Reus o Tarragona todos hacían piña: incluso un diputado de ERC invocaba al PP para que Reus no se quedase sin estación. Precisamente en esa zona ha tenido lugar el último despliegue impotente de una oposición al TAV que no ha olvidado nada porque nunca aprendió algo.

A propósito de un "anillo ferroviario" para servir de enlace entre el TAV y el Corredor Mediterráneo se formó la Plataforma del Baix Gaiá que pedía "*al Consell Comarcal, Diputado, Subdelegado del Govern Central i a la Delegado del Govern de la Generalitat, que s 'adhereixin a les reivindicadons de la plataforma*" ("*Ni enllac, ni TAV*" manifiesto-declaración

de la PBG-Copaltav, mayo de 2000, que acababa con un sentido "*¡Visca la terra!*"). Ofreció su apoyo a los alcaldes de Torredembarra, Altafulla y La Riera que habían criticado el proyecto, se comprometió al consabido estudio de impacto ambiental y a la recogida de firmas, e hizo un llamamiento a "las entidades y la ciudadanía" para participar en las próximas asambleas. El portavoz de la plataforma aclarará que "*El principal objectiu de les assemblees és assolir un consens entre veins, entitats i polítics*" (*Diari de Tarragona*, 11-VI-2000). La que se celebró en la Pobla de Montornés reunió en un ambiente festivo, con degustación de productos de la comarca, a unas doscientas personas. La postura de los alcaldes no podía ser de rechazo; el de La Riera declaró al Diari de Tarragona: "*entenc que no es pot anar contra el progrés i que tot és negociable defensant, això sí, l 'opció que menys pugui perjudicar. Tot el que sigui comunicació és bo*…" (19-VII-2000). A la Plataforma no le cabía sino diluir su protesta en visitas a despachos: "*es continuará amb el diáleg amb els polítics de les institucions implicades perqué, com a representants democráticament elegits, assumeixin el rebuig de la ciutadania a Venllag*" (*Diari de Tarragona*, 14-IX-2000). Y entretenerse infantilmente en esa clase de no acciones que deleitan tanto a los fariseos: "*muntar amb una cinta adhesiva una via de tren simbólica des del baleó del Mediterrani fins a Valtura de la Cambra de Comerg, Industria i Navegado* [de Tarragona]" (*El Punt*, 25-IX-2000), organizar una "calçotada popular", desfilar cincuenta coches por los pueblos afectados… Estos enérgicos contestatarios parecerían sacados del limbo si no fuera porque el respeto servil a las instituciones y los partidos, todos fanáticos del TAV, demuestra su complicidad con los intereses a los que dicen oponerse. Paradójicamente, hasta ahora el único enemigo real del enlace – y del TAV – ha sido la dificultad de financiación.

Si la construcción del TAV es un peldaño más en la conversión de Cataluña en el extrarradio de Barcelona, en el País Valencia la situación es algo diferente por cuanto el TAV acentúa la rivalidad entre las oligarquías que rigen Valencia y Alicante. Si el objetivo principal de la clase dirigente catalana es "conectar" con Europa, el de la valenciana es conectar con Madrid. Tiene vocación de complementariedad con la capital y es capaz de operaciones político-financieras como la de la contrucción del AVE, que inicialmente no estaba prevista (es fruto del pacto entre los presidentes autonómicos de Madrid y la Comunidad Valenciana de diciembre de 1998). Los empresarios alicantinos, ligados mayoritariamente al sector de la construcción y del turismo, tienen la misma vocación y exigen el TAV Madrid-Alicante de trazado más directo, pero además reivindican por razones obvias la conexión rápida con Europa, y por consiguiente, un TAV Alicante-Barcelona. Finalmente, el panorama se va complicando al intervenir los intereses regionales de Castilla-La Mancha y Murcia forzando un trazado "político", es decir, que pasara por el mayor número de ciudades y perjudicara al mayor número posible de gente. En palabras del presidente Bono, "*El paso del AVE ayudará a situar a las ciudades en el mapa*" y bien pronto el mapa político de España más verídico será el de ferrocarriles. Un pacto de presidentes en Murcia a principios de año ha sentenciado las pretensiones periféricas, especialmente las de Alicante. Por otro lado, la oposición al TAV ha usado los mismos senderos inocuos que en Cataluña, ha utilizado las mismas tácticas y ha cosechado idénticos fracasos.

Cuando el 17-XII-1999 salió el proyecto del AVE Madrid-Valencia a información pública quedó manifiesto el impacto especialmente destructivo de dos de sus tramos: el que pasa por los valles del Vinalopó y el que atraviesa diversas comarcas entre Játiva y Valencia. De inmediato surgieron plataformas "cívicas" en los pueblos y ciudades cuyas huertas, industrias, barrios, parajes o yacimientos arqueológicos resultaban condenados. Las de Villena, Aspe, Novelda, Elda y Monóver se coordinaron en una "Plataforma para la no destrucción de los Valles del Vinalopó". Paralelamente se montaron Plataformas en La Ribera, Costera y Horta de Valéncia. Detrás de las plataformas estaban la inevitable conjunción bisagra estalino nacionalista – EU y el BNV – y su séquito de asociaciones de vecinos, compañeros de viaje y entidades ecologistas satélites. La versatilidad de tales políticos cuando entran en juego intereses localistas (y en consecuencia, electorales) es de sobras conocida; de modo general desaprobaban el TAV, pero su posición variaba de ayuntamiento en ayuntamiento, pronunciándose según soplaba el viento. Así podían estar contra el AVE y defender trazados alternativos como en Novelda y Villena, o reivindicar una estación como hicieron EU en Elche y BNV en Sagunto. Al final, ni eso. No había transcurrido un año de protesta "cívica" y el presidente del BNV Pere Mayor mostraba sus preferencias por la "opción centro" del trazado – como el presidente de la Generalitat Zaplana y toda la oligarquía valenciana con él –, pidiendo también una conexión con Barcelona – como la patronal alicantina. El coordinador de EU, Ribó, en cambio, se declaraba de acuerdo con el Ministerio de Fomento y con el modelo AVE Madrid-Sevilla porque corría menos. Las plataformas reflejaban la política de campanario de sus componentes. La de Villena solamente pedía – como el alcalde del PP – que el AVE llegase bajo tierra. La de Elda ni se movía ya que el municipio quedaba casi a salvo. No así en cambio los municipios de Novelda, Aspe y Monóver, que sí presentaron alegaciones. Pero el ayuntamiento de Novelda se conformaba con que el AVE discurriera por el norte de la ciudad. En junio del 2000 hubo una manifestación en Novelda, la primera en toda la comunidad. Una acción simbólica de protesta contra el AVE en la estación de Valencia tuvo una respuesta brutal por parte de la policía (14-VI-2000). Las plataformas defendían la alternativa de trenes pendulares y la reforma de la red ferroviaria para la "Velocidad alta", como en Cataluña, pero "entendían" la posición de los ayuntamientos, que ya se conformaban con la opción de menor impacto. La acción conjunta con los alcaldes desactivaba la poca acción que podía salir de las plataformas, a no ser la consabida ronda de entrevistas con los jerarcas valencianos responsables y la tremebunda amenaza de emprender acciones judiciales. La coordinadora del Vinalopó culminó su obra elevando instancias al Síndic de Greuges de la Generalitat valenciana, al Defensor del Pueblo y al Parlamento Europeo. Al acabar el proceso, cualquiera que hubiera seguido la protesta de cerca no habrá podido evitar la sospecha de que el único objeto del circo "cívico", tan pusilánime, tan legalista, tan genuflexo y creyente con las instituciones, era de que el AVE llegara cuanto antes. Si el único problema se reduce a cuestiones de trazado, se solucionará con trazados pactados, con túneles e indemnizaciones. Por ejemplo, en el tramo Játiva-Valencia probablemente se recurra al corredor actual y se reduzca la velocidad. El caso del trazado por la Vega Baja es ilustrativo. Tras mucho ruido de

la comunidad de regantes y muchas vestiduras rasgadas, el ministro de Fomento aceptó estudiar un trazado que preservase la huerta. Al insinuar la posibilidad de una estación del AVE Murcia-Alicante entre Orihuela y Torrevieja, los alcaldes respaldaron casi unánimemente el TAV. El de Albatera llegó a señalar que "*la propuesta es interesante y parece beneficiosa porque vertebra el territorio*" (*Información*, 21-VI-2001).

La crítica de las plataformas valencianas llamadas más tarde "Tren sí, AVE no", parte del informe que dos expertos elaboraron para la Plataforma de la Ribera, resumido en el artículo "El AVE… de rapiña" que apareció en *El País*. El AVE beneficia a una "minoría rica" que puede pagar el precio del billete; es caro, malversador de energía y desintegrador del territorio, con multitud de caminos cortados, tierras de labranza arrasadas y un efecto barrera que causará inundaciones. Supondrá el abandono del tren convencional y la multiplicación de autobuses, condenando a la población a mayor uso de la carretera. En efecto, para llenar el AVE Madrid-Sevilla se han tenido que suprimir servicios convencionales y subvencionar el precio del billete para soportar la competencia del autobús. Más explícitamente, la alta velocidad "*no cumple el requisito básico de un transporte sostenible: el traspaso masivo de mercancías y pasajeros de la carretera al ferrocarril*" y deja "*la carretera como única opción de movilidad para la mayoría*" (manifiesto "Tren sí, AVE no", redactado en Guadalajara, el 27-V-2001). La crítica resulta algo más desarrollada que la emitida por la Copaltav, pero es igual de parcial y miope. Si alude a los "intereses económicos fuertes" que avanzan con el TAV, no plantea la lucha contra el empresariado, las instituciones y los políticos que desempeñan cargos, el auténtico partido del TAV. Más bien las comisiones de vecinos les visitan para presentar sus quejas. Llegados ahí, la crítica se limita a exigir "*la apertura de un debate riguroso y transparente*" y la elaboración de "*un Plan de Infraestructuras Ferroviarias que contemple la mejora y la modernización de la red*" (*op. cit.*), coincidiendo con sus contrarios en creer que el progreso y la reducción del tiempo de viaje es lo mismo: para unos y para otros, *time is money*. Los más osados pretenden un pacto de Estado que imponga una "cultura de la moderación" y respete la economía: "*es imprescindible un nuevo acuerdo sociocultural sobre los objetivos del transporte y las responsabilidades que supone nuestra movilidad. Estos objetivos no pueden ser otros que la sostenibilidad ambiental, la equidad social y la eficiencia económica*" ("*Alta Velocidad, baja racionalidad*", artículo de la Plataforma de Valladolid en la revista *Gaia*). Los miembros de las plataformas no comprenden ni quieren comprender que se enfrentan a poderosos grupos, al mismo Estado en definitiva, y que la lucha contra ellos no puede reducirse una simple cuestión de afectados por la alta velocidad. Igual puede calificarse el TAV de antieconómico, antisocial y antiecológico que la ciudad a la que visita. No ven que el TAV, los problemas hidrológicos, la desertificación, la destrucción de costas, la agricultura industrial, la manipulación genética de alimentos, etc., son parte de una misma realidad social. Que la sociedad igualitaria, solidaria, justa, equilibrada o como la quieran llamar, no podrá erigirse sino encima de los escombros de aquella, regida por principios radicalmente antagónicos. Y ello implica la oposición al Estado y a las prácticas mercantiles, y, en cuanto a la alta velocidad, el rechazo puro y duro del TAV, sin más alternativas, mediante una movilización constante, masiva y sin tregua. Todo – alcaldes, alegaciones,

recursos – ha de estar al servicio de la movilización y de su objetivo único, la retirada del proyecto, y no al revés (la manifestación del pasado 2 de junio en Valencia, por ejemplo, ha sido sobre todo una manifestación de alcaldes y concejales). Entonces, el combate contra el TAV, no será sino un episodio del combate contra la sociedad capitalista. En caso contrario, como ocurre ahora, no será ni combate.

Quien habla de lucha contra el TAV e ignora el desmantelamiento del sistema industrial, la desurbanización, la reinstalación de la lentitud o la desestatización, es decir, no habla de los procesos que eliminarían las condiciones que requieren TAV, tiene en su boca un cadáver. En particular, la crítica del TAV es indisociable de la crítica a la urbanización incontrolada por parte de las grandes ciudades. Es indiscutible la necesidad de poner límites a su crecimiento, que va ligado a la existencia de un mercado inmobiliario especulativo. En los proyectos de emancipación vencidos perviven ideas que pueden contribuir a la formulación de las nuevas reivindicaciones que piden los tiempos. Tal es el caso del comunalismo anarquista, que propugnaba la organización social basada en el municipio libre. Proponía suprimir la propiedad privada de la tierra y se pronunciaba por la municipalización de la vivienda y del suelo urbano. Estas y otras medidas como la del mantenimiento de una vasta zona agrícola alrededor de las ciudades, o la descentralización de las actividades urbanas, acabarían con el mercado de bienes inmuebles y romperían la hegemonía de la ciudad. Para los viejos libertarios, disgustados con las aglomeraciones urbanas y la concentración de industrias, la solución no podia ser otra que la superación de la división histórica entre ciudad y campo. El Municipio Libre – libre entre otras cosas, del Estado – podía haber sido esa superación.

Miguel Amorós, diciembre 2001.

2002

Enero 2002

La lucha contra el TAV ¿Asambleas o plataformas?

Dos tipos de lucha aparecen frente a la devastación del entorno social y la degradación de las comunidades.

Uno apuesta por reconstituir la comunidad al margen del orden social dominante enfrentándose a él; el otro trata de actuar desde dentro sirviéndose de las instituciones, buscando objetivos limitados mediante la negociación. Estamos ante la vieja alternativa entre Reforma o Revolución. Los partidarios de las reformas y del diálogo con el orden establecido opinan que no se deben oponer las mejoras cotidianas obtenidas en los

despachos a las metas finales perseguidas en la calle; al fin y al cabo la meta, sea cual sea, no importa nada; el logro constante de reformas lo es todo. Los partidarios de la liquidación social piensan lo contrario: que el fin lo es todo, que las reformas no son posibles en las condiciones actuales de desarrollo capitalista y que no se pueden conseguir objetivos por mínimos que sean sino tras duras luchas y amplias movilizaciones. También, al fin y al cabo, entre las luchas por detener los efectos catastróficos del desarrollismo y la reconstrucción de una sociedad libre donde el hombre sea la medida de todas las cosas, existe un lazo indisoluble: la luchas son el medio, la humanización de la sociedad es el fin.

La controversia entre los métodos institucionales y la acción directa de masas no es pues una simple cuestión de táctica, porque está en juego la propia existencia de los movimientos de lucha contra la contaminación y la degradación en tanto que movimientos reales de transformación social. Son métodos que no se pueden combinar: o bien se escoge la vía de la presión institucional y se aceptan las reglas del juego político, o bien no se aceptan y se escoge la vía de la alteración del orden. La forma en que el orden se altera depende del momento; en la asamblea el nuevo grano rompe la cáscara, es decir, el movimiento de luchas encuentra su propio derrotero y la adecuada expresión. Por el sistema de asambleas – el único verdaderamente democrático – el movimiento de luchas puede convertirse en un poder municipal paralelo y de eso es precisamente de lo que se trata; por el sistema de plataformas cívicas, el movimiento no pasará de ser un complemento secundario de la política, el telón de fondo de las discusiones sobre el nivel tolerable de la destrucción. Los plataformistas, que no por casualidad suelen ser militantes sindicales o políticos, buscan la resolución del conflicto entre jerarcas, abogados y expertos, olvidando que lo que está en juego no son sus poltronas, sino la vida de la gente puesta sin su consentimiento en la balanza de los intercambios mundiales. Precisamente por eso, incluso la más modesta de las luchas es demasiado importante para quedar en manos de esos aprendices de brujo y la población afectada no puede encargarse de asuntos que tanto le atañen sino a través de asambleas. Los plataformistas aceptan la división de la sociedad entre dirigentes que deciden sobre la modalidad de supervivencia y dirigidos que consumen sus productos y usan sus servicios. Para ellos han de ser los dirigentes quienes resuelvan, cosa que no significa sino que administren el desastre. Los asambleistas, que creen en cambio en la necesidad de suprimirlo, pisan el mismo terreno que aquellos, pero han de saber que están presentes en él como enemigos, so pena de verse reducidos al papel de comparsas. El plataformismo no es más que un intento de los elementos políticos y reformistas que han ingresado en el movimiento de luchas para corromper sus prácticas y reducir sus fines en beneficio propio. Es una variante de lo que llaman en otras partes “ciudadanismo”. Las plataformas son agrupamientos de entidades variadas. Las asambleas son reuniones de individuos desposeídos. El problema de plataformas o asambleas es, básicamente, el problema del carácter ciudadano o proletario del movimiento de luchas.

Si contamos con que una parte de nuestras rentas del trabajo se invierte en medios de transporte que nos llevan al lugar donde trabajamos, y que una vez fuera de él ejercemos el

oficio de consumidor, concluiremos que la jornada laboral no se termina en las puertas de la fábrica, de la oficina, o dondequiera que curremos, sino que dura todo el día. Estamos doble o triplemente explotados: en el trabajo propiamente dicho, en nuestros desplazamientos y en el ocio. Nuestra jornada laboral dura veinticuatro horas. Somos proletarios a tiempo completo: somos individuos privados permanentemente de todo poder de decisión en la producción de nuestras condiciones de existencia. Podremos tener toda clase de objetos que representen hoy en día el confort y el bienestar, pero estamos privados del derecho a organizar nuestra vida como queramos. No somos dueños de nada y dependemos cada vez más de los artilugios que nos rodean. Nos enseñan a desear nada más que lo que se nos ofrece con la promesa de ser un poco más libres pero jamás nuestra existencia estuvo tan condicionada, ni tuvo tantas cadenas, y jamás la esclavitud fue tan aclamada como libertad. Cada novedad técnica del mercado ha significado por nuestra parte una abdicación. Los verdaderos organizadores y administradores de nuestra existencia se dirigen a nosotros con aparente deferencia: ya que no tenemos libertad para decidir, nos aseguran que somos libres para ir de un lado a otro, comprar una cosa u otra, libres para votar a éste o a aquél. Nos toman a la vez por turistas y electores, pero ante todo, por consumidores. Y efectivamente, nos relacionamos con todo mediante el consumo. Consumimos aire, consumimos paisajes y consumimos política. Entonces adquirimos el status de ciudadano. El ciudadano es el consumidor por antonomasia; confía en el sistema establecido aunque discrepe de algún aspecto, puesto que como consumidor se cree exigente. Piensa que, a través de sus representantes forma parte de él, y que, puesto que una parte de la decisión es obra de aquellos, es también obra suya. Por lo tanto, cree factible la posibilidad de modificarla llamando al orden a los cargos responsables. Lejos de dudar de su legitimidad y de oponérsele frontalmente, el ciudadano descarta actuar fuera del sistema. Respeta todos sus valores: confía en la bondad del jaleo mediático, de las mociones consistoriales o de las preguntas parlamentarias, en el saber de los expertos y en la ley. En buena lógica el ciudadano no recurrirá a las masas porque para él solamente existen ciudadanos debidamente encuadrados en asociaciones de vecinos, entidades cívicas, partidos o sindicatos. La legitimidad no descansa para él en el seno de las masas agitadas, sino en el reconocimiento institucional de la labor de sus líderes. Apelará por lo tanto a presidentes, vocales, periodistas, abogados y ediles para construir sus plataformas e influir en la acción política dentro de las instituciones. No se desalentará ante resultados adversos porque habrá demostrado que el sistema es a pesar de todo reformable, puesto que “funciona”. Y funciona gracias a él. El proletario en cambio sabe que otros mueven los hilos y que todo está dispuesto para que él no pueda remediarlo, de forma que oponiéndose realmente a un aspecto concreto de su desposesión ha de oponerse a la desposesión en conjunto. Cada pieza del sistema se relaciona con las otras: para cambiar una sola pieza habría de cambiarse todo. A fin de cuentas no tiene nada que perder, sino las cadenas del consumo y del confort tecnológico. La lucha de clases reaparecerá allí donde el proceso de proletarización se haga más visible, en los movimientos contra la degradación del entorno social y la contaminación. El proletario tendrá que elaborar en ellos un interés general que sirva para reunir una

multitud a su alrededor. Hallará entonces en la asamblea el medio de la autoorganización de los desposeídos y el lugar donde dicho interés se plasma colectivamente en objetivos concretos. Para la tarea que se impone no necesita la ayuda de políticos ni demás mediadores porque no quiere discutir con el poder, con el orden dominante. Quiere hacerlo retroceder, para lo cual no necesita ir a despachos, ni frecuentar pasillos, ni recoger firmas, ni convocar a la prensa, ni presentar alegaciones: necesita demostrar fuerza y dar miedo. El poder ha de convencerse de que será peor resistir. Inteligencia colectiva, gente y marcha es pues lo que hace falta. La asamblea echará el resto.

Las luchas contra el Tren de Alta Velocidad se han encontrado ante la disyuntiva de las plataformas o las asambleas, inclinándose muchas veces por las primeras. Los resultados han sido obviamente muy pobres y la crítica formulada contra el TAV, muy parcial y poco difundida. Conviene señalar sus puntos débiles para contribuir a una reelaboración más certera por parte de las comisiones asamblearias que se ocupen de hacerlo. En primer lugar habría de quedar claro que la solución al transporte por Alta Velocidad no es otro transporte, un punto menos veloz o más económico. A modo de ejemplo hay una plataforma que, cayendo en el error de querer dar lecciones de economía a sus gestores, ha llegado a intentar demostrar que el TAV es caro y poco rentable, como dando a entender que es menos capitalista. En segundo lugar, si se admite lo que por convención se llama “progreso”, se eliminan los mejores argumentos para rechazar el TAV, reduciéndose el rechazo a reformas de detalle. Muchas plataformas, convencidas de que “no se puede estar contra el progreso”, han acabado por admitir el supuesto beneficio del TAV, con tan sólo un soterramiento de vías, una menor velocidad, túneles, otro trazado… Finalmente, en algún momento, todos han reivindicado “un transporte público de calidad”, e incluso han tratado de convencer a los inversores – el Estado, la Unión Europea, los consorcios privados – y a los potenciales usuarios del TAV – a los ejecutivos y a los turistas –, de que el Talgo pendular era una alternativa mejor, más cómoda, segura y barata. En vano, ya que con calidad o no, el transporte público no podrá desarrollarse más que sobre las ruinas del transporte privado. La sociedad que construye TAVs es aberrante en sí misma. Si aceptamos una aberración mayor, aceptamos todas las aberraciones que la componen: el transporte privado y por supuesto, el TAV. Para criticar coherentemente el TAV hay que conectar la cuestión de la Alta Velocidad con la de la movilidad creciente de la población, relacionada con el crecimiento ilimitado de la ciudad, la colonización tecnológica de la vida cotidiana, la división del trabajo y la fragmentación del espacio social. Es decir, precisamente con aquello que llaman “progreso”.

Nuestra existencia se halla esparcida entre lugares alejados: trabajamos en un sitio, habitamos en otro, la escuela está en otro también, compramos en otro, nos divertimos en otro, pasamos las vacaciones en otro, y así sucesivamente. Nuestras necesidades de movilidad se han multiplicado y el coche parece ser la única solución. Citando a una organización que en Inglaterra se ocupa de ello como conviene, “Reclaim the Streets”:

"Los coches han dominado nuestras ciudades, contaminando, congestionando y dividiendo las comunidades. Han aislado a las gentes unas de otras y nuestras calles se han convertido en simples canalizaciones de vehículos a toda velocidad, indiferentes a los trastornos que causan en el vecindario. Los coches han creado vacío social; gente que permanece en movimiento lejos de sus casas, vidas y actividades cotidianas dispersas, anomia social creciente. Reclaim the Streets cree que la sociedad montada en coche debería quitarse de en medio para que recreásemos un entorno viviente más atrayente y seguro, devolver las calles a la gente que vive en ellas y quizás descubrir el sentido de la 'solidaridad social'.

Pero los coches son solamente una pieza del rompecabezas y Reclaim the Streets también se plantea cuestiones más amplias acerca de la solución al transporte y de las fuerzas políticas y económicas que dirigen la 'cultura del automóvil'. Los Gobiernos proclaman que 'las autopistas son buenas para la economía'. Mayor número de mercancías viajan durante más largas jornadas; más petróleo se quema, más clientes para los hipermercados de las afueras -todo gira sobre el aumento del 'consumo' porque es un indicador del 'crecimiento económico'. La rácana explotación a corto plazo de recursos limitados sin mirar los costes inmediatos o a largo plazo. Por consiguiente, el ataque de Reclaim the Streets a los coches no puede desligarse de un ataque más amplio contra el propio capitalismo."

La cultura del automóvil significa el triunfo de la ideología burguesa de la vida cotidiana. Un ciudadano no vería en ella sino "progreso" por los cuatro costados con tal de que los conductores respetasen las señales. Con el coche llega la promesa de una libertad de movimientos y un alto standing social que no se cumple; en su lugar resulta una absoluta dependencia, lentitud y uniformidad. Pero si la libertad prometida no existe, la cultura del automóvil permanece. Los intereses que se alimentan de esa máquina tan incómoda y peligrosa quieren que sea el único medio de locomoción y han procurado suprimir todas las posibles alternativas, principalmente el tren. Cada camino abierto al tráfico ha vuelto más vulnerables los espacios naturales. Cada carretera ha disuelto un poco más las comunidades agrarias sin que por ello las ciudades salieran ganando. Cada autopista ha sentenciado un poco más al ferrocarril tradicional. La decadencia del tren – y en general, la del viaje – es fruto del auge del automóvil. Sólo el avión ha podido competir con el coche en la larga distancia. Y ahora el Tren de Alta Velocidad, que como lo definió Borrell, no es más que "*un avión que vuela bajo*". Pero el TAV no busca competir con el tráfico rodado de mercancías, aunque puede, ni tampoco desplazar al automóvil de los largos recorridos, sino solamente al avión. Es más bien un complemento y un aliado del coche. Llegamos en coche al estacionamiento de una estación del TAV y partimos en coche de otro. El TAV es pues un simple paréntesis entre coche y coche, pero pronto dejará de serlo porque está previsto que los automóviles acompañen a sus propietarios en vagones preparados para tal menester.

Las razones que podamos aducir contra el TAV pueden aplicarse mejor todavía a las carreteras y autopistas. La lucha contra el TAV y la lucha contra el coche – la lucha contra la motorización de la vida cotidiana – es un mismo combate. Es el combate por la recuperación de las ciudades, por la reconciliación con la naturaleza, por el restablecimiento de

estructuras comunitarias… Por la abolición del Capital y el Estado. Esas son las perspectivas que hay que tener presentes siempre, por limitado que sea el estadio en el que se halle una lucha particular, por escasas que sean las fuerzas reunidas, por sospechosos que sean sus aliados o por ambiguas que se vuelvan las tácticas empleadas a causa de las condiciones adversas en las que la lucha se desenvuelve. De todas formas, el final de un combate no será sino el preludio del combate siguiente. En la actualidad no podemos hablar de un movimiento antiindustrial que se oponga firmemente a los avances de la mundialización tecnológica y por eso las luchas concretas han de surcar un mar de contradicciones. Tal movimiento no existe porque las luchas retroceden aterradas cuando descubren la enormidad de sus propios fines, sin que las circustancias les impidan la marcha atrás y les griten "*hic Rodhus, hic salta!*" Por esa razón no nos puede sorprender la presencia del ciudadanismo en aquellas, sino más bien su pobreza y debilidad. En determinados momentos, al calor de una promoción mediática, parece disponer de una base práctica seria, pero cuando sus personajes públicos discursean sólo escuchamos el lenguaje manido de la política y del orden. Ni una idea nueva, ni la sombra de un pensamiento original; nada que otros no hayan dicho antes mucho mejor o que no haya sido contundentemente refutado. Basta pues que el oportunismo cívico hable para que demuestre que no tiene nada que decir. En realidad el plataformismo ciudadano no es sino el reflejo de la debilidad de las luchas, que por ahora difícilmente consiguen estructurarse en eficaces asambleas; pero en la medida en que éstas pongan el dedo en la llaga y consigan atraer a masas conscientes de su desposesión, observarán las miserias ciudadanistas y se apartarán de ellas con arrogancia y desdén.

Miquel Amorós.
Conferencia leída en la Koldo Michelena Kulturgunean de Donosti, el 3 de enero de 2002.

Publicada en *Ekintza Zuzena* nº29, 2002,
y en *Erokeria, boletín de la Asamblea contra el TAV* nº7.

Este escrito ha aparecido en el libro
Golpes y contragolpes,
la acción subversiva en la más hostil de las condiciones,
editado por Pepitas de Calabaza, 2005.

Abril 2002

Barcelona, entre vallas y flores

"Decís que habéis hecho una revolución… pero, ¿por dónde ha pasado si en lugar alguno vimos sus huellas? Un incendio deja tras de él cenizas; entonces, las cenizas del antiguo régimen ¿dónde están?"

Claude Tillier, "No, no hubo revolución en Julio", 1844.

A pesar de que las trazas dejadas por la manifestación del 16 de marzo son por ahora invisibles, no vamos a negar que la manifestación en sí haya sido un éxito. En efecto, centenares de miles de manifestantes hicieron caso omiso del montaje policial intimidatorio y expresaron pacíficamente su rechazo a la "Europa del capital". El hecho de que el Orden no dejase de reinar en Barcelona, antes, durante y después del evento, ha disminuido el triunfo pero en absoluto lo ha anulado. Algún aguafiestas aducirá que el derecho a manifestarse se había comprado con la promesa de no acercarse a la zona vallada donde se reunían los jefes de Estado, pero las "anticapitalistas" no pretendían provocar hechos revolucionarios, sino más bien pronunciarse rotundamente contra la cumbre y "demostrar que hay dos mundos en Barcelona, el de la gente y el de los gobiernos protegidos de forma militar". Eso lo han conseguido. Ahora bien, que el mundo "de la gente" haya inquietado lo más mínimo al otro, está por ver. Veámoslo.

Las premisas de la anticumbre de Barcelona venían dadas por los pasados sucesos de Génova y la celebración del Foro Social Mundial en Porto Alegre. Aunque muchas "anticapitalistas" no quisieron enterarse, las distintas reacciones ante la "tolerancia cero" del gobierno Berlusconi acarrearon una imparable escisión en el "movimiento" antiglobalización. Su socorrida pluralidad ya no podía disimular la separación entre buenas ciudadanas, pacíficas y dialogantes, respetuosas con el Capital y el Estado, y malas ciudadanas, violentas y antisociales, que cuestionaban globalmente el sistema. Los líderes de las primeras -las otras no tenían- arremetieron contra las segundas, por un lado acusándolas de policías y por otro, lamentando que la propia policía no hubiese dado cuenta selectiva de ellas (en Barcelona se escucharán voces semejantes). El sector ciudadanista del Genoa Social Forum, que agrupaba, liderados ideológicamente por Attac, a partidos estilo Rifundazione Comunista, ONGs y grupos neoleninistas como los Tute Bianche, enseñó su verdadero rostro incitando a la delación y señalando a la policía los rebeldes. No se trataba pues de la parte "reformista" del movimiento antiglobalizador sino de una cuña de la dominación dentro del mismo. Sus propios programas, nacidos de la crisis que las políticas neoliberales habían provocado en los Estados de la Unión Europea, se concretaban en adhesión al régimen dominante. La regularización estatista de los excesos del capitalismo se transmutaba en apología de la economía de mercado y de las instituciones. El deseo de una mayor atención a los temas sociales por parte de los gobernantes, el anhelo de una reforma del capitalismo, se convertía en una defensa cerrada de la propiedad privada y del Estado. El infame Luca

Casarini ya dijo en su momento que "El Estado ya no es el enemigo a derribar, sino el homólogo con el que tenemos que discutir" (*Il Gazzetino*, 23-IV-98). René Passet, presidente del consejo científico de Attac, nos obsequiaba con otra revelación: "Llegamos incluso -¿quién lo hubiera creído?- hasta reconocerle al mercado algunas virtudes cardinales: al liberar las energias individuales, confiere al sistema un dinamismo y una creatividad que nadie ha podido hacer en su lugar; al multiplicar los centros de decisión, le dota de una flexibilidad y de una capacidad de adaptación tal que permite oponer al obstáculo mil diferentes respuestas, rodearlo, digerirlo y salir del paso regenerado (…) Por lo tanto, no podemos privarnos impunemente de las virtudes de la libre iniciativa individual" (*Éloge du mondialisme*, Fayard, 2001). El capitalismo era pues – ¿quién lo hubiera creído? – un semillero de federalismo y autonomía, un manantial de la eterna juventud. El complemento político de tan pasmosa innovación sociológica era la democracia europeista, superación de las contradicciones de una federación de Estados-nación. Para el MRG "el debat constitucional europeu ha de ser un terreny prioritari d'intervenció de l'esquerra alternativa […] La democràcia ha de ser una exigència radical que escampi la sobirania popular a tots els nivells de les institucions polítiques comunitàries i estatals. Davant del fantasma d'una carta atorgada per les oligarquies europees, ha de defensar el dret dels europeus a constituir-se com a ciutadans en un autèntic procés constituent on hi hagi decisions dels parlaments estatals però també la convocatòria d'una Assemblea Constituent Europea" ("El futur polític de la Unió Europea i l'Esquerra alternativa", *Emergències*, n°1, noviembre de 2001) [Para el MRG "el debate constitucional europeo ha de ser un terreno prioritario de intervención de la izquierda alternativa […] La democracia tiene que ser una exigencia radical que extienda la soberanía popular a todos los niveles de las instituciones políticas comunitarias y estatales. Frente al fantasma de una carta otorgada por las oligarquías europeas, tiene que defender el derecho de los europeos a constituirse como ciudadanos en un auténtico proceso constituyente en el que haya decisiones de los parlamentos estatales, pero también la convocatoria de una Asamblea Constituyente Europea" ("El futuro político de la Unión Europea y la Izquierda alternativa").] Pero ¿Qué sentido tienen hoy conceptos como "soberanía popular" o "democracia" si su aplicación depende de los parlamentos y de los Estados, los foros políticos de la oligarquía financiera? Usan el calificativo de "democrático" como alternativa a "revolucionario". Recordando a Engels, que decía que la democracia era la tabla de salvación de todos los reaccionarios, diremos que la "democracia" es la figura retórica de todas cuantas desean prosperar dentro de las instituciones. Quien usa tal lenguaje es un provocador y un agente del orden capitalista.

Después de lo de Génova, la iniciativa correspondió al buen ciudadanismo, que, superando la crisis que el alarde represor de sus dirigentes causó en sus crédulas bases, convocó el Foro Social Mundial en la ciudad de Porto Alegre. El 11 de Septiembre había revitalizado la idea del Estado como gestor de la globalización, por lo que el ciudadanismo aprovechó la ocasión para demostrar que el capitalismo podía tener rostro humano, aireando la administración del PST de la municipalidad de Porto Alegre y del Estado de Rio Grande do Sul. Una vía suave "hacia el progreso y la solidaridad" era factible, o sea, que podía darse en condiciones como

las brasileñas la combinación entre capitalismo nacional, administración socialdemócrata e intereses transnacionales. Con tal de que los servicios públicos se mantuviesen era "posible un mundo diferente", es decir, un capitalismo "diferente". El programa no era nuevo. Para países en vías de ser devorados por la globalización el ciudadanismo postulaba el desarrollo de una burguesía nacional íntimamente asociada a la burocracia estatal, que debía reclamar un espacio en las instancias mundiales al lado de la elite globalizadora. Poco importa que el imperio globalizante fuese incubado por décadas de proteccionismo estatal, a la sombra del cual la automatización destrozó el mercado del trabajo y posibilitó los enormes beneficios de las finanzas. La crítica se centraba en el neoliberalismo, no en sus padres putativos. El ciudadanismo no hurga en el pasado neoliberal de las políticas y nunca cuestiona las relaciones sociales dominantes, ni las instituciones políticas, ni el aparato represivo, ni siquiera la propia globalización; simplemente opone "una globalización alternativa" basada "en la cooperación y la solidaridad" a una "globalización financiera liberal". Dicho de manera más exacta, propone "gobernar la globalización" desde dentro, en lugar de combatirla desde fuera. Samir Nair, eurodiputado, pidió muestras del mismo "realismo" al movimiento contracumbres a la hora de criticar la globalización: "no se volverá atrás en lo que concierne al desarrollo del comercio mundial. Esto significa que la globalización no debe ser satanizada. Hoy sirve al poderío brutal y a la riqueza arrogante, pero también puede convertirse en un instrumento al servicio del bien público, del interés general" ("Después de Porto Alegre", *El País*, 12-II-2002).

El desembarco de la jetset socialdemócrata y neoestalinista en Porto Alegre reveló finalmente el objetivo oculto del FSM, que no era otro que el relanzamiento de la desacreditada "izquierda" política, principal responsable de la desarticulación del movimiento obrero y de las prácticas desregularizadoras. La patética Leire Pajín, de la Comisión Ejecutiva del PSOE, notaba que se hacía imprescindible fomentar "la pasión cívica por participar en la vida pública". Lo de menos era el asociacionismo ciudadano sino el que éste buscase aliadas entre las socialdemócratas. A cambio "la izquierda debe conseguir que los ciudadanos se sientan representados en cada decisión que se toma en democracia, para que no crean que su opinión sólo importa en elecciones" ("Porto Alegre, otro mundo es posible", *El País*, 15-II-2002). Personajes como Kofi Annan, Saramago, Eric Toussaint o Garzón otorgaban al foro ciudadanista un aire oficial e integrado que le consagraba como interlocutor cívico del orden mundial impuesto tras el 11 de septiembre. En tales circunstancias no resultaba extraño que el pobre Bové fuera señalado como extremista. La estrategia de la nueva alianza entre ciudadanistas, oenegeras, partidos políticos y sindicatos forjada en Porto Alegre, aspirará a recuperar el movimiento antiglobalización, transformándolo en una cantera electoral y creando ex nihilo una jerarquía de dirigentes, disimuladas como "portavoces" o "representantes". ¿Cómo si no se ha forjado la fama postiza de un Agnoletto, de un Bello, de un Aguiton y de tantos otros arribistas?

El organismo diseñado para la tarea recuperadora fue el llamado Foro Social de Barcelona, que en noviembre de 2001 creó Attac junto con la chusma estalinista y socialdemócrata, y al

que se sumaron las catalanistas, las verdes, los sindicatos y las ONGs. El manifiesto del FSB reflejaba la moderación extrema de todas las partes y no mencionaba ni una sola vez la palabra capitalismo. De hecho denunciaba solamente "el actual modelo de globalización neoliberal" y quienes lo suscribían se comprometían "a trabajar por un nuevo modelo solidario y democrático, con reglas y derechos", lo cual servía de poco para enardecer a las multitudes. La presentación pública del FSB corría el peligro de ser un fiasco, por lo que sus promotores decidieron "confluir" en la manifestación del 16 organizada por la Campaña contra la Europa del Capital, no sin tratar de hacer desaparecer lo de "contra el Capital" y de intentar arrancar una declaración de condena de las "formas de protesta violentas". Todo ello en vano. Asistió tanta gente a la manifestación que el cortejo foral no pudo salir ni sus líderes hacerse la foto de rigor, cosa preocupante pues indicaba que la clase media catalana, su base social, se pasaba de momento al "anticapitalismo" simbólico y les dejaba compuestas y sin desfile.

La Plataforma Contra la Europa del Capital fue la principal organizadora de la contracumbre de Barcelona y a ella hay que atribuir sus méritos y sus fallos. A pesar de que los colectivos "anticapitalistas" tenían un peso notorio en la Plataforma los contenidos de su manifiesto no se alejaban demasiado de los del manifiesto del Foro. En ningún momento se pronunciaban contra el capitalismo, ni pedían su abolición, sino solamente su control; las clases desaparecían frente al "conjunto de la ciudadanía" y la lucha de clases se evaporaba ante una lucha contra "las políticas neoliberales". Ni siquiera discrepaban en el europeismo de circunstancias: "queremos construir OTRA EUROPA para que otro mundo sea POSIBLE: Una Europa donde sea la ciudadanía y no el mercado quien controle la economía, con reparto de la riqueza y del trabajo, mediante políticas económicas que tengan como fin satisfacer las necesidades sociales de las personas y la protección de su patrimonio ambiental y cultural. Una Europa que anteponga la libertad y la igualdad de las personas, y su extensión a toda la población mundial, a cualquier otro objetivo. Una Europa en que la democracia participativa sea una realidad, que permita el desarrollo de los derechos culturales, lingüísticos y políticos de las personas y de los pueblos, incluido el de autodeterminación." ("Manifiesto de la campaña contra la Europa del Capital- Cataluña 2002"). En fín, una declaración de buenas intenciones con concesiones al nacionalismo, lo suficientemente ambiguas como para contentar a todas las ONGs del mundo y perfectamente compatibles con cualquier constitución estatal, lo que explica que no figurase ni en éste ni en ningún otro manifiesto de la Plataforma una sola palabra en contra del Estado. Para que no faltara de nada, también salía con la cantinela de la "otra globalización", en vista de lo cual, cómo podía chocar que un funcionario del Banco Mundial dijese al día siguiente de la manifestación que "el movimiento antiglobalización y el banco comparten el mismo objetivo" y que "sólo hay algunas discrepancias en el método" (El País, 19-III-2002).

La misma "pluralidad" o quizás la existencia todavía disimulada de un divorcio entre "portavoces" y bases, responsables de que las metas "contra el Capital" pareciesen las de cualquier partido burgués, condujeron a la táctica pacifista de las jornadas anticumbre,

táctica a la que llamaremos “de juego floral”. El primer paso consistía en pactar con la Delegación del Gobierno y la Policía los lugares, los recorridos y los horarios. Tenían que ofrecer garantías de que sus intenciones eran pacíficas y sensatas: “Hemos decidido romper la confrontación… No queremos impedir la reunión de jefes de Estado, lo que queremos es protestar contra esa reunión y hacerles recapacitar para que cambien sus políticas” (la oenegera Gabriela Serra en El Mundo, 14-II-2002). Para ello las “anticapitalistas” estaban dispuestas a colaborar con la obra de los maderos mediante un servicio de orden que contuviese a las “incontroladas”. La “manicacerolada” y el “reclamar las calles” del día 9 tuvo el éxito que puede esperarse de la transposición mecánica de tácticas empleadas por otra gente en otros países en contextos muy especiales, totalmente diferentes a lo que se daba en Barcelona. La “jornada de acción descentralizada” del 15 corrió igual suerte. Se quería hacer de Barcelona “una telaraña de resistencias” “ignorando la militarización de la Diagonal” y de este modo “visibilizando las resistencias barriales y sectoriales”. Resultaba que avanzar por la Diagonal hacia la zona vallada atraería a la policía y así se “invisibilizaría” la reivindicación en “el espacio mediático”. había que “redimensionar la cita mediática”, pues “la clave de esta jornada es que las luchas sectoriales y barriales aprovechen esta jornada de foco mediático para dar a conocer nuestras luchas invisibles” (“Marzo en las calles”). Lo que traducido del lenguaje paduano significaba que se perseguía una imagen socialmente comprometida para que los medios de comunicación la transmitiesen a la población. La función de los medios es justo la contraria. Hacer ese tipo de afirmaciones era ingenuo o cómplice ¿dónde acababa lo uno y dónde empezaba lo otro? Solo diremos que aunque la presencia de jóvenes universitarias en ese tipo de actos era importante, y su inocencia proverbial, quienes hablaban así eran gente muy corrida. No hay que confundirlas con las que salían a cazar lobbies con el uniforme de cazafantasmas, sin pensar que así no cazarían ninguno. En Barcelona poco hay que ver de luchas “sectoriales y barriales”. Al final, lo que salió de la chistera fueron una sardinada y una bicicletada. Llegado el día 16 por la tarde “visualizamos” e incluso pudimos asistir a la gigantesca manifestación antiglobalizadora que discurría “contra el Capital”, por bien que su servicio de orden ataviado con baberos rojos tratase de proteger las lunas de los bancos. Se puso de relieve la existencia de un apoyo popular considerable al sector antiglobalizador que rechaza la mediación de los partidos y sindicatos pero que habla más o menos como ellas. Para unas, el desfile ordenado y tranquilo había hecho el juego a los mandarines de la globalización: “el balance de la movida ha sido favorable al mantenimiento del sistema de explotación y de opresión, sean quienes sean los gestores” (“Llavor d’anarquia”, en la Haine). A fin de cuentas, la desobediencia civil ¿a quién desobedecía? Para los más, la manifestación había sido un éxito, enturbiado al final por las piedras y botellas lanzadas por “las cuatro de siempre” -que creen en “viejas fórmulas, siempre expresadas desde la impaciencia soñada como original, de carácter neolibertario que atienden, algunas veces, a razones del narcisismo grupal” como diría el ciudadano “anticapitalista” Daniel Albarracín. La valoración de la manifestación hecha por la Plataforma fue absolutamente triunfalista, feliz de la participación de “entre 500.000 y 600.000 personas según nuestras últimas estimaciones”, y

pasando por alto tanto la brutalidad policial como la “justicia rápida” que no fueron explícitamente condenadas. Una “comisión de soporte a las detenidas” no se reunió hasta el día 25, cuando casi tod@s estaban fuera, suponemos que para emprender su defensa jurídica, puesto que ahora en abril han de celebrarse los juicios relacionados con los incidentes, en los que se dan varias peticiones de seis años.

A nosotras nos parece que el error principal cometido por los organizadores de la Campaña provino de sus ansias por desmarcarse de cualquier tipo de violencia en cumplimiento del pacto con la policía, mientras que ésta pasaba del pacto y no cesaba de hostigar a los antiglobalizadores por las calles, con cientos de cacheos y miles de identificaciones. Fue descorazonador ver al servicio de orden formando cadenas en torno a los belicosos cuando intentaban atacar a la policía, e inhibirse cuando la policía arrolló sin contemplaciones a las manifestantes. El imbécil de Antoni Puigverd describía en “El País” el trabajo sucio del servicio de orden como un momento sublime. Las organizadores, tratando de garantizar en todo momento la paz, no aseguraron ni un instante la defensa. Permitieron a la policía infiltrarse en la manifestación y no reaccionaron cuando procedieron contra la gente. Lo grave a estas alturas, es fingir creer y hacer creer a otras que la policía interviene por culpa de las alborotadores. Si no los hubiera, la policía los inventaría. El pretexto no es la causa. La policía intervendrá siempre, porque el miedo, la intimidación, la amenaza y al final, los palos, son componentes del metodo preventivo de disolución rápida de multitudes. Son las masas mismas y no sus intenciones lo que despierta la agresividad policial, aunque sería erróneo hablar de “excesos”. Igual que no hay mala ni buena policía, sino sólo policía, la policía jamás se sobrepasa: hace exactamente su trabajo. Las heridas están en el guión.

Para las partidarias de la acción directa contra la policía y los símbolos del capitalismo los procedimientos de protesta tipo manifestación pacífica habían agotado sus posibilidades pues “para el sistema estos medios no tienen otro objetivo que el de mantener la estabilidad y el equilibrio social, y no el de permitir logros reales”. En la medida en que se extendieran y profundizasen las acciones de protesta éstas desembocarían en la confrontación, con lo que se entendería “que no bastan las reformas parciales, siempre provisionales, sino la destrucción del capitalismo y su reemplazo por unas relaciones sociales basadas en la igualdad y en la solidaridad” (“Por la extensión de los disturbios: Manifiesto en favor de la acción directa violenta”, en La Haine). Sin embargo el problema de las activistas más resueltas reposa en el hecho de que la base social de los movimientos contracumbres es escasa y mayoritariamente pacífica. Ellas comprenden que ante la agudización de los conflictos el poder desencadenará la represión y habrá que prepararse contra ella, pero las luchas presentes son pocas, y, salvo ahora en Argentina, no se muestran proclives a los radicalismos. No hay conflictos y menos, agudización. En tales condiciones su acción ha de ser minoritaria y separada, expuesta por igual al garrote de la pasma y a las calumnias de cualquier aprendiz de líder o de cualquier “comeflores”. Por ejemplo, la mani en Las Ramblas del 15 -“Març attack”- reunió a algo menos de mil participantes, mostrando el irrealismo de una lucha callejera de cierta envergadura con tan limitados efectivos, no todas igual de

dispuestas, frente a batallones policiales bien equipados. Había sido convocada públicamente, lo que era tanto como convocar también a la policía. En cambio, boicotear a las vedettes, como pasó con el charlatán Bernard Cassen, y desenmascarar a los que aspiran a dirigentes, son prácticas a las que todavía no se les ha sacado el jugo. Ni tampoco a las acciones comando, mas efectivas que la consabida idea de transformar la manifestación de pacifistas en combate de calle. El lugar para desencadenar las hostilidades durante el desfile del 16 -el Paseo Colón, de cara al mar- no pudo escogerse peor; dada la dificultad para dispersarse, no hubieron más detenidas porque la policía no quiso. Como pasa siempre, la bronca fue desigualmente apreciada, pero quienes pactan con las fuerzas del orden, o quienes callan ante ese pacto, pierden toda autoridad moral para juzgar a las que no se someten a él y no lo respetan. Con el resto, todo es discutible. En primer lugar, la eficacia a corto y largo plazo de ese tipo de actuaciones -simbolismos aparte- si otras no van dirigidas a radicalizar también los debates y si todas no van conectadas con las luchas sociales. Como mínimo han perdido el factor sorpresa: lo peor que se puede decir del movimiento contracumbres es que todo en él resulta previsible, incluido el *black bloc*. Las radicales habrán de superar la dinámica del enfrentamiento cíclico y habrán de formular su propia teoría y su propia estrategia, distinta y contraria a la pacifista.

En cuanto a las “vencedores”, que nos digan qué es lo que han conseguido ¿menos represión? ¿mejor justicia? ¿la renta básica? ¿papeles para todas? ¿la tasa Tobin? ¿Han hecho retroceder al sistema obligándole a cubrir su “fuerte déficit democrático”? El sistema no se ha inmutado porque en Barcelona sus declaradas enemigas alinearon sus fuerzas, que son bastantes, para no combatir. Los trofeos ganados de esta forma forzarán a nuestros héroes pacifistas de batallas no disputadas, y especialmente a la Plataforma, a dejar de lado “el nihilismo” y adoptar posturas “constructivas”; en resumen, les arrastrarán a la colaboración. El camino de la corrupción será largo: las organizaciones que componen la Plataforma son bastante volátiles y hará falta un mayor grado de organización, indispensable para la existencia de una mínima burocracia que se venda. Ya hay quien lo ha reclamado. La manifestación del 16 ha proporcionado al movimiento una cierta base social que los partidos tratarán de disputarle. No creemos que en la Plataforma contra la Europa del Capital quieran romper con ellos si sobre el papel piden lo mismo. En ella muchos son favorables a la negociación política en el marco institucional y a la amistad con los partidos, como el MRG de Asturias. Si necesidad hubiere, los medios de comunicación contribuirían a formar liderazgos con la intención de alejar a las radicales y crear un equipo de interlocutores que más adelante podrían ser candidatos. Los partidos les ofrecerán puestos en las listas. Dada la inclinación al realismo político de sus figuras más representativas y su negativa a echarle un pulso al Estado, los aceptarán. El movimiento contracumbres, presionado para dotarse de negociadores y dividirse en jefes y ejecutantes a fin de pactar con las autoridades el espectáculo de la participación y de la confrontación, está condenado a integrarse en el Estado o desaparecer. Sólo su propia debilidad orgánica le ha salvado de la disyuntiva. En su seno, la confusión de ideas y el desconocimiento de la historia social son enormes: las pacifistas están dando sus primeros pasos, necesitan aclararse y no se quieren precipitar. Así

pues, la mayoría de los colectivos no desean compromisos a largo plazo, ni una coordinación permanente, de resultas que si las miembros conocidas tratasen de aparecer como líderes perderían la capacidad de arrastre. Por consiguiente, la inconsistencia es su mejor arma contra la descomposición. El movimiento flota en la indefinición, es decir, vive en el limbo, y no bajará de ahí si una crisis social no lo empuja. Entonces se romperá en pedazos, si no se ha cansado antes.

Miguel Amorós, 2 de abril de 2002.

Mayo 2002

Cuando lo real se vuelve ilusorio

I. Esta época que ha visto desaparecer las huelgas salvajes, las barricadas callejeras y a la propia clase obrera que realizaba unas y construía otras, contempla peregrinos fenómenos como la huelga por delegación, la revuelta sin alteración del orden, los parados felices o el nacimiento sociológico de la ciudadanía. La disolución de la realidad en la sociedad del espectáculo suscita curiosas paradojas como la de un movimiento que no se mueve, una rebelión tranquila o un combate pacífico, que no podemos comprender en su naturaleza si ignoramos que la realidad está siendo sistemáticamente sustituida por sucedáneos, haciéndose cada vez más inaprensible, resultando que para la mayoría lo ficticio es lo real y lo verdadero, un momento de lo ficticio. Así pues no existe tal movimiento, no hay ninguna rebelión y nadie combate; existe, eso sí, la imagen, la pose y la coreografía.

II. ¿Pero los 500 000 de Barcelona no prueban la realidad masiva de un movimiento contestatario "antiglobalizador"? Prueban la realidad de un espectáculo de masas, como los 150 000 que visitan religiosamente cada dos semanas al Camp Nou, o los 700 000 que el día 17 – ¡al día siguiente! – se concentraron en Can Zam para ver y oir a algunos de los protagonistas de "Operación Triunfo". Son grandes operaciones de consumo emocional que después de ocurrir dejan las cosas como estaban, *como si nada hubiera pasado.* Sus efectos, lejos de ser acumulativos, son regresivos. Es precisamente ese carácter inauténtico y consumista lo que atrae a la masa de participantes; si se luchara de verdad no vendrían. Los 500.000 eran bien reales pero no constituían un movimiento; eran una yuxtaposición de realidades parciales, imposibles de soldarse entre sí, incapaces de coordinarse, aptas sólo para amontonarse periódicamente. La idea de la "unidad" es una obsesión para los los promotores de tales eventos. Lo que éstos presentaban como "movimiento" era simplemente un simulacro de protesta integrada con el que conformar el pensamiento y la conducta de los participantes, a fin de convertirlos en esos seres estereotipados que llaman "ciudadanos". La suplantación de la acción real por el acto simbólico, la caricaturización del enemigo, la ritualización del enfrentamiento, etc., son estereotipos de comportamiento

mediante los cuales el consumidor de experiencias aprende a ver lo otros que quieren que vea. Aunque parezca cachondeo hay quien termina pensando que el mejor remedio contra las bombas es la ingesta de sardinas. En todo caso fuentes informadas afirman que es una de las "treinta maneras de decir NO a la Europa del Capital". Esto no siempre funciona a la perfección y para resolver los problemas surgidos se apela a la moral "ciudadana": cuando el participante ve que el emperador está desnudo y no se comporta como quieren que se comporte se le acusa de "incívico" y violento.

III. En un capitalismo espectacular, donde desempeñan un importante papel los servicios, especialmente los relacionados con la comercialización de la cultura y la experiencia, el entretenimiento y la moda son el negocio mayor del planeta. Todas las acciones bajo su dominio se rigen por las reglas de la moda y tienden a convertirse en entretenimiento. La protesta no podía escapar a eso; es más, su éxito dependía de eso. Algunos detalles deberían habernos hecho sospechar. La primacía de lo "creativo" sobre lo efectivo, la necesidad convivencial de divertirse, el humor pueril, la preocupación por la imagen y el estilo, y sobre todo la extrema superficialidad con que se imita el atrezzo de luchas reales (cacerolazos, Reclaim the streets, Food not bombs…). En cuanto a las ideas, en esos medios era mucho más fácil hacerse con un pin o una camiseta que con un análisis medio coherente. Todo ello resultaba infantil y frivolo y no podía desprenderse de un cierto aire banal, lo que le confería un atractivo irresistible para el público juvenil, el cliente de todas las modas rompedoras.

VI. El mundo colonizado por el nuevo capitalismo es contemplado por los consumidores de vanguardia como un escenario para jugar y en el juego manda la representación, el teatro. Por eso los gestos y los rituales son más importantes que los contenidos. La manifestación es una gran puesta en escena cuyo mensaje reposa menos en la consigna que en la dramatización. Se insiste en lo lúdico pero se está pensando en lo carnavalesco. Del juego se guarda la ceremonia pero la victoria contra el enemigo se consigue conjurando su imagen, es decir, por arte de mágia. Se está por el juego pero no se quiere perder. La actitud más observable en las manifestaciones antiglobalizadoras recuerda el sistema de jugar al fútbol que tienen los párvulos en que todos marcan goles y ganan de calle. La lógica antiglobalizadora es indefectiblemente triunfalista por lo cual los resultados han de ser siempre buenos y eso solamente la magia puede conseguirlo. Chesterton advertía al respecto en su libro *Ortodoxia* que "*si apuesto he de estar obligado a pagar, o se pierde todo el encanto de la apuesta. Si desafío a alguno he de quedar obligado a batirme, o se pierde toda la poesía del suceso*". Ese es el quid de la protesta *light*: los manifestantes detestan la poesía de los acontecimientos y se cuidan bien de que sus actos no traigan consecuencias reales. Aventura sí, pero sin riesgo.

V. Lejos de encontrar una rotunda oposición, el capitalismo moderno parece reflejarse de diferentes maneras en el mundillo de la antiglobalización. Incluso diríamos más: no parece que haya contradicción entre las filípicas contra el capital y el empleo de ciertas maneras capitalistas. En 1986, una bienintencionada campaña para concienciar a la población americana del hambre en el mundo, Hand Across America, contó con el sosten económico

de Coca Cola y nadie se rasgó las vestiduras, bien al contrario, fue el prototipo de las cadenas humanas posteriores. Grupos de espíritu mercantil avanzado como los Tute Bianche no dudan en esponsorizar sus desfiles y existen empresas especializadas en lograr subvenciones para las ONGs a cambio de un porcentaje. ¿Y qué decir de la banca ética, del comercio justo o de las empresas "verdes"? Por ahora lo alternativo carece de infraestructuras económicas serias, pero todo se andará. Realmente existe una moda, un look, un turismo contracumbres, algún que otro negocio en potencia – por ejemplo, la promoción de conciertos o la venta legal de maría – y un incipiente marketing de la experiencia combatiente. Pero lo fundamental es que desde ese mundo se oyen voces en favor del mercado y de la iniciativa privada, y las críticas van dirigidas más que contra el sistema capitalista, contra su mala imagen moral. Los grupos con función ideológica reconocida hablan sin tapujos de "otra globalización", de un capitalismo con rostro humano.

VI. El llamado "movimiento contra la globalización" tiene según hemos visto la particularidad de que no es un movimiento ni está contra la globalización. Tampoco es demasiado innovador, puesto que lo que pide pertenece al viejo programa político de la socialdemocracia. No es rupturista puesto que habla de democratizar las instituciones y no de abolirías. No distingue entre clases sociales, ya que todo el mundo es "ciudadano". Antigualla sacada del viejo liberalismo burgués, ciudadano es aquél sujeto que se preocupa por los asuntos públicos como si fueran asuntos del Estado. Es una página web, a fin de cuentas un fantasma, pero un fantasma estatalista. El Estado es su ectoplasma, es decir, el instrumento necesario – o el socio capitalista – para la realización de sus modestísimas aspiraciones: para controlar las transacciones financieras especulativas, adoptar "políticas sociales" y respetar el proteccionismo arancelario de países no desarrollados. Desea la vuelta a una fase anterior de la producción, aquella en que las contradicciones del Capital eran resueltas por el Estado, pero al mismo tiempo acepta la globalización, por lo que para superar la contradicción sueña con un Estado mundial. Ciudadano es aquél que no tiene ningún poder de decisión sobre su vida y no le importa.

VII. Finalmente, este seudomovimiento, tan crítico con los déficits democráticos del sistema, no se distingue por un excesivo amor a la democracia interna. En efecto, su informalidad y volatilidad mantienen una cohorte de líderes oficiosos que constituyen una jerarquía muy real como se vio en Génova. Son una burocracia de militantes que controla los contactos y la información, disimulada bajo el ropaje de "portavoces", que redacta los comunicados, convoca los actos y toma las decisiones. Existe el precedente de los "movimientos sociales" de parados, indocumentados, sin techo, etc., de factura izquierdista. Por otra parte la lógica egoísta del consumidor impregna el espíritu del participante hasta tal punto que el primado de los intereses particulares sobre cualquier otra consideración excluye la posibilidad de una organización que no sea una "red", es decir, que no sea virtual. Pero no estamos ante la exigencia de una autonomía individual por encima de todo sino ante un acto generalizado de afirmación narcisista que paraliza cualquier intento de acción directa coordinada desde el "movimiento". Jerarquía nebulosa y pasividad ciudadanista no son más que el reflejo

material de la escisión entre dirigentes y dirigidos. Cualquiera puede estar contra la globalización pero en las mesas se sientan siempre los mismos y en la calle el servicio de orden vigila y reparte instrucciones. El "movimiento" no busca la participación igualitaria, bien al contrario, puesto que no es subversivo ha de obstaculizar cualquier proceder subversivo. Con la ausencia de debates concluyentes, la presencia de dirigentes y la inexistencia de compromiso firme nunca podrá constituirse una comunidad de rebeldes. La "pluralidad" bloqueará el diálogo y unilateralmente se impondrá el consenso, para que la parte más moderada – que suele ser la más burocrática y la más oportunista – marque la pauta. No podrán darse entonces procesos asamblearios que forjen la divisoria entre enemigos, elaboren un interés general y decidan el camino a seguir. Y nadie lo pretende.

VIII. El llamado "movimiento antiglobalizador" cabe entenderlo como un conjunto de reacciones ante el desclasamiento producido por el capitalismo tardío, mayoritariamente en favor de la restauración de la política burguesa clásica. Llega a escena con voluntad de no ser un problema de orden público y rompe con las tradiciones de la lucha de clases. Su pacifismo declarado esconde un rechazo a *la experiencia y el valor.* Se muestra indiferente al pasado y hostil a la democracia de base. Presenta pues algunas similitudes con el neofascismo, otra reacción suscitada por la transformación de las clases en masas, que dicho sea de paso es ciudadanista y antiglobalizador.

Miguel Amorós.
Notas para la charla del Centro Social La Trama en Zaragoza, el 4 de mayo de 2002.

Este escrito ha aparecido en el libro
Las Armas de la crítica,
Likiniano elkartea, Bilbao, 2004.

Julio 2002

Tecnología y disolución de Clases

A estas alturas, con las pruebas de la historia en mano, resulta obvio decir que el desarrollo científico y técnico no es un hecho neutro ni espontáneo, sino social y político, y que la tecnología es una manera de organizar de la sociedad determinada por las relaciones de poder y autoridad presentes. No se puede negar el papel principal jugado por los sistemas técnicos en la marcha y desarrollo de las clases, tanto las dominantes como las dominadas.

La clase es un sector social *en sí y para sí*, es decir, con una experiencia común determinada por las relaciones de producción (por su situación en el proceso productivo), de donde surgen unos intereses comunes y unos objetivos comunes. La conciencia de clase es la forma cultural de esa experiencia y esos intereses, manifestándose en tradiciones, sistema de

valores, ideas, publicaciones, organizaciones, instituciones, etc.; es lo que proporciona cohesión a la clase y plasma en los miembros un sentimiento de identidad y de pertenencia.

Ni el proceso de aparición ni el desarrollo de las clases es el mismo en todos los lugares y en cualquier periodo de tiempo, dada la disparidad de condiciones históricas, por lo que el ascenso o la decadencia de la clase tiene su propia historia en cada país. Por ejemplo, cuando termina en Inglaterra la Primera Revolución Industrial, apenas ha empezado en Francia y Alemania, y no pasa de fenómeno local en España.

El movimiento obrero nace en todas partes como reacción contra la Revolución Industrial: contra el sistema fabril, por introducir la división del trabajo, y contra las máquinas, por degradar los oficios, imponer una disciplina de taller insoportable y rebajar los salarios. Las innovaciones técnicas actuaron contra los artesanos y trabajadores a domicilio, sustituyéndolos progresivamente por una mano de obra no especializada, abundante y móvil; en suma, por un tipo de obrero sin oficio, malpagado, conformista e ignorante. Y lo peor de todo es que todavía podían ser a su vez relegados por mujeres y niños, gracias a la simplificación impuesta por la máquina. Los obreros de las fábricas tenían enormes dificultades para asociarse y eran reacios a la política; los movimientos de resistencia al capital ocurridos durante el siglo XIX fueron dirigidos siempre por artesanos, propensos al anticapitalismo y al radicalismo político. Los obreros artesanos eran cultos, radicales, asociativos y opuestos a la introducción de maquinaria, ya que ésta destruía su oficio y les arrojaba a la calle. Las máquinas a fuer de eliminar puestos de trabajo, volvían inútil el saber profesional; por eso las odiaban. Las primeras revueltas obreras --por ejemplo, el movimiento luddita-- tuvieron lugar contra las máquinas; en muchas ocasiones fueron destruidas, y durante mucho tiempo, saboteadas. A partir de 1830 empezó a desarrollarse el sindicalismo en Europa. Ese año aparece la palabra “Trade Union” que significa “asociación de obreros de un mismo oficio”. Poco más tarde surge (1841) en Inglaterra el movimiento “cartista”, la primera manifestación de una clase obrera unida, incluyendo a todas las categorías, especialmente a los obreros de las fábricas. La clase obrera aparecía por primera vez como el elemento activo de la sociedad.

El sindicalismo, el owenismo y el cartismo cambiaron la actitud de los obreros ingleses para con las máquinas. El razonamiento general fue el siguiente: si la clase obrera producía toda la riqueza social, había de apropiarse entonces del producto de su trabajo. Las máquinas – y en general, el progreso técnico – eran aliadas de los trabajadores. Las máquinas podrían permitir la disminución de la jornada laboral y facilitar la emancipación del trabajo asalariado. La Asociación Internacional de Trabajadores, que fue el momento más alto de la conciencia de clase, reconcilió definitivamente a los obreros con las máquinas. La Revolución proletaria tendría que basarse en la apropiación de los medios de producción por parte de los trabajadores.

La derrota de La Comuna de París (1871) fue seguida de una represión generalizada que impidió durante años el asociacionismo obrero de bases revolucionarias, pero en algunos países – por ejemplo, en Alemania, y antes en Inglaterra – se realizaron progresos en la

legislación social y se reconocieron los sindicatos. El capitalismo familiar cedió el lugar al capitalismo monopolista. Se formaban grandes compañías (sociedades anónimas), muchas al amparo de obras públicas como la construcción de ferrocarriles, dominadas por las finanzas; se organizaban las fuerzas patronales y se concentraban sectores de producción, creando monopolios (cárteles, trusts) protegidos por los estados. Una poderosa burguesía industrial y financiera pudo permitirse comprar la tranquilidad social pactando con los sindicatos. Las fábricas que emplean a miles de obreros fueron a partir de entonces la regla general; en ellas, el maquinismo especializaba la producción, restringía la iniciativa del obrero, minimizaba su papel en la producción y eliminaba su dignidad profesional. Continuaba la tendencia a la sustitución de obreros cualificados por no cualificados. El resultado era un trabajador resignado y ajeno a su trabajo, indiferente a la clase y a los ideales sociales que la definían. Esos obreros no dedicaban su escaso tiempo libre a la formación personal sino a la evasión, y no se movilizaban sino por objetivos materiales muy concretos. Incapaces de organizarse por si mismos y elegir a sus representantes, su presencia en los sindicatos obligó al desarrollo de una masa funcionarial especializada en la representación, reclutada principalmente entre los partidos. Los sindicatos, burocratizados y corrompidos sus dirigentes por el poder, fomentaban la identificación del interés obrero con el de la empresa, estableciéndose un interés común entre la dirección y los representantes obreros, y por extensión, entre los sindicatos y la economía nacional, base del reformismo histórico. La clase obrera se jerarquizó y estratificó. En la cúspide, una aristocracia del trabajo, aburguesada, con condiciones de vida mejores y más seguras, gracias a las rentas coloniales. A ella pertenecían los obreros que conservaban el oficio o poseían una cierta cualificación, y que apoyaban la política socialdemócrata (desde 1880 los sindicatos habían sufrido constantes tentativas de sometimiento por parte de los partidos obreros). Frente a ellos, los obreros descualificados no siempre sindicados, a veces antiguos jornaleros, sin tradición de lucha, despolitizados. Si unos no reaccionaban como obreros frente a los conflictos de clase, los otros, o bien eran insensibles o bien explotaban en algaradas efímeras y sin sentido. Bernstein, el ideólogo del reformismo, dijo entonces que la clase obrera ya no era el motor del cambio. Para un bernsteiniano Lenin, en 1905, la clase obrera sólo era capaz de elevarse a una conciencia “tradeunionista”, por lo que las ideas revolucionarias tenían que venir de fuera, de un partido dirigente. Y para muchos anarquistas opuestos a la organización, la clase obrera simplemente no existía; unos tenían una concepción individualista e incluso “ilegalista” de la lucha de clases, otros volvían a la época revolucionaria de la burguesía oponiendo a una clase en disolución, una “humanidad” abstracta. Solamente el sindicalismo revolucionario parecía recoger la tradición obrera genuina de luchas y reivindicaba como armas el boicot, el sabotaje y la huelga general.

Existía un divorcio creciente entre las minorías obreras conscientes y la masa obrera, que traslucía una extinción paulatina de la conciencia de clase. No se puede explicar de otra manera el escaso o nulo efecto de la intensa campaña antimilitarista que precedió la Gran Guerra del 14, denunciando el carácter imperialista del capitalismo y la proximidad de un conflicto bélico por motivos exclusivamente económicos. La facilidad con que las masas

obreras cayeron en la patriotería y el nacionalismo o el insuficiente eco que encontraron los intentos revolucionarios que le siguieron, demuestra el fracaso del proletariado internacional en todos los terrenos. Hasta anarquistas como Kropotkin tomaron partido por la guerra. La revolución rusa no fue sino un segundo fracaso, al dar lugar a una dictadura burocrática totalitaria que esclavizó aún más a los obreros soviéticos y desmoralizó y confundió todavía más al proletariado internacional. Ambos acontecimientos llegaron cargados de consecuencias: el abandono de la revolución española y el ascenso del fascismo.

A principios del siglo XX, el capitalismo experimenta un proceso de racionalización que se aceleraría en el periodo de entreguerras: es la Segunda Revolución Industrial. Por un lado, la propiedad se separaba de la gestión (los accionistas, de los gerentes o "managers"), por el otro, se introducían procedimientos de organización del trabajo (el taylorismo y el fordismo). Taylor suprimía en el peón la posibilidad de realizar libremente su trabajo. Se produjo un cambio cualitativo en las empresas. El capitalismo gerencial, desarrollado primero en los Estados Unidos, se agigantó, y consecuentemente, se burocratizó. El trabajo intelectual que efectuaban los obreros se desplazó de los talleres a los despachos. Producto de esta nueva división del trabajo fueron los oficinistas y empleados, los "cuellos blancos". El conocimiento y la experiencia tradicionales fueron expropiados por la dirección, que determinaba no sólo el trabajo, sino su duración y la manera de hacerlo. Los empleados, proclives al diálogo con los directivos y a las mejoras graduales pactadas, favorecieron el reformismo, que los partidos comunistas fomentaban en competencia con la socialdemocracia, por coincidir con los intereses del totalitarismo estalinista. Además, la complejidad de los servicios públicos hacían que el Estado se transformase en patrón, lo cual modificaba aún más la estructura tradicional del sindicalismo: en 1936 el número de ferroviarios, empleados del Estado y funcionarios superaba el 50% de los efectivos sindicales en Francia. Este tipo de asalariados no apreciaba la acción directa ni pensaba en revoluciones emancipadoras y mejor se inclinaba a mantener la estabilidad en el trabajo y a gozar de un "estatuto" como el de la "función pública". Finalmente, a la oposición entre patronos y obreros, entre compradores y vendedores de la fuerza de trabajo, se le venía a añadir otra: la oposición entre quienes dirigían la máquina y quienes estaban a su servicio. Hasta entonces los obreros de oficio, capaces de manejar todo tipo de maquinaria, constituían el factor esencial de la producción en las empresas; en lo sucesivo, las nuevas máquinas serían puestas a punto por un técnico y vigiladas por un peón, cuyo trabajo devenía monótono y rutinario. La fábrica se dividía en dos campos: quienes ejecutaban un trabajo sin participar en él y quienes dirigían el trabajo sin ejecutar nada. La composición orgánica de la clase obrera había cambiado; los "nuevos artesanos", que es como Ford llamaba a los ingenieros y cuadros, estaban altamente cualificados, y formaban una capa intermedia entre la dirección y los trabajadores; una subclase con intereses diferentes. La escala de categorías se reducía; en los talleres sólo había técnicos y peones, cuyo trabajo predisponía al embrutecimiento y al servilismo. La Segunda Revolución Industrial puso al servicio de la oligarquía económica los logros de la ciencia y la técnica, e hizo imposible una cultura obrera; los efectos para la unidad de la clase fueron catastróficos y la conciencia de clase se eclipsó. La idea de que el proletariado debía

poseer los medios de producción desembocaba en la idea de la necesidad del Estado como agente de esa expropiación. Nadie concebía ya el socialismo como una asociación voluntaria y democrática de productores libres, tal como dijo la Internacional, sino como un régimen donde una tecnocracia o una burocracia política han reemplazado a la burguesía; una especie de capitalismo de Estado.

La clase obrera pasó entonces a ser un instrumento pasivo de la producción; las modificaciones técnicas y burocráticas le quitaron su fuerza principal y la volvieron inapta para la toma de sus asuntos directamente. Era incapaz de actuar autónomamente. A la racionalización, al crecimiento del aparato estatal y al sindicalismo capitulador, se le vino a añadir la presión del paro. La crisis de la época (1918-1940) afectó más al proletariado que a la clase dominante, de suerte que apareció, no como la crisis del Estado, sino como la crisis de la sociedad civil. La atomización social y el individualismo extremado crearon una personalidad descentrada: la del hombre masa. Su principal característica no era la brutalidad o el atraso mental, sino el aislamiento y la falta de relaciones sociales normales, pues "*toda su vida como él la conoce esta hecha de distancias"* (Canetti). El hundimiento del sistema de clases dio lugar a la aparición de masas extrañas al sistema representativo de partidos y sindicatos. Ambos pasaron a defender intereses propios, corporativos, y se cortaron de los jóvenes y de la gente no organizada. Todas las instituciones se desprestigiaron. La clase obrera y las demás clases en descomposición degeneraron en una masa amorfa, segmentada e insolidaria, pero no pasiva. El caso es que constituyó la mayoría de la población. La transformación de las clases en masas y la eliminación de cualquier solidaridad de grupo son las condiciones del totalitarismo. Los movimientos totalitarios organizan masas, no clases. Dependen de la fuerza del número. Las masas no están unidas alrededor de intereses comunes, ni pueden organizarse en base a ello; sufren un desclasamiento que las vuelve neutras, indiferentes y apolíticas, aunque deseosas entrar en escena. Puestas en movimiento mediante mecanismos emocionales, viven como los humillados obreros de la cadena de montaje, dentro de un continuo presente. Las masas se desarrollaron pues a partir de fragmentos de una sociedad pulverizada en donde la soledad y la competitividad feroz no tenían ya la barrera de los intereses de clase. El hombre masa aparecía al final de la "racionalización" del proceso productivo, como resultado necesario de la degradación tecnocientífica de la condición obrera. En su desarraigo y angustia fue lógico que se inclinara hacia el nacionalismo violento, xenófobo, antisemita y autoritario, que anunciaba el terror nazi y estalinista.

Las primeras reflexiones importantes de la segunda posguerra (las de los autores de la Escuela de Frankfurt) apuntaban que la barbarie nazi no era sino la consecuencia de la aplicación radical de las leyes de la técnica a la sociedad de masas. La ideología del progreso, formulada por la Ilustración, llevaba implícita esa barbarie. El aumento de la productividad gracias a la tecnología proporcionaba a los grupos que disponían de ella una enorme superioridad sobre el resto, desapareciendo el individuo frente al aparato técnico al que servía. La apropiación de la naturaleza mediante la técnica no liberaba al individuo de las

constricciones naturales sino al precio de otras más temibles: las que imponía la propia técnica. El hombre se había vuelto esclavo de los instrumentos que le tenían que liberar de la naturaleza. En política era lo mismo: el Estado funcionaba como un mecanismo. La razón tecnológica se implicaba en la dominación, era razón política.

La derrota nazi significó una detención del proceso de masificación materializada en la constitución de Estados "sociales", nacidos en la posguerra de un pacto de reconstrucción entre los nuevos dirigentes liberales del Estado y los sindicatos y partidos obreros reorganizados. La solución a la crisis social era la fusión entre Capital y Estado, esencialmente la misma que la de los nazis --y la soviética--, pero llevada a cabo mediante acuerdos y alianzas y no por medio de prácticas terroristas. Por eso no fue acompañada de una detención del proceso tecnificador de la producción industrial, sino por un incremento del mismo, merced a la introducción en la sociedad civil de la tecnología de origen militar puesta en pie por la segunda guerra mundial; eso sí, con la aquiescencia sindical. El Estado de la posguerra juega un nuevo papel en la inserción de las economías nacionales al mercado mundial. A través de la empresa pública adquiere importancia como promotor de actividades económicas y creador de empleos (keynesianismo, *New Deal*), y mediante los acuerdos tripartitos entre la patronal y los sindicatos, habituales en los años sesenta, institucionaliza la colaboración de clases (llamada pacto social, contrato social o concertación) si todavía puede hablarse de clases. El Estado ha llegado a sustituir a la sociedad, haciéndose cargo de los servicios sociales. Sindicatos y partidos son sus apéndices. La clase obrera, de la que sólo quedan fragmentos, no tiene voz ni proyecto.

El periodo que va desde la posguerra a los ochenta viene caracterizado por la política empresarial de automatización. De entrada la automatización proseguía el proceso de descualificación obrera iniciado en el periodo de entreguerras a escala mayor, pues ya no se trataba de crear un proletariado sin cualidad, dócil y manipulable, sino de separarlo totalmente de la producción. La clase obrera dejaba de ser fuerza productiva, el tiempo de trabajo en su forma inmediata dejaba de ser medida del precio de las cosas y el trabajo acumulado ya no representaba lo esencial de "la riqueza de las naciones". Y en consecuencia, la impropiamente llamada clase obrera dejaba de ser agente posible de la transformación histórica. El terreno de encuentro entre pensamiento y acción, entre teoría y práctica, se había evaporado.

La automatización fue impulsada para controlar directamente el proceso productivo y anular el poder de los trabajadores sobre el mismo, controlando a éstos a través del control de aquél. Al poner en relación directa a la dirección con las máquinas arrebataba a los obreros el control de las mismas y eliminaba toda resistencia basada en ello. Los talleres perdían toda posibilidad de decisión y planificación en provecho de los directivos. Si la productividad y la competitividad enarboladas como excusa resultaron problemáticas, no lo fue el desplazamiento de los obreros, abocados al subempleo y al paro. La tecnología automática no vino pues para ahorrar trabajo a los obreros, sino para ahorrar obreros al capital. El declive de la posición negativa de la clase obrera ante la nueva ofensiva tecnológica fue

evidente. La desintegración de la clase obrera fue continuada por la integración de sus componentes individuales, gracias al desarrollo del sector terciario, gran creador de puestos de trabajo, y a una amplia oferta de consumo posible. La automatización reemprendía el proceso de transformación de las clases en masas auxiliada por el consumo. La soledad y el aislamiento del hombre masa, gracias a los adelantos técnicos que amueblaron la vida privada como los electrodomésticos, el coche o la televisión, se volvía soportable. Entonces las masas consumían su fustración y agresividad en el hogar y no en la calle.

El proceso no ocurrió en todas partes igual, ni a la misma velocidad. En la Europa de los sesenta los pactos sociales habían preservado el estatus de una generación de trabajadores a costa de que el capitalismo, con la ayuda de los sindicatos, reorganizase el trabajo de las nuevas generaciones en función de sus intereses. Eso provocó una escisión en el proletariado entre "viejos", semicualificados, con tradición de luchas sindicales, con derechos laborales, y "jóvenes", sin oficio específico, con menos derechos, sin historia. Sin embargo éstos fueron los primeros en radicalizarse. En los sesenta y setenta, al calor de la ofensiva capitalista y también gracias a la debilidad sindical, o a la parálisis momentánea de las fuerzas políticas y represivas del Estado (lo que se llama un vacío de poder), ambas fracciones pudieron caminar juntas y anunciar "un segundo asalto proletario contra la sociedad de clases". Mayo del 68 fue la prueba de ello, así como también las huelgas obreras en Polonia, las ocupaciones de fábricas tras la revuelta portuguesa de los claveles, la revuelta "rampante" italiana, o el movimiento asambleario español. El retorno de los sindicatos a las mesas de negociación, el perfeccionamiento del aparato represivo, la precariedad y el paro, consiguieron romper dicha unidad y destruir la conciencia incipiente de una generación rebelde. En este periodo, como ya hemos dicho antes, los sindicatos no son reformistas: son directamente agentes de la patronal y el Estado, actúan directamente a su servicio. La terciarización de la economía, la deslocalización de empresas, que marchaban hacia países de mano de obra barata y sumisa, y la reconversión industrial o "reestructuración" de amplios sectores productivos puso fin a ese "segundo asalto".

A partir de los ochenta se hace cada vez más raro hablar de la "clase obrera" – el término desaparece casi completamente del vocabulario sociológico, filosófico o político – y en cambio aparece el concepto no clasista de "excluido" aplicado a quienes se encuentran al margen del sistema, a los "nuevos pobres" expulsados de la producción. Las nuevas condiciones permiten la elevación del nivel de vida de una minoría trabajadora, normalmente con estudios, y el mantenimiento del nivel alcanzado por los obreros en sectores expansivos, lo que con la presencia de cuadros técnicos, nuevos agricultores, pequeños empresarios, empleados y funcionarios, cristaliza una clase media asalariada favorable al orden, conservadora y adicta a los valores de la dominación. Ni la explotación ni la marginación han desaparecido, como demuestran los "excluidos", pero en gran parte han sido desplazadas a países "emergentes" del Tercer Mundo. Con la informatización la política empresarial experimenta un giro de 180 grados. Se favorece la flexibilidad productiva, la descentralización, la automatización de los servicios, la eliminación de empleados y técnicos.

El proceso de automatización había incrementado los stocks de maquinaria y consiguientemente, aumentado la proporción de capital fijo. El nuevo capitalismo camina en sentido contrario, reduciendo al mínimo el capital fijo. Las máquinas, bienes y servicios se alquilan (sobre todo en *leasing*) o subcontratan a otras empresas, procedimiento conocido ahora como "externalización", eficaz contra los colectivos obreros reivindicativos. Se extienden las grandes empresas monopolistas (las multinacionales). Las nuevas tecnologías han "mundializado" la economía, entronizando el predominio del capital financiero. Es la llamada globalización. La función social y económica del Estado toca a su fin. La división del trabajo se intensifica, como la explotación y la descualificación. La fuerza productiva principal ya no son las máquinas sino el capital "cognitivo", la potencialidad mercantil de la capacidad intelectual y los conocimientos de los individuos. Tal como demuestra la multiplicidad de salarios, frente a este capitalismo cada individuo negocia su "capital personal"; cada individuo es empresario de sí mismo y explotador de su propio trabajo. Son los integrados al mercado, separados de los excluidos: un subproletariado marginado y canalla.

Desde los años noventa la exclusión se politiza y la agitación social adopta formas humanitarias que reivindican la reinserción: movimientos de parados, de sin papeles, de sin techo, etc., ONGs y plataformas cívicas. Nace el "ciudadanismo", una ideología que recoge las aspiraciones de las nuevas clases medias amenazadas a su vez por la globalización, y que proclama la necesidad absoluta del Estado como mediador. No son verdaderas clases, por lo que no son capaces de formular intereses comunes y se ven abocadas a recurrir al Estado y a los viejos partidos, que, completamente desideologizados, rehacen sus programas con las propuestas ciudadanistas. Constituyen todos juntos una especie de *partido del Estado*. La clase obrera ha dejado de existir. La condición salarial se ha generalizado, pero no se puede constituir una comunidad de intereses por el simple hecho de cobrar un salario a cambio de su fuerza de trabajo. La naturaleza del trabajo o su explotación no permiten ningún tipo de relaciones especiales, de clase. Lo cual no quiere decir que no puedan formarse grupos obreros en las empresas y mantener luchas admirables. Lo que resulta imposible es la formación de un espíritu de clase a partir de ellas. Estamos nuevamente en una sociedad de masas a la que se ha llegado empleando medios suaves, medios técnicos. Las nuevas tecnologías permiten un seguimiento y un control individuales en tiempo "real" inconcebibles hasta hace muy poco. Asimismo multiplican los medios de evasión "lúdica" y aislamiento confortable. No se trata de hombres-máquina, sino de máquinas inteligentes y hombres estúpidos, hombres esclavos de las máquinas. No faltan quienes aplauden la terrible desposesión del hombre moderno, su alienación brutal, la irremisible pérdida de relaciones humanas, que resultan de tanto equipamiento técnico, de tanta "información", como si fuera una "nueva libertad", síntoma inequívoco de la idiotización contemporánea. La dominación es hasta tal punto un asunto técnico que podemos afirmar que las nuevas tecnologías se han adueñado del mundo y lo han convertido en un campo de pruebas. El mundo no es sino el mundo de la tecnología. No es el fin de la revuelta, es el fin de un tipo de revuelta. Los conflictos no pueden interpretarse como lucha de clases porque el poder no

tiene enfrente a una clase. Pero son luchas contra el poder al fin y al cabo. La subversión no ha de darse por vencida, sino que ha de comprender las nuevas condiciones que rigen las sociedades y actuar en consecuencia. Y partir de una vieja verdad, la de que no se puede combatir la alienación con medios alienantes.

Miguel Amorós.

Notas para la conferencia del 10 de julio 2002 en Valladolid en Casa Babylon.

Este escrito ha aparecido en el libro
Las Armas de la crítica, Bilbao, Likiniano elkartea, 2004.

2003

Enero 2003

Notas sobre el "Manifiesto contra el trabajo" del grupo Krisis

Todas nuestras penas, como dice Bob Black, provienen del vivir en un mundo dominado por el trabajo. Si queremos dejar de sufrir habrá que dejar el trabajo. Ese ha de ser el primer punto de cualquier programa revolucionario. Esta gran verdad ha dado pie a formulaciones de cómo acabar con el trabajo no siempre claras, como la del manifiesto que ahora nos ocupa.

1. El concepto de trabajo en el manifiesto es equívoco. Hemos de entender siempre por trabajo, "trabajo social realizado", o mejor, "mercancía trabajo", o mejor aún, "trabajo asalariado". El manifiesto por un lado así lo define, pero por otro incita a la confusión cuando habla de la abolición del trabajo en esta sociedad gracias a la microelectrónica; entonces se refiere a cualquier actividad productiva en la que intervenga el hombre. Parece insinuar que el hombre quedaría liberado de todo esfuerzo si se sometiese a las máquinas automáticas. En realidad, ya está sometido. La automatización corresponde a la fase más alta de la división del trabajo. Detrás de ella existe todo un proceso de fabricación de componentes. Al promover la división del trabajo, la técnica no lo abole, sino que crea más trabajo. Lo que las nuevas tecnologías han hecho por un lado ha sido convertir la mercancía trabajo en algo cada vez más fantasmagórico pero no por ello menos real. Por otro lado, han contribuido en gran medida a su desvalorización en el mercado. Los compradores de trabajo juegan con su poco valor tanto como con su escasez. Ciertamente el capitalismo moderno va camino de abolir el trabajo productivo realizado por obreros, pero sólo en la medida en que

desarrolla trabajo improductivo (trabajo que no produce objetos materiales aunque sí mercancías, por ejemplo, servicios, o simplemente, actividades inútiles).

2. La inutilidad – y la nocividad – de la mayor parte del trabajo no quita valor a éste en las condiciones presentes. Lo que determina la necesidad del trabajo es su condición de mercancía más o menos valorada. La novedad reside en que el crecimiento de su demanda, contrariamente a fases anteriores del capitalismo, depende, no de los momentos de prosperidad, sino de las catástrofes. Las guerras, los desastres naturales, los estallidos de burbujas financieras, las quiebras fraudulentas de los estados, las nuevas epidemias, etc., son un poderoso estímulo de la economía. El terror es un factor de consumo de primer orden. La demanda – y el mercado – prospera realmente gracias a las crisis, y en consecuencia, al miedo. Las crisis, lejos de poner en evidencia el carácter irracional de la economía de mercado como hasta ahora era el caso, confieren un suplemento de racionalidad aparente a la producción de mercancías al tiempo que la vuelven en esencia más y más irracional. Se muestra como la única solución a los problemas que ella misma ha creado. En cuanto al trabajo, lo que ha pasado es que se ha vuelto aberrante pero no ha desaparecido.

3. La afirmación de que "un resurgimiento de la crítica radical al capitalismo que presupone la ruptura categorial con el trabajo" es una solemne trivialidad. Toda la obra de Marx (por no mencionar la de Lafargue, Bataille o la I.S.) se funda en esa ruptura. Recordemos que durante la guerra civil española a los obreros anarcosindicalistas les repugnaba calificar de "paga" o "salario" la remuneración del trabajo por la colectividad, y también lo predispuestos que estaban a abolir el dinero instaurando el trueque de productos o introduciendo vales. Parece que sin aquella ruptura con el trabajo "no será posible un proceso de solidaridad de grado elevado y a escala del conjunto de la sociedad. Y sólo en este sentido se pueden reaglutinar también las luchas de resistencia, inmanentes al sistema, contra la lógica de la lobbización y la individualización…" El problema consiste más bien en si las minorías que practican esa crítica son capaces de crear comunidades de resistencia lo bastante numerosas como para desencadenar un proceso de solidaridad y de lucha a gran escala, y más concretamente, si son capaces de organizar una huida masiva y consciente del trabajo. Pues a fin de cuentas, son las masas que por ahora piden desesperadamente "trabajo para todos", es decir, entrar en el mercado laboral, las que habrán de sustraerse a dicho mercado. Llegados a ese punto, el manifiesto orienta su crítica contra la "izquierda", es decir, contra un cadáver, y obtiene una sonada victoria (a moro muerto, gran lanzada). A partir de ahí no puede sino caer en el bizantinismo de quién fue antes, el huevo o la gallina: "sólo la crítica del trabajo formulada expresamente y el correspondiente debate teórico pueden crear esa nueva contrainformación, que es condición indispensable para que se constituya un movimiento social práctico contra el trabajo". Según el manifiesto, primero han de ser los teóricos (el huevo), con lo que parece zanjarse el problema, que sin embargo queda sin resolver, de las condiciones reales de formación de la mencionada "coalición contra el trabajo". La distancia entre el propuesto debate y "la constitución en todo el

mundo de federaciones de individuos asociados libremente que le arrebaten los medios de producción y de existencia a la máquina vacía del trabajo y la explotación y los tomen en sus propias manos" no es objeto de su interés. Nótese de paso que el manifiesto basa la creación de una sociedad libre en la expropiación de los medios de producción, no obstante ser inservibles para la menor tarea emancipatoria. La técnica no es neutra. Los medios que se valían del trabajo esclavo no valen para liberar a la sociedad del trabajo, son por lo tanto, inexpropiables. El manifiesto evita así cualquier consideración crítica del papel de la técnica en la perpetuación del trabajo y en la orientación inhumana del sistema productivo.

4. El manifiesto también soslaya, a mi parecer, lo esencial: la fenomenología del sujeto histórico, el camino que lleva desde "la crítica del trabajo formulada expresamente" al "sistema escalonado de Consejos", pasando por la constitución de "un movimiento social práctico contra el trabajo", máxime cuando se afirma que "la lucha de clases se ha acabado" o que el concepto de clase es una categoría fetiche. Y como corolario escamotea el problema de la acción, el ¿qué hacer? En resumen, en lugar de explicar algo de las condiciones, dificultades, mediaciones y etapas del proceso revolucionario, desde su génesis hasta la fase paradisíaca de la abundancia cuyo lema será "¡Cojamos lo que necesitemos!", el manifiesto desemboca en fórmulas gaseosas como "combinar las formas de práctica contrasocial con el rechazo ofensivo del trabajo". ¿Qué formas? ¿qué ejemplos prácticos nos ilustran sobre el modo de combinarlas? Y sobre todo ¿quién lo hará? Podemos deducir que la clase obrera, al estar demasiado ligada al trabajo, no será el protagonista adecuado de una transformación social que abolirá el trabajo, pero ¿quién es? ¿Existen colectivos capaces de llevar a cabo una praxis antitrabajo coherente y comunicarla? ¿cómo? Los autores no han creído necesario precisar más. Se conforman con generalidades que no contribuyen en nada a la comprensión de las causas de la opresión social ni ayudan a combatir contra ella.

5. El método del manifiesto consiste en aislar una categoría social – el trabajo – y convertirla en el eje de su construcción teórica, que presentan como nueva. La lucha pues contra el trabajo ha de ser el requisito de toda acción revolucionaria. A pesar de la simplificación ideológica el camino no se acorta, sino que cae en un círculo vicioso, puesto que es pura tautología. Lo que parecía nuevo deja de serlo si sacamos a la luz el *alter ego* del trabajo, el capital. El trabajo no se puede separar del capital; ambos no son otra cosa que "dos aspectos de una misma relación", dice Marx. Si luchamos contra el trabajo, lo hacemos contra el capital; si tratamos de abolir uno, aboliremos también el otro, pero esto es algo tan nuevo como la Internacional. Abolición del capital igual a abolición del trabajo esclavo, abolición del dinero, abolición de la división del trabajo, abolición del tiempo abstracto ("Time is life not money").

6. La teoría del valor no lo explica todo. La identificación subyacente entre trabajo y opresión social es verdadera, pero el hecho de que históricamente haya existido opresión – y Estado – en sociedades no fundadas en el trabajo (todas menos la capitalista) nos han de hacer ver de que la abolición del trabajo no conjura todos los peligros.

7. En definitiva, estamos ante un nuevo intento fallido de formular un rechazo creíble del *homo laborans* partiendo de los viejos esquemas de liberación hoy completamente superados por el propio capitalismo. Las contradicciones se tratan de salvar atrincherándose en generalidades. Se vive bien en el limbo ideológico. Sin embargo, el combate contra el trabajo es un combate eminentemente práctico que ha de darse cotidianamente. Cada periodo crea prácticas contra el trabajo; antes, durante las épocas de fuertes conflictos laborales, fueron las huelgas, la reducción de jornada, el sabotaje y el *turn over* o precariedad voluntaria; durante los periodos de reconversión llegaron las bajas permanentes fraudulentas los talleres cooperativos o el neorruralismo; hoy todavía, en pleno deterioro del mercado de trabajo, todavía pueden simularse enfermedades, sobre todo psíquicas, y es posible recurrir a un sano absentismo o a un calculado esfuerzo mínimo. Si algo quedó claro en las pasadas movidas de parados es que la demanda de un paro bien pagado y sin límite ha de ser la reivindicación de base de las masas trabajadoras esclavas. Neutralizar una importante arma en manos de la dominación como es el paro podría ser el programa mínimo de un futuro movimiento proletario, su "Carta del Pueblo". Nada de esto es la revolución, ni mucho menos, pero son maneras que indican cómo empezarla.

Miguel Amorós, enero 2003 - Revisado en abril 2005.

Marzo 2003

Primitivismo e historia

Recorrido sobre las diferentes épocas de la civiliazción occidental hasta nuestros días, trazando una línea de continuidad entre las diferentes proclamas y revueltas que se han centrado en el retorno de la Naturaleza. Una mirada retrospectiva a las escuelas de pensamiento griego disidente, a las revueltas milenaristas, al "buen salvaje", a las diferentes corrientes del socialismo, etc., que resitua la llamada primitivista dentro de la tradición libertaria.

I. La secta del perro

Allá por la mitad del siglo IV aC vivió en Atenas y Corinto un filósofo vagabundo, quien con gestos extravagantes y actitud provocadora predicaba el rechazo de todas las convenciones civilizadas y el retorno a lo natural y espontáneo. Diógenes el cínico, originario de Sinope, ciudad a orillas del Mar Negro, no hablaba en vano: vivía dentro de una tinaja de barro, no votaba ni participaba en el quehacer ciudadano, no trabajaba en oficio alguno y lo mismo hacía en público "las cosas de Démeter" (sus necesidades corporales) que "las de Afrodita" (sus necesidades sexuales).

Ayudándose con un bastón, una burda manta le servía de vestido por el día y de resguardo por la noche, y un hatillo contenía las sobras de una dieta frugal, mendigada, en la que no entraban los alimentos cocidos. Al criticar los falsos ídolos que regían la vida de sus contemporáneos, o las instituciones democráticas pervertidas por los tiranos y los demagogos, o la hipocresía social escondida tras valores supuestamente sagrados, contraponía las leyes de la naturaleza a las de la sociedad y escogía a los animales como modelo, buscando la libertad en una vida sin lastres fuera de la polis, lejos de sus leyes y prejuicios. Se reía del destierro, la peor condena en el mundo griego, proclamándose ciudadano del mundo; decía que "*sólo hay un gobierno justo: el del universo*". Negaba también la propiedad y la familia y proponía la comunidad de bienes, mujeres e hijos:

"Lo poseído no es mío. Parientes, familiares, amigos, fama, lugares habituales, modo de vida, todo eso no son sino cosas ajenas."

Ante la ley de la naturaleza, los hombres, las mujeres y los animales eran iguales, y por eso eran legales, por naturales, todas las variedades de incesto (un detalle menor del amor libre) e incluso el canibalismo (porque "*todo estaba en todo y circulaba por todo*"). No lo eran en cambio la violencia, fuente de todos los males, ni la idea de patria o el dinero. La armonía con el universo debería resultar de la abolición de la guerra y los guerreros, de la desaparición de la moneda y del patriotismo. En esa misma dirección, Epicuro, fundador de una escuela de pensamiento posterior, desaconsejaba la instrucción ciudadana y condenaba la práctica política. Se dirigía, como Diógenes, al individuo cosmopolita, la gran invención del mundo griego, proponiéndole una vida retirada y tranquila rodeado de amigos y mujeres, basada en la alimentación sencilla, la satisfacción de deseos naturales y la entrega a los placeres auténticos, a saber, la sabiduría y la ausencia de dolor.

Las enseñanzas de la escuela filosófica cínica, en la que se incluye a Diógenes, constituyen pues la primera crítica primitivista de la civilización. Su aparición al final del periodo clásico griego, en plena crisis de la *polis*, vendría a ilustrar por contraste la separación entre la letra de la ley y la prosa de la realidad cotidiana. Las guerras civiles entre Esparta y Atenas habían provocado el derrumbe de los valores de la civilización griega. Las palabras, cambiaron de significado y las virtudes cívicas se trocaron en su contrario por culpa de la sed de dominio y del espíritu de partido. La corrupción y la guerra de intereses campaban a sus anchas. Según Tucídides:

"Quienes despreciando las leyes divinas cometían alguna perfidia bajo capa de una causa noble eran los más apreciados. Los ciudadanos que se mantenían aparte caían bajo los golpes de ambos partidos, ya sea porque se negaban a participar en la lucha, ya sea porque su tranquilidad encendía los celos de todos." (*Guerras del Peloponeso*)

Poco tiempo después, al comienzo del periodo helenístico, las ciudades griegas agonizaban bajo la bota del poder organizado y las clases favorecidas. Entonces nadie se sentía protegido por leyes y, por lo tanto, nadie se sentía miembro de una comunidad ciudadana. Decía Hegel que, "*para que la filosofía surja en un pueblo tiene que haber ocurrido una*

ruptura en el mundo real". El hombre se refugia en el pensamiento cuando la vida pública ya no le satisface, cuando la vida moral se ha disuelto. Los griegos empezaron a pensar en la naturaleza cuando habían perdido todo interés por su mundo y todo a su alrededor era turbulento y desdichado. El fenómeno no tiene nada de extraño. Los griegos no concebían al hombre emancipado del universo o separado de la naturaleza, y por tanto, no veían oposición entre ella y el hombre. El universo era un mundo ordenado, generador de relaciones justas, un modelo en donde encontrar aquél orden social "*conforme a la naturaleza*". Las obras de los hombres no podían ser superiores a las obras de la naturaleza; a lo sumo, podían acercarse a la perfección en la medida en que se insertaban en ella y reflejaban su orden. En ese sentido Epicuro decía:

"Si en cada ocasión no diriges cada uno de tus actos hacia el fin de la naturaleza, sino que te desencaminas y apuntas hacia algún otro fin para huir de aquella o para perseguir éste, tus palabras nunca estarán de acuerdo con tus actos."

La *polis* había sido un sistema basado en las leyes cósmicas, un sistema natural que se había pervertido, convirtiéndose en algo ajeno, "bárbaro". Era "más griego" entonces volver a la naturaleza. Dada la ausencia de dimensión histórica del tiempo entre los griegos, el final era sólo el principio. Los romanos tuvieron ese mismo estado de ánimo cuando cayó la república. En la siguiente etapa, el Imperio Romano, la negación primitivista resurgirá como mito en la literatura y como realidad en la periferia.

II. La edad de oro

En el siglo III aC, Zenón el estoico empezaba sus disertaciones con la descripción de una sociedad en la que no hubieran diferencias de estado, ni de raza, ni de partido. Una especie de comunidad mundial igualitaria entregada al culto solar. Ya desde Hesiodo había existido una tendencia primitivista en el pensamiento griego que concebía la vida en tiempos remotos como el reino de Pan, una edad de oro de la abundancia, inocencia y felicidad. Los poetas cantaban a unas Islas Bienaventuradas habitadas por los "*heliopolitas*", y gracias al historiador Diodoro Sículo sabemos que en ellas abundaban las flores y los frutos, y que nada pertenecía a nadie; que todos usaban de la tierra, los alimentos o los utensilios por turnos, y ni que decir tiene que la promiscuidad era absoluta. Teócrito situó la escena pastoril en Sicilia, pero fue una agreste e inhóspita región de la Grecia central, Arcadia, la que encarnó más que ninguna otra el mito de los orígenes felices. Virgilio en sus *Bucólicas* describe el lugar con una vegetación frondosa, presta para la recolección, en eterna primavera, sin sufrimiento, donde todo es ocio y amor:

"Lejos de la discordia y de las armas, la tierra que siempre prodiga en justicia una sustancia fácil… El hombre no tiene más que coger los frutos de las ramas y cuanto en su provecho produce, espontáneamente, la campiña. Goza de un reposo sin inquietud y de una existencia rica en recursos variados."

Ovidio, en sus *Metamorfosis* da una versión similar de los comienzos de la historia, "*antes de que Saturno fuera desposeído por Júpiter*":

“Los hombres cultivaban la buena fe y la virtud espontáneamente, sin leyes ni restricción alguna. No existían ni el castigo ni el miedo, ni era necesario leer frases amenazadoras escritas en placas de bronce… La misma tierra, sin ser molestada ni tocada por la azada, sin ser herida por ninguna reja de arado, producía todas las cosas gratuitamente…”

Saturno tuvo que refugiarse en Italia con sus primeros habitantes y según Trogo Pompeyo:

“Era tan justo que bajo su gobierno nadie fue esclavo y tampoco nadie tuvo propiedad privada: todas las cosas eran tenidas en común y sin división, como si hubiera una sola heredad para todos los hombres.”

La aspiración a la felicidad derivaba no de la imposible edificación de una sociedad nueva, sino de la evocación de un paraíso primigenio que retornase al final de un ciclo marcado por la decadencia y la ruina. Para el Imperio Romano este ciclo había empezado en el siglo III. En efecto, desde entonces hasta el final, en la Galia y en Hispania se sucedieron levantamientos masivos de extrañas gentes, los bacaude, a los que grandes ejércitos no llegaron a someter. Se trataba de esclavos fugitivos, soldados desertores, colonos empobrecidos y ciudadanos arruinados que huían a los bosques buscando la libertad que no tenían en la vida cívica. Allí formaban bandas que expropiaban a terratenientes y asaltaban ciudades, rigiéndose por una justicia “natural”, separados del Imperio, sin magistrados ni gobernadores. En un diálogo conservado de esos tiempos (*Querolus*) un ciudadano pide a los lares que le indiquen un lugar donde pueda ser feliz. Le responden que se vaya a las márgenes del Loira, territorio de los bacaude, pues:

“Los hombres viven allí bajo la ley natural. Allí no hay dolor. Las sentencias capitales se pronuncian allí bajo los robles y están grabadas en hueso. Allí incluso los rústicos hablan y los particulares emiten juicios. Puedes hacer lo que te plazca…”

Sería el caso de la primera revuelta primitivista de la historia.

Ni la desagregación del imperio ni las invasiones germánicas acabaron con el mundo grecorromano. El radical cambio en la concepción del mundo inducido por el cristianismo fue el verdadero responsable. Los dioses abandonaron el universo, ahora pura creación de Dios, y la armonía cósmica fue rota en provecho del hombre, hecho a su imagen. El mundo interpretado antropocéntricamente quedó devaluado y la realidad perdió sustancia en provecho del más allá. Era un lugar de paso, un episodio en el drama trascendente de la salvación. El espíritu y el mundo, el hombre y la naturaleza, se separaron irremisiblemente. Tal dualismo rigió en Occidente hasta que el desarrollo de las condiciones materiales y espirituales de la sociedad medieval provocaron tensiones y conflictos que llevaron a dos vías de superación: una, dirigida por teólogos, basada en el desencantamiento del mundo llevado hasta sus últimas consecuencias; la otra, encabezada por intelectuales, fundamentada en la exaltación de la cultura antigua y el redescubrimiento de la naturaleza mediante la observación y la experiencia. La Reforma y el Renacimiento.

III. El milenio

La religiosidad reformista negó la doctrina de la salvación mediante los sacramentos, lo cual dejaba al hombre solo ante las consecuencias de sus actos y lo forzaba a racionalizar su conducta. El mundo – y en consecuencia, la civilización – quedaba todavía más desvalorizado que en el catolicismo. Un paso más en esa dirección llevaría a la aparición de sectas que huían del "mundo" y evitaban relacionarse con los no creyentes. Aferrarse al mundo impedía la revelación de la fe por parte del Espíritu Santo, y por consiguiente, la superación de la subjetividad irracional (del estadio primitivo del hombre). En un intento de adoptar el estilo de vida de los primeros cristianos, las sectas predicaban la comunidad de bienes y seguían la Biblia al pie de la letra, rechazando cualquier otra lectura. Ya entre los adeptos al Espíritu Libre, un movimiento sectario que bajo diferentes nombres se extendió a partir del siglo XIII por buena parte de Europa, se perseguía la emancipación espiritual del hombre mediante la identificación con Dios y la negación radical de la propiedad privada. Uno de ellos, Juan de Brünn, predicaba a sus seguidores:

"Dejad, dejad, dejad vuestras casas, caballos, bienes, tierras, dejadlo, haced cuenta de que nada es vuestro, tened todas las cosas en común…"

No obstante, la vuelta a una perdida Edad de Oro, a un estado natural igualitario realizable en el presente que los Padres de la Iglesia habían asimilado al paraíso anterior a la Caída, no encontró demasiados partidarios, pero cuando se agitaron los campesinos pobres y el pueblo miserable de las ciudades, como pasó en Flandes, Picardía o en Inglaterra (revolución de John Ball), entonces la idea se transformó en un mito revolucionario de masas. Predicadores disidentes como Juan Wyclif la argumentaron y la extendieron por toda Europa, alumbrando revoluciones en Bohemia, Alemania, Holanda, etc., (revuelta husita, guerras campesinas, los *Bundschuh*, movimiento anabaptista). En plena dislocación del mundo feudal, al lado de los reformadores protestantes surgía un partido plebeyo apocalíptico anunciando la llegada del Espíritu Santo y el retorno por mil años del paraíso originario, una sociedad sin clases y totalmente libre, con la autoridad abolida; sociedad perdida tras la Caída, es decir, tras la civilización. Si los primeros preparaban el mundo para el capitalismo, estos últimos atacaban "Babilonia" (las ciudades comerciales) y quemaban libros. Aunque sólo algunas fracciones radicales practicaron la comunidad de bienes – los adamitas, taboritas extremistas, determinados grupos anabaptistas, etc. – todas ellas proclamaban la inminencia de un reino de la igualdad, donde todos disfrutarían en común de los bienes de la naturaleza, del agua y del bosque, de la caza y de la pesca, donde cada cual recibiría según sus necesidades y donde no habría diferencias de rango o estado y todos serían como hermanos; reino que se entronizaría al final de una lucha de exterminio contra el Anticristo y sus huestes, es decir, contra el Estado, la Iglesia y las clases dominantes. Al exclamar el agitador Thomas Müntzer:

"¡A ellos, a ellos, mientras el fuego arda! ¡Que la espada no se enfríe! ¡que no enmohezca! ¡Golpead, golpead en el yunque de Nimrod! ¡Destruid su torre!"

Invitaba a la destrucción social más completa. Nimrod era el constructor de la torre de Babel y se le consideraba el primer creador de ciudades, el inventor de la propiedad privada y el de

las diferencias de estado, es decir, el mismísimo destructor del primitivo Estado de la Naturaleza.

El análisis que hace Engels (*Las Guerras Campesinas*) de estas revoluciones es erróneo. Sentencia que no podían formular un programa comunista sino de forma "fantástica", destinado a no realizarse dadas las condiciones productivas limitadas de la época. No sólo caía en el error de reprocharles luces que no podían tener sino que les juzgaba en base a ideas que aún no habían nacido. Así, desdeñando el contenido real de las revueltas se condenaba a la incomprensión, y bajo la apariencia de "materialismo histórico" simplemente afirmaba la discutible opinión de que el comunismo sólo era posible con el desarrollo total del proletariado o, lo que viene a ser lo mismo, con las condiciones de la producción burguesa llevadas al extremo. Lo cierto es que, lejos de ser elaboraciones primarias y quiméricas de un proyecto emancipador decimonónico, aquellos levantamientos perseguían la abolición del mundo feudal mediante la realización extremista del ideal cristiano. El milenarismo de la plebe urbana y campesina era exactamente lo que quería ser. No era un movimiento en contra de la historia porque se mantuviera en el terreno del mito del paraíso terrestre y se apartara de la burguesía protestante. Sus fines – la destrucción de la Iglesia y del poder de los príncipes, y la realización del Milenio – eran perfectamente posibles en aquellas condiciones históricas, y para ello no necesitaba otro lenguaje.

IV. Los cavadores

En el declive del Medioevo empieza a expresarse en la literatura un sentimiento de la naturaleza como añoranza de la vida simple del pastor y como sueño de una felicidad natural, es decir, como ideal bucólico, que trasluce un deseo vital de goce. El Mundo Antiguo no estaba lejos. En las condiciones particulares de las ciudades italianas, una de las cuales fue la existencia de una clase cultivada, floreció una cultura ligada a la Antigüedad que despertó el interés por la naturaleza y el deseo de instruirse. Tal actitud devolvió a la naturaleza la realidad que le había quitado la religión cristiana. El mundo dejaba de representarse como una esfera rígida con Dios – o la Tierra – en el centro y se revelaba infinito. La religión dejaba de ser el instrumento que lo hacía inteligible en favor del testimonio de los sentidos y de la experimentación. La religión ya no se solapaba a la existencia y la naturaleza volvía a ser el campo de acción de la experiencia humana. Pero cabe decir que tal cambio de perspectiva, que fue general a partir del siglo XVI, se operaba estrictamente en la clase culta de las ciudades, es decir, en el seno de la burguesía. Las clases ignorantes que componían la mayoría de la población estaban al margen de la agitación intelectual y se manifestaban en términos religiosos. En una época tan tardía como la de la Revolución Inglesa todavía podemos contemplar los esfuerzos por subvertir la sociedad con los evangelios. Gerrard Winstanley, máxima figura de los *diggers*, una fracción de los Niveladores, propone "*usar la palabra Razón en lugar de la palabra Dios… porque mediante esta palabra me han mantenido en las tinieblas, lugar donde veo todavía a gran número de gentes*". La razón empero es una razón revelada; una voz le comunica la nueva: "*trabajad juntos, comed el pan juntos, contadlo por todas partes*", pero también le dice que el infierno

no existe y que el cielo reside en el interior de las personas. Se refiere como todos a una Edad de Oro primigenia.

“Al comienzo de los tiempos, el gran creador, la Razón, hizo de la tierra un tesoro común con el fin de sobrevenir a las necesidades de las bestias salvajes, de los pájaros, de los peces y del hombre destinado a reinar como dueño de esta creación…”

Sin embargo el egoísmo de algunos creó la autoridad y la servidumbre, y les hizo apropiarse de las riquezas naturales que eran comunes a todos, especialmente la tierra, inventando leyes arbitrarias para defender su usurpación. Los “cavadores” fundaban la libertad en el libre disfrute de la tierra y afirmaban que

“La tierra tenía que convertirse en el tesoro común del que la humanidad entera sin distinciones sacaría lo que quisiese.”

Abogaban por una economía sin dinero, organizada en torno a almacenes públicos donde todos llevarían el producto de su trabajo y recogerían lo que necesitasen. En la práctica rompían cercados y ocupaban tierras comunales y nobiliarias para trabajarlas, recogiendo el lema de anteriores rebeliones campesinas de una tierra unida, sin zanjas ni setos. Asimismo se negaban a pagar diezmos, no respetaban el domingo y exigían regirse por la justicia natural y la Razón sin la mediación de magistrados y sacerdotes. Usando las palabras de Debord referidas con menos propiedad a las guerras campesinas, diremos que se trataba de

“una lucha de clases revolucionaria hablando por última vez la lengua de la religión, que es ya una tendencia revolucionaria moderna a la que solamente falta la conciencia de no ser sino histórica.”

Esa carencia era consecuencia de la separación entre la clase instruida y la clase inculta, entre necesidad espiritual y material, estando las clases populares, principalmente los campesinos (la *yeomanry* inglesa), atrapadas entre la burguesía y la aristocracia. Será una constante a lo largo de la historia que obligará a los representantes burgueses a vestir el ropaje del apocalipsis. En pleno siglo XIX Georg Büchner escribía a sus amigos de la Joven Alemania:

“¿Reformar la sociedad por medio de la idea, desde la clase culta? Imposible. Nuestro tiempo es puramente material; si ustedes hubieran actuado políticamente de manera directa, pronto hubieran llegado al punto en el que la reforma cesa de por sí […] ¿Y la clase mayoritaria misma? Para ella existen solamente dos palancas, la miseria material y el fanatismo religioso. Todo partido que sepa manejar estas palancas triunfará. Nuestro tiempo necesita hierro y pan – y luego una cruz o cualquier otra cosa…”

V. El buen salvaje

En 1493 el navegante Colón consignaba en una misiva dirigida al escribano de los Reyes Católicos Luis de Santángel los resultados de su viaje a “las Indias”:

“La Española es maravilla; las sierras y las montañas y las vegas y las campiñas y las tierras tan hermosas y gruesas para plantar y sembrar, para criar ganados y de todas suertes, para edificios de villas y lugares. Los puertos de mar, aquí no había creencia sin vista, y de los ríos muchos y grandes y buenas aguas, los más de los cuales traen oro. En los árboles y frutos y hierbas hay grandes diferencias […] La gente desta isla y de todas las otras que he hallado y habido he noticia andan todos desnudos, hombres y mugeres, así como sus madres los paren, aunque algunas mugeres se cobijan un solo lugar con una hoja de hierba o una cosa de algodón que para ello hacen. Ellos no tienen hierro ni acero ni armas ni son para ello; no porque no sea gente bien dispuesta y de hermosa estatura, salvo que son muy temerosos a maravilla […] Verdad es que, después se aseguran y pierden este miedo, ellos son tan sin engaño y tan liberales de lo que tienen, que no lo creería sino el que lo viese. Ellos de cosa que tengan, pidiéndosela, jamás dicen que no; antes convidan a la persona con ello, y muestran tanto amor que darían los corazones, y quier sea cosa de valor, quier sea de poco precio, luego por cualquier cosa de qualquiera manera que sea que se les dé por ello son contentos.”

Los relatos de los descubridores españoles y franceses aportaron los materiales para la recreación de la figura del buen salvaje, una imagen de la libertad en un mundo fragmentado al quebrar la unidad entre la Iglesia, el Estado y la vida terrena. Cuando Montaigne quiso estudiar “*la humana condición*”, tema insólito en la época, tuvo en cuenta las historias que le contaban los viajeros de *La Francia Antártica*:

“me parece que lo que vemos por experiencia en aquellas naciones sobrepasa no solamente a todas los adornos con que la poesía ha embellecido la edad dorada y a todas las invenciones con que han querido mostrar una condición feliz de hombres, sino a la concepción y el deseo mismo de la filosofía. Nadie ha podido imaginar una inocencia tan pura y tan simple como la que hemos visto por experiencia, ni nadie pudo creer que la sociedad pudiera mantenerse con tan poco artificio y tan escasa soldadura. Es una nación, diría yo a Platón, en la que no hay ninguna clase de tráfico, ningún conocimiento de letras, ninguna ciencia de los números, ningún nombre de magistrado, ni de superioridad política; ningún uso de servicio, de riqueza, o de pobreza; ningún contrato, ni herencias, ni repartos; ni más ocupación que el ocio, ni más respeto al parentesco que a los demás, ni vestidos, ni agricultura, ni metal, ni uso del vino o del trigo. Las palabras que significan mentira, traición, disimulo, avaricia, envidia, maledicencia, perdón, no existen. ¿Cuan alejada de esta perfección encontraría la república que imaginó?” (*Ensayos*).

Montaigne convenía en llamarles bárbaros si se les juzgaba conforme a la razón pero no si se les comparaba con los civilizados, que les sobrepasaban en barbarie. Incluso no dudaba en afirmar que su lenguaje, de sonido agradable, recordaba los acentos griegos. Acabando, refería la respuesta que uno de estos indígenas, llegado a Francia, dio al rey Carlos noveno. Preguntado por la forma de vivir del país, apuntó una chocante manera de nivelación:

“se había percatado de que entre nosotros habían hombres provistos y rebosantes de toda clase de comodidades, y que sus vecinos mendigaban en las puertas, macilentos por el

hambre y la pobreza; encontraban extraño que tan necesitados congéneres sufrieran tamaña injusticia sin agarrar a los otros por el cuello y meter fuego a sus casas."

El mito del buen salvaje será utilizado como arma política de la razón. En *Las Aventuras de Telémaco* Fenelon recurrirá al "hombre natural" y señalará el antagonismo con el hombre civilizado:

"Contemplamos las costumbres de este pueblo como una bella fábula, mientras que él contempla las nuestras como un sueño monstruoso."

Al describir las delicias de "la Bética" realmente habla de unos idealizados indios canadienses. Sus habitantes viven en tiendas, todos juntos, sin ligarse a la tierra, donde existen minas de oro y plata, aunque ellos

"sencillos y felices en su sencillez no sólo desdeñan el oro y la plata como riqueza sino que no aprecian más que lo que verdaderamente sirve a las necesidades del hombre."

Además:

"Como no realizaban comercio alguno con el exterior, no necesitaban moneda. Casi todos eran pastores o labradores. En aquél país habían pocos artesanos, pues no soportaban sino las artes que sirviesen a las auténticas necesidades de los hombres…"

Los bienes superfluos vuelven a los hombres malvados, esclavos de falsas necesidades de las que equivocadamente creen que su felicidad depende:

"No necesitan ningún juez, pues su propia conciencia les juzga. Todos los bienes son comunes: los frutos de los árboles, las legumbres de la tierra, la leche de los rebaños son riquezas tan abundantes que unos pueblos tan sobrios y moderados como éstos no necesitan repartírselos."

Es más, gracias a que huyeron de vanas riquezas y placeres engañosos, pudieron mantenerse unidos, libres e iguales, pacíficos, monógamos y orgullosos de su estado:

"este pueblo abandonaría su país, o se entregaría a la muerte, antes que aceptar la servidumbre; por lo cual resulta tan difícil de subyugar como incapaz es él de subyugar a otros."

El contenido de la obra obedecía a un propósito claro: Fenelon oponía un comunismo natural a la sociedad corrompida de Luís XIV, mostrando por un lado, la incompatibilidad entre el mundo burgués y el absolutismo, y por otro, la debilidad política de la incipiente burguesía francesa.

La expansión de la imagen del mundo y de las posibilidades encerradas en él plantearon el problema de la orientación del hombre; el descubrimiento de las tribus americanas contribuyó a la construcción de una teoría del origen natural de la sociedad y el Estado con la que refutar la teoría contraria del origen divino. Si en Francia esa teoría giraba en torno a construcciones utópicas, en Inglaterra, país en el que el poder real había sufrido los embates de una revolución, las formulaciones burguesas habían sido mucho mejor concretadas. En

1609 Garcilaso de la Vega mandaba imprimir sus *Comentarios Reales* en donde describía el nacimiento y desarrollo del estado inca del Perú. El inca Garcilaso proporcionaba la prueba de la existencia de un Estado casi perfecto dirigiendo "*conforme a lo que la razón y la ley natural les enseñaba*" todos los instantes de la vida de sus súbditos. El imperio inca había surgido del estado de naturaleza primitivo, libre e igualitario, gracias a los cuidados de un fundador mítico, Manco Capac. La obra fue traducida al francés y al inglés, influyendo en los enemigos de la monarquía absoluta, especialmente en John Locke. Así, desde las filas del partido *whig*, el partido burgués que tras la revolución disputaba el poder a la monarquía inglesa y a los aristócratas, Locke definió el estado de naturaleza como

"un estado de completa libertad para ordenar sus actos y para disponer de sus propiedades y de sus personas como mejor le parezca, dentro de los límites de la ley natural, sin necesidad de pedir permiso y sin depender de la voluntad de otra persona. Es también un estado de igualdad, dentro del cual todo poder y toda jurisdicción son recíprocos, en el que nadie tiene más que otro, puesto que no hay cosa más evidente que el que los seres de la misma especie y de idéntico rango, nacidos para participar sin distinción de todas las ventajas de la Naturaleza y para servirse de las mismas facultades, sean también iguales entre ellos, sin subordinación ni sometimiento…" (*Ensayo sobre el Gobierno Civil*)

De acuerdo con Locke, este estado fue alterado por la transgresión de la ley natural ocasionada por el afán de poseer más de lo necesario y la escasa laboriosidad de algunos, lo que obligó a sus habitantes a constituir la sociedad bajo contrato. El pueblo, buscando protección, renunció a una parte de su libertad individual sometiéndose a un poder superior creado mediante acuerdo general. La filosofía racionalista llamaba "natural" a lo que no era más que histórico. La ley natural no era más que la formulación idealista de la normativa social burguesa.

VI. La ley natural

Si la consideración "geométrica" de la naturaleza la filosofía racionalista (de Descartes a Spinoza) deducía enormes potencialidades para el hombre contenidas en el dominio de aquella, expresadas en la idea de perfectibilidad y progreso de la civilización, a otros autores (Pascal) el desencantamiento del mundo por la ciencia y la razón desvelaba una infinitud cósmica vacía, extraña al ser humano, provocando un mal existencial en el hombre, perdido ahora en un rincón del universo. Este otro planteamiento conducía a la renuncia del mundo y a la religión. Al empezar a manifestarse el lado contradictorio de la civilización, surgieron dudas en cuanto a las garantías de libertad y felicidad que el progreso de la ciencia y de las artes habría de aportar. El gran debate del siglo de las Luces fue el de naturaleza o civilización, progreso "de las artes" o progreso moral. Para unos, se podía ser feliz en la ignorancia; la cultura causaba desigualdad y era fuente de error, infelicidad y miseria. Para otros, era exactamente lo contrario. Sin embargo el pensamiento moderno se separaba irremisiblemente de la idea de Dios y se apegaba a la vida, por lo que el retiro contemplativo no podía ser la solución. Según el abate Raynal el estudio de la vida primitiva había de tener

por finalidad que "*la ignorancia del salvaje iluminase, de alguna manera, a los pueblos civilizados*". Remontándose pues al salvaje, se dibujaron tres posiciones.

Una seguía los caminos de la utopía. En 1753 fue editado el *Naufragio de las islas flotantes, o Basiliada del célebre Pilpaï*, de Morelly, que era una apología de la anarquía natural y un verdadero manual de primitivismo. En una isla bienaventurada vive un pueblo inocente y libre que sabe rechazar las tentaciones de la pereza o la maldad y atenerse a las indicaciones armónicas de la naturaleza, que antes que obstaculizar favorece las pasiones y los deseos. Allí no existen la propiedad, ni el matrimonio, ni la religión, ni los privilegios. Estarán prohibidos el lujo y la acumulación de riquezas. La sociedad, constituida sin contrato explícito, se compone de pequeñas comunidades que practican la agricultura y las artes y se ayudan mutuamente, no obedeciendo más ley que de la naturaleza. En cuanto a la cultura, bastará con un solo libro que la abarque.

Otra posición, deudora de Hobbes, es la que pintaba la vida salvaje con los más negros colores. Según ella, lejos de vivir feliz, el primitivo sufría hambre y miserias sin cuento que le convertían en un ser feroz y cruel, y que le empujaban a una guerra perpetua contra todos. Para salir de tan azaroso estado había de suscribir un pacto por el que se comprometía a no causar daño y a prestar ayuda a los demás. Holbach sostenía que los salvajes al estar privados de razón no podían ser libres, que la libertad en manos de seres sin cultura ni virtud era como el cuchillo en manos de un niño:

"La Vida Salvaje o el estado de naturaleza al que unos tristes especuladores han querido arrastrar a los hombres, la edad de oro tan loada por los poetas, en verdad no son sino estados de miseria, de imbecilidad, de sinrazón. Invitarnos a entrar en ellos significa decirnos que entremos en la infancia, que olvidemos todos nuestros conocimientos, que renunciemos a las luces que nuestro espíritu haya podido adquirir: mientras que, para desgracia nuestra, nuestra razón todavía está poco desarrollada, incluso en las más civilizadas naciones." (*Sistema Social*)

La libertad dependía entonces de una sociedad regida por la ley inspirada en la naturaleza, cuyo objetivo debía ser la felicidad humana. El abate Marly, a mitad de camino entre Holbach y Morelly, llegaba a sugerir como medio la "igualdad perfecta" por medio de la comunidad de bienes, puesto que la propiedad engendraba avaricia y ambición, pasiones que el legislador tenía que combatir (*De la Legislación o Principio de las leyes*). Marly propugnaba una igualdad espartana, enemiga de la ciencia y las artes, puesto que habían alejado la humanidad del estado de naturaleza, y una libertad ateniense, fundada en la trasferencia total de la autoridad al cuerpo social.

Una tercera posición, la de Rousseau, continuadora de Locke, a la vez rehabilitaba la comunidad igualitaria primitiva y consagraba el Estado con la voluntad popular y el "contrato". Tal es el contenido del *Discurso sobre los orígenes y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*. Para Rousseau la desigualdad no existía en el estado de

naturaleza, solamente aparecía cuando el hombre se salía de él, cuando constituía una sociedad:

"Desde el instante en que el hombre necesitó que otro le ayudase, desde que se percató de que era útil tener provisiones por dos mejor que para uno solo, la igualdad desapareció, la propiedad se introdujo, el trabajo se volvió necesario y los vastos bosques se convirtieron en risueños campos a los que había que regar con el sudor de los hombres, y en los que pronto germinaron la esclavitud y la miseria a la par que las cosechas."

Ese periodo se corresponde con la introducción de la agricultura y la metalurgia. Del cultivo de tierras se llegó al reparto y de ahí a la propiedad. Las artes trajeron consigo un sinfín de necesidades nuevas que se apoderaron del hombre. Luego como corolario vinieron la explotación y las guerras, las leyes y las instituciones. De resultas, el hombre civilizado ha vivido encadenado por deseos superfluos y pasiones artificiales. Por el contrario:

"el hombre salvaje, cuando ha comido está en paz con toda la naturaleza y es amigo de todos sus semejantes […] no deseando sino las cosas que conoce y no conociendo sino aquellas cuya posesión ya tiene o puede adquirirla con facilidad, no habrá cosa más tranquila que su alma ni más limitada que su espíritu."

En la balanza de ventajas e inconvenientes, el fiel no se inclinaba del lado civilizado, porque nunca encontraríamos a un salvaje que se quisiera civilizar y sí en cambio a civilizados que se fueron a vivir entre los salvajes. La innovadora explicación era que la felicidad no tenía que ver con la razón sino con el sentimiento. Finalmente, al considerar la libertad como un don natural y la propiedad como una convención social, Rousseau proporcionaría un argumento decisivo para el igualitarismo, influyendo más que ningún otro autor en la Revolución Francesa, el Romanticismo y el socialismo.

La publicación por Bougainville de su *Viaje alrededor del Mundo* en 1771 avivó las discusiones en torno al estado de naturaleza y a la figura del salvaje. De nuevo el retrato de un mundo natural y feliz se convirtió en el espejo donde la sociedad civilizada descubría su malestar y su desgracia. Tahití, con su voluptuosa naturaleza y la libertad sexual de sus habitantes, se convirtió en el centro de las preocupaciones morales de su época. El salvaje continuaba despertando el sueño nostálgico de una vida virtuosa y feliz en armonía con la naturaleza. Diderot lo expresará como nadie en el *Suplemento al viaje de Bougainville*:

"¡Cuán lejos estamos de la naturaleza y de la felicidad! El imperio de la naturaleza no puede ser destruido: por mucho que se le contraríe con obstáculos, él perdurará […] ¡Qué breve sería el código de las naciones si se conformara rigurosamente al de la naturaleza! ¡Cuántos errores y vicios se ahorrarían al hombre!"

Jamás los tabúes civilizados conseguirán erradicar las inclinaciones naturales del hombre, a lo sumo lograrán disimularlas, para mayor desgracia suya:

"¿Queréis conocer la historia, abreviada, de casi toda nuestra miseria? Hela aquí. Existía un hombre natural: en su interior se introdujo un hombre artificial; y en las cavernas se inició

una guerra que dura toda la vida. A veces el hombre natural es el más fuerte; a veces se ve vencido por el hombre artificial y moral; y en un caso y en otro el triste monstruo se ve tiranizado, atenazado, atormentado, tirado en el arroyo."

La disyuntiva entre civilizar al hombre o abandonarlo a su instinto es zanjada por Diderot en consecuencia: "*Si os proponéis sé su tirano, civilizadlo… ¿Queréis que sea libre y feliz? No os metáis en sus asuntos*". Para Diderot la historia de las instituciones políticas, civiles y religiosas no era más que la historia de la tiranía sobre la especie humana. Con todo, si hubiera de elegir entre civilización o naturaleza, "*Vaya, no me atrevería a pronunciarme; pero sé que se ha visto en muchas ocasiones al hombre de la ciudad despojarse e internarse en la selva y que no se ha visto nunca al hombre de la selva vestirse y establecerse en la ciudad*". El hombre ilustrado no renunciaba a la civilización, ni siquiera se planteaba seriamente la conveniencia de detenerse ante el progreso. La oposición entre naturaleza y razón podría ser insuperable con sólo los instrumentos de esta última, pero el filósofo del siglo XVIII no era en absoluto consciente de ello. Lo que Marx llamaba "*robinsonadas dieciochescas*" eran en realidad una anticipación de la sociedad burguesa que se estaba gestando desde el siglo XVI. En esta sociedad de contrato cada individuo surgía desprovisto de lazos naturales, lazos que en la época medieval habían hecho de él parte integrante e indivisa de la sociedad. El salvaje era la idealización del individuo aislado producto de la disolución del mundo feudal. Era un resultado histórico y no el punto de partida de la historia.

VII. La igualdad

Durante la Revolución Francesa, tanto la corriente específicamente burguesa como la "descamisada" invocaban constantemente a la naturaleza y sus designios, jurando por Rousseau o Marly. El agitador Anacharsis Cloots, "*ciudadano de la humanidad*", afirmaba haber descubierto su sistema político, la "*República del género humano*", al consultar la naturaleza. Escogiendo un ejemplo al azar, la exposición del abate Fauchet en el círculo de *Los Amigos de la Verdad*, leeremos:

"El hombre fue primitivamente un producto de la naturaleza en la plenitud de su ser y en sociedad; fue dispuesto en medio de su dominio para gozar de los bienes de la vida, apropiarse de aquello que mantiene, dulcifica y embellece su existencia, e incrementar mediante su esfuerzo personal las previsiones de la naturaleza […] Disfrutaba de su ser; tomaba posesión de su imperio; discernía los dones destinados para su uso; aumentaba su placer por el ejercicio de las facultades que le perfeccionaban: el trabajo no era para él una pena; era un desarrollo agradable de su fuerza y de su genio. Feliz por la serenidad de la razón y por la dulce sociedad con la ayuda del prójimo que duplicaba su felicidad; feliz por las liberalidades de la tierra y por las fáciles atenciones que aumentaban sus goces; tal era el estado del hombre en la edad de oro de la naturaleza… El hombre había nacido libre; esta bella facultad le fue dada para que se pusiese a la altura de su destino y para secundar las intenciones de la naturaleza, tan propicia para con él…"

Al ponerse a vivir en sociedad el hombre se apartó de la naturaleza e ignoró sus principios, padeciendo tiranía e injusticia. El hombre no podrá regresar a la edad de oro jamás pero algo de ella podrá recrearse si la sociedad se ordena de forma que "*cada cual tenga algo y que nadie tenga demasiado*", en resumen, si se conforma de acuerdo con los datos de la naturaleza:

"Sobre el derecho natural es sobre el que por primera vez han de regirse las instituciones legales. El modelo no reside ni en la antigua Grecia, ni en la antigua Italia; está en la naturaleza inmutable: es necesario que el orden social se adapte a ella, so pena de que el género humano sea eternamente miserable […] La opinión sube al nivel de la naturaleza: los hombres quieren ser felices y justos; lo serán porque su voluntad reunida lo es todo para la felicidad y la justicia. Ningún poder podrá resistirles cuando la naturaleza se entiende con ellos, cuando marchan libremente bajo sus órdenes…"

Según el convencional Marat, el hombre en la naturaleza, para defenderse de la opresión y la injusticia de los demás tenía derecho a rebelarse, robar, someter y matar su fuera preciso. El ejercicio ilimitado de ese derecho había desembocado en un estado de guerra y para salir de él había renunciado a una parte de las ventajas de la naturaleza en provecho de las ventajas en la sociedad: "*renuncia a sus derechos naturales para disfrutar sus derechos civiles*"; en suma, había firmado un pacto social.

"Así, los derechos de la naturaleza toman por medio del pacto social un carácter sagrado. Al haber recibido los hombres los mismos derechos de la naturaleza, deben conservar iguales derechos en el estado social."

Pero el pacto se puede romper si hay privilegiados que disfrutan con los bienes del pobre:

"La justicia y la sabiduría exigen que al menos una parte de esos bienes llegue a su destino mediante un reparto juicioso entre los ciudadanos faltos de todo; pues el ciudadano honesto abandonado a la miseria y al desespero por la sociedad, vuelve al estado de naturaleza y por tanto al derecho de reivindicar a mano armada las ventajas a las que no había renunciado sino para obtener otras mayores." (*La Constitución*)

Se trata de una expresión particular del derecho a la insurrección, que Marat llama, de acuerdo con el lenguaje político de la época, "retorno a la naturaleza". Los revolucionarios franceses eran cada día más conscientes del peligro de la desproporción de fortunas, o lo que es lo mismo, de las diferencias de clase. Los más radicales sugerían una igualación forzosa, una nivelación de la propiedad que apuntaba a la propiedad común, pero en principio se limitaban a situar el derecho a la propiedad por debajo de los intereses de la sociedad, socavando sus fundamentos. Para el diputado de La Meuse, Harmand, "*la igualdad de derecho era un don de la naturaleza y no un favor de la sociedad*". Para el republicano Antonelle:

"La naturaleza no ha producido propietarios, como no ha producido nobles; no ha producido más que seres sin nada, iguales en necesidades como en derechos."

La lucha por la igualdad fue el momento cumbre de la Revolución y su reivindicación más perenne, pera la llamada al comunismo tuvo lugar en el ocaso, cuando la burguesía se separaba de la plebe y la perseguía con saña. También para el conspirador Babeuf la propiedad no era un derecho natural, pero en cambio:

"El estado de comunidad es el único justo, el único bueno, el único conforme a los sentimientos puros de la naturaleza y fuera de él no pueden existir sociedades apacibles y verdaderamente felices."

Para que el pueblo desposeído crea que el comunismo es más que un sueño habrá de reconocer que "*los frutos son de todos y la tierra no es de nadie*".

El comunismo primitivista fue el último retoño de la Revolución Francesa y la forma primera de manifestación de la futura ideología emancipadora del proletariado, la última clase históricamente producida.

VIII. Terra Incognita

El conocimiento racional del mundo había creado las bases de una nueva libertad a la vez que desencadenaba fuerzas que impedían su realización. El dominio de la naturaleza lejos de lograr la libertad para el hombre lo sometía más que el despotismo religioso. La ciencia y la razón no habían sido mejores que la verdad revelada y la voluntad divina. El advenimiento de la civilización industrial, hija de la ciencia aplicada y del progreso técnico, con su secuela de destrucciones, trajo consigo la peor esclavitud: el trabajo asalariado. Los frutos instrumentales de la Razón engendraron una civilización espantosa, en la que tanto el hombre como la naturaleza eran aplastados. La oposición entre campo y ciudad fue llevada al paroxismo. El campo vio como las nuevas leyes impulsadas por la burguesía privaban de los medios de subsistencia a la mayoría de su población, que acababa siendo expulsada y concentrada en los suburbios más infectos de las ciudades. Las ciudades crecieron en tamaño y fealdad a costa de una masa humana esclava del trabajo y presa del infortunio. El individuo experimentó en forma de hastío y neurosis la disparidad entre su libertad abstracta y la represión social de sus impulsos. La confrontación entre el mundo tal como su desarrollo había empequeñecido y el individuo tal como había llegado a hipertrofiarse tuvo un singular producto ideológico: el Romanticismo. Los románticos opusieron el sentimiento y la pasión, la naturaleza en suma, a la razón y el progreso, la sociedad misma. Chateaubriand formuló el drama individual:

"Escuchemos la voz de la conciencia ¿Qué nos dice según la Naturaleza? 'Sé libre' ¿Y según la sociedad? 'Reina'."

Dirigieron entonces su curiosidad hacia el pasado, hacia la adolescencia del hombre, a las épocas ignotas. Para Víctor Hugo el hombre de los orígenes no estaba separado de la divinidad y por eso su pensamiento estaba hecho de sueños y su lenguaje era poesía:

"Antes de la época que la sociedad moderna ha denominado antigua, había otra, que los antiguos llamaban fabulosa y que sería más exacto llamar primitiva… En tiempos primitivos,

cuando el hombre se despierta en un mundo acabado de nacer, la poesía se despierta con él. En presencia de maravillas que le deslumbran y embriagan, su primera palabra no es más que un himno. Está tan cerca de Dios que sus meditaciones son éxtasis y todos sus sueños, visiones. El se desahoga y canta como respira. Su lira sólo tiene tres cuerdas, Dios, alma y creación; pero ese triple misterio todo lo envuelve, y esa triple idea todo lo abarca. La tierra está casi desierta. Existen familias, pero no pueblos; padres, pero no reyes. Cada raza se encuentra a gusto; ni propiedad ni ley, ni ofensas ni guerras. Todo es de uno y es de todos. La sociedad es una comunidad. Nada molesta al hombre. Lleva una vida pastoral y nómada por la cual todas las civilizaciones empiezan y que es tan propicia para la contemplación solitaria y el ensueño caprichoso. Se deja tentar y se deja llevar. Su pensamiento y su vida son como una nube que cambia de forma y de sentido según sople el viento. Ese es el primer hombre y el primer poeta. Es joven y lírico. La oración es toda su religión: la oda es toda su poesía. Ese poema, esa oda de los tiempos primitivos es el Génesis." (Prefacio de *Cromwell*)

De ahí un inusitado interés por las tradiciones, por las leyendas y por las canciones populares, pero también por la naturaleza virgen, misteriosa, situada en los confines del mundo, en la "*terra incognita*":

"El recuerdo de un país lejano y abundante en los dones todos de la naturaleza, el aspecto de una vegetación libre y vigorosa, reaniman y fortifican el espíritu; oprimidos en el presente, nos deleitamos en apartarnos de él para gozar de esa sencilla grandeza que caracteriza la infancia del género humano." (Alexandre Von Humboldt, *Leyendas de El Dorado*).

Los países exóticos, sobre todo "el Oriente", cobraron interés ("*España era todavía Oriente*"). Se desató una fiebre por las islas vírgenes (la acción de *Robinson Crusoe*, muy leído en la época, o de *Pablo y Virginia* discurre en islas). La imaginación se puso por encima de la razón, la emoción por encima de la lógica y la intuición por encima de la experiencia. Los lazos perdidos con la naturaleza – y con la divinidad – no se podían reconstituir con ayuda de la razón. La libertad era el bien más preciado del hombre que la sociedad no podía garantizar; había que buscarla fuera, en la vida marginal, en los proscritos, en los bandidos, en los pueblos rebeldes, en los salvajes. La sociedad estaba irremisiblemente corrompida. Así hablaba un jefe indio:

"empiezo a entrever que esa mezcla odiosa de rangos y fortunas, de opulencia extraordinaria y de privaciones excesivas, de crimen sin castigo y de inocencia sacrificada, forma en Europa aquello que llaman sociedad. No sucede igual con nosotros: entre las cabañas de los iroqueses no hallarás no grandes ni pequeños, ni ricos ni pobres, sino el reposo del corazón y la libertad del hombre en cualquier lugar."

La naturaleza no solamente aparecía como el sueño de la libertad, asentándose en una comunidad natural soldada por el sentimiento, sino como el objetivo al que debía tender la propia sociedad:

"¿acaso no sucede que el último grado de la civilización conecta con la naturaleza?" (Chateaubriand, *Los Natchez*)

La absoluta libertad reivindicada y la sociedad establecida no podían ser más irreconciliables; Shelley decía que si los hombres habían sido creados por Júpiter, también podían destronarlo. La solución parecía estar en las revoluciones, pero los románticos fueron viajeros antes que revolucionarios. En todo caso, no en la civilización; volviendo a Chateubriand:

"La civilización ha alcanzado su punto más alto, pero una civilización material, infecunda, nada puede producir pues sólo por la moral se da la vida; se llega a la creación de los pueblos por los caminos del cielo: los ferrocarriles seguramente nos llevarán con más rapidez al abismo."

El presente ya no era visto como un principio sino como un final; la generación romántica se había vuelto pesimista y sencillamente miraba hacia atrás. Las múltiples caras del desengaño convirtieron la ideología romántica en una idealización del atraso y una defensa de formas arcaicas de autoridad, reflejando la nueva forma de dominación posrevolucionaria, fruto de la alianza entre la burguesía y las clases retrógradas en declive. En esa tesitura las teorías naturalistas sufrieron un duro percance a manos del idealismo alemán. Al buscar al hombre en el devenir histórico, es decir, al final de un larga sucesión de civilizaciones, Hegel arruinaba definitivamente el pensamiento político ilustrado y su prolongación romántica. Más tarde, los hegelianos Marx y Bakunin proclamarán a los cuatro vientos que la libertad y la igualdad son hechos sociales y no naturales, y que el proletariado, la humanidad oprimida, debería de buscarlas entre los escombros de la civilización burguesa y no en la naturaleza salvaje.

IX. La libertad

El cambio de óptica que significó para el siglo XIX la obra de Hegel fue total y trastocó por completo el pensamiento socialista, obligándolo a romper tanto con la ideología rousseauniana de la Revolución como con la metafísica cristiana y el positivismo burgués. A menudo se olvida que Bakunin se formó en la izquierda hegeliana y que la génesis del anarquismo es incomprensible sin ese dato. Bakunin consideraba a Rousseau como el más funesto de los ideólogos de la burguesía porque sobre el supuesto de un contrato social había legitimado el Estado, una forma brutal y primitiva de organización social. Se supone que antes de ello el hombre era libre pero Bakunin pensaba otra cosa de la libertad natural:

"No es más que la absoluta dependencia del hombre simio frente a la permanente presión del mundo exterior."

La libertad del hombre salvaje dependía de su soledad:

"La libertad de uno de ellos no necesita de la libertad de otro alguno; al contrario, cada una de esas libertades individuales se basta a sí misma, existe por sí misma, y por tanto, la libertad de cada cual necesariamente aparece como la negación de la de todos los demás, y

todas ellas, al encontrarse, deben limitarse y restringirse mutuamente, contradecirse, destruirse…"

Hasta ahí Bakunin repetía a Holbach; después se apartaba por completo de él:

"El hombre no se hace realmente hombre, no conquista la posibilidad de su emancipación interior sino cuando ha logrado romper las cadenas de la esclavitud que la naturaleza exterior descarga sobre todos los seres vivos."

La humanidad nació esclava de la naturaleza y su libertad empezó cuando se emancipó de ella, es decir, cuando se civilizó. A partir de entonces un cúmulo de circunstancias históricas determinaban al hombre:

"El hombre no crea la sociedad; nace en ella. No nace libre, sino encadenado, producto de un particular medio social creado por una larga serie de influencias pasadas, de desarrollos y de hechos históricos […] Se diría que la conciencia colectiva de una sociedad cualquiera, encarnada tanto en las grandes instituciones públicas como en todos los pormenores de su vida privada y sustentadora de todas sus teorías, forma una especie de medio ambiente una especie de atmósfera intelectual y moral, nociva pero absolutamente necesaria para la existencia de todos sus miembros."

La libertad y la propia individualidad no eran hechos naturales sino productos históricos creados por la sociedad humana: "*la sociedad, lejos de disminuir y limitar, crea, por el contrario, la libertad de los individuos humanos*"; resumiendo, "*la libertad de los individuos no es un hecho individual es un hecho colectivo, un producto colectivo*", con lo cual refutaba a los obreros individualistas, que calificaba de "falsos hermanos". Marx decía lo mismo:

"El hombre es, en el sentido más literal, un *zoon politikon*, no solamente un animal social, sino un animal que sólo puede individualizarse en sociedad." (*Grundisse*)

El cosmopolita Bakunin se imagina al hombre viviendo fuera de toda sociedad, en un desierto y concluye:

"Si no perece en la miseria, que es lo más probable, no será nada más que un bruto, un mono privado de habla y de pensamiento."

Llega incluso a criticar el espíritu comunitario de las sociedades preburguesas que el llama "*patriotismo natural*", aun cuando la solidaridad de oficio y la comunidad local fueran decisivas en los primeros pasos del movimiento obrero:

"cuanto menor es la civilización en las colectividades humanas, menos complicado y más simple es el fondo mismo de la vida social, y más intenso se muestra el patriotismo natural. De lo cual se deduce que el patriotismo natural está en razón inversa a la civilización, es decir, al triunfo mismo de la humanidad…"

Sin embargo eran:

"Los bárbaros quienes representan, hoy, la fe en el destino humano y el futuro de la civilización, mientras que los civilizados ya no encuentran su salvación sino en la barbarie."

A pesar de todo, en el socialismo la victoria contra el primitivismo no fue completa. Engels en su *Origen de la Familia* partía de la comunidad primitiva:

"En todos los estadios anteriores de la sociedad, la producción era esencialmente colectiva y el consumo se efectuaba también bajo un régimen de reparto directo de los productos, en el seno de pequeñas o grandes colectividades comunistas."

En un principio pues, era el estado de naturaleza, la edad de oro, pervertida según Engels por la división del trabajo, acarreada sucesivamente por la ganadería, la agricultura, los metales y el comercio. Vinieron entonces la propiedad, la acumulación de riquezas y, finalmente, la formación de clases en conflicto, y precisamente para mantener un equilibrio en la lucha de unas clases contra otras nació el Estado. Lectura de Rousseau y de Hobbes en clave socialista, acompañada por una cantidad de datos de la investigación histórica y etnográfica. Kropotkin, por su parte, tratará de demostrar la solidaridad como principio social buscándolo en la naturaleza, abundando en ejemplos de solidaridad animal (*El Apoyo Mutuo*). Introducirá una auténtica ruptura teórica al reducir el anarquismo a una mera sociología darwinista y al elevar el método de las ciencias naturales a procedimiento rector del análisis social. A partir de entonces las raíces del pensamiento de Bakunin cayeron en el olvido y fue normal leer exposiciones rousseaunianas en las publicaciones anarquistas. Sucede que el socialismo obrero había reconocido a la sociedad burguesa como un mal necesario pero inevitable y de esa valoración positiva de la burguesía histórica a retomar la idea de progreso y a reivindicar la ciencia y el desarrollo económico sólo había un paso. El proletariado, al renunciar a su propio pasado, al olvidar que su movimiento debutó con una encarnizada lucha contra la industrialización que no se detuvo ante la destrucción de máquinas, fábricas y mercancías, y al ignorar que su propio interés exigía la destrucción del mercado de trabajo y no su control, había dado ese paso. Por otro lado, la burguesía se estratificaba cada día más, volviéndose más reaccionaria en función de su posición en el ordenamiento jerárquico de las clases, limitándose a defender sus privilegios y olvidando el interés general. A medida que abandonaba todas sus veleidades reformadoras que antaño, cuando era revolucionaria, fueron patrimonio suyo, el proletariado, tanto socialista como anarquista, asumía esas mismas reivindicaciones. El anarquismo, por ejemplo, construyó todo un campo de cultura con ellas: la idea de progreso, el individualismo, la instrucción para todos, la oposición a la guerra, la defensa de la naturaleza, la maternidad consciente, la contracepción y demás prácticas de liberación de la mujer, la sexualidad libre, la higiene y alimentación sana, la divulgación de la ciencia, etc. Pero a pesar de que el proyecto emancipador de los trabajador quedaba enriquecido con nuevos contenidos concretos, anteriormente burgueses, experimentaba por eso mismo un retroceso. La socialdemocracia se convirtió en un movimiento reformista. El marxismo revolucionario y el anarcosindicalismo fueron dos intentos de superar aquél paso atrás.

X. Ninguna Parte

Lo que definía al obrero de hace cien años era su dependencia de la máquina. La máquina había desdoblado al artesano en técnico y obrero. El objetivo perseguido era la racionalización del trabajo y la consecuencia principal, el desplazamiento del trabajador del proceso de producción. Llevado este proceso al límite con la automatización, obteníamos un productor expulsado de la producción (con el salario totalmente depreciado) y un consumidor absolutamente dependiente de las máquinas. El uso colectivo de las máquinas no cambiaba la condición obrera, y por tanto la naturaleza de la explotación, sino sólo la dirección del proceso, en manos esta vez de expertos o dirigentes. Por consiguiente, el proletario así desdoblado no podía suprimirse a sí mismo, es decir, liberarse, mediante el desarrollo de la máquina o mediante su uso comunista, sino por medio de su desaparición. Bien es cierto que en algunas corrientes socialistas se levantaron voces contra una civilización "obrera" concebida a semejanza de la burguesa, pero fueron pocas y su influencia, minoritaria. Significativamente, como calculando la improbabilidad de sus propuestas, presentaron éstas en forma de descripciones utópicas. Por ejemplo, en *La Ciudad Anarquista Americana* [1914], del anarquista Pierre Quiroule [*alias* Alexandre Falconnet], se dice:

"Es cierto que todo lo que existe, obra de los trabajadores, debe pertenecer a los trabajadores. Pero estos se engañan al querer 'continuar' en vez de 'innovar'; porque no debemos imaginar bajo ningún concepto una sociedad nueva, vaciada en el molde de la sociedad actual; porque si fuese así, no valdría la pena mover un dedo siquiera para ayudar a su advenimiento. Todo lo que existe debe ser substituido por algo más racional y conforme a las verdaderas necesidades humanas. Y Super negaba que las minas de hulla, y los leviatanes del mar, y los dragones de fuego de las líneas férreas, y los autómatas hercúleos de los establecimientos metalúrgicos, fuesen factores de bienestar, de felicidad y de libertad; negaba que los tranvías eléctricos que cruzan las calles representasen un progreso; que los túneles o vías subterráneas sean necesarios; o que las grandes instalaciones eléctricas distribuidoras de fuerza y luz representen un beneficio para los humanos…"

Todas esas creaciones nacidas de una civilización enferma estaban condenadas a desaparecer con el triunfo de la verdadera revolución porque:

"Continuar explotando las minas, y hacer funcionar los trenes y coches eléctricos urbanos, para alumbrarse como en la sociedad capitalista, para accionar las usinas y grandes fábricas, para aprovechar enfín, todo lo que existe, todas esas fuentes de rendimiento, hágase lo que se haga para perfeccionar la mecánica y los medios de producción, con el fin de aliviar, de hacer menos pesado el trabajo, y de favorecer la suerte de los productores encargados de su manejo, siempre será preciso contar con un ejército de esclavos encadenados a una siempre igual labor, ingrata y desmoralizadora…"

Por lo tanto, la idea de la expropiación de la burguesía, tal cual, tenía consecuencias opuestas al objetivo libertario. La herencia de una organización social que la técnica complicaba, regimentaba y centralizaba era una herencia envenenada.

Por su parte, el socialista William Morris concebía la sociedad libre como el resultado del proceso inverso a la ruina y despoblación de las aldeas ocasionado por el capitalismo:

"Las gentes afluían a las aldeas campestres y, por decirlo así, se arrojaban a la tierra como la fiera sobre su presa, y en un relámpago las aldeas de Inglaterra fueron más populosas que lo habían sido en los siglos medievales; la población crecía y crecía con rapidez […] la gente comprendió las tareas a que estaba llamada y renunció a emplearse en ocupaciones que no le interesaban. La ciudad invadió el campo, pero los invasores, como los guerreros primitivos, cedieron a la acción del ambiente y a su vez se trocaron en campesinos, y, siendo cada vez más numerosos atrajeron a sus hábitos a la gente ciudadana. Si bien la diferencia entre la ciudad y el campo desapareció poco a poco, el mundo campesino se sintió vivificado con el pensamiento, la actividad y la educación ciudadanas…" (*Noticias de Ninguna Parte*)

En ambos casos se defendía un cierto retorno a condiciones precapitalistas pero con la experiencia acumulada combatiendo al capitalismo. Un retorno consciente que no negaba el conocimiento adquirido y más que fijar límites a la técnica, orientaba su uso a la consecución de una sociedad libre de productores iguales.

XI. El país de Naturia

En el París finisecular circulaba Henri Zisly, obrero ferroviario y anarquista, redactor de revistas como *Temps nouveaux* y *L'Etat naturel* y autor de un *Viaje al país de Naturia*. Fue el primero en enarbolar la causa de la naturaleza esclavizada por el progreso industrial. Para los anarquistas en general, la naturaleza había hecho a todos los hombres iguales y libres y al perturbarse sus leyes habían aparecido todos los males sociales. El sepulcro de Bakunin había sido cerrado con siete llaves. En la naturaleza reinaba la armonía, es decir, carecía de contradicciones. La anarquía era su norma. La revolución social significaba la abolición del divorcio entre el hombre y la naturaleza y el retorno a la vida natural, mediante la asociación natural de productores. La peculiaridad de Zisly residía en su discrepancia respecto a los medios. Para la mayoría de anarquistas, firmes creyentes en el progreso, la separación entre el hombre y la naturaleza quedaría superada gracias a la ciencia y la razón. Para ellos organización natural de la sociedad era lo mismo que organización científica de la sociedad. La humanidad caminaría hacia la libertad del brazo de la ciencia y el antagonismo entre civilización y naturaleza sería suprimido. Sin embargo Zisly no creía en los poderes benéficos de la ciencia ni en la civilización industrial; "*nuestra ciencia es la ciencia de la vida, la ciencia de la naturaleza*". Con gran antelación achacaba al progreso técnico la desaparición de los bosques, los estragos de la contaminación, el cambio climático, las enfermedades o los fenómenos degenerativos producidos en las plantas y animales y en la especie humana. "*La civilización es el mal y la Naturaleza el bien*" concluía, y por eso luchaba "*contra el monstruo de la civilización para el advenimiento de la Naturaleza Integral*". Admitía la emancipación de la clase obrera como requisito para una vuelta al estado natural. Pues de eso se trataba, de reconstruir el estado natural de la Tierra corrompido por la civilización, volver al estadio primitivo de la humanidad ¿Cómo? Obedeciendo a las leyes naturales. Evitando el comercio

y la industria. Suprimiendo la propiedad y las necesidades antinaturales. La felicidad vendría de la satisfacción de necesidades básicas como el comer, beber, vestir, cobijarse, trabajar, amar… En su lista de objetos desechables figuraban las lámparas, las estufas, las bicicletas, el gramófono, el vino, las camisas, o las piezas de vidrio o metal. En la "*vida normal*" en plena "*libertad en la Naturaleza Integral*" todo el mundo iría a pie y viviría en cabañas o a lo sumo casas de piedra, evitando los bailes, el teatro, las carreras y los toros.

Zisly fue el primer promotor de la corriente naturista en los medios libertarios, y lejos de detenernos en la tosquedad de sus afirmaciones o en el simplismo de sus alternativas, interpretaríamos su papel como el de un defensor de la naturaleza en armonía con el hombre, condición de su emancipación. Zisly y sus amigos captarían antes que nadie que la destrucción de la naturaleza mediante era consecuencia de la colonización tecnológica (o artificialización) de la sociedad, o dicho de otro modo, de la domesticación del hombre por las máquinas. La explotación de la naturaleza era la otra cara de la explotación del hombre. La burguesía identificó el progreso con el desarrollo económico. Tal progreso significaba que la naturaleza era exclusivamente escenario del despliegue de las fuerzas productivas y paisaje de la esclavitud salarial. La degradación de la naturaleza corrió a la par de la degradación obrera. El anarconaturismo, una tendencia eminentemente pedagógica, aportaría al programa de redención social la exigencia de un equilibrio entre naturaleza y humanidad sin el cual igualdad y libertad jamás podrían darse. Si la naturaleza tenía que humanizarse, el hombre tenía que naturalizarse. De la influencia del anarconaturismo queda constancia en el dictamen sobre comunismo libertario del Congreso de Zaragoza de la CNT:

"aquellas comunas que, refractarias a la industrialización, acuerden otras clases de convivencia, como por ejemplo las naturistas y desnudistas, tendrán derecho a una administración autónoma, desligada de los compromisos generales. Como estas Comunas naturistas-desnudistas, u otra clase de Comunas, no podrán satisfacer todas sus necesidades, por limitadas que éstas sean, sus delegados a los Congresos de la Confederación Ibérica de Comunas Autónomas Libertarias podrán concertar convenios económicos con las demás Comunas Agrícolas e Industriales."

XII. El Potlach

El desencantamiento del primitivo por la etnografía, la antropología y los estudios de la prehistoria ha de venir a iluminar la ruta del mundo civilizado ante sus encrucijadas, no a confundirla con ideologías brumosas. Las sociedades primitivas existentes emplean poco tiempo en el trabajo necesario para la supervivencia; no están pues los supuestos primitivos forzados a la búsqueda permanente de alimentos, ni jamás trabajan más allá de sus necesidades, es decir, que eran sociedades contra el trabajo. No son sociedades de subsistencia; son capaces de acumular un excedente alimentario superior a sus necesidades, pero para consumirlo o dilapidarlo, no para comerciar con él. El tipo de relaciones que las gobiernan no están basadas en el intercambio o trueque puesto que la escasez es desconocida, sino en el "don". Por lo tanto, son sociedades sin mercado. Y este detalle

puede ser útil a los que deseen recuperar las ventajas primitivas para la sociedad libre y civilizada. Los indios de la costa noroeste americana practicaban una batalla de regalos suntuarios con el fin de humillar, desafiar y obligar al rival, que llamaban "potlach". Era una explosión de derroche totalmente improductiva, con fines de prestigio y gloria. Georges Bataille se basó en aquella ceremonia para sugerir una superación del conflicto entre civilización y salvajismo. Bajo esta óptica los excesos de la técnica se podían corregir. Lo que la técnica construye el hombre destruye. La técnica adquiría un nuevo papel, el de aumentar las posibilidades de dilapidación. La civilización no podía subsistir si no se destruía en un gigantesco potlach. La revolución social era la forma suprema de potlach. La civilización no tenía más justificación histórica que el de la quiebra revolucionaria, cuando los excedentes habrían de liberarse a la destrucción. Ese desprecio de la riqueza y ese rechazo de los frutos del trabajo, era el verdadero lujo, el lujo de los pobres y el mentís a la laboriosidad predicada desde la dominación. La revolución permanente recibía una sorprendente confirmación teórica. En definitiva, la destrucción competitiva era no sólo una forma natural de nivelación, sino el procedimiento por fin descubierto para la reconciliación del hombre con el mundo. Se podría objetar que la dinámica de destrucción y construcción es precisamente lo que caracteriza a la civilización capitalista, pero hay una diferencia importante: el sujeto de la acción es en este caso es otro. Y el sentido del proceso es lógicamente otro, el opuesto.

La crítica salvaje de la civilización ha interesar a quienes crean que los fines humanos – la libertad y la felicidad – solamente se consigan con el desmantelamiento de la producción, la desurbanización y la vida en comunidad. Sin embargo, no podemos pasar por alto el peligro que conlleva una formulación errónea del problema con la elevación de la naturaleza a principio máximo (por ejemplo, naturaleza igual a anarquía), pues convertiría a esta en un arma contra el pensamiento y contra la libertad. La abdicación del espíritu humano en pro de la naturaleza o la reducción del hombre a pura naturaleza, implicaría una degradación del pensamiento hacia formas irracionales. Proclamar la superioridad del hombre primitivo situando el paraíso en el paleolítico medio y el pecado original en la aparición del lenguaje simbólico, como hace John Zerzan en *Futuro Primitivo*, tampoco contribuirá a clarificar el problema, pues ni las raíces de la infelicidad humana están en el lenguaje ni esta se cura con un retorno a etapas arcaicas. El cazador-recolector de los primitivistas no es más que un reflejo idealizado del individuo atomizado y desclasado de la sociedad de masas, producido por el capitalismo tardío.

La naturaleza no es depositaria de la verdad, solo del lado salvaje. Y la civilización no es simplemente el lugar de la mentira, es el de la historia. Ambas se hallan sometidas al poder independiente de la economía, por lo que ya una forma parte de la otra. Desposeído, separado de sus obras, sumergido en la alienación, al hombre le es ajena la civilización tanto como la naturaleza, pero la primera es su campo de batalla. Haciendo suya ésta, hará suya la otra. Por consiguiente, no se trata de que el hombre escape de la civilización, sino de que la civilización no se le escape al hombre. La naturaleza recuperará sus fueros sólo cuando el hombre sea libre, y será libre sólo cuando controle su obra, o sea, cuando los poderes

creados por él e independientes de él – el Estado, la Economía, etc. – sean destruidos. Y puede interesar saber que las sociedades primitivas eran sociedades sin economía y sin Estado porque no permitían forma alguna de poder separado, ya que ni siquiera se podían concebir en su seno los deseos de riqueza, de poder o de sumisión.

Miguel Amorós, marzo 2003,
folleto publicado por Likiniano Elkartea.

Mayo 2003

Primero de mayo contra el trabajo

"Hay también, a mi parecer, algunos que no prestan un gran servicio a la sociedad por su inteligencia, pero que son robustos de cuerpo y capaces de los mayores trabajos. Trafican con las fuerzas de su cuerpo y tienen opción a un salario en dinero por ese tráfico, de donde les viene, yo creo, el nombre de mercenarios."
Platón, *La República*.

No temo desvirtuar el sentido del Uno de Mayo diciendo que es una día contra el trabajo, puesto que ya desde el origen – la lucha por la jornada de ocho horas – llevaba inscrito la exigencia de una disminución del tiempo dedicado a la esclavitud asalariada, o sea, una reivindicación de tiempo libre. Libre quiere decir libre de la explotación y de la necesidad en la que aquella fingía basarse, pues la libertad a la que debe aspirar el género humano vendrá determinada por la abolición no sólo del trabajo asalariado sino de la labor empleada en la satisfacción de las necesidades físicas. El reino de la libertad suplantará al reino de la necesidad cuando el hombre se emancipe completamente del trabajo. Por consiguiente, la sociedad a la que deben aspirar los trabajadores es una sociedad no basada en el trabajo, una sociedad en la que el trabajo no sea considerado como la ocupación principal, en el que la vida no dependa absolutamente del trabajo, en fin, en la que nadie tenga que "ganarse la vida" trabajando, porque una sociedad así es incompatible con el bienestar y con la libertad. "Derecho al trabajo"… ¡anda ya! Es como reivindicar la explotación; mejor exigir ¡DERECHO A NO TRABAJAR!. A la cabeza de sus aspiraciones, los trabajadores no han de colocar una consigna del estilo de "trabajar menos para que trabajen todos", sino una mucho más escueta: "NO TRABAJAD NUNCA".

El hecho de que vivamos en una sociedad de trabajadores, una sociedad en la que la condición de asalariado es general, en la que los mismos dirigentes llaman a su actividad trabajo, no significa que la sociedad jamás haya vivido al margen del trabajo, o que siempre el trabajo haya sido contemplado como fuente de todos los valores. Eso tiene fecha: no es sino en tiempos de la Reforma protestante cuando aparece y se extiende esa nueva mentalidad que considera al trabajo como un fin en sí mismo y aspira a vivir trabajando

hasta el fin de los días, lo que casa a la perfección con el espíritu capitalista. Hablamos de fin pero la mentalidad laboriosa no distingue entre fines y medios. Vivir para trabajar, trabajar para vivir, son para ella lo mismo. El trabajo, por primera vez, da sentido a la vida. En adelante, la burguesía y los pensadores que mejor han expresado su advenimiento han considerado el trabajo como origen de la propiedad (Locke), como fuente de toda riqueza (Adam Smith), y como responsable de la propia humanización. Para Hume el trabajo había creado al hombre; el trabajo y no la Razón es lo que distinguía al hombre de los animales (idea que Marx traspasó al socialismo). Tendrían que venir las fábricas y las máquinas y destruir todo el carácter "humano" del trabajo para que las clases laborales experimentasen en carne propia el peso de la fatiga, la desesperación del trabajo esclavo y la ofensa del salario, la marca de la esclavitud a la que estaban reducidas.

En la Antigüedad el trabajo era algo despreciable, algo que degradaba a quien lo ejercía y de donde no podía salir nada honorable. Lafargue en su "Derecho a la Pereza" cita estas sabias palabras de Cicerón: "hay que mirar como algo bajo y vil el oficio de los que venden su pena y su industria, pues aquél que dé su trabajo a cambio de dinero se vende a si mismo y se coloca al nivel de los esclavos." También lo era el afán de lucro. Entre los griegos, los artesanos, labradores, jornaleros y comerciantes no formaban parte de la ciudad aunque viviesen en ella, es decir, no tenían derechos políticos, pues según Aristóteles, "esa forma de vida es innoble y contraria a la virtud" de la cual los ciudadanos habían de abstenerse. Los espartanos tenían prohibido ejercer cualquier oficio, entre otras cosas porque absorbían el tiempo (*scholë*), necesario para las actividades cívicas. Igual sucedía entre sus contemporáneos lidios, tracios, escitas, persas y romanos. Trabajar significaba someterse a la necesidad, servidumbre humana para cuya liberación servían los esclavos. Todavía en los tiempos oscuros de la Edad Media el trabajo era considerado una actividad servil y aquellos que tenían el privilegio de no trabajar –los nobles, los hidalgos– preferían morir de hambre antes que envilecerse trabajando, como relata cómicamente la novela picaresca. Pero la situación de los obreros de entonces distaba mucho de la de ahora; la mitad de los días del año eran festivos, días de holganza.

¿Cómo ha empleado la humanidad el tiempo de forma honesta desde sus orígenes hasta el siglo XVI? Los antiguos lo distribuían entre la asamblea, el estudio, el gimnasio y la guerra. La dirección de la cosa pública y la defensa armada de su modo de vida eran la base de la ciudadanía y de la libertad. El tiempo del que tan abundantemente disfrutaban griegos y romanos era principalmente consumido en la esfera pública y en el campo de batalla, lo que no es de extrañar en una sociedad cuya finalidad era la formación de hombres libres y no la despreciable acumulación de riquezas. Hombres libres de la necesidad económica, y por tanto, del trabajo. Pero la liberación del trabajo en los antiguos era un privilegio. La libertad de una parte de la población se basaba en la esclavitud de la otra.

En nuestra época en donde la esfera privada es determinante y el trabajo es la norma, las cosas no pueden ser más diferentes. No existe la libertad, tal como la entendían los antiguos, porque no hay "ágora", no hay vida pública. Unos estarán más explotados que otros, unos

tendrán una vida mejor amueblada que otros, pero nadie es realmente libre. Todas las actividades, incluso las supuestamente públicas, son privadas (ejercicio de una profesión); todo el mundo vende algo suyo a cambio de dinero y sobrevive consumiendo; las diferencias son de grado. Lo único que varía en la esclavitud es el rango. La abolición del trabajo o simplemente una reducción drástica del mismo, para tener consecuencias liberadoras, deberá acarrear la desprivatización de la vida y en correspondencia, la revitalización del espacio público. Puesto que para tomar en sus manos sus propios asuntos, los trabajadores emancipados han de construir su propio espacio de libertad, sea a través de comunidades, consejos, asambleas, municipios libres, etc., e invertir en él su tiempo. La emancipación del trabajo se llevará a cabo mediante el regreso a la vida pública, que es algo muy diferente del regreso de la política. Porque una cosa es la disolución del poder y del Estado en la autoorganización de "las masas desheredadas y desclasadas" (que es como Bakunin prefería llamar al proletariado) y otra cosa es la reconstrucción del poder (y del Estado) mediante la política profesional y los partidos. *Abolir el trabajo para abolir el estado*.

Conservando la mentalidad de trabajador, aun habiéndose desembarazado del trabajo estaríamos en una sociedad de consumidores. Trabajo y consumo son dos etapas del mismo proceso. Una sociedad de trabajadores es una sociedad de consumidores. El consumidor es tan esclavo como el trabajador. En esta sociedad la disminución de la jornada de trabajo no significa sino el aumento proporcional del tiempo dedicado al consumo. En esa perspectiva la liberación del trabajo no es una liberación, ni siquiera parcial. Es la clave de la moderna explotación. El tiempo disponible se dispensa en actividades de ocio, sin salir de la esfera privada. El resultado es una mayor artifialización de la vida, dedicada a la satisfacción compulsiva de necesidades cada vez más artificiales. Así pues, por el consumo de masas iremos a parar al mismo lugar al que se llegó por el trabajo prolongado: al embrutecimiento, a la miseria moral y a la enfermedad. La idea de felicidad que tienen los pobres, el "coger del montón", o el de "vacaciones en Mallorca para todos", no constituye una expresión simple del comunismo libertario, sino del consumo sin trabas. Ver las cosas desde el ansia consumista es como verlas desde el estómago: es verlas como esclavo. Verlas como enemigo derrotado, que es lo que primeramente significaba "esclavo" en griego ("douloi"). Sin embargo, emanciparse del trabajo es emanciparse del consumo. Pasar del "montón" tanto como de Mallorca. *En la sociedad de la abundancia lo verdaderamente abundante no ha de ser la masa de objetos deseables sino el terreno donde ejercitar la libertad*.

Hablar de no trabajar resulta cómodo y fácil, pero para llegar a una sociedad sin trabajo, es decir, emancipada completamente de la necesidad, tanto la que impone la sociedad como la que impone la naturaleza, se han de revisar muchas ideas pasadas, que son un lastre y un obstáculo a eliminar. En primer lugar la convicción de que el sistema engendra junto con sus miserias las condiciones materiales y las formas sociales necesarias para la reconstrucción de la sociedad libre. La verdad es justo lo contrario: el sistema crea condiciones y formas para que dicha reconstrucción sea imposible. Empezando por la misma clase que debía capitanearla. La automatización y el progreso científico ha expulsado al trabajador desde el

centro a la periferia de la producción, de forma que hoy la mayoría de los trabajadores están empleados en actividades improductivas, y la tendencia no deja de acentuarse. Una sociedad racionalmente organizada suprimiría la mayor parte de esas actividades tanto como la producción masiva. Los anarquistas fueron los primeros en señalar que una sociedad nueva no puede ser vaciada en el molde técnico de la actual y que todo lo que existe ha de sustituirse por algo más conforme con las verdaderas necesidades humanas. La apropiación de los medios de producción no podría efectuarse sino gracias a una capa social particular, la de los técnicos y científicos, que dudosamente abrazará en bloque la causa de los oprimidos. La contradicción que socava la sociedad del trabajo no radica en la oposición entre fuerzas productivas y medios de producción, pues con la autonomía de la técnica ambos conceptos tienden a ser lo mismo, sino entre la tecnología moderna y el metabolismo con la naturaleza que impone, cada vez más devastador. La tecnología no es en absoluto independiente del modo de producción capitalista. Quienes hayan creído en el lado positivo del capitalismo supuestamente representado por los "avances" técnicos se frotarán las manos pensando que el progreso de la tecnociencia ha quemado la etapa de transición al régimen comunista libertario, que la producción automatizada suprimirá el trabajo y que la máquina, esclava del hombre, le redimirá de semejante maldición. Pero las máquinas no permiten la emancipación del trabajo, pues lejos de ser una adaptación del medio natural a la voluntad del sujeto, son una adaptación del sujeto al medio artificial que ellas han creado. *Las máquinas han esclavizado al hombre y jamás lo libertarán*.

Las máquinas, y más propiamente, los sistemas técnicos, las tecnologías, son modos de ordenar la sociedad y determinan el trabajo, las relaciones, el desplazamiento, el consumo, etc. de las personas. No hay tecnologías neutras; las hay que son flexibles, descentralizadoras y no agresivas, que preservan la naturaleza y facilitan la libertad, y las hay que imponen una organización social gigantesca y complicada, desarrollando jerarquías, control, organismos represivos, y demás formas de poder separado. Optar por un sistema tecnológico u otro es hacer una elección política, valga la palabra. Ni que decir tiene que en la sociedad actual son las tecnologías autoritarias, manipuladoras y anticomunitarias las que dominan. La autogestión de un sistema técnico de esa clase tendría fatales consecuencias para la libertad. Los medios de producción actuales, en lo que a técnica se refiere, no pueden transformarse en instrumentos de un trabajo libre y asociado sin experimentar fuertes cambios. Por eso el desmantelamiento razonado de los medios de producción es la condición sine qua non de la revolución emancipadora. Por eso los Estados han de disolverse en un sinfín de comunidades pequeñas. Las colectividades autogestionadas, federadas o no, abolirán primero el salario y el dinero, con lo cual se suprimirán la explotación y las diferencias de clase, y sustituirán el mercado por un intercambio solidario. Después se harán cargo de la reutilización y descentralización de los medios de producción y de la destrucción o abandono de la parte de los mismos que resulte perniciosa. Empezando por el sistema fabril y la agricultura industrial. Otros aspectos habrán de ser tenidos en cuenta por fomentar la desigualdad y la burocracia: la planificación central, la división del trabajo, la expansión urbana, etc. A mayor organización, mayores peligros. Pero la cuestión que más

interesa destacar aquí es la del trabajo necesario para el mantenimiento y reproducción de la vida, la actividad productiva requerida por la satisfacción de las necesidades elementales y de aquellas que resulten del modo de vida comunitario. La carga de la vida no podrá eliminarse ni siquiera con sirvientes mecánicos; a lo sumo la harán más llevadera. Ante cualquier solución técnica habrá que calibrar siempre lo que se gana y lo que se pierde. Se puede ganar tiempo a costa de una mayor dependencia, y también lo contrario: se puede ganar independencia a costa de emplear más tiempo. Pero de todas formas puede conseguirse que el tiempo dedicado a la labor sea mínimo, distribuyéndola entre todos, especialmente entre los jóvenes, y suprimiendo las actividades consideradas prescindibles por las asambleas. Y también puede lograrse que la labor, al volverse atractiva, diversión o hobby, deje de ser considerada un esfuerzo obligatorio. Fourier, un precursor del anarquismo, inventó una "mecánica pasional" que debía transformar el trabajo en una actividad ardiente, refinada y lúdica. Pues bien, no iba desencaminado: *la abolición del trabajo ocurrirá mediante su conversión en juego*.

Miguel Amorós.
Leído en el mitin de la CNT en Les Cotxeres de Sants, Barcelona, el 1 de mayo de 2003.

Este escrito ha aparecido en el libro
Las Armas de la crítica,
Bilbao, Likiniano elkartea, 2004.

Agosto 2003

La trastienda del TAV

Si el TAV significaba progreso, la montaña de despropósitos que está acompañando a su realización aclarará el sentido exacto de la palabra: progreso del desastre. La pasión por el TAV de las elites del país está siendo puesta a prueba por los fallos de seguridad, los problemas de señalización, los retrasos, los centenares de accidentes laborales, los trabajadores sin papeles, las fallas del terreno, la mala gestión de las inversiones, los regateos sobre los trazados y demás contratiempos que demoran la entrada en funcionamiento de ese "cercanías de lujo". AVE a la que le han bajado los humos, o los vuelos, pues en principio la velocidad que alcanzará será la propia de un tren convencional y hasta al menos el 2015 no se podrá ir a París en Alta Velocidad. Además, vibra y baila. Sólo le falta cantar ¡Tanto dinero invertido para tan magros resultados! Las capitales de provincia tendrán que esperar un poco más para "estar en el mapa" y las fuerzas vivas de las urbes principales verán una parte de sus sueños de grandeza echada a perder con el agotamiento de caudales y los aplazamientos. Las posibilidades materiales de la clase dominante no han estado a la altura de sus ambiciones faraónicas. Allá donde los ecologistas y otros

seudoopositores han fallado, la incompetencia y la desidia triunfaron. La primera victoria contra el TAV ha sido obra exclusiva de sus partidarios. El ministerio de Fomento, el GIF, la Generalitat catalana, las subcontratas que construyen la línea, la Renfe y Siemens, tienen todo el mérito del triunfo.

Se ha perdido una batalla, pero no la guerra. Hay mucho más "progreso" del mismo estilo en juego; el TAV es sólo el emblema de la nueva devastación del territorio, pero no es toda la devastación. La importancia del TAV radica en que simboliza la vertebración de las elites dirigentes a nivel local y regional. Éstas hace tiempo que salieron del particularismo y confeccionaron a medias con el Estado su programa de destrucciones masivas: el TAV, como un heraldo del apocalipsis, va por delante. O dicho de otra manera: los árboles del TAV esconden todo un bosque de temibles "infraestructuras". Lo peor del TAV es su trastienda.

El TAV no destruye el territorio por la sencilla razón de que está ya destruido. Es simplemente el remate, o la guinda, del proceso destructor, o como dice el periodismo sociológico, "centralizador". Hace tiempo que la agricultura tradicional fue sustituida por la industrial, y de resultas quedó liquidada la sociedad rural. El campo es cada vez más un desierto; por ejemplo: de un millón doscientos mil aragoneses, más de setecientos mil viven en Zaragoza; paralelamente, el 75% de los catalanes viven en el área metropolitana de Barcelona y en el resto de autonomías sucede más o menos lo mismo. El territorio peninsular del siglo XXI ha quedado dividido entre un paisaje urbanizado en constante crecimiento y una reserva panorámica. Las fábricas apenas pueden notarse, en cambio el territorio completo se ha convertido en una gigantesca fábrica: todas las actividades que se practican en él son actividades industriales destinadas a sus respectivos mercados ¿o es que no hablamos de la industria del turismo, o del ocio, o de la salud, de la misma manera que hablaremos dentro de poco de la industria del agua o de las emisiones contaminantes? Como antaño sucedió con la agricultura, que para transformarse en una rama industrial tuvieron que ser disueltas las formas ancestrales y no tan ancestrales de propiedad de la tierra, ahora pasa con todo lo que no tiene dueño; con el agua, con el aire, con los genes, con el conocimiento tradicional, con los sabores, etc. Han de tener propietario y constituir un mercado. Para el caso que nos ocupa, que es el del TAV, lo que adviene es el mercado de la movilidad. La movilidad deja de ser un servicio público allá donde todavía lo era y pasa a objeto de explotación privada. Ya no es posible hablar de libertad cuando hay que desplazarse. Nadie es libre de moverse, todos circulan en la dirección que marca el mercado. La anunciada "*revolución en el transporte de pasajeros*" es la movilidad llegada al estadio industrial, y esto sucede porque la movilidad acelerada de los individuos es una condición indispensable del sistema productivo, algo así como una fuerza productiva suplementaria.

El TAV ha tenido, por así decir, la virtud de asociar al empresariado con las administraciones local y autonómica, cristalizando un interés general en torno a las grandes ciudades. Quienes deciden en la periferia quieren tener la relevancia económica al nivel de su empuje político, y viceversa, y eso acarrea grandes proyectos de transformación territorial. Frente a un modelo de destrucción radial centrado en Madrid, se propone un modelo de destrucción

multicéntrico, que el Gobierno del país, a través del ministerio de Fomento, ha de financiar. Cada ciudad ajusta el discurso a sus aspiraciones, que trata de sintonizar con la globalización. Barcelona ya no quiere ser un "apéndice de Barajas", ni el extrarradio de Madrid, sino "el corazón de la Europa Sur", la Rotterdam del Mare Nostrum, la puerta de entrada y salida de las mercancías europeas hacia el Mediterráneo y Asia. Es decir, Barcelona privilegia sus relaciones con Europa antes que con el Estado, porque su destino ya no depende del mercado nacional sino de fuerza económica de una "eurorregión" formada por Cataluña, Aragón y la Occitania. Zaragoza trata de ser "el nexo de las relaciones comerciales entre el País Vasco, Cataluña, Navarra, La Rioja, Francia y la UE", todo un "centro de gestión empresarial del Valle del Ebro". Y en otra parte hablan de la "vía valenciana a la articulación peninsular", pues Valencia, tercera ciudad peninsular en importancia económica, situada en el centro del prometedor arco mediterráneo, es "la salida natural de Madrid al mar" y el vértice que faltaba en la triangulación económica de la península. El alcalde de Tarragona, aguijoneado por el furor infraestructural de la oposición, promete que la ciudad "no perderá ningún servicio ferroviario" y propone además que el AVE, que es "vital", llegue por la costa hasta Valencia. Los socialistas valencianos piden al gobierno que el TAV una Tarragona con Castellón, mientras que en Alicante se quejan al ver que las obras del ramal Córdoba-Málaga han empezado y las del trazado Alicante-Madrid, no. En Lleida "todos esperan mucho del AVE"; la Diputación asegura que "será un gran aliado del turismo de montaña" y el alcalde socialista afirma que el impacto "será fuerte y positivo", felicitándose de que "una comunicación propia de nuestro tiempo y del siglo que viene" permita a la ciudad conectarse con Europa y "modernizarse". Para más inri, ocho especialistas han garabateado ad hoc un libro sobre el tema, "Les oportunitats del TAV a Lleida", especie de manual de instrucciones para usar ese "instrumento al servicio del progreso". ¿Qué ofrece, pues, ese AVE, que todos lo quieren? De entrada dispara la especulación inmobiliaria y por consiguiente, el precio de las viviendas y del suelo. Obliga a un reordenamiento urbano a base de cemento y asfalto. Estimula la construcción de centrales térmicas y nucleares, pues el TAV es en grado sumo un medio despilfarrador de energía. Promueve la lucrativa corrupción política y ayuda a financiar a los partidos. Dicen que favorece las economías de escala. Fomenta ligeramente el turismo, la creación de algún parque temático, sin llegar a colmar las expectativas de hosteleros y restauradores. Pero no descongestiona el tráfico rodado, ni atrae industrias, ni siquiera la construcción de segundas residencias. No supone un desarrollo para las regiones que atraviesa. Tampoco beneficia al viajero, que paga un billete caro, a no ser que desee usar, a costa de su seguridad, el ferrocarril ordinario, cuya red se halla peligrosamente descapitalizada. El impacto principal es psicológico: los convertidos a la religión del progreso dicen que el AVE "nos ha abierto los ojos". En la privilegiada Ciudad Real y en el lamentable Puertollano "nos sentimos Europa" porque "el AVE nos ha puesto por fin en el mapa". Por lo visto, en un país donde todos los valles aspiran a ser Valles de los Caídos, todo es cuestión de ánimo geográfico. Por doquier impera la infundada convicción de que el AVE, "prodigio de modernidad y tecnología", vuelve "competitivos de la noche a la mañana", cuando en realidad no origina ninguna actividad

económica. Es como si el rugir de una ola de visitantes o de especuladores fuera una buena cosa para el ciudadano corriente. Lo es, en cambio para el político. El TAV es ante todo una operación política y monumental, del tipo de las de "*le TAV c'est moi, après moi, le déluge*". Por algo Álvarez Cascos pone empeño en ser recordado como el ministro del AVE, Francesc Puig, como el "conseller" de l'AVE y Joan Clos, como el alcalde del AVE. Más que un tren, esa siniestra maquinaria es una urna y un pedestal.

Maletines aparte, el TAV es una "infraestructura", y las infraestructuras, como las desgracias, nunca vienen solas. En Barcelona, el TAV forma parte de un "complejo logístico" en compañía de los trasvases, de los túneles, de las autopistas, del aeropuerto y del puerto (que han de ampliarse), y del tren de mercancías con ancho de vía europeo, que ha de enlazar el puerto con la frontera francesa. En Valencia los poderes locales piden más o menos lo mismo, y, en general, no hay ciudad que no reivindique al menos una autovía y una pista de aterrizaje. En el caso de Barcelona la furia reivindicativa se explica por la pérdida de liderazgo de la ciudad en muchos ámbitos de la economía, de las finanzas e incluso de la cultura. Ni las grandes sociedades de servicios, ni las principales sedes de las multinacionales están allí. Los centros de decisión e influencia ya no se domicilian en "la ciudad condal", que, encima, tampoco dispone del monopolio del mercado español, como durante el franquismo, por lo que ha cesado su función de motor económico del Estado. No es la referencia obligada, ni mucho menos la capital económica de España; Madrid se ha hecho más poderosa, y también otras capitales. Los dirigentes catalanes, instalados en el franquismo económico, han tardado en darse cuenta de su precaria situación y han reaccionado con proyectos cuya realización depende de otros. Pretenden convertir a Barcelona en un polo de desarrollo europeo de primera magnitud, un "centro logístico" de la globalización, en competencia con Génova y Marsella. Para ello reclama "a Madrid" toda clase de infraestructuras con el fin de conectarse a gran velocidad con Paris, Bruselas o Francfort. El camino de Europa pasa primeramente por la Meseta. El primer desencuentro con el Gobierno ocurrió a propósito de la pretensión de las primeras de construir una estación del AVE en el aeropuerto de El Prat, algo que los jerifaltes consideraban "absolutamente prioritario". El Ayuntamiento de Barcelona se puso a la cabeza de la fronda más resuelta, variopinta mezcla de promotores inmobiliarios, asociaciones de vecinos, partidos, sindicatos y organizaciones de empresarios, mientras que la Generalitat, los alcaldes del Baix Llobregat y la Cámara de Comercio, Industria y Navegación de Barcelona, se inclinaban por la contemporización. Clos calificó el hecho de que el aeropuerto no tuviera estación, de "atentado a Cataluña", y el de que la estación de La Sagrera no fuera intermodal, de "traición a Barcelona". Al final se ha impuesto un arreglo amigable, "la solución más barata para la Generalitat" según el ministro de Ciencia y Tecnología, Piqué, y "la solución menos agresiva para el territorio", según el portavoz de IC-V en el "Parlament" y estalinista reconvertido, Boada. Discrepan Clos y sus aliados nacionalistas (ERC), pero lo acatan porque ya han representado su papel. La próxima batalla será librada por un lado en torno a la gestión de las infraestructuras, como anuncian los movimientos por el control de La Caixa, el tercer banco del Estado, y por otro, en torno a los reticencias del Estado francés en construir

la conexión con Perpiñán. Es de desear que sea ardua y que dure, pues lo único capaz de retrasar tanta ruina parece que son las discrepancias entre los representantes de la dominación.

En Cataluña, la oposición al TAV sencillamente no existe. Apenas unos cuantos alcaldes que piden el soterramiento de las vías sin demasiada energía, dispuestos a ceder a cambio de compensaciones. Parece que todos quieren la modernidad, pero nadie quiere verla ni oírla. A no ser el ayuntamiento de Sant Sadurní, al que le van a construir un viaducto de 40 metros de altura y 900 metros de largo, que ha decidido retirar el recurso contencioso administrativo a cambio de unos terrenos y del ajardinamiento de la zona. Sólo en Montmeló hubo una manifestación de 1500 personas el 15 de diciembre de 2002 pidiendo cubrir las vías nuevas y las viejas, que dividen al pueblo en dos, organizada por una plataforma ciudadana con el apoyo del ayuntamiento. La estrategia de los antiTAV catalanes se basaba en un pacto entre partidos (IC, ERC, Els Verds, EuiA), el cual, gracias a una "movilización informativa" forzaría la "decisión parlamentaria de aplicación de una moratoria de las obras", con la imaginaria ayuda de los socialistas y de algunos parlamentarios de la derecha. Sentada sobre tal estrategia-ficción, la COPALTAV ha sido la coordinadora más inútil de cuantas se han formado en los últimos diez años. Cabría preguntarse si en realidad no militaban a favor del TAV, vistas las declaraciones de uno de sus miembros, el Grup Ecologista de El Vendrell: "La entitat ecologista ha intentat, sense aconseguir-ho, participar en la millora del projecte TAV, un cop s'ha determinat la impossibilitat d'aturar-lo" (nota de prensa del 26 de junio de 2001). Esa gente ha demostrado verdadero arte en no decir ni hacer nada que agitara los ánimos de los afectados; simplemente se ha limitado a ir por los ministerios y ayuntamientos pidiendo informes y denunciando ante la fiscalía las irregularidades observadas; peticiones inevitablemente desatendidas y denuncias archivadas (todas menos una de COPALTAV-comarques gironines, admitida a trámite por el Defensor del Pueblo, relativa al requerimiento insatisfecho de información dirigido al ministerio de Fomento). Todo un ejemplo de verdadera heroicidad cívica: no esconder la mano si no se han tirado piedras.

La Plataforma "Tren sí, AVE no" del País Valenciano descansa sobre una estrategia similar, como si fuera posible luchar contra la sociedad industrial usando las armas políticas de la industrialización: la apertura de "un gran debate público" entre plataformas en defensa del tren, organizaciones ecologistas, partidos, sindicatos, asociaciones vecinales, universidades, científicos y entidades cívicas, de donde salga un "Plan Director de Ferrocarriles" que derogue el plan de infraestructuras vigente y convierta "el ferrocarril en la columna vertebral del transporte" (Manifiesto "Por un Ferrocarril sostenible, público y social", de la Coordinadora Estatal en Defensa del Ferrocarril. Valencia, 9 de marzo de 2003). En principio cabría preguntarse ¿por qué no se celebra entonces el debate si la mayoría de las entidades mencionadas están de acuerdo? La respuesta es simple: porque nadie está interesado realmente en debatir, a no ser con un interlocutorde peso – el gobierno, un ministerio, la Generalitat. Porque no se quiere un debate, sino un diálogo con el poder. Porque los falsos

contestatarios del AVE aspiran a convertirse en los consultores ambientales del Estado y las administraciones. No desean liberar al mundo y a las personas que viven en él de la industrialización, sino que proponen una industrialización "sostenible". El concepto ecologista de "sostenibilidad", que está haciendo fortuna en el vocabulario político, revela una ideología apologética de lo existente. Todos los desastres son buenos si van acompañados del calificativo de "sostenible" ¿Qué es un ferrocarril sostenible? Es el ferrocarril actual modernizado, que "satisface la movilidad con gran eficacia y bajo coste". Son las vías del AVE reconvertidas y las nuevas redes metropolitanas instaladas. No se paran a pensar que esa demanda de movilidadbarata ha sido provocada por el desarrollo "insostenible" de las ciudades, y que lejos de fomentar una movilidad asistida por el erario público para uso de las clases medias a las que se pretende convencer de que es mejor aparcar el coche, lo que hay que hacer es, primero, detener como sea la expansión de las nuevas infraestructuras, y segundo, desmontar la mayoría de las ya existentes. La solución no es un capitalismo "sostenible" con muchas vías de tren sino una sociedad libre, dueña de sus medios.

Las plataformas basadas en la adición virtual de entidades son formas bastardas de acción, encargadas de recuperar para la política los problemas ambientales y sociales causados por la industrialización progresiva del territorio. Si descartamos la utilidad para la confección de programas de los partidos, su eficacia es nula, pues son incapaces de influir en la población (la concentración de protesta en la estación del Norte, de Valencia, convocada el 9 de marzo de 2003 por toda una Coordinadora Estatal en Defensa del Ferrocarril solamente reunió a sesenta personas). El sistema asambleario es el único capaz de realizar movilizaciones importantes. La Plataforma en Defensa de les terres de l'Ebre, la PDE, ha logrado grandes movilizaciones, las mayores que se conocen contra el Plan Hidrológico Nacional, otro "complejo logístico" de embalses y trasvases que anuncia la próxima constitución de un mercado del agua. La PDE ha conseguido el apoyo de la población gracias a una red de grupos locales y comarcales, compuesta de pescadores, campesinos, trabajadores, funcionarios y estudiantes, que funciona de forma descentralizada y horizontal. La estructura es asamblearia, sin cabezas visibles ni representantes oficiales; sin afiliados, ni sede, ni cuotas, ni liberados; sin constitución legal, ni programa político. Las decisiones se toman en asamblea, principalmente en asamblea intercomarcal, la mayoría consensuadas antes que votadas. No existe un único portavoz, sino varios, y no han de pertenecer a ningún partido ni ejercer cargo público, para no involucrar a la plataforma. La plataforma está coordinada con otras semejantes que se oponen al PHN a nivel estatal, y con los grupos cercanos que luchan contra otras agresiones, como las centrales eólicas o las térmicas. Aunque la plataforma utilice a los partidos, y éstos estén representados en ella, ha sabido defenderse de los intentos de recuperación, sobre todo por parte de IC-V y ERC. No obstante, el irregular funcionamiento de las asambleas locales ha sido la causa de la aparición de un grupo informal de dirigentes, que son quienes tratan con los partidos y mantienen al movimiento en los cauces "de la oportunidad política". La PDE no se define como un movimiento ecológico sino "territorial". La idea de "defensa del territorio" es arma

conceptual equívoca del agrado de los explotadores del nacionalismo, prestos a fabricar una "identidad" abstracta. No hay territorio porque no hay comunidad asentada en él. Hace tiempo que la agricultura se transformó en una simple rama de la industria y que el mercado de la tierra y el del trabajo dejaron a los individuos sin raíces. En el territorio pululan intereses contrapuestos, difíciles de conciliar. La industrialización galopante divide los territorios en urbanos y periféricos. Sin embargo, el desequilibrio territorial que provoca la concentración de la actividad económica y de los servicios en las ciudades, la destrucción de toda comunidad ligada al terreno, el robo del agua y la rotura de los vínculos personales con la tierra, han hecho aflorar sentimientos de desarraigo en las poblaciones menos urbanizadas, cada vez más residuales, que se materializan en acciones de "defensa territorial". Los habitantes de la periferia, a quienes nadie ha consultado, contemplan impotentes cómo los grandes proyectos de infraestructuras – desde los embalses y las incineradoras a las centrales térmicas, eólicas o nucleares, pasando por el TAV – lesionan sus intereses y amenazan su seguridad. Surge un "movimiento territorial" enfrentado al centro industrializador que rechaza ser un vertedero y reclama inversiones, servicios, puestos de trabajo, declaraciones de impacto ambiental. En resumen, que reclama un "nuevo modelo territorial" o una "tercera vía" al desarrollo de la zona. Las limitaciones de esa especie de "lucha de territorios" son evidentes; se busca un pacto entre el territorio y la economía, para el que no faltan intermediarios políticos. Los desbordamientos populares son evitados colocando los dirigentes al movimiento detrás de los partidos y usando el lenguaje reductor del ciudadanismo. Sin embargo los modelos llamados"sostenibles" no son tan diferentes de los otros. En el caso del delta del Ebro significan desdoblar las autopistas, mejorar los enlaces, estimular "el turismo de calidad", promover un "frente portuario" en Els Alfacs y convertir la parada del tren de l'Aldea "en la gran estación de las Terres de l'Ebre". Es el modelo barcelonés a escala pueblerina. La destrucción del territorio es la manera con que la sociedad industrial asegura su sostenibilidad. Si se está por el territorio, por la defensa de sus habitantes, por la reconstrucción de una sociedad comunitaria, por una vida libre de constricciones, se está contra aquella. Se ha de perseguir su desmantelamiento total, para lo cual los medios empleados en defenderse, incluyendo las ideas y las alternativas, han de devenir medios de ataque. La defensa es la mejor forma de lucha cuando no hay efectivos suficientes, pero si se quiere ganar --si se quiere que no haya TAV, que no haya Plan Hidrológico, etc.-- habrá que pasar tarde o temprano a la ofensiva.

Miguel Amorós, agosto 2003.
Editado por CNT – AIT Valladolid, *El Tren de Alta Velocidad. Una herramienta de uniformación social y cultural a combatir*, 2005.

Octubre 2003

Los dos anarquismos

Legalismo e ilegalismo libertarios a finales del siglo XIX

Dos convenciones falsas han dominado hasta hoy en la historiografía libertaria. La primera es la que considera al periodo anarquista español entre 1868 y 1910 como una especie de prehistoria de la CNT. Manuel Buenacasa la inventó en 1927 y Juan Gómez Casas la completó en 1968. Según el tópico en cuestión, el tridente CNT-FAI-FIJL fue la culminación de un movimiento que venía progresando linealmente desde la visita de Fanelli. La segunda, es el supuesto carácter único del caso espafíol y su particular genealogía, fruto de la imaginación administrativa de la familia Urales y de Santillán. Para estos próceres el anarquismo ibérico sería un fenómeno casi racial, más hijo de Pi y Margall que de Bakunin; que arrancaría con Anselmo Lorenzo, Farga Pellicer y Serrano Oteiza, pasaría por Llunas y Tárrida y acabarla con Mella y los editores de "La Revista Blanca". Todos ellos antiguos republicanos y representantes de una tendencia legalista, doctrinaria y liberal que prácticamente siempre fue minoritaria y a menudo rechazada por los obreros revolucionarios, Así queda fuera o casi el anarquismo de acción, el de González Morago, Salvochea y Vallina, basado en grupos de afinidad, ilegalista y conspirador, dominante en el medio libertario e influyente en el movimiento obrero durante mucho tiempo. De éste se habla poco; del otro, el anarquismo de certamen, pacífico y burocrático, se cantan romances. La contradicción puede empezar a deshacerse mediante sólidos trabajos históricos que pongan a cada uno en su sitio, pero su principal causa nunca ha sido el vacío crítico de la investigación sino la inercia de un movimiento que nunca ha hecho balance de nada. Pocos momentos de su dilatada historia han sido escritos con rigor, pasión y objetividad, siendo la mayoría de estudios caldo de cocido universitario. De dicho cocido hay que sacarlo.

El hecho más sorprendente del anarquismo decimonónico es su conversión de una táctica insurreccional de masas en una ideología separada y exterior a la clase trabajadora, lo que sucedió entre 1877 y 1889, en el espacio de tiempo que va del Congreso de Verviers a la Conferencia Internacional de París. Si algo tiene de especial el caso español es que, debido a los más sólidos lazos de los anarquistas con las sociedades obreras, la mencionada transformación tardó dos o tres años más en realizarse, Es un reflejo de los problemas aflorados por la praxis en un contexto de decadencia del movimiento obrero, principalmente de los problemas de la organización, de la acción y de la formación de la conciencia revolucionaria. Las soluciones insatisfactorias hicieron perder peso social al anarquismo y menguaron su capacidad revolucionaria. De resultas, el reformismo sindical y político ganó terreno y agravó las contradicciones de aquél, dividido en opciones encorsetadas e inconciliables. Por, un lado estaban los partidarios de la organización a ultranza sostenida exclusivamente en la propaganda oral y escrita; por el otro, los incondicionales de la agitación violenta, quienes identificaban organización con autoridad y todo lo fiaban a la

ejemplaridad de la propaganda por el hecho. Para unos, una vez convencida y organizada la mayoría, la revolución vendría por sí sola en paz y gloria; para los otros, los actos de fuerza protagonizados por pequeños grupos o por un solo individuo, bastarían para desencadenar levantamientos espontáneos que en mitad de la catástrofe acarrearían la revolución. Las dos posiciones petrificadas se reforzaban mútuamente, pues una era reacción contra la otra, degradándose ambas a partir de 1890 en inmovilismo de capilla e individualismo amoral y agresivo respectivamente, La exorbitada represión de los Estados llevará a cabo lo que los anarquistas más lúcidos no consiguieron, a saber, acabar con tanta locura sectaria, pero pagando muy alto precio: el sacrificio de una generación luchadora. El impasse teórico y práctico no pudo superarse con saltos hacia adelante que, al ignorar la acción – desde la lucha cotidiana a la llamada "expropiacíón" – especulaban con la sociedad futura y daban a entender que la anarquía sería fruto de una evolución ineludible dependiendo más del progreso científico que de la voluntad de los individuos (toda la obra de Kropotkin y Mella va por ahí), Tampoco el activismo sin ideas contribuyó a librar al anarquismo del pacifismo pedagogista y contemplativo, y menos aún el último rebote del individualismo, la moda nietschiana o stirneriana, negación intelectualista y elitista de la lucha de clases. El anarquismo salió realmente de los márgenes de la historia cuando se introdujo en los sindicatos y comenzó a pregonar el sabotaje y la huelga general, cerrando así su peor momento de confusión.

El anarquismo obrero nace en la AIT como corriente antiautoritaria que defendía la posibilidad inmediata de la revolución social por medio de la destrucción del Estado y las clases, según el modelo de La Commune. Pronto entró en conflicto con las corrientes autoritarias, escindiéndose y manteniéndose unida hasta 1878. Después, a causa de la persecución, del fracaso de las tentativas de insurrección y del reflujo del movimiento obrero, el anarquismo se volvió minoritario y quedó aislado del medio proletario, mientras los partidos "obreros", con frecuencia dirigidos por tránsfugas, experimentaban un auge. El despertar revolucionario de las masas no se produjo y los anarquistas se replantearon su táctica. La lucha de los trabajadores por mejoras parciales -"la lucha económica"- fue desestimada por considerarse una manifestación de egoísmo que desviaba a la clase de los objetivos revolucionarios. Sin embargo se creía ciegamente en la espontaneidad revolucionaria de las masas obreras, fácil de alumbrar con unos cuantos hechos ejemplares. Cualquier otro tipo de propaganda era tenido por ineficaz. La organización, antes elemento fundamental del internacionalismo, pasó a considerarse una traba de la libertad que, además, conducía a la moderación y al liderismo. Los pequeños grupos de afinidad debían bastar para la acción; cualquier intento de organizarse más allá de los grupos se volvía sospechoso de autoritarismo. El Congreso de Londres (1881) confirmó este radical cambio de perspectiva. Cada cual sacaba a relucir la libertad cuando alguien hablaba de organización, como si las dos cosas fueran incompatibles. El hecho mismo de celebrar congresos, nombrar delegados y tomar acuerdos parecía obstaculizar la libre iniciativa de los individuos y coartar el empuje de las masas. Se insistió en la fabricación de explosivos hasta extremos sospechosos – después se confirmó la presencia de confidentes de la policía

francesa detrás de estas propuestas – y la “moral revolucionaria” fue objeto de irrisión. En conclusión, las tácticas basadas en la organización de masas y en la instrucción mediante la propaganda y la “perturbación económica” eran desaconsejadas en beneficio del método bastante más sencillo de la propaganda por el hecho y la vía insurreccional.

En la Península las cosas pasaron de otro modo. Cuando Fanelli llegó, se encontró con una clase obrera lo bastante madura como para separarse del radicalismo burgués que representaban los republicanos y para elaborar unos objetivos y un ideario propios. Ésta fue la obra de la Federación Regional Española de la Internacional. La FRE quiso asociar a los trabajadores a través de la “resistencia” y de la “cooperación” de cara a la revolución social, El arma adecuada era la “huelga científica”, pero ésta exigía un nivel organizativo y una normativa verdaderamente exagerados. Por entonces la idea de organización primaba sobre cualquier otra, Era el elemento básico de la táctica internacionalista, la materialización de la solidaridad de clase y la matriz de la sociedad futura, Podía decirse que cuando estuviese a punto, la revolución comenzaría, Ésta no tenia por qué ser cruenta: los internacionalistas decían “Paz a los hombres, guerra a las instituciones”. A pesar de todo la ilegalización de la FRE a raíz de los acontecimientos de 1873 forzaron un cambio radical de táctica. Por un lado, las insurrecciones de Sanlúcar, Alcoy y Cartagena habían desgastado a la organización, exacerbando de paso la tendencia legalista de algunas sociedades miembros, Por el otro, la vieja casta terrateniente y las clases medias industriales y comerciantes habían unido sus puntos de vista en defensa de la propiedad privada y de la religión. El proletariado tenían enfrente a la burguesía unificada, dispuesta a europeizarse al menos en el refuerzo del aparato represivo del Estado. El congreso de Madrid (1874) dejó de lado la “resistencia” y la huelga y se pronunció por la insurrección y las “represalias”: “La situación es tal que toda acción política no puede ser ya sino conspiración y revolución violenta”. La FRE pasó a la clandestinidad, precisando no reconocer la legalidad burguesa: “La Internacional está por encima de la ley”; se transformó en una organización “secreta” y sus secciones y uniones se disolvieron en “grupos de acción revolucionaria”, adoptando un programa bakuninista. Al no tener fuerzas suficientes, la Comisión Federal quiso aprovecharse de las de los republicanos, tratando de secundar un levantamiento que al final no se produjo. La oposición entre la voluntad revolucionaria de los internacionalistas y el entusiasmo frío y pasivo de las masas se hizo insuperable, facilitando la emergencia entre sus filas de una fracción reformista. En 1881 la FRE estaba agotada y los partidarios del retorno a la legalidad, anunciada por la prosperidad económica y por el turno de los liberales, llegaron a ser mayoría, En consecuencia, la CF fue destituida y la Internacional, disuelta y cambiada por otra, la Federación de Trabajadores de la Región Española.

La táctica de la FTRE puede calificarse de legalismo y burocratismo completos. Aprovechamiento de todos los medios legales, rechazo de la acción al margen de la ley, consideración de la acción como el ejercicio de un derecho y de las reformas como un avance, Condena de la violencia – “El progreso es la enseñanza, no la vio1encia” – y de cualquier alteración del orden: las huelgas, por ejemplo, habían de someterse a una

reglamentación tan complicada que en la práctica eran imposibles, Se buscaba una mejora gradual de las condiciones económicas mediante la "práctica de la legalidad", las cooperativas y los contratos de aparcería, sin descartar las alianzas con partidos "para defender la libertad", y sin desdeñar el. concurso de "toda persona culta" de origen burgués. Con lo cual no resultará extraño que la nueva organización se abstuviese difundir las conclusiones, contrarías a su proyecto, del Congreso de Londres. La "política demoledora" de la FTRE, inspirada "en el Progreso" con mayúscula, sería "tan variable como lo permitan las circunstancias y las necesidades lo exijan", en realidad pretendía la restauración de las condiciones políticas de la Primera República, es decir, de la legalidad burguesa más favorable, desde donde conseguir reformas escalonadas. Propugnando la modificación de las condiciones económicas del proletariado a través de leyes, y desolidarizándose de cualquier movimiento revolucionario e incluso de las víctimas de la represión, confesaba no aspirar a poner fin al dominio burgués, sino a jugar el papel de la socialdemocracia. La contradicción con el anarquismo proclamado en los estatutos era aparente, puesto que se trataba de un anarquismo solamente formal. Separado del pragmatismo alimentario de las luchas obreras, era un "ideal" confeccionado lejos de la clase y enseñado por intelectuales adheridos a la organización. No constituía como en tiempos de la Internacional el resultado de la práctica obrera cotidiana, la cristalización de su experiencia social, sino el producto de la especulación de unos ideólogos. Los legalistas fueron los primeros en separar teoría y práctica, relegando el anarquismo al estatus de "filosofía".

Tanto el reformismo de la FTRE como el retroceso revolucionario de la clase trabajadora, favorecieron el desarrollo de un anarquismo burgués, que se colocaba por encima de las clases, Las ideas bakuninistas fueron abandonadas, rompiéndose precisamente los puentes con la filosofía, con la historia y con la dialéctica. La crítica bakuniniana de la cultura burguesa y del fetichismo de la ciencia fue ignorada olímpicamente, y se echó mano de pensadores burgueses como Büchner, Comte o Rousseau, con el objeto de inventar una ideología positivista que pasara como anarquismo. Ésta no divisaba en el proletariado ningún movimiento específico ni ninguna iniciativa histórica, y buscaba en el cientifismo, en el optimismo antropológico y en la propia naturaleza, las leyes sociales creadoras de las condiciones materiales de emancipación. Para estudiar la cuestión social habla que hacer como los entomólogos cuando estudian a las mariposas, es decir, tratarla como un hecho biológico. Obviando la determinación histórica de la sociedad – y de los individuos que viven en ella – y desconociendo la relación entre la producción de medios de vida y las formas de organización social, la nueva ideología libertaria concebía los hechos sociales como resultados de leyes naturales interpretables por la ciencia. Estas leyes eran eternas; para llegar a la anarquía era necesario tan sólo descubrirlas y dejar que la sociedad se dirigiese por ellas. La anarquía no era otra cosa que la naturaleza gobernándose según sus propias leyes, reducibles todas a una: la ley del progreso, El progreso y la libertad eran pues sinónimos. Con independencia de la voluntad de los individuos, el progreso implicaría el desarrollo social hasta desembocar por ley natural en la anarquía. La creencia eminentemente burguesa en el progreso era tan fuerte que para un ideólogo como Mella la

revolución era simplemente el final de la evolución, proceso que se daba tanto en la sociedad como en la naturaleza, en la historia, en la moral o en el arte. Revolución y evolución eran realidades convergentes. En definitiva, se trataba de un anarquismo vulgar que idealizaba el desarrollo económico y social de la burguesía y que correspondía, como un guante con la mano, al reformismo perpetrado por la FTRE. La distancia entre la burguesía real y la ideal era tan enorme que permitía que un liberalismo filantrópico de cuanta categoría pasara por anarquismo del auténtico.

Aislado del movimiento obrero en muchos países, el anarquismo dejaba de ser la expresión más radical del movimiento histórico que disolvía las condiciones dominantes. Prácticamente bloqueado en la acción, a duras penas se desarrollaba a nivel teórico, si exceptuamos la formulación del comunismo libertario y los intentos kropotkinianos de fundamentación naturalista. Ocurrían grandes contradicciones entre la teoría y la práctica, como demuestran los escasos frutos de la proclamación de la propaganda por el hecho y la insurrección; en verdad los anarquistas estaban divididos en todas las cuestiones. Un intento fallido de congreso en Ginebra (1882) había hecho exclamar a uno de los presentes: "estamos unidos porque estamos divididos". El intento de Barcelona (congreso "cosmopolita" de 1885) acabó mucho peor, "debido a la intemperancia de algunos delegados, que con sus protestas interrumpen a cada momento la discusión".

Predominaba – sobre todo en Francia – un espíritu antiorganizativo que Malatesta tildaba de "amorfia". Verdadero espíritu bakuninista, Malatesta era de los pocos convencidos de que la viabilidad de una revolución dependía de la existencia de fuerzas organizadas internacionalmente. La mayoría de anarquistas dudaban de la legitimidad de un congreso para establecer una línea de conducta, y más todavía si se trataba de promover una reorganización, en un momento en que la menor coordinación ya se consideraba coactiva. Para muchos los congresos no tenían utilidad ni razón de ser, pero para otros éstos eran necesarios para evitar la dispersión y la marginación del movimiento, y había quien acudía incluso a los que convocaban los partidos socialistas. No obstante, cuando Clement Duval y Vittorio Pini reivindicaron en sus juicios respectivos el derecho al robo, el proceso de descomposición ideológica alcanzó su mayor cota. La Conferencia Internacional de París (julio 1889) se hizo eco. El anarquismo tocaba fondo: la cuestión social se transformaba en cuestión existencial. El individuo sustituía a la clase como sujeto revolucionario. El mundo y el individuo dejaban de pensarse juntos, interrelacionados; el conflicto social no se interpretaba como una lucha de clases sino como una lucha entre el individuo solo y la sociedad burguesa. Las masas no contaban ya que no se tenían por revolucionarias. Se pasaba sin transición del optimismo espontaneista al pesimismo derrotista. Si leemos, por ejemplo, "El Ladrón" – la novela de Georges Darien – veremos descritas a las masas como cobardes, imbéciles y serviles, dispuestas a trabajar para enriquecer al explotador, a ofrecer la espalda al ambicioso y a doblegarse ante el fuerte. El enemigo ya no eran las instituciones sino los hombres; todos los burgueses, hasta el más insignificante, y todos los esclavos, por indignos. Nada era debido a la Humanidad porque no quedaban hombres. Las normas de

conducta ya no valían. Quien se las saltara todas era más revolucionario que nadie, Surgiendo de una moral invertida, la mentalidad ¡legal contemplaba en toda moral, prejuicio y debilidad. La figura del bandido, de aquél que tomaba a la fuerza lo que la sociedad le negaba, como en la época romántica, fue objeto de admiración. Incluso un acto de supervivencia como el robo se elevaba a la categoría de hecho revolucionario. En vano alegaba Kropotkin que el robo o "expropiación individual" no abolía la propiedad privada sino que la reforzaba. Como los amoralistas culpaban de todo a la sociedad y como que se limitaban a hacer su particular revolución, no reconocían contradicción alguna entre fines y medíos. Es más, les medios usados estaban en consonancia con los fines buscados.

La especifidad del caso español hará que la psicosis ilegalista empiece como una reacción contra el legalismo de la FTRE, cuestionando radicalmente su concepción organizativa. Apenas constituirse ésta ya se produjo una primera disidencia, la de "Los Desheredados", que defendía la continuidad de las tácticas de la antigua FRE, o sea, la organización secreta descentralizada, la acción revolucionaria insurreccional y las llamadas represalias. La respuesta vino de la policía con el montaje,de La Mano Negra, asunto que llevó a la cárcel a centenares de obreros andaluces. Mientras el gobierno de Sagasta aprovechaba la ocasión para declarar ¡legal a la FTRE, su Comisión Federal condenaba los supuestos delitos atribuidos a la fantasmal organización sin dudar de la versión policial, entregando así a sus militantes andaluces a los torturadores y los sícaríos. Entonces la federación local de Gracia convocó un congreso secreto (1884) en el que decidieron la disolución de la FTRE y el paso a la clandestinidad (la "retirada al Aventino"). Los enfrentamientos entre viejos dirigentes ("vendidos" y "traidores") y contestatarios "aventinos" ("jacobinos", "perturbadores" y "charlatanes") se repitieron en el Congreso "cosmopolita" del año siguiente. La disolución pudo evitarse en el Congreso de Madrid de 1885 pero a cambio de la dimisión de la CF y de unos estatutos menos jerarquizadores. El equilibrio entre tendencias era demasiado débil y la nueva orientación de las secciones catalanas decidió la suerte de toda la Federación. Todas las propuestas iban dirigidas contra las bases del edificio burocrático levantado en 1881. Se quería disolver la CF, suprimir los congresos y los estatutos, permitir la existencia de más de una sección del mismo oficio o de una federación local en la misma localidad, eliminar la exigencia de adhesión a los principios de la Federación como condición de afiliación, renunciar al mandato imperativo de los delegados, etc. Las Conferencias de Estudios Sociales celebradas en Barcelona (en 1887 y 1888) llegaron a recomendar el rechazo de la misma sección, el elemento básico de todo el sistema organizativo obrero (lo que más tarde se llamaría sindicato), porque su creación obedecía al deseo de obtener mejoras laborales. inmediatas y, como eran casi imposibles, había que concentrarse en la realización de los ideales revolucionarios. Por lo tanto las secciones habían de sustituirse por agrupaciones de trabajadores sin distinción de oficio. La "resistencia" como producto de una organización perfeccionada, resultaba óptima sobre el papel, pero impracticable en la realidad. Era preferible la resistencia "espontánea y natural", sin reglas, al calor de una solidaridad no premeditada ni calculada. La fórmula organizativa más adecuada a la nueva perspectiva no podía ser la FTRE, sino una federación en la, que los individuos, sociedades y

secciones fuesen completamente autónomos, es decir, en la que cada uno de los elementos constitutivos conservasen su ideario específico, sus objetivos particulares y la independencia de acción. Más que de una nueva federación se trataba de un pacto de unión sin estatutos, ni dirección, ni acuerdos vinculantes. El nuevo sistema liberaba a las huelgas de toda carga burocrática pero no las tenía ni por arma de la revolución ni por escuela de anarquismo. La cuestión revolucionaria quedaba pues sin resolver: los que parieron el Pacto de Unión y Solidaridad quisieron hacer algo semejante con una especie de partido anarquista (la OARE), separando de esta manera la "resistencia al capital" de la lucha "por la anarquía". El anarquismo se sustraía al combate social porque el suyo era un combate aparte, de mayor altura. Así pues llegaban a las mismas conclusiones que los reformistas: los proletarios eran incapaces de ir más allá de la "resistencia", a menos que asimilasen una ideología facturada por grupos al exterior de la clase.

El segundo factor que preparó el camino al ilegalismo fue la batalla teórica librada en tomo a la distribución del producto del trabajo en la sociedad futura. El altercado entre colectivismo y comunismo se superponía sobre las fuertes discrepancias relativas a la organización y a la acción, que eran el verdadero meollo del problema. En realidad se trataba de dos formas opuestas de anarquismo. La fórmula de "a cada uno según sus necesidades", que resume al comunismo anárquico, apareció en 1876 en Italia y pocos años después fue adoptada por la mayoría de anarquistas europeos. La represión en Francia e Italia – sobre todo después del Proceso de Lyon en 1883 – provocó la dispersión de muchos anarquistas, algunos de los cuales se refugiaron en España y se instalaron en Barcelona, contactando con el sector crítico de la FTRE y propagando las ideas comunistas. Los anarquistas de Gracia eran los más radicales e inmediatamente se hicieron eco de las nuevas ideas en su portavoz "La Justicia Humana", redactado por Emilio Hugas y Martín Borrás, empezando un debate con los partidarios de la fórmula colectivista "a cada cual el producto íntegro de su trabajo", la de la vieja Internacional, Pero los trabajos de Kropotkin empezaron a traducirse con extraordinario éxito de lectores y los colectivistas retrocedieron hasta refugiarse en el término medio que Tárrida formuló en el Segundo Certamen Socialista de Reus (1889): el anarquismo "sin adjetivos", o "a secas", o dicho con mayor propiedad el anarquismo "indefinido". El folleto de Malatesta, "Entre Campesinos", que propugnaba, también se editó en castellano y cinco años más tarde todos los anarquistas españoles eran comunistas. La diferencias entre unos y otros no se limitaban a hipótesis futuristas. Los anarcocomunistas españoles negaban la organización, de acuerdo con Kropotkin y los franceses (y en contra de Malatesta): las secciones, las federaciones, los delegados mandatados, las votaciones, las actas, las mayorías, los cargos electos, cte. Solamente aceptaban la existencia de grupos informales, sin compromiso entre sus miembros. Afirmaban que, más que cualquier reglamento o circular, el trato fraternal entre compañeros sería suficiente para crear las relaciones necesarias para la propaganda y la acción, Partían de la idea según la cual para hacer la revolución no se necesitaban acuerdos ni normas, ni una estrategia, ni menos aún organización; la revolución era una explosión de furia popular que se produciría, espontáneamente, gracias a que determinados hechos violentos levantarían el ánimo

abatido de las masas oprimidas. Por consiguiente, “en vez de repudiar actos personales, en los que el individuo paga con su vida la consecución de un acto heroico y justiciero, al contrarío, ensalzarlo para que tenga imitadores, y estos actos, generalizándose, son los que pueden llevar la espontánea revolución” (en “Tierra y Libertad”, Gracia, 1899, periódico continuador de “La Justicia Humana”). El método para desatar la revolución no podía ser más simplista: en lugar de preparativos, que, claro está, implicaban organización, la ejemplaridad hipertrofiada de acciones individuales impactantes. La violencia era alegremente exaltada: “La fuerza se repele con la fuerza. Para eso se inventó la dinamita” (lema de “La víctima del Trabajo”, 1889). La acción y la propaganda por el hecho eran lo mismo, llevando implícitas la violencia y el ilegalismo: “aprovechar todas las ocasiones… para empujar al pueblo a atacar y apoderarse de la propiedad, a ofender la autoridad y a despreciar y violar la ley…” (en “La Revolución Social”, 1889, dirigida por Francesco Serantoni; la misma publicación hizo un legio de la conducta de Pini). La efectividad de todo ello para despertar el espíritu de rebelión en los trabajadores quedaba por demostrar, lo contrario era más cierto. Las explosiones de petardos se venían sucediendo desde 1886, relacionadas con conflictos laborales sin que la combatividad obrera subiera enteros y sin que nadie se preguntara si el riesgo valía la pena. Ese era el punto más débil de la táctica espontaneísta: la evaluación fantástica de la utilidad de las acciones violentas y la ignorancia insensata de sus previsibles consecuencias. Sin saberlo, la negativa a sacar inventario de sus palabras y obras empujaba a los anarquistas españoles más decididos por la pendiente del caos ideológico y del aventurerismo irresponsable, en la que ya resbalaban sus homólogos europeos.

El movimiento obrero se recuperó un momento con las manifestaciones del Primero de Mayo y la lucha por la jornada de ocho horas, declinando acto seguido. Entonces se manifestó por primera vez el individualismo anárquico en versión ultraviolenta en las publicaciones “El Revolucionario” y “El Porvenir Anarquista” (Gracia, 1891) hechas por Paolo Schichi, Paul Bernard y Sebastián Suñé, Malatesta, que vino a Barcelona por aquellas fechas fue mal recibido por el sector comunista, especialmente por Schichi, editor en el pasado reciente de un periódico de título harto significativo (“Pensiero e Dinamita”), y tuvo que emprender su gira española acompañado de colectivistas. Las secuelas de las bombas de la Plaza Real llevaron a la cárcel al grupo de Schichi y Bernard, pero otros continuaron su trabajo. Todos los trazos del anarquismo ilegalista se propagaron en efímeras publicaciones: el amoralismo, “para conseguir el fin todos los medios son buenos” (“La Cuestión Social”, 1892, redactada en Valencia por refugiados); el optimismo irreal “como ya nadie la respeta, la autoridad se derrumba” (“La Revancha”, 1893, redactada en Reus por Bernard); el individualismo triunfalista, “la propaganda individual es y será siempre la más vivaz y la de más resultados” (“La Controversia”, 1893, también redactada en Gracia por refugiados); el culto a la violencia, “la ciencia ha puesto a nuestro servicio lo necesario para volar los más sólidos castillos” (“El Eco de Ravachol”, de Sabadell, 1893); la fobia hacia la organización, “la organización engendra sumisión” (“La Unión Obrera” de Sant Martí de Provençals, 1891), “organización, y revolución son dos palabras que rabian de verse juntas” (“Ravacho1”, de

Sabadell, 1893), “La organización es hija de la autoridad” (“La Controversia”), “es la escuela de la pereza” (“El Eco del Rebelde”, Zaragoza, 1892), etc., A la arbitraria represión del motín de Jerez (1892) se le sumé el eco del juicio de Ravachol en Francia, personaje ensalzado hasta convertirse en una víctima de la sociedad y un mártir de la idea a ambos lados de los Pirineos. Los sentimientos de venganza por el ensañamiento de Jerez encontraron en las bombas de Ravachol un ejemplo a medida, cuando ya se respiraba un aire propicio al terrorismo. Para muchos, el sadismo de la represión burguesa legitimaba cualquier acto por temerario y sangriento que fuese. Así, a un deseo de venganza contra la burguesía y sus verdugos, obedecieron el atentado fallido de Pallás contra el general Martínez Campos y las bombas de Salvador en el Liceo. Ya no eran propaganda por el hecho; eran acciones desesperadas que pretendían “dar una dura lección” a la clase dominante, demostrarte que su victoria no era completa, que en lo sucesivo la guerra era a muerte. Desgraciadamente los anarquistas nunca fueron conscientes del hecho de que se enfrentaban con una clase reaccionaria atrincherada en el caciquismo y la religión que ni siquiera autorizaba el menor reformismo, y que con tal de no perder sus privilegios y sus propiedades era capaz de diezmar la clase obrera sin pestañear. Atemorizarla sin causarle daños de gravedad fue el peor de los errores porque la represión que desencadenó para responder a los ataques sobrepasó de mucho los objetivos, llegando a afectar a sus sectores más progresistas. El Estado promulgó dos leyes contra el anarquismo a la vez que creaba el cuerpo policial – la “brigada políticosocial” – encargado de servirse de ellas, No debió ser suficiente porque recurrió a la suspensión de garantías y a la provocación. En efecto, mediante confidentes infiltrados en el medio libertario la policía preparó un atentado en el que sólo habían de morir inocentes: la bomba lanzada en la procesión del Corpus de Barcelona al paso por la calle de Cambios Nuevos (1896). De inmediato se abrió la veda contra todos los anarquistas por más pacíficos que hubieran sido; después contra los obreros militantes, fuesen o no fuesen anarquistas; y finalmente la persecución se extendió sin demasiada lógica a periodistas, a republicanos, a intelectuales e incluso a simples burgueses liberales. Todo dio en los Procesos de Montjuich, montajes que se convirtieron en símbolos de la injusticia criminal y de la crueldad sin límites de los inquisidores burgueses, En materia de ilegalidad la burguesía española había ganado el pulso a la anarquía. La ejecución de Cánovas en 1897, responsable último del drama de Montjuich, fue una magra compensación moral.

Volviendo a la concepción “grupista” sobre la que descansa la agitación del periodo 1890-97, veremos que la ausencia de controles ideológicos, responsabilidades y reglas expuso los grupos a delincuentes y vividores, atraídos por los beneficios posibles de la acción ilegal, y abrió la puerta a los iluminados y polizontes que usasen un lenguaje violento, No dejaban de tener razón los anarquistas pacíficos cuando acusaban al medio ilegalista de estar repleto de ignorantes y fanáticos en connivencia con ladrones, provocadores y chivatos, La idea peliculera de la revolución pudo ser en un primer momento el pecado sentimental de los revolucionarios en lucha con los reformistas, pero llegados a un cierto umbral, la idea no podía valorarse sino como inconsciencia culpable. Los resultados inmediatos de esta táctica pueril fueron la confusión y el desastre. Las sociedades obreras se desagregaron, se

perdieron vidas inútilmente y una parte de la población se colocó al lado de los gobernantes. Los grupos y los periódicos, muy numerosos, desaparecieron sin dejar rastro, despejando el camino a los partidos políticos. Muchos militantes se alejaron de la anarquía para siempre y los que quedaron eran demasiado pocos para ir solos, habiendo de confiar en republicanos y burgueses filántropos. La campaña por la. revisión de los procesos de Montjuich, Jerez y La Mano Negra fue un éxito, pero la revolución quedo más lejos que nunca. Falto fatalmente de estrategia, el anarquismo había perdido la guerra social a las primeras escaramuzas. Pudo recuperarse históricamente con la entrada en los sindicatos pero jamás del todo. Demasiadas veces la palabra "libertad" sirvió, para sabotear los esfuerzos por concretarla y, demasiadas veces las "circunstancias" fueron excusa para la capitulación: el voluntarismo sin ideas y el oportunismo sin principios fueron siempre sus enfermedades crónicas.

Miguel Amorós.
Conferencia dada en la Biblioteca Arús, el 7 de octubre de 2003,
organizada por el Ateneu Enciclopédic Popular.

Noviembre 2003

Revolución y primitivismo

"Cómo, a nuestro parecer cualquier tiempo pasado fue mejor."

Vivimos tiempos duros, en los que el pasado es incomunicable. Los supervivientes de la vieja generación son incapaces de trasmitir la experiencia de sus derrotas y de sus victorias a los jóvenes rebeldes porque estos soportan unas condiciones de existencia tan diferentes que las verdades anteriores no encajan. La vieja generación no tiene descendientes, y la de ahora no tiene antepasados. El capitalismo y la civilización industrial han levantado un medio artificial en el que se desenvuelven a gran velocidad personas sin memoria. Los cambios son tan acelerados que extravían hasta la misma noción del cambio; se pierde pues la noción del tiempo. Cada quince o veinte años hay que partir de cero. Los muertos han sido enterrados mucho antes de que la nueva generación cayese en la tentación de venerar su recuerdo. La revolución no extrae su poesía del pasado pero tampoco puede sacarla del porvenir. Estamos instalados en un presente continuo, en el cual caminan iguales los viejos proyectos de emancipación vencidos y las ideologías más estrafalarias nacidas precisamente del fracaso.

Al mismo tiempo que nació la ciudad industrial nació el deseo de huir de ella. El sentimiento moderno de la naturaleza nace con el aire pestilente y la acumulación de basura. La emoción es legítima pero transformada en nostalgia no será más que una de las caras del progreso. Como reacción contra los estragos de la industria llega a sensibilizar a las gentes; sin embargo, eso no basta. De lo que se trata es de que el sentimiento se vuelva conciencia, y la

conciencia, fuerza práctica. Ha de recurrir a la reflexión y al análisis histórico, es decir, ha de volverse teoría para poder generalizarse como revuelta. Ha de madurar, salir de la infancia y aceptar ser asociación y razón. Ha de oponer a la civilización industrial un pensamiento riguroso y una organización fuerte que le permita pasar a la práctica luchando contra aquella. Ha de ser acción revolucionaria, ya que a revolución social será naturista, o como se dice ahora, primitivista, o no será.

Al hablar de primitivismo conviene distinguir entre quienes buscan en el conocimiento de las sociedades arcaicas armas conceptuales con las que enfrentarse al mundo y transformarlo, y quienes buscan en los modos de vida salvajes la inocencia y beatitud perdidas al paso de la historia. Los primeros no pretenden recrear esas formaciones sociales por mucho que se inspiren en ellas; los segundos afirman con toda seriedad que la libertad de las gentes pasa por el retorno a etapas prehistóricas. La simple abolición del Estado, del capital y de la producción industrial parece no ser nada si al final no nos quedamos todos asilvestrados. En un caso se trata de desarrollar la crítica social y demostrar que otras maneras de vivir son posibles; en el otro, es cuestión de una ideología autocomplaciente que enmascara el conflicto social e impide que llegue a la conciencia de los explotados. Así pues estamos ante dos tipos de primitivismo completamente diferentes: uno subversivo, que quiere aclarar las nuevas cuestiones que plantea la lucha social y llevar la revolución más lejos; otro conformista y reaccionario, que las embarulla y siembra confusión, que se apalanca en el instinto y rechaza el método, acomodándose en los espacios que la sociedad industrial le permite. Aquél es prueba de salud, éste, enfermedad del espíritu. De esta gripe de la conciencia vamos a ocuparnos.

Una ideología tan descosida e irreal, destinada al anaquel de los liberalismos extravagantes, no debería tener demasiada importancia puesto que su práctica no va más allá del excursionismo y es tan arriesgada como el fabricar jabón de Marsella, pero en la medida en que anima un discurso irracionalista que empuja al aburguesamiento o al delirio, importancia tiene. Hace de la naturaleza un arma contra el pensamiento. El primitivismo vulgar y filisteo pide la abolición de toda cultura – de toda civilización – y de toda organización social, especialmente de las ciudades, la cuna de la libertad y el lugar de las formas más extremas de la lucha de clases. El pensamiento y el arte, la literatura y los oficios, testimonios de la creatividad y del genio humanos, manifestaciones genuinas de la libertad del hombre, son a sus ojos desechables. El papel de la ciencia o de la imprenta en la lucha contra la religión y las monarquías es menospreciado, igual que cualquier otro hecho histórico. No es que el primitivismo vulgar rechace el conocimiento científico o las invenciones liberadoras, rechaza toda forma de conocimiento y toda trasmisión de saberes que se acerque al horizonte histórico. De las civilizaciones no hay nada que aprender ni que enseñar más allá de la receta del falafel. En definitiva, el filisteo primitivista no pide la libertad, exige la ignorancia, o sea, la barbarie.

Si miramos la sociedad con un cristal de ese color todos sus momentos históricos son uno: todas las civilizaciones son territorios de la domesticación y de la falta de libertad. Se trata

pues de una ideología radicalmente antihistórica y forzadamente individualista. Para ella toda forma de organización es fuente de autoridad, todo movimiento de masas aspira a constituir un poder y toda revolución es liberticida. No hay entonces que organizarse, ni promover actos masivos, ni perseguir fines revolucionarios. El primitivismo vulgar es una ideología moralista que como tal no se moja en la acción, ni soporta enfrentarse con la realidad. Es inmovilista. Bajo la óptica de renuncia al combate social la revolución es otro error; a la revolución social el primitivista vulgar opone la insurrección, pero no una insurrección popular, procedimiento revolucionario, sino una insurrección estrictamente individual y moral. La libertad para él no es algo que se resuelve en sociedad, institucionalmente. No habría entonces cuestión social que plantear, sino simplemente cuestión personal. No hay frente al que acudir, sino abrigo en el que ocultarse. No hay que contaminar a la sociedad de primitivismo radical, hay que elevar una muralla de despropósitos primitivistas y guarnecerse tras de ella.

El carácter reaccionario del primitivismo vulgar vuelve a mostrarse en su actitud hacia el movimiento obrero. De un solo golpe liquida el papel del proletariado en la historia, el de la revolución y el del propio anarquismo, que no lo olvidemos, es un ideario de libertad y de emancipación nacido en el fragor de la lucha de clases. Según su punto de vista la historia de la lucha de clases es solamente la historia de la lucha por el poder. El proletariado sólo aspira a tomar el poder, como la burguesía; no hay diferencias entre las distintas tendencias obreras pues todas pretenden lo mismo. Por consiguiente execra la lucha de los trabajadores contra la explotación y por la libertad. Para el primitivista vulgar esa lucha genera nuevas formas de autoridad, en consecuencia rechaza los métodos de clase y sus fines. Condena por igual tanto la acción directa, la huelga general o las asambleas, como los sindicatos únicos o los consejos obreros. El viejo objetivo liberador, la libre federación de productores libres, la idea de que la emancipación de los trabajadores será obra de ellos mismos, es bajo su punto de vista una falacia autoritaria y domesticadora. El primitivista vulgar está contra el trabajo – como todo el mundo – y de rebote, contra el trabajador; el hecho de que en el mundo convivan miles de millones de trabajadores que no pueden sustentarse con actividades gozosas como la caza o la pesca, no parece conmoverle ni incitarle a revelar sus planes de retorno a lo primitivo. No se molesta en exponer las posibilidades reales de sus elucubraciones pues, como ya hemos dicho, no se baña en el río de la acción. Se limita a propugnar como objetivo lejano un estado social anómico del que puedan surgir efímeras asociaciones mediante pactos temporales. De nuevo, la barbarie, pero esta vez, la barbarie burguesa. El ideal primitivizado de la segunda residencia con huerto y vecinos.

El primitivista vulgar no quiere destruir el orden social, ni forzar un cambio radical en la sociedad, ni disolver abruptamente las condiciones de vida existentes, pues eso es en definitiva la revolución. Opone a la práctica social revolucionaria un obrar existencial aparente y ficticio, depurado de todo criterio social. Elimina de la práctica todo lo socialmente concreto, todo lo histórico y social. Sus prédicas sobre la libertad no le obligan a nada, pero le dan un aire rebelde que le complace y asegura. Todos se sienten papúes a

veinte mil quilómetros de distancia de Nueva Guinea. Sus loas a la libertad absoluta se dirigen en exclusiva contra las prácticas que la hacen posible. Una vez más estamos ante la actitud trasgresora y a la vez inmovilista del burgués decadente, propia de los tiempos en que la clase dominante necesita subvertir sus propios valores para seguir manteniéndolos.

La deshumanización de la sociedad ha acarreado la idealización de la naturaleza. Como los burgueses ilustrados hicieron en el XVIII y los escritores románticos tras ellos, los primitivistas vulgares dotan a la naturaleza de contenidos, la espiritualizan, la convierten en hogar de la libertad y de la armonía. Proyectan en la naturaleza representaciones propias de la vida privada de las clases medias, las herederas del ideario burgués. Buscan el cielo casero en la ideologización de lo salvaje. Predican la salvación personal a costa de la civilización – de la sociedad –, no en la lucha contra la opresión. Renuncian a la experiencia social de la libertad pues para ellos la civilización, la sociedad entera, es una forma de vida extraña al orden natural. La oposición entre naturaleza y sociedad presupone la ruina completa del mundo civilizado; en consecuencia para el primitivista vulgar habrá que reconstruir la naturaleza y no hacer la revolución; ni siquiera la revolución primitivista. No quiere abandonar la adolescencia y dar un salto hacia adelante en la historia; quiere, especulativamente por supuesto, retroceder a la época de las glaciaciones. Ya se sabe: en la noche de los tiempos todos los gatos eran pardos.

El primitivista vulgar huye de la historia tanto como de la acción. Al pasado y al presente no los considera perspectivas ordenadoras del vivir. El culto a la naturaleza o la idealización de las comunidades arcaicas obedecen al deseo de soslayar los peligros de la historia (los peligros de la acción), porque, ante todo, el primitivista vulgar no corre riesgos. En el fondo sabe que no se compromete a nada porque no hay retorno posible a la naturaleza; no queda naturaleza virgen a donde ir. La naturaleza anterior a la historia no existe, ni siquiera para los primitivos; toda ella gira en torno a la economía. Como dijo Bernard Charbonneau, “la naturaleza es el jardín público de la ciudad total”. La naturaleza está ya urbanizada y suburbializada. Tanto para liberar la naturaleza como para liberar a los individuos son necesarios el pensamiento estratégico y la acción social; en una palabra, son necesarias las revoluciones que nos han de llevar a una civilización libre de la mercancía y de la industria. La revolución es la única manera de hacer historia consciente y la historia es el modo específicamente humano de existencia, el medio donde los individuos pueden situarse y reconocerse, hacerse a sí mismos y para sí mismos. ¿Que cómo se hace la historia? Pues, como dijo alguien, primero poco a poco; después toda de un golpe.

Miguel Amorós.
Charla debate con David Watson y Los Amigos de Ludd
en el Espai Obert de Barcelona, el 25 de noviembre de 2003.

Este escrito ha aparecido en el libro
Las Armas de la crítica, Bilbao, Likiniano elkartea, 2004.

Diciembre 2003

Urbanismo y orden

"El urbanismo ideal
es la proyección no conflictiva
en el espacio de la jerarquía social."
"Comentarios contra el urbanismo",
revista *Internacional Situacionista* n.6, agosto 1971.

El urbanismo es el conjunto de técnicas que tienen por objeto la transformación de las ciudades en centros de acumulación de capital. Hace posible la posesión por parte del capitalismo del espacio social, que se recompone según las normas que dicta su dominio. De acuerdo con este punto de vista, el urbanismo es simple destrucción acumulada de sociabilidad. Ciñéndonos al caso español, dividiremos el fenómeno de la urbanización en tres periodos según el grado de destrucción del medio urbano alcanzado: el del urbanismo burgués (1830-1950), el del urbanismo desarrollista (1950-1985) y el del urbanismo totalitario (a partir de los ochenta). En los dos primeros, el urbanismo, en tanto que técnica de la separación, había de promover la atomización y dispersión de los trabajadores que el sistema productivo obligaba a reunir. El tercer periodo parte del aislamiento general de la población propiciado por la desaparición del sistema fabril y la generalización de un estilo de vida consumista. El automatismo de la máquina prevalece sobre los demás factores y modela la existencia humana a la vez que todo el funcionamiento del medio urbano, revelando la esencia totalitaria del urbanismo contemporáneo.

La larga duración del primer periodo, el de la contrarrevolución urbana, indica que la conversión del espacio en capital y la subsiguiente aparición del mercado del suelo y de la vivienda fue un proceso lento, cuyos efectos destructores fueron paliados por la tardía aparición de las fábricas, dado el carácter predominantemente agrario de la burguesía española y la resistencia campesina a la proletarización. Hasta 1848 las ciudades se concibieron como núcleos fortificados. A partir de entonces se publicaron ordenanzas sobre alineaciones de calles. La división territorial en provincias y la construcción de carreteras reactivaron las ciudades que pasaron a ser capitales, y la Desamortización de los bienes de la Iglesia liberó suficiente suelo como para que la ciudad pudiera crecer sin sobrepasar sus límites, salvo en casos más dinámicos de Barcelona y Madrid. Allí aparecieron por primera vez los ensanches, división del suelo en cuadrículas, sin límites ni centro. La cuadrícula era la forma mejor adaptada al capital; con la parcela cuadrada u octogonal se obtenía el máximo beneficio, independientemente de los usos o las necesidades sociales, y a la vez se hacía de la urbanización un proceso interminable, incitando a la prolongación ilimitada de la ciudad. El ensanche, conectado con la ciudad través de grandes vías y caminos de ronda, reflejaba la alianza entre la geometría y el dinero conformando la ciudad como imagen urbana del capitalismo. Los ensanches fueron los primeros barrios residenciales específicamente

burgueses, ilustrando los primeros efectos de la contrarrevolución urbanística, a saber, primero, la conversión de un sector de la ciudad en espacio donde las relaciones humanas se reducían al mínimo; segundo, la división de la ciudad en diversos barrios según las actividades o el nivel económico de sus habitantes, la zonificación. La vecindad no es una virtud para el uso clasista del espacio. Las clases se separaban a menudo por amplias avenidas o calles rectas que servían a un tiempo de frontera y de vía de penetración de las fuerzas del orden en caso de motín. Los primeros intentos de planificación urbanística se acometieron para controlar las revueltas populares. Por consiguiente, el urbanismo nació como instrumento de control que aseguraba el orden burgués, igual que las cárceles modelo y el código civil, y sobre todo, igual que la policía, cuerpo que aparece al mismo tiempo y se organiza por distritos, es decir, se zonifica.

El ensanche tuvo su contrapartida en el tugurio, la devaluación extrema del barrio y de la vivienda. En una primera fase la presencia de las murallas obligó a un crecimiento vertical de la ciudad y a una división de las casas en espacios lo más reducidos posible, mal abastecidas de agua y sin alcantarillado. Las casas de alquiler donde se hacinaban los jornaleros pobres que acudían a la ciudad en busca de trabajo son otra de las invenciones burguesas. Las murallas, invalidada su función defensiva por el desarrollo de la artillería, adquirían la función de contención y mantenimiento de la pobreza por la sobreexplotación económica del espacio. Por eso su derribo fue considerado un acto de liberación. El urbanismo, al crear barrios burgueses, había creado al mismo tiempo barrios obreros; al segregar la miseria la había vuelto visible; al concentrarla, la había vuelto peligrosa y postulado la necesidad de un poder capaz de tenerla a raya, capaz de echarla de la calle. Esa fue la función del tráfico. El movimiento de los carruajes se extendía para dificultar el movimiento de las clases segregadas, para eliminar la calle como lugar de encuentro, espacio de la comunicación y empleo del tiempo.

Si la segregación es una de las características del urbanismo naciente, la otra es el predominio de la circulación, del vehículo privado, imagen del predominio del interés individual. Gracias a la movilidad el individuo fue expropiado del espacio ciudadano. La ciudad se sacrificaba al tráfico. El movimiento alteraba la vida urbana y suprimía la calle para el habitante. Las rondas, las avenidas y los bulevares conectaban la ciudad con el exterior, eran a la vez un medio de salida de la mercancía y de penetración de las fuerzas del orden lo más directo posible. Como dijo el primer urbanista teórico, Ildefonso Cerdá [1], "las calles, en tanto que elementos de la circulación, grandes canales para los vientos purificadores y medios estratégicos para mantener el orden público, serán rectas y lo más largas que se pueda".

El camino de ronda, o la gran avenida, al superponerse a los antiguos caminos, condujo al suburbio, la avanzadilla de la urbanización, el fruto del exceso de dinamismo económico de

[1] Ildefons Cerda, *Juício crítico del informe del Jurado*. [Juicio crítico del dictamen de la junta nombrada para calificar los planos presentados al concurso abierto por el Excmo. Ayuntamiento de esta ciudad el 15 de abril de 1859. Barcelona, Imprenta de Francisco Sánchez, 1859. [NdR]

la ciudad. Ésta se escindió en centro y periferia. Se puede decir que el suburbio creó el concepto de núcleo urbano, es decir, de centro. El proceso fue acelerado con la llegada del tren. El ferrocarril fue la principal causa del desorden territorial: situó y borró del mapa a un sinnúmero de pequeñas ciudades y pueblos, concediendo a unos una decadencia apacible y condenando a otros una expansión infame. La estación del tren fue la puerta por donde entró realmente la industria en las ciudades. Y el nuevo proletariado: entre 1900 y 1940 tres millones de personas abandonaron el campo para convertirse en emigrantes interiores.

El paréntesis de la guerra civil marcó un punto de inflexión en el programa urbanista. Las barricadas del 19 de julio 1936 fueron la única revolución urbana habida en este país. La crítica libertaria pudo avanzar algunas propuestas revolucionarias como la supresión de la propiedad urbana y la municipalización de la vivienda y del suelo, pero la derrota sentenció cualquier medida emancipatoria. A partir de entonces el urbanismo, en manos del Estado, se hizo terrorista y multiplicó las destrucciones. El urbanismo se volvió un arma del Estado. El desorden urbano fue el aspecto más edificante del orden represor de la etapa desarrollista (1950-85). El franquismo, la forma política que abarcó gran parte de ella, fue una dictadura industrializadora y edificadora, una dictadura urbanista.

La morfología actual de las ciudades españolas fue obra del desarrollismo de la dictadura y de la transición llamada democrática. La actual trama urbana fue estableciéndose a partir de los años cincuenta, con las reconstrucciones de la posguerra, el vaciamiento de la ciudad tradicional, el crecimiento industrial y la emigración masiva de campesinos y jornaleros. El 70 % de los edificios fue construido a partir de aquellos años. Las grandes empresas constructoras despegaron en la década de los sesenta al socaire de la gran demanda de habitáculos baratos. Entre 1962 y 1972 la construcción de pisos absorbió el 50,2 % de la formación bruta de capital fijo, negocio en el que participaron ampliamente los bancos (el capital financiero dio un salto espectacular y conquistó la hegemonía en esos años). La incipiente mecanización del campo, la expansión del sistema fabril y la aparición del turismo arrojó a la ciudad a miles de personas, alterándose profundamente la estructura social de la clase obrera. Ésta fue alojada en el extrarradio, primero en chabolas, después en viviendas protegidas, construidas primero en parcelas aisladas a lo largo de las carreteras o cerca de las industrias, y después en polígonos y ciudades satélite. Aquello era la negación de la ciudad como hogar de la vida social, el desarraigo total, la aniquilación misma del espacio en el que el individuo entendía su condición histórica.

La oposición centro-periferia y la zonificación fueron llevadas al límite. Alrededor de un centro administrativo, repleto de oficinas y sedes oficiales levantadas según los cánones de la arquitectura fascista, se distribuían zonas residenciales, barrios dormitorio, casas de cooperativas, calles comerciales, polígonos industriales, viviendas para funcionarios o militares, etc. La construcción de pisos y carreteras tomó prioridad sobre el planeamiento al que obligaba una Ley del Suelo que nunca fue aplicada. La especulación determinó el diseño de la ciudad. El resultado fue una ciudad urbanizada a saltos, caótica, fragmentada, discontinua, donde reinaban los intereses inmobiliarios. Con la salvedad de que ya en la

Dictadura de Primo de Rivera y durante la República se construyesen casas baratas para obreros, es plenamente pertinente para el periodo la cita de Debord (3):

“Por primera vez una nueva arquitectura, que en las épocas anteriores se reservaba para la satisfacción de las clases dominantes, se destina directamente a los pobres. La miseria formal y la extensión gigantesca de esta nueva experiencia de hábitat proceden directamente de su carácter de masas, implicado al tiempo por su finalidad y por las condiciones modernas de construcción.” (*La sociedad del espectáculo,* 1967)

Los bloques de pisos obedecieron la pauta de un máximo de personas en un mínimo de espacio. Los grupos de bloques o de naves industriales en medio de la nada se convirtieron en el elemento principal del paisaje urbano. Formas frías sin identidad, sin referencias, sin posibilidad alguna de vida comunitaria, atrapadas por las autovías y las circunvalaciones, en las que se fraguó un proletariado sin historia, masificado, con una conciencia de clase epitelial, demasiado permeable a la influencia de “curas obreros” y de “líderes” verticales, cuando no adicto al fútbol y al coche, vulnerable por igual al consumismo y al discurso demagógico del sindicalismo integrador. La televisión y el militantismo católico y estalinista fueron traídos por la misma cigüeña. El movimiento vecinal nació a finales de los sesenta como respuesta al hacinamiento y al abandono por parte de las “autoridades”. Fue un movimiento reivindicativo moderado, centrado en la demanda de servicios básicos y espacios verdes, que jamás cuestionó el modelo desarrollista y menos aún elaboró uno alternativo. Todos los males parecía que se iban a curar con escuelas, alcantarillado, alumbrado, guarderías, asfaltado, autobuses, ambulatorios, etc., problemas cotidianos reales que al no resolverse se volvían políticos y supeditaban las críticas más profundas al cambio de régimen, sobreseimiento al que no eran ajenos los dirigentes de las asociaciones de vecinos. La cuestión de la vivienda se separó de la cuestión social y buscó soluciones en el mercadeo político. Así pues, la lucha por la habitabilidad (por la calidad de vida) no desembocó en un proyecto de reconquista de la ciudad. Esa autolimitación fue fatal para el movimiento, que perdió la posibilidad de jugar su papel histórico en el momento en que las asambleas de vecinos eran multitudinarias, y se convirtió a partir de 1976 en mero apéndice de los ayuntamientos.

Consecuencia del estallido de las ciudades, de la separación radical entre lugar de trabajo y vivienda, entre centro administrativo-comercial y periferia habitada, fue un tráfico frenético entre el núcleo urbano y el extrarradio, que los transportes públicos fueron incapaces de asegurar. La solución se tradujo en una mayor artificialización de la vida humana: a partir de los sesenta el automóvil hizo su aparición y transformó las ciudades en un cáncer. El ruido, la polución atmosférica y los residuos agravaron el mal. Las calles se fueron llenando de vehículos y en poco tiempo llegaron a ser gigantescos aparcamientos (Barcelona pasó de tener 25 000 vehículos en 1960 a soportar medio millón diez años más tarde). Las vías rápidas fueron entonces el principal agente de la ordenación del territorio. Las palabras con la que urbanista de vanguardia Le Corbusier anunciaba en 1925 el advenimiento de la época de “las máquinas de habitar”, sonaban siniestras: “la ciudad de la velocidad es la ciudad del

éxito" (*La carta de Atenas*). La ciudad perdió sus límites y continuó vaciando sus barrios históricos (en los ochenta tan sólo entre el 10 y el 18 % de la población ciudadana vivía en el casco antiguo). La Carta de Atenas, programa de la racionalización urbana capitalista, establecía que "el límite de la aglomeración estará en función de su radio de acción económica". En treinta años las ciudades fueron convertidas en aglomeraciones vulgares. La población pobre siguió siendo centrifugada a través de desvíos, variantes, cinturones de ronda y autopistas. El equilibrio secular entre ciudad y paisaje quedó arruinado definitivamente. La plaga de la motorización privada fue el instrumento que no sólo acabó de proletarizar al trabajador, cuyo modo de existencia se configuraba en función del coche, sino que fue la principal causa de la destrucción del entorno rural y natural de las ciudades, contribuyendo a la contaminación, facilitando la frecuentación masiva y comunicando la cada vez más insoportable metrópolis con las segundas residencias y los apartamentos playeros. Desgraciadamente, la ciudad se redefinía como un asalto a la naturaleza. El coche acarreó el despilfarro del espacio y la destrucción total de la ciudad como lugar a la medida humana, siendo uno de los factores que alumbraron la sociedad de masas, entendiendo por masas esas vastas capas de población neutra incapaces de acceder a la conciencia de intereses comunes.

El urbanismo concentracionario que tomó el relevo indicaba las nuevas estructuras de poder y el nuevo tipo de sociedad que advenía. La clase dominante, una burguesía nacional empresarial tutelada por una dictadura militar, había evolucionado hacia un conglomerado políticofinanciero conectado con los flujos económicos internacionales. Todas las características destructivas del desarrollismo fueron llevadas al extremo: segregación, motorización, verticalización, control social, pérdida de forma, desaparición del límite urbano, etc.; la ciudad era más que nunca concentración de poder e instrumento de acumulación del capital. El carácter totalitario del nuevo poder de clase se dejó sentir en su voluntad de no dejar nada a salvo de la estandarización y de la especulación, o sea, a salvo de la economía autónoma, ni la más mínima porción de territorio, ni el menor aspecto de la vida de sus habitantes, una vida sin relaciones, que en su mayor parte transcurre dentro de un coche o delante de una pantalla: "la existencia cotidiana se conformará con las exigencias de la máquina" (*La ciudad en la historia: sus orígenes, transformaciones y perspectivas*, 1964).

Lo que diferencia a éste urbanismo del desarrollista, más que el recurso al espectáculo, es la voluntad ordenadora; el caos deshumaniza al azar, pero nadie escapa a la planificación. Para que la ciudad llegase a ser el espacio de la economía sin trabas, el derecho a urbanizar hubo de superar al derecho de propiedad (ver la ley sobre Régimen del Suelo y Valoraciones de 1998) y las técnicas de vigilancia hubieron de alcanzar niveles impensables con el pretexto de los Juegos Olímpicos o la Expo. Los eventos fueron grandes operaciones policiales. En adelante ningún barrio, ni ningún pueblo, podrán alegar ser un hecho urbano aparte, al margen de los intereses que destruían el resto de la ciudad, ni ninguna manifestación podía sentirse protegida por el carácter justo de su causa. Eso lo saben bien ahora los habitantes

de la pedanía valenciana de La Punta, víctima de la "logística" del puerto, y los del barrio El Cabanyal, sobre el que pende una espada de Damocles en forma de autopista. Las políticas de tabla rasa con el territorio y de tolerancia cero con la protesta aderezaron el nuevo arte de gobernar. El medio urbano consumó su destrucción y suprimió de una vez por todas la oposición campo-ciudad, desintegrando las barriadas y disolviendo el mundo rural en una mezcla aleatoria de elementos urbanos y agrarios en descomposición. Si la ciudad desarrollista fue un abceso, la que le ha sucedido es una cárcel.

La última fase del desarrollismo transcurre "democráticamente" entre 1975-85 con el boom de la suburbanización y la crisis industrial. Ese fue el periodo final de la lucha de clases y el de la asociación entre los intereses constructores y los políticos, la corruptela que financió partidos y enriqueció a dirigentes. Desde 1979, año en que se celebraron elecciones municipales, los partidos habían tratado de disolver al movimiento vecinal y desde luego lo que había quedado de éste no era ni sombra del anterior. La administraciones locales y autonómicas habían descubierto el mercado del suelo y lo usaban para financiarse, de acuerdo con los especuladores, completando de este modo la obra desarrollista. Por eso los Planes Generales de Ordenación Urbana de los consistorios llamados democráticos llegaron tarde y se limitaron a paliar los desperfectos, mejorar los accesos y crear plazas de estacionamiento (lo que fue llamado en su tiempo "urbanismo de zurcidora"). La nueva clase dirigente se consolidó en España más con la especulación inmobiliaria y la corrupción política que con la especulación bursátil. En 1989 el precio de la vivienda aumentó bruscamente un 25,7%. Desde entonces los precios se han multiplicado por seis, siendo la subida mayor en la costa y en las capitales. No es de extrañar que, por ejemplo, el suelo urbanizado en el País Valenciano durante los últimos diez años haya crecido un 60%, especialmente el de los adosados, los campos de golf, las autovías y autopistas, los puertos deportivos, las grandes superficies y los vertederos, revelando la sostenibilidad del estilo de vida que promueve la dominación.

Las nuevas tecnologías hicieron posible la mundialización y la disolución de la vieja clase obrera; la formación de nuevas elites se llevó a cabo tras su derrota. Lo que las caracteriza son el ordenador portátil, el teléfono móvil y la prisa. Nacidas de la fusión de la administración, la política y las finanzas, requerían un nuevo modelo de ciudad, hueco, mecánico, uniformizado, alimentándose del área metropolitana. Una ciudad parásita, sin obreros; una tiranópolis con el centro museificado y los lugares públicos festivalizados, con "aperturas al mar", fetiches tecnológicos, trenes de alta velocidad, torres gigantes, megapuertos y aeropuertos. Una ciudad con unos pocos habitantes dóciles, cuya cúspide políticofinanciera quede disimulada tras nuevas áreas de centralidad, es decir, tras grandes centros comerciales, las catedrales del consumo que reordenan la vida de los barrios. Una ciudad de automovilistas, de hombres de negocios, de compradores y de jubilados, en la que cada ciudadano se había de sentir visitante, cliente o pasajero. Una ciudad imagen que se ofrecía como una mercancía, que trataba de atraer a los turistas, de atrapar a los capitales y de seducir a los ejecutivos (Barcelona pasó de tener 2,5 millones de pernoctaciones en

hoteles en 1990 a tener 8 en el 2000). En resumen, una ciudad como las de hoy. Una ciudad de dirigentes en perpetuo movimiento, puesto una característica de los miembros de la nueva clase es que éstos sólo están en su sitio cuando circulan. Una ciudad pues, cuya última palabra la tienen las grandes infraestructuras: las M-30, las rondas de "arriba" o de "abajo" y los bulevares periféricos por un lado; el TAV, los megapuertos y los aeropuertos transcontinentales por el otro.

Los nuevos métodos urbanistas tratan de borrar huellas históricas, de organizar el olvido. Si el urbanismo desarrollista tardó en eliminar las últimas señales de los combates sostenidos por los antiguos habitantes contra las clases que les oprimían, el urbanismo totalitario actual, que planifica a lo grande, cambia la identidad de las ciudades como de traje. Por ejemplo, han bastado pocos años para que Bilbao perdiera todo su paisaje industrial ligado a los astilleros y a la siderurgia, escenario de grandes batallas sociales, mientras en su lugar montaban todo un circo temático de arquitectura internacional "de marca", reflejo de la esclavitud de las masas solitarias ante la técnica. La elevación del museo Guggenheim sobre el solar de la factoría Euskalduna simboliza el tránsito de la ciudad industrial y proletaria al albergue competitivo del espectáculo. Las nuevas edificaciones transfieren a la ciudadanía la experiencia de una soledad extrema. A fuer de encontrarse en todas partes constituyendo no lugares, fijan la identidad del poder global, mostrando su barbarie tecnológicamente equipada por todo el planeta. Es la única identidad que puede poseer la no ciudad, paisaje exclusivo de la ausencia histórica.

Las elites emergentes se consolidan doblemente con la reurbanización "logística". La construcción, financiación, gestión y explotación de las grandes infraestructuras incorporan por derecho al sector privado, acabando con la noción misma de servicio público. El caso de Barcelona merece especial atención. Sus dirigentes formularon el programa de urbanización espectacular de masas "Barcelona 92" sintiéndose herederos de la burguesía de las Exposiciones Universales. La fórmula no tiene ningún secreto: si los dos tercios de la inversión son privados, estaremos ante "un modelo de transformación urbana típicamente barcelonés", según el alcalde Clos. Ese modelo exclusivo ha contribuido a fomentar una especulación loca que ha expulsado de la ciudad a miles de habitantes (Barcelona ciudad ocupa un área de 100 km^2 en la que habitan un millón y medio de habitantes, 300 000 menos que hace quince años; el área metropolitana abarca 3 000 km^2 y viven en ella 4,5 millones de habitantes, incluidos los de la ciudad). Barcelona es una reserva de espacio-mercancía y sus dirigentes apuestan por que lo sea mucho más: esa es la misión del "Foro de las Culturas 2004". Y para muestra de cultura, un botón: bella como el encuentro entre una cloaca y un mar de coches en un espectáculo cultural, es la definición hecha por Clos de la construcción de una gran plaza encima de una depuradora: "una muestra de los paradigmas culturales del siglo XXI". Ya sabíamos que un alcalde no es alcalde hasta que no produce monumentos, pero hasta Clos, la originalidad de la revolución cultural de las corporaciones municipales se había detenido en palacios de congresos innecesarios y en auditorios inútiles. Sucede que en el idioma de los dirigentes las palabras suelen significar lo contrario de lo que

nombran, como es el caso de “ecología urbana”, “equilibrio territorial” o “vertebración”, etiquetas para colocar y vender el urbanismo basura, la destrucción del territorio o la desarticulación. Así pues, Clos llama cultura a lo que no son más que detritus.

Si a fuerza de consumir y consumirse la ciudad ha dejado de existir, el ciudadano también lo ha hecho. Y también los barrios y los movimientos vecinales. En una anomia espacial absoluta nada que merezca ese nombre existe. La vida de los individuos se reduce a movimientos reflejos condicionados por los medios técnicos que la colonizan. Con la desaparición de todos los espacios públicos la vida se repliega sobre lo privado y se atrinchera en los pisos. Una población sin autonomía, completamente dependiente de sus prótesis mecánicas, ni se rebela, ni se comunica. Los lugares abiertos como plazas, calles, portales, escaleras, jardines, aparcamientos, etc., se han vuelto tierra de nadie. En ese cocooning popular el discurso securitario se impone. Una parte de la población se siente desprotegida frente a la otra parte y reclama el control policial de esa zona intermedia. El nuevo urbanismo tiene el efecto perverso de envilecer a la población que lo padece. Parece que la cuestión social exista pero sólo en forma de problema de seguridad. El sistema dominante se sabe vulnerable y teme a la gente que ha marginado y expulsado. Por dos sencillas razones; primera, porque toda la aglomeración urbana puede paralizarse por un apagón en serie o por un simple embotellamiento. Segunda, porque la ciudad entera es un escaparate a la merced de un “alunizaje” general. Un hipermercado repleto de mercancías en movimiento a las que hay que proteger de potenciales invasores, que no pueden ser otros que los que las desean y no las tienen al alcance. Esa es la clave para entender al urbanismo totalitario: es la forma de asegurar con rapidez un control total del enemigo, que en un momento dado, por culpa de una avería urbana, decante la correlación de fuerzas a su favor, y aunque no llegue a liberar espacios, cuando menos los arrase. Lo que nos lleva a suponer que todas las revueltas futuras en esos espacios de la alienación comenzarán al azar mediante imponentes saqueos y no menos imponentes destrucciones. Un caos arreglará otro caos.

Para terminar, sacaremos a colación la antigua designación del urbanismo como medicina de las ciudades, medicina de la clase que mata a los pacientes. A decir verdad el urbanismo se retrata mejor por las enfermedades que ha provocado a lo largo de su historia. Si la tuberculosis fue la enfermedad emblemática del urbanismo burgués y el cáncer la del urbanismo desarrollista, la que mejor define al urbanismo totalitario es la locura. La contrarrevolución urbana en sus dos primeras etapas creó condiciones cada vez más inhóspitas para los cuerpos. En la tercera mató el alma. Es tanto el horror urbano que representa esa muerte que para recobrar la ciudad como proyecto de vida comunitaria habrán de demolerse hasta sus mismas ruinas.

Miguel Amorós.
Conferencia pronunciada el 20 diciembre de 2003
en el Ateneu Llibertari de El Cabanyal, Valencia.

Este escrito ha aparecido en el libro
Las Armas de la crítica, Bilbao, Likiniano elkartea, 2004.

2004

Marzo 2004

El peso de la memoria

El movimiento libertario tiene un pasado tan cargado de hechos y de consecuencias que enfrentarse a él ha sido siempre un problema. No todo ha sido victorias, aciertos y heroísmo. Ha habido errores, traiciones y sobre todo derrotas. Lo primero no plantea dificultades pero lo último cuesta de digerir. El peso de la responsabilidad que arrastra el pasado deja a los libertarios cerca del K.O. Lo peor en este caso es hacer como el avestruz. No se puede mirar al otro lado cada vez que sale a la luz un hecho turbio o un dato desfavorable. El tribunal de la Historia ya juzgó al movimiento e hizo balance, señalando inapelablemente a los héroes y a los vendidos, a los auténticos y a los circunstanciales. No se trata pues de fijar una ortodoxia desde la cual repartir patentes de anarquismo. Se trata de algo más difícil: llevar el pasado al presente para dotarlo de sentido. Recobrar la memoria, pero no para hacer como antes, sino para comprender el momento actual. Quien ignora su pasado está condenado a repetir sus tropiezos; la memoria es de lo único que no pueden prescindir los vencidos. Es el arma más importante, a veces la única que les queda.

La seudo-oposición franquista cerró los ojos en aras de un pacto con la Iglesia y el aparato del Estado bendecido por los dirigentes de la clase dominante de la generación que no hizo la guerra. La Guerra Civil dejó de ser una guerra de clases para convertirse en una «inútil matanza fratricida», algo lamentable, donde todos fueron en parte culpables. La supuesta reconciliación alumbró un régimen autoproclamado democrático donde no hay fascistas confesos pero donde todos tienen algo de fascistas. No hay democracia sino fascismo suave: las formas dirán una cosa, pero la peste emocional, la justicia y las cárceles dicen otra. Hay que señalar que entre los libertarios también hubo partidarios del olvido y eso precipitó el movimiento en una dinámica de reformismo y burocratismo que le hizo perder la oportunidad histórica de influir en los combates sociales de los setenta, el último periodo de la lucha de clases. La imagen de un pasado centrado en una CNT sin fisuras es falsa y lo ha sido siempre. El olvido puede ser el aceite balsámico de las heridas del pasado, porque saber demasiado conduce a conclusiones difíciles de asumir emotivamente; la memoria nos mantiene en nuestras convicciones pero puede afectar a la parte sentimental y provocar rechazo. Esta actitud es comprensible en viejos luchadores, pero no en quienes no ardieron en las crueles alternativas de los combates de antaño. El olvido es ahora un fruto emponzoñado de la dominación relacionado con el fin de la acción autónoma del proletariado. Acompaña al reformismo y a la sumisión en la cesta de las condiciones actuales sociopolíticas. Por eso en las luchas sociales son tan importantes los puentes de la memoria.

Los rebeldes sin memoria son rebeldes desarmados. No irán al frente de los hechos, al contrario, los hechos les arrastrarán. La memoria es el cimiento de los nuevos colectivos sociales, lo que provee de contenido a sus luchas y aspiraciones, lo que impide que los individuos se sientan solos y se escondan en su interior, y hace que se enfrenten al mundo y lo transformen. El movimiento libertario actual no puede poner punto final al recuerdo, mistificar su pasado y dedicarse a otros asuntos. Su futuro y el de las luchas sociales de hoy dependen de que recupere su historia y la aproveche. No tiene más remedio que escoger entre continuar su trayectoria y llegar a ser la opción revolucionaria de la época, o desnaturalizarse participando en el juego espectacular de la dominación o dar miedo o dar lástima. Es verdad que hay gente sospechosa que se llama anarquista, que el nombre del anarquismo se han hecho cosas vergonzosas, y que incluso se continúan haciendo, pero la inmensa mayoría de realizaciones son logros sociales revolucionarios inigualables. La revolución española fue la única revolución enteramente proletaria y cualquier proyecto revolucionario habrá de inspirarse forzosamente en ella. La herencia es por lo tanto positiva. Ahora bien, existe otro modo de olvido: la dilución de la memoria mediante la idealización del pasado. Eso solamente sirve para satisfacer el narcisismo de sectores retrasados que viven de sueños. En el otro lado, la idealización de la fase republicana del orden burgués inspiró fantasías de poder en la población impotente que obedeció a los partidos. La idealización es una manera dulce de liquidar el pasado y convertirlo en un instrumento de propaganda.

La especificidad del escenario político español hace que un partido – la «izquierda» – niegue la existencia de una revolución libertaria para restar legitimidad al otro partido – la «derecha» –, que la busca en la necesidad de su represión sangrienta. Este antagonismo pudo superarse con el pacto del olvido de la «Transición», que al final no ha servido más que para favorecer el retorno de los mitos franquistas y el ascenso de la historiografía más reaccionaria. Más reaccionaria incluso que la de Fontana. Por eso la democracia actual es un sistema de amnésicos. El olvido contribuye a la desorientación, acrecienta el sentimiento de inseguridad de los individuos, destruyendo sus raíces históricas y arruinando su autonomía. La pérdida de subjetividad los incapacita para controlar y dominar a las circunstancias que nos rodean, imponiéndose por defecto la identificación con los modelos que el espectáculo les ofrece. Los libertarios no han de olvidar nada; son los únicos que encontrarán su causa en la memoria. El recuerdo les ayudará a superar las contradicciones y a tener un verdadero presente.

Miguel Amorós.
Introducción al debate sobre *Los Amigos de Durruti* en las Jornadas Libertarias de Figueres, 19 de marzo de 2004. Traducido del catalán.

Este escrito ha aparecido en el libro
Golpes y contragolpes,
la acción subversiva en la más hostil de las condiciones,
editado por Pepitas de Calabaza, 2005.

Abril 2004

Urbanización y destrucción

"Ir por el campo, hoy, es como pasar por un viejo barrio en demolición"
Guido Cerronetti, *El Silencio del Cuerpo*.

Antes que nada quiero hacer un inciso respecto a la expresión "urbanismo sostenible", que los políticos de la "izquierda" han sustraído del lenguaje ecologista para calificar así un crecimiento urbano menos destructivo a corto plazo y más rentable a largo. El término se aplicaba al funcionamiento de un sistema en circuito cerrado, generando su propia energía y eliminando sus propios residuos, hechos incompatibles con la expansión inherente al capitalismo, basada en la especialización de las actividades y la deslocalización productiva. Los proyectos alternativos de esa "izquierda" pintada de verde, ni pretenden limitar el frenesí de la economía, ni cuestionan el sistema capitalista y su sagrada idea de progreso. Además, resulta más que evidente el hecho de que no existe un modelo capitalista que se sostenga. Hablar de sostenibilidad bajo estas condiciones es una estupidez, o peor, un engaño, ya que no existe un capitalismo "limpio", capaz de comerse sus marrones.

Hay un construir que es muchísimo más vandálico que un destruir. Esa es la impresión inevitable que cualquiera puede sacar, por ejemplo, de un paseo por la costa mediterránea, especialmente la valenciana. Por doquier contemplaremos grúas, edificios y autovías, tras los que adivinamos la obra de innumerables alcaldes, banqueros y constructores, invadiendo el territorio, destrozando el paisaje, malbaratando recursos, acumulando basuras, contaminando el ambiente, poniendo en peligro la seguridad y la salud de los habitantes, arruinando los lugares uno tras otro en una loca carrera por la urbanización total. Desde luego, las fuerzas constructivas son fuerzas destructivas. La oposición campo-ciudad ha sido superada con la abolición completa de uno de los términos: las hortalizas se han cambiado por ladrillos. Decir que el hormigón y el asfalto son el rasgo característico de la nueva civilización es poco: son lisa y llanamente la nueva civilización. Eso, yendo a la raíz de la cuestión, significa que la vida de todos se halla en manos de tecnócratas y promotores, oscilando entre automóviles e inmobiliarias. ¿Cómo hemos ido a parar aquí?

Indudablemente, la expansión urbana descontrolada arranca de la fase desarrollista ligada al proceso industrializador tutelado por el franquismo. Esa fase termina con fenómenos aparentemente contradictorios como el derrumbe industrial, el "boom" de las segundas residencias y los pelotazos financieros, lo que revela la recaída de la crisis económica sobre los trabajadores sin afectar apenas a las clases medias y menos aún a la burguesía. Eso explica en parte que las luchas de resistencia a la crisis de los años ochenta fueran contenidas y canalizadas sin alterar la estabilidad del sistema, y que el movimiento obrero,

con la dirección secuestrada por una burocracia sindical y política institucionalizada, compuesta por enemigos de clase, se disolviera sin pena ni gloria. Los nuevos dirigentes políticos, en cuyas manos recaía la regulación del crecimiento urbano, se dieron cuenta de las grandes posibilidades económicas de la urbanización, y lejos de impedir su progreso, se dedicaron a fomentarlo con toda la mejor voluntad. La financiación espuria de los partidos o las fortunas personales de los intermediarios fueron sólo el principio. Políticos y empresarios eran conscientes de que la ciudad era una máquina de acumulación de capital y poder, y que la función del urbanismo no era otra que la de engrasarla. La fórmula consistía en una colaboración más profunda entre los ayuntamientos y los empresarios, aplicada por primera vez en las remodelaciones de los años cincuenta de ciudades como Pittsburgh, Filadelfia o Boston. Una elite compuesta por una coalición de políticos tecnocráticos, promotores y constructores se adueñó de las ciudades, tomando el relevo de la elite anterior, y, gracias a una sabia combinación de dinero público y privado, las convirtió en herramientas para ganar dinero a espuertas. La ciudad, a los ojos de los ediles democráticos y las Cámaras de Comercio, no era sino un inmenso mercado de suelo edificable. El modelo valenciano que desde 1994 conforma una Ley Reguladora de la Actividad Urbanística es particularmente ilustrativo de la simbiosis entre política y empresa. Este sistema supera en audacia al modelo mixto barcelonés, pues mediante la figura del “agente urbanizador”, es decir, del promotor, el ayuntamiento, previo trámite, cede el proceso urbanizador a la iniciativa privada. Y de esta manera, o sea, colocando por ley al urbanismo en manos de los empresarios, se suprimen olímpicamente las ingerencias empresariales en las políticas urbanísticas locales. Lo público puede se gestionado por lo privado, o lo que es lo mismo, no queda nada que sea realmente público.

El paso de una economía nacional estructurada a través de un sistema bancario cerrado a una economía globalizada encontró un marco ideal: una nueva clase dirigente muy receptiva a las directrices del mercado mundial y una casi nula conflictividad social. Se iniciaron entonces mediante leyes apropiadas, los procesos que acompañaban a la mundialización: colonización tecnológica de cualquier tipo de actividades, precarización del mercado laboral, planificación urbana expansiva, especulación inmobiliaria, deslocalización de industrias, industrialización de la agricultura, construcción de grandes infraestructuras de transporte, motorización general de la población, constitución de un mercado internacional del agua y de la energía, etc. Las ciudades en poder de los nuevos dirigentes se terciarizan y se convierten en centros de ocio y consumo, suministradoras de servicios. Las grandes tratan de situarse en las redes de poder internacionales y las pequeñas intentan convertirse en sus satélites. Por su parte, los servicios generan multitud de trabajos malpagados y efímeros, con lo que la joven población trabajadora es obligada a vivir en zonas alejadas, donde los alquileres o los precios de los pisos son más asequibles. El centro se vacía y museifica, llenándose de áreas comerciales, oficinas y hoteles. La ciudad se orienta hacia el turismo y los negocios (Valencia tuvo cerca del millón de visitantes en 2001), mientras que la periferia se rellena y se expande, vertical y horizontalmente. A pesar de la apertura de nuevas líneas públicas de transporte, el vehículo privado es la principal conexión. La urbanización avanza

como una mancha de aceite consumiendo territorio. Todos los estilos de vida ligados a una ocupación no capitalista del territorio desaparecen o están a punto de desaparecer.

Asistimos a una reordenación del territorio a través de corredores o ejes que unen las áreas metropolitanas, donde se concentra la actividad financiera internacional y se ubican los tecnopolos. Nuevas regiones son definidas en base al potencial económico de sus metrópolis y la abundancia de infraestructuras y servicios, como por ejemplo, la Eurorregión del Arco Mediterráneo, que abarca Aragón, el País Valencià, Cataluña, las Baleares y el sur de Francia. Las nuevas batallas políticas tienen como trasfondo los vuelos transoceánicos, las ampliaciones de puertos o el TAV, más que las diferencias aducidas entre "modelos de gestión". Se trata pues, de una zonificación de nuevo tipo, de una división del trabajo a nivel mundial, facilitada por las telecomunicaciones y las grandes autopistas. Dentro del mercado global, potentes áreas económicas intentan constituirse y adquirir una posición privilegiada, bien sea como mercado de servicios financieros, o bien como cantera de mano de obra dócil y numerosa. Unas – las que acaban de llegar – siguen basando su poder en el producto industrial, mientras que las pujantes lo hacen en los procesos (transacciones financieras, promoción publicitaria, venta por teléfono, asesoría, márketing, elaboración de proyectos, diseño, etc.). La urbanización total del territorio, o lo que es lo mismo, su destrucción planificada, es la consecuencia más directa de la nueva etapa capitalista. El modo de vida urbano, sin raíces, consumista y depredador, es ya el único posible.

Desde los años sesenta, momento en que aparecieron el negocio turístico y la demanda de segundas residencias anulando el comercio y las industrias locales, el desplazamiento de la población a la costa ha experimentado una fuerte aceleración. En 2001 el 60% de la población vivía en el litoral, que suponía sólo el 30% del territorio del Estado. Este fenómeno de relocalización poblacional lleva el nombre de "litoralización". Como consecuencia, los municipios costeros se han colmatado, creándose un continuum urbano a lo largo de la costa que ahora crece hacia el interior, arrasando los espacios naturales de la segunda línea como antes hiciera con los de la primera. En los últimos diez años, el suelo urbanizado ha crecido un 60% en el País Valencià (un 77% en la provincia de Alicante), aunque no en todas partes por igual: la mitad del crecimiento corresponde a 30 de los 542 municipios valencianos (los costeros). La sobreexplotación de la franja marítima ha agotado el espacio y ha producido por todas partes un paisaje banal y monocorde, al que los proyectos de "calidad" no hacen sino añadir una sobrecarga de vulgaridad en forma de campos de golf, puertos deportivos y complejos residenciales de "lujo" estándar. Además, la costa mediterránea y las islas no sólo son un lugar de ocio veraniego, sino que se han convertido en la segunda residencia de muchos europeos, generándose una fuerte demanda de casas para extranjeros y doblándose las inversiones de fuera en el sector inmobiliario (de 3000 a 6040 millones de euros entre 1999 y 2002). El fenómeno, sin embargo, no basta para explicar por si sólo la enorme actividad constructora de los últimos diez años. El precio del metro cuadrado se duplicó entre 1997 y 2001. Resulta que comprar vivienda se ha vuelto una forma de inversión más rentable que la Bolsa y una salida segura al dinero negro, con lo que muchas casas se

compran no para habitar, sino para especular y “lavar”. Los bancos hacen su agosto: el mercado español de renta fija es el segundo de Europa en cédulas hipotecarias y bonos de titulación, activos que los bancos utilizan para financiar la compra de pisos. Además esos activos representan el 56% de todas las emisiones lanzadas en España. La vivienda es espacio privado y el espacio, una forma de capital. Entre 1971 y 2001 el número de pisos en España ha doblado, llegando a los 21 millones. Cada año se construyen más de medio millón, y en el 2003 fueron más de 650.000, lo que equivale a la construcción de Alemania y Francia para el mismo año. No obstante, aparte de los especuladores, solamente los compran las familias con capacidad de endeudamiento, es decir, las clases medias. La oferta de vivienda protegida es prácticamente nula y el precio ha crecido 35 veces más que el salario neto entre 1995 y 2003. Así pues, el 58% de las personas entre 25 y 30 años, y el 25% de las personas entre 30 y 34 años, todavía no se han emancipado y viven en casa de sus padres, mientras que en España hay tres millones de viviendas vacías (solamente en la isla de Mallorca hay 90.000; en el País Valencià el 20% de las viviendas están desocupadas).

La urbanización galopante representa el otro lado de la desaparición del mundo rural, integrado en la naturaleza y viviendo de la comercialización de sus excedentes. La masa forestal de los bosques – que ya no se trabajan – se ha compactado, multiplicando el peligro de incendios, los acuíferos se han salinizado o agotado por sobreexplotación, los pantanos han secado los ríos, los hábitats litorales y las montañas han sido destruidas por carreteras y urbanizaciones, y con ellas los caminos, las acequias, las balsas, los marjales y las fuentes. El paisaje está salpicado de grúas y líneas eléctricas. Ya no quedan actividades tradicionales ligadas a formas de vida no urbana, pero en cambio, abundan los vertederos y los automóviles. Hoy la agricultura es un subsector de la industria agroalimentaria, no dependiendo para nada de los usos del suelo ni de la gente del lugar; la producción agrícola sólo depende de la maquinaria y de los abonos, siendo, como cualquier producción industrial, gran consumidora de agua y energía y gran engendradora de residuos contaminantes. La actividad agraria se concentra en lugares concretos, para la explotación a gran escala, abandonándose la mayoría del territorio rural al turismo y a la segunda residencia. Un ejemplo; en los últimos 13 años la superficie dedicada a hortalizas ha disminuido el 60% en el País Valencià, pero no por ello los pueblos rurales han perdido población, sino que sus habitantes son más numerosos; sólo que ahora se dedican a la construcción y al equipamiento. El precio de la naranja lleva años estabilizado, sucumbiendo los labradores a las tentadoras ofertas de los compradores de terrenos, vueltos de la noche a la mañana urbanizables por los promotores y los concejales. A veces, como ocurre en la ciudad de Alicante, el alcalde es también un promotor. Las coronas agrícolas de las ciudades hace tiempo que sucumbieron y a cada paso conspiran las hormigoneras, creándose esa clase de riqueza que engrasa la cuenta de unos centenares de miserables y degrada la vida de cuantos se ven forzados a disfrutarla.

Si recordamos que el litoral valenciano ha sido siempre deficitario en agua, concluiremos que el agua es un serio obstáculo para el crecimiento urbano costero. Los intereses turísticos

e inmobiliarios necesitan agua con que regar los campos de golf y las zonas ajardinadas de las urbanizaciones, agua para llenar las piscinas y las cisternas, agua corriente para los miles de pisos que se construyen. No hay especulación urbanística sin agua, por eso el Plan Hidrológico Nacional, sea el de los trasvases o el de las desaladoras, es vital para el desarrollo ilimitado de la construcción. La solución más acorde con los tiempos es la de la constitución de un mercado del agua. El agua es un bien escaso y por eso tiene todo lo necesario para ser una mercancía. La alternativa al mercado del agua no puede ser una "nueva cultura del agua" porque el aprovechamiento racional del agua es incompatible con la urbanización ilimitada del territorio. Se nos dirá que la nueva cultura del agua ha de ir acompañada de una "nueva política del suelo" o de una "cultura pública del suelo", o incluso de la "regulación del sector de la construcción" (como propone con cierta timidez la Assemblea d'Okupes de Barcelona), etc. La retórica de la nueva cultura vale para todo: lo mismo se aplicará a la energía como al transporte, igual a las basuras que al ocio. Eso no es más que un eslógan para reivindicar una mayor presencia de las plataformas ciudadanas o las asociaciones de vecinos en la administración y un mayor control estatal y autonómico de los procesos urbanizadores. Pura cháchara ciudadanista empleada para enmascarar las verdaderas soluciones. El fallo de toda esa política consiste en no reconocer que la urbanización destructiva es la forma lógica con que el capital modela el planeta. La sociedad urbanizada es la sociedad capitalista moderna y no puede haber otra. Si se quiere liberar el territorio, sus habitantes habrán de librarlo del capitalismo. Cualquier política que respete al capital, que admita el mercado, se encamina hacia la gestión más o menos pausada de la destrucción territorial, no a ponerle fin.

La resistencia a la degradación urbanizadora ha de levantar miras y apuntar lejos. No solo ha de elaborar estrategias que paralicen el mercado, sino que ha de alumbrar modos de vida opuestos al modelo urbano. Se ha de fomentar la descentralización, el autoabastecimiento, la autonomía y, por encima de todo, el ágora, la asamblea. Medidas como por ejemplo, las ocupaciones, los huertos urbanos, los mercadillos de trueque, la vuelta al campo, etc., están bien para empezar, en tanto que expulsan al capital de espacios usurpados y actividades colonizadas; mejores son la municipalización, es decir, la propiedad pública del territorio gestionado en asamblea o la supresión del transporte privado, aunque a nadie escapan las enormes dificultades que tendrá su implantación. Sin embargo, las soluciones "verdes", "sostenibles" o neoculturales son mucho menos realistas. Por ese camino seguro que no se va a conseguir nada; a lo sumo, un sindicalismo del hábitat practicado por una burocracia ambientalista institucionalizada encargada de administrar el territorio fijando las tasas de degradación permisibles. La libertad no puede fructificar ni en el territorio urbano "sostenibilizado" ni en el paisaje protegido, porque ambos únicamente ofrecen espacio esclavo. Un paliativo, y, al cabo de cierto tiempo, de vuelta al principio. Por otra parte, hablar de equilibrio territorial, o de territorio liberado, no tiene sentido sino bajo la perspectiva de la desurbanización. Quien ha de hablar primero ha de ser la piqueta. El territorio no recuperará su equilibrio ni la humanidad su sensatez hasta que el último capitalista sea enterrado en las ruinas de la última aglomeración urbana. La reapropiación

del espacio para un modo de vida libre y comunitario ha de nacer inmersos en una gran operación de desmantelamiento, o no nacerá.

Miguel Amorós.
Reelaboración de la conferencia-coloquio del 7 de abril de 2004
en el centro social La Mistelera de Dènia (Alacant).

Este escrito ha aparecido en el libro
Golpes y contragolpes,
la acción subversiva en la más hostil de las condiciones,
editado por Pepitas de Calabaza, 2005.

Abril 2004

La tecnología como dominio

La constatación de que el ciclo de luchas obreras abierto en la revuelta de Mayo de 1968 había acabado en los años ochenta con la derrota del proletariado llevó a mi grupo de entonces (la *Encyclopédie des Nuisances*) a varias deducciones rápidas. La primera de todas era que la producción moderna consistía sólo producción de nocividad y que, por tanto, era enteramente inservible (o «indetournable», como dirían los situacionistas). La reapropiación de la sociedad por la clase revolucionaria no podía basarse en la autogestión del sistema productivo, sino en su desmantelamiento. La emancipación humana nunca podría reducirse a una cuestión simplemente técnica. La idea de encontrar la libertad y la felicidad en el desarrollo de las fuerzas productivas al estilo del modelo de progreso burgués era sencillamente un despropósito. El desarrollo de dichas fuerzas siempre había sido un arma contra la clase obrera y su proyecto emancipatorio; las raíces de la explotación se hallaban más en ese desarrollo (y en las formas de trabajo y de supervivencia que imponía) que en la propiedad misma. Al producir un mundo inaprovechable, la explotación aspiraba a volverse irreversible. Si algo tenía claro el grupo de la EdN es que la superación histórica de la sociedad de clases pasaba por su destrucción más completa. Pero no para autogestionar sus ruinas, y ni mucho menos para volver a un pasado idílico a salvo de la historia. Sin embargo, la vía revolucionaria para la reconstrucción de una sociedad libre planteaba problemas nuevos, que la EdN apenas llegó a esbozar, como el de la ausencia de sujeto histórico real y el de su contrario, el del triunfo total de la alienación capitalista, o como diría la I. S., del espectáculo.

Que la revolución había perdido a su agente era una banalidad de base. El proceso de terciarización de la economía, aunque había proletarizado a toda la sociedad, había acabado con la existencia de una clase ligada a la fábrica. Ningún aspecto de la vida cotidiana quedaba fuera de los nuevos imperativos económicos y técnicos puesto que la fábrica era

ahora la propia sociedad, lo que no reforzaba los vínculos de clase sino que los disolvía. El sujeto revolucionario constituido no existía sino en las fantasías obreristas de los grupúsculos en tanto que mítico proletariado en nombre del cual se efectuaban los análisis más obtusos y se mantenían las aspiraciones al liderazgo más esquizofrénicas. A quien todavía se creía, aunque fuera solo en sueños, vanguardia destinada a constituir un poder separado en nombre de una clase, el edificio ideológico se le venía abajo y se quedaba, como quien dice, con el culo al aire. La EdN pensaba que las luchas contra las nuevas formas de opresión, la lucha contra la nocividad producida por el sistema productivo, era el terreno donde podía plantearse, en la práctica y a nivel internacional, la olvidada cuestión social; en otras palabras, el terreno donde podía reconstituirse la clase obrera. Pero esas luchas caían en los hábitos más ramplones del espectáculo, y el combate contra la nocividad derivaba inevitablemente hacia su gestión ponderada. Era el gran momento del ecologismo, y cualquier planteamiento revolucionario, forzosamente contrario al desarrollo tecno-económico, y por lo tanto, antiprogresista, no encontraba la brecha por donde hacerse presente. Se impuso una reflexión teórica sobre los orígenes de la alienación moderna. La crítica de la idea de progreso nos llevaba a la crítica de sus herramientas más genuinas, la ciencia y la técnica. La separación entre esos saberes y la humanidad susceptible de utilizarlos era la base de esa «crisis de la razón» de la que hablaban los apologistas posmodernos del orden establecido.

Tal separación, en el curso de la mecanización del mundo, había convertido a la ciencia y la técnica en la religión de los dirigentes. A fuerza de ser utilizadas para adiestrar y someter a los humanos, habían acabado condicionando y determinando todo el desarrollo económico y toda forma de explotación. En una palabra, se habían vuelto autónomas. Esa es la clave de los análisis de Jacques Ellul y también de los de Lewis Mumford. Los pensadores de la Escuela de Frankfurt (Adorno, Horkheimer, Marcuse) ya habían señalado que el dominio de la naturaleza por el hombre había acarreado el dominio del hombre por la técnica. La técnica había liberado al hombre de la naturaleza, pero para someterlo a sus leyes. Le había creado una segunda naturaleza. La mecanización tomaba el mando en una época de barbarie equipada que empezaba a caracterizarse por el dominio de los medios sobre los hombres, simples instrumentos de sus instrumentos. Los regímenes totalitarios serán su primer resultado político a partir del cual los frankfurtianos sacarían sus conclusiones.

Lo nuevo no está representado por los enormes adelantos científicotécnicos, porque lo nuevo en la sociedad no es la presencia de la técnica; es el hecho de que la técnica, o mejor dicho, la tecnología, determine la organización social, domine la vida y oriente la acción. La contradicción principal no reside en la oposición entre desarrollo de las fuerzas productivas y medios de producción, sino en que esa oposición conduce a una solución eminentemente técnica, consagrando el dominio de la técnica y la dominación (el poder) como técnica. La civilización capitalista coloca la producción separada en el centro de la sociedad; el poder depende de la producción, la producción depende de la tecnología; por lo tanto, el poder depende de la tecnología. Siendo la tecnología la principal fuerza productiva, el progreso

social sigue la lógica del progreso tecnológico. Volviendo a Ellul, la tecnología no es más que un modo de ordenar el mundo. El peor de ellos. La técnica no es neutra, nunca lo es. No es políticamente inocente; es más, cuando se escoge una técnica se hace política, como diría Langdon Winner. La técnica no es algo casual, es un proyecto social e histórico concreto. Los usos de cualquier técnica dependen de su estructura, de su diseño. Si se escoge una determinada técnica se han de aceptar sus consecuencias. Pensemos en el trabajo en cadena, en el ferrocarril o en el automóvil. ¿Acaso la línea de montaje no ha creado un proletariado esclavo? ¿Quién discute el papel del ferrocarril en la conformación de los Estados modernos? ¿Quién duda de la responsabilidad del automóvil en la destrucción de las ciudades? La técnica no busca encajar en el mundo, al contrario, hace que el mundo encaje en ella. El resultado es otro que el esperado. Una tecnología significativa lo cambia todo. Al introducir el automóvil en la sociedad no se obtuvo una sociedad con automóviles, sino otra sociedad, con mayor división del trabajo, consumiendo petróleo, con otras ciudades, con otro tipo de individuos, más dependientes, manteniendo otras relaciones. Y ¿qué ha pasado al advenir el televisor, o al extenderse internet? ¿Podemos pararnos a pensar la cantidad de operaciones, polución e intereses que se amalgaman tras la fabricación de un chip de silicio?

Con la tecnología unos ganan y otros pierden, aunque los beneficios y las pérdidas no se reparten equitativamente. A un lado el poder se acumula, al otro la desposesión se dispara. La mecanización del hogar liberó a las amas de casa, pero para convertirlas en trabajadoras. Las máquinas posibilitaron mayor producción pero destruyeron los oficios; ahora favorecen la producción automática al tiempo que multiplican el trabajo precario. Un artefacto como el ordenador habrá aumentado las posibilidades de información y de coordinación, pero quien saca el mayor beneficio no son las comunidades virtuales de pseudocontestatarios, sino las grandes organizaciones como por ejemplo los *holdings* financieros, las empresas multinacionales, los ejércitos, la policía o la recaudación de impuestos. No sólo el sistema económico mundial es un logro de la tecnología, sino que el complejo financiero, militar y político que gobierna el mundo, la «megamáquina» de Mumford, es pura tecnología. Gracias a la moderna tecnología quienes controlan el mundo puede saber qué compramos, qué leemos, de qué hablamos, con quién, a dónde vamos, qué hacemos etcétera nuestros amores nuestros odios nuestros gustos nuestros movimientos, etc., están mediatizados por cachivaches; si controlan éstos, nos controlan. Pero ¿tiene sentido hablar de amistad sin un teléfono móvil? Gracias a los artilugios toda nuestra vida es transparente a múltiples empresas y departamentos estatales. ¿Lo que nos dan a cambio nos hace más libres? El dominio se disimula como técnica. El poder dominante dispone de la razón técnica como medio legitimador. La falta de libertad, la opresión, son justificadas como exigencias técnicas.

La técnica altera la percepción natural de la realidad, hasta el punto de crear una concepción de la realidad propia. A un hombre sentado ante una pantalla de ordenador todo le parece información. Las viejas palabras cambian de significado: «información», «memoria», «verdad», «hecho», «libertad», «debate», «opinión», etc., no quieren decir lo mismo en

diferentes momentos históricos separados por un desfase tecnológico. A menudo significan lo contrario. Quienes controlan la técnica controlan las ideas. La ideología tecnológica, la técnica como ideología, desplaza a las formas anteriores de legitimación del poder, como eran la ideología política, la necesidad económica o la religión, creando la mayor de las unanimidades. El conocido refrán de que «una cosa piensa el caballo y otra quien lo ensilla» se ha vuelto falso bajo el cielo técnico: dominadores y dominados piensan de igual modo. Dirigentes y contestatarios están de acuerdo en el fondo, discrepando solo en las formas. La protesta entonces aparece como uno de los aspectos del orden. El espectáculo integral es la última proeza de la técnica.

Los situacionistas tenían razón: al entrar la alienación en el terreno de la vida cotidiana, la crítica de la vida cotidiana es la base de toda crítica social. Allí cada cual se encuentra cara a cara con la alienación objetivada en forma de inocentes artefactos. Y para hacerle frente cada cual ha de construir de entrada un estilo de vida que prescinda del mayor número posible de ellos. El cómo hacerlo es todo un programa. ES EL PROGRAMA. ¿O es que un movimiento revolucionario no consiste en la lucha de todos los oprimidos por la dominación efectiva y la transformación deliberada de todos los aspectos de la vida social, empezando por la cotidiana? La tecnología autónoma es la base de la esclavitud presente; la resistencia a la tecnificación ha de estar contenida en cualquier conflicto que se plantee; es lo que puede traducir en causa común el menor enfrentamiento particular. En ese sentido, las luchas traerían consigo una toma de conciencia. La emancipación de la humanidad proletarizada ha de ser por encima de todo su emancipación de la tecnología autónoma.

Miguel Amorós.
Notas para la charlas y debate del 10 de abril de 2004 de las Jornadas sobre *Tecnología y Progreso* que organizó la Biblioteca Social Hermanos Quero en Granada. Publicadas en *Re-Evolución* n°1, marzo 2005.

Este escrito ha aparecido en el libro
Golpes y contragolpes,
la acción subversiva en la más hostil de las condiciones,
editado por Pepitas de Calabaza, 2005.

Abril 2004

José Pellicer

La palabra que mejor describe a José Pellicer es la de revolucionario, calificativo relacionado con un estatus de prestigio que en la actualidad resulta de difícil comprensión, puesto que hoy el prestigio popular va ligado a la imagen más que al ejemplo y el valor de un hombre es determinado por su cotización en el espectáculo más que por el coraje o la integridad. Si

dejamos hablar a los hechos, José Pellicer no fue simple personaje radical sino un gran revolucionario, alguien que quiso acabar radicalmente con la injusticia y la explotación y puso toda su inteligencia y todo su empeño en ello, alcanzando en la tarea cotas muy altas. Su trayectoria al servicio de la revolución proletaria es suficientemente explicativa. Su adhesión a la causa revolucionaria fue tanto más sentida y verdadera por cuanto no estaba basada en motivos económicos, siendo de una familia con medios. Se hizo anarquista por idealismo; su entrega fue siempre altruista, pagando con su persona y buscando la dignidad de los débiles y oprimidos en el combate contra los poderosos y explotadores. Pellicer alcanzó el rango de figura histórica en la medida que concentró en él las virtudes de todos los que le acompañaron, representando su persona la adecuación ideal entre el pensamiento emancipador de la clase oprimida y la lucha efectiva por su liberación. Militante de la CNT desde 1932, participó en todas las luchas insurreccionales de su tiempo, valiéndole el gesto persecución y cárcel. Merece destacarse su papel en la huelga insurreccional de Manresa, en octubre de 1934, su militancia en la FAI, su actividad en los comités de defensa de la CNT y por encima de todo su intervención en la famosa Columna de Hierro, cuya sola mención hizo temblar durante meses a cuantos partidarios del orden opresivo en la modalidad que fuese la escuchaban. Con apenas un millar de hombres más armados con el entusiasmo que con el material insuficiente conseguido en el asalto a los cuarteles de la Alameda de Valencia, libró batalla en Sarrión y en Puerto Escandón, haciendo retroceder a los fascistas hasta las puertas de Teruel. Quedo liberada del fascio una extensa zona, aliviándose la presión sobre Castellón y Sagunto. Entonces brilló no solo por su arrojo, sino por sus dotes de organizador y estratega de la revolución libertaria tanto como empezaron a hacerlo Durruti, Máximo Franco o Francisco Maroto. Era culto, políglota, teóricamente preparado, con ideas muy claras a las que sabía dar una expresión incisiva, lo que unido a su alta estatura y voz segura, imponía a quien se le aproximara. Quienes le conocieron y compartieron sus ideas y objetivos le reconocían una dimensión humana y un carisma nada corrientes. Los necesitó para encabezar una columna compuesta por gente que no reconocía a ninguna autoridad ni tenía jefes y para dar sentido revolucionario a su ímpetu. La Columna de Hierro colaboró con los campesinos de los pueblos en los que se desplegó, mostrándoles la manera de ser libres. Las primeras experiencias de comunismo libertario tuvieron lugar al calor del combate de los milicianos. Más que ninguna otra, ni siquiera la Columna Durruti, la Columna de Hierro actuó a la vez como milicia de guerra y como organización revolucionaria : levantó actas de sus asambleas, publicó un diario (« Línea de Fuego »), distribuyó manifiestos y lanzó comunicados, porque necesitaba explicar sus acciones en la retaguardia y justificar sus movimientos y sus decisiones ante los trabajadores y los campesinos. Una organización tal predica con el ejemplo y deja constancia de él. Ese fue su principal particularidad que Burnett Bolloten rescató en su libro « El Gran Camuflaje ».

Los historiadores se han portado muy mal con él por la sencilla razón de que jamás han contemplado la guerra civil como una revolución fallida, la última de las revoluciones sostenida por ideales emancipatorios, y han tratado de presentarla como un levantamiento

militar y clerical contra un poder democrático legítimamente constituido. Obrando así, los historiadores tomaban partido por la República y oscurecían adrede el enfrentamiento feroz entre clases que subyacía debajo del manto político republicano. La acción independiente y revolucionaria de toda una clase histórica, el proletariado, fue ninguneada, y con ella sus mejores logros sociales y sus figuras más señeras. Incluso el dolor y sufrimiento de las víctimas fue obviado. Las fosas comunes sólo se han abierto casi treinta años después de muerto Franco. El interés político de los futuros dirigentes posfranquistas requería una amnesia social y sus historiadores se la servían en bandeja. La democracia española se edificó con el olvido.

Tampoco, y eso es más grave, los libertarios de ahora han prestado demasiada atención a sus héroes, fuera de la deplorable santificación de Durruti. Empeñados en hacer de él un mito, acabaron por matar al revolucionario. Es tan comprensible como lo anterior. El peso del pasado es demasiado fuerte para los libertarios actuales, que se desconciertan y deprimen ante sus responsabilidades históricas. Por eso se sienten cómodos con renegados patéticos como García Oliver, heroicos moderados como Juan Peiró, o huecos figurones como Federica Montseny. Además, no hay que pasar por alto el hecho de que muchos cenetistas tuvieron bien poco de revolucionarios y su actuación, a la luz de la historia, resulta en efecto descorazonadora y desconcertante. Si añadimos a ello el hecho de que importantes cenetistas valencianos como Juan López y los seguidores del manifiesto de los Cinco Puntos colaboraron en los años sesenta con el franquismo, no nos extrañará que José Pellicer resulte indigerible para muchos de sus correligionarios.

Sabido es que el movimiento libertario se encontraba profundamente dividido en cuanto a principios, tácticas y finalidades, y el Congreso de Zaragoza no consiguió zanjar la cuestión. Cuando se levantaron los fascistas el 18 de julio, rápidamente se dibujaron entre los anarcosindicalistas dos líneas de actuación antagónicas, una posibilista y contemporizadora y la otra idealista y revolucionaria. En esta estuvo Pellicer, como, dado su talante, no podía ser de otra forma. En Valencia las dos posiciones, representadas por el Comité de Huelga, sindicalista, y por el Comité de Defensa, faísta, despuntaron desde el primer día. Tras la toma de los cuarteles ambas tendencias encontraron su camino sin estorbarse ; la una reconstruyó la legalidad republicana a través del Comité Ejecutivo Popular, órgano autónomo que incorporaba en clave política a la nueva realidad representada por la irrupción de la CNT y la UGT. La otra creó por un lado comités de base que pasaron a controlar fabricas y pueblos, y por el otro, organizó las columnas de milicianos que contuvieron a los militares en Teruel, Andalucía y Madrid. José Pellicer representa al empuje revolucionario de los trabajadores y campesinos valencianos ; Juan López, su contrafigura, representa la habilidad política de la burocracia libertaria en ciernes, buscando aposentarse en la gestión de las parcelas de poder conquistado, especialmente en el campo económico. La tendencia contemporizadora de la CNT, mayoritaria entre los militantes, transigirá con las formas de autoridad y legalidad burguesas con tal de participar en ellas, mientras que la tendencia revolucionaria se estancará en el frente falta de armas y demás pertrechos de

guerra, descubriendo una retaguardia donde todo continúa como antes, sin el menor atisbo de espíritu revolucionario. Las escandalosas expediciones a la retaguardia de la Columna de Hierro en busca de armas en las casernas de la Guardia Civil o de la nueva policía comunista Guardia Popular, o en busca de dinero en joyerías y casas acomodadas, por no hablar de la quema de archivos o los asaltos a las audiencias, pusieron a los dirigentes colaboracionistas de la CNT en mala postura frente a los demás socios políticos. Entonces dejaron solos a los revolucionarios frente a la legalidad republicana reconstruida y armada. El resultado fue la masacre del 30 de diciembre en la Plaza de Tetuán donde el mismo Pellicer salió herido, prefiguración bien adelantada de los hechos de Mayo en Barcelona. Los revolucionarios se vieron atrapados en el chantaje moral de su propia Organización : si abandonaban el frente para vengarse provocarían una guerra civil en el bando republicano que iba a dar la victoria al fascismo. No quedaba sino posponer el desquite para tiempos mejores. Pero al ceder en ese punto hubieron de ceder en todos. En la disolución de los comités, en la entrada en el gobierno de cuatro ministros anarquistas, en el desarme de los campesinos colectivistas y en la militarización de las columnas. De nuevo el chantaje : o atemperarse o desaparecer. La militarización fue acordada con noventa y dos miembros de la Columna de Hierro presos en las Torres de Quart por los sucesos de Vinalesa. Sin embargo sería una injusticia decir que José Pellicer se plegó a las circunstancias como por ejemplo sugiere Mera en sus memorias. En el seno de la misma FAI, Pellicer, como miembro del grupo « Nosotros » pugnó por la conducta orgánica más acorde con las ideas de liberación y no aceptó las alianzas con los otros sectores autodenominados antifascistas sino transitoriamente, por imperativos de guerra. Con fondos de la columna, sus compañeros fundaron el diario « Nosotros », dotando a los grupos anarquistas valencianos de la mejor publicación ácrata que haya habido en la península. « Nosotros » no se atuvo a las directivas oficiales mientras fue controlado por el grupo de Pellicer, y fue portavoz del mejor espíritu revolucionario anarquista hasta que la FAI se transformó en partido político y el Comité Peninsular lo escogió como vocero, apoderándose de él a través de arteras maniobras en los plenos.

Los buenos tiempos de la revolución jamás volvieron. Pellicer fue herido en Albarracín y separado de la brigada 83, la antigua Columna de Hierro, cosa que aprovecharon los comunistas, mucho más fuertes en el gobierno de Negrín, para detenerle mediante agentes del SIM y llevarle de checa en checa. No se atrevieron a asesinarle como hicieron con Andrés Nin y al final consiguió ser puesto en libertad y reintegrado en el Ejército Popular al frente de la brigada 129. En los últimos días de la guerra ya en Alicante, se preocupará, como siempre, de poner a salvo a los demás, aun a costa de su persona. Detenido por los italianos, fue delatado y salvajemente golpeado por los vencedores. No tuvieron bastante con las torturas y ya que no pudieron destruir su hombría y entereza con palizas y humillaciones lo intentaron con la más pérfida de las maniobras : trataron de corromperle a cambio de perdonarle la vida. No sabían sus verdugos que alguien como Pellicer no se vendía, que no había nada en el mundo con qué comprar su honor. Pellicer se enfrentó a la muerte con serenidad. Fue fusilado en Paterna, junto a su hermano Pedro, compañero de lucha. Aunque hoy tenga tan poco sentido el valor, quizás porque no tenga precio, que quien sienta vibrar

en su interior la llama de la rebeldía intente comprender que ese día murió un valiente. Sin embargo sus ejecutores no lograron matar al símbolo.

La vida heroica de José Pellicer no tiene interés para los historiadores que ignoran la revolucion y se limitan a arreglar las apariencias para restar legitimidad al franquismo y poco más. Tampoco lo mostrarán los herederos del anarquismo de Estado, para quienes el pasado es algo brumoso cuyas verdades han de ser explicadas a los legos desde el templo de la ortodoxia orgánica. Pero para los revolucionarios, o simplemente, para los partidarios de la verdad, para aquellos que no ven en la ideología anarquista algo pintoresco e inofensivo con lo que entretenerse, mantener en el olvido la memoria de José Pellicer es más que un crimen ; es la peor ofensa que se puede cometer contra los ideales por los que lucho y murió. Nadie puede considerarse, en Valencia sobre todo, anarquista, y por ende, revolucionario, sin tener presente el ejemplo del mejor de todos los anarquistas. La memoria es de lo único que no pueden prescindir los idearios derrotados. Es lo único que puede guiar en el presente a quienes los profesan. Por lo tanto, en lo que concierne al patrimonio humano de la revolución española traicionada, la biografía de José Pellicer es la asignatura pendiente.

Miguel Amorós, 27 de abril de 2004.

Junio 2004

La nueva Barcelona del capital

Barcelona, su área metropolitana y toda Cataluña, desde los años ochenta se hallan inmersas en un apabullante proceso de transformación fruto del paso acelerado de una economía industrial a una economía de servicios. La fábrica dejó de ser hace ya tiempo la fuente primordial de producción de plusvalías en provecho de la urbanización, y a la política de «bienestar» pactada con los sindicatos sucedió la ordenación territorial pactada con las inmobiliarias y los bancos. El papel de la administración es ahora más determinante; de antigua intermediaria entre el capital y el trabajo se convierte, gracias a un enjambre de empresas mixtas, en principal agente de la remodelación de la ciudad como sede de las transacciones económicas internacionales. La administración ya no trata como antes de armonizar los intereses sociales en provecho de la clase dominante: ella misma forma parte de la clase dominante. En principio la desindustrialización llevó las fábricas a la segunda corona metropolitana, pero una vez acabada ésta, de lo que se trata es de expulsar a la población que se quedó, ligada a formas de vida sin interés para la economía, y sustituirla por nuevas gentes acordes con los nuevos valores traídos por el desarrollo tecnológico, gentes de hábitos ultraconsumistas. Esa es la función que está cumpliendo el urbanismo administrativo.

De las 51 operaciones en que se materializa la reconversión urbana barcelonesa, financiadas en parte con dinero público y en parte con la especulación inmobiliaria, unas corresponden a grandes infraestructuras, otras a logística empresarial, otras a proyectos de investigación y, finalmente, otras a reciclaje de barrios y programas ambientalistas. Infraestructuras son el Tren de Alta Velocidad y sus estaciones «intermodales», las ampliaciones del puerto y del aeropuerto (y demás intervenciones contenidas en el Plan Delta), el túnel de Horta y el Cuarto Cinturón, la B-40. Las zonas donde emerge el nuevo estilo de los negocios hay que buscarlas en el Districte Econòmic Gran Via (donde se ubican La Ciutat Judicial y la Fira-2), en el 22@, en el Centre Direccional Cerdanyola-Sant Cugat, en el nudo de Les Glòries o en Diagonal Mar-Fòrum. Los principales proyectos de investigación son el Parc de Recerca Biomèdica, el Parc Científic de Barcelona y la asociación Barcelona Aeronàutica i de l'Espai. Para acabar, el reciclaje consiste fundamentalmente en un conjunto de derribos, expropiaciones y desalojos que reciben el nombre de «rehabilitación», pero que significan exclusión.

Barcelona ha dejado de ser un mercado nacional de trabajo y aspira a convertirse en un mercado internacional de capitales. Barcelona no es una ciudad fabril, es toda ella una empresa. La vivienda misma es una inversión. Por eso en el lenguaje del poder los acentos pasan de la producción a la gestión: los dirigentes no hablan como fabricantes, hablan como vendedores. El discurso de los dirigentes pierde los tonos desarrollistas y obreristas propios del pasado puesto que su fuerza ya no sale de la industria ni de lo que escuchan los obreros; su poder proviene ahora de la reconstrucción del territorio y de una forma espectacular de sociabilidad, por lo tanto, su idioma es ecologista y cogestionario, es decir, ciudadanista. Se dirige a una clientela de usufructuarios con poder adquisitivo suficiente. Por consiguiente, los mismos que antaño trajeron paternalmente la aluminosis, ahora anuncian coleguilmente la «limpieza» del tranvía, las depuradoras reciclables y las promociones de ecopisos; ya no es cuestión de alojar a los pobres recién llegados como sea, como en los años cincuenta, sino de atraer a los pudientes inversores como sea. La ecología no es un derecho; donde reina el capital es un lujo, y como tal, una mercancía solamente asequible a los nuevos privilegiados que puedan pagarla. Por eso combina perfectamente con el control social. La ecología urbana pone el césped a la videovigilancia.

Tanto en la verborrea de la participación y la tolerancia, como en la demagogia de la sostenibilidad, se esconde el proyecto más depredador dado en la historia; al tiempo que borran la memoria histórica contenida en el territorio urbano, las elites del capital lo reconstruyen a su imagen y semejanza, expulsando a la población que hasta ahora lo ha habitado. Los medios empleados pueden ser indirectos — como los altos precios, la ausencia de vivienda protegida, los alquileres caros, la precarización y la mala calidad del trabajo— o directos — como el *mobbing* inmobiliario, la carga policial y la expropiación forzosa. Los desplazamientos obligados por los mecanismos de exclusión puestos en marcha inducen la formación de ghettos periféricos, donde la miseria queda a salvo de miradas foráneas. La táctica es conocida: la pobreza primero se crea, después se exporta (un 18% de la población

de la capital vive pobremente y por tanto, es exportable). El resultado es la «liberación» de un montón de metros cuadrados de suelo urbanizable.

Desde el levantamiento popular del barrio del Besós, poco antes de los Juegos Olímpicos, y desde la resistencia okupa al desalojo del cine Princesa, no han vuelto a haber luchas urbanas de envergadura. Cada vez son más los excluidos que no consiguen quedarse a dormir en Barcelona. Los dirigentes de la ciudad de los negocios no tienen delante más que a una población atomizada, envejecida, temerosa y residual, pero aun así el conflicto logra aflorar y los afectados plantan cara a los «planes especiales de reforma interior», resistiéndose a su reubicación mercantil, a pesar de las presiones y de la venalidad de la mayoría de asociaciones vecinales. Así lo demuestra la resistencia de los vecinos a la rehabilitación del Raval, las luchas en torno al Forat de la Vergonya, las «okupaciones» o las propuestas de coordinación contra la especulación inmobiliaria, por no hablar de las luchas en defensa del territorio planteadas por toda Cataluña. Sin todavía ser conscientes de ello, los humildes y dignos combates del vecindario plantean la olvidada cuestión social, ese conjunto de problemas cuya solución afecta no sólo a los directamente implicados, sino a toda la población que sufre parecidas agresiones, es decir, a toda la población no dirigente. A través de ellas se pone de manifiesto hasta qué punto la dominación interviene en la vida de todos e impone un estilo ajeno. La solución, por lo tanto, tampoco puede reducirse a un hecho concreto, una obra detenida, un desvío de carretera, un soterramiento de vías… No hay solución parcial que valga. Ha de ser total y basarse en *la autogestión territorial generalizada*, que no es otra cosa que *la gestión del territorio por sus propios habitantes mediante las asambleas comunitarias*. Cada conflicto particular, quiera o no quiera, forma parte de la guerra que la dominación capitalista libra contra todo el planeta y, se gane o se pierda, lleva inscrita esa nueva consigna de liberación.

Miguel Amorós.
Intervención en la presentación del libro Barcelona Marca Registrada,
el 2 de junio de 2004 en L'Espai Obert, Barcelona.

Este escrito ha aparecido en el libro
Golpes y contragolpes,
la acción subversiva en la más hostil de las condiciones,
editado por Pepitas de Calabaza, 2005.

Julio 2004

Urbanización y defensa del territorio

“Digan ustedes lo que quieran, llámenlo tonto, infantil, lo que quieran, pero ¿no les entran ganas de vomitar a veces de ver lo que estan haciendo con Inglaterra, con sus estanques de cemento y sus enanitos de yeso, con sus duendes y sus basuras en los lugares donde antes estaban los hayedos? … ¡Subir a por aire! Si no hay aire.” (George Orwell, *Subir a por aire*)

Toda sociedad, en la medida en que reposa sobre un hábitat, es una apropiación del territorio. Éste, en el curso de los años, es modificado lentamente por la actividad humana, y a su vez, debido a sus peculiaridades geográficas, determina dicha actividad. No hace falta recalcar el papel que los lugares han tenido en la formación de las sociedades para afirmar que Historia y Geografía – o Sociedad y Naturaleza – se han condicionado mútuamente. La Revolución Industrial alteró profundamente esa reciprocidad, liberando a la sociedad de los condicionantes territoriales, pero a muy alto precio. Por un lado, la ordenación territorial, gracias al urbanismo, se convirtió en un medio de acumulación de capital; por el otro, la posesión del territorio por el capital, es decir, su transformación en mercancía, acarreó su arrase. Recuérdense por ejemplo el estado deplorable de las zonas industriales o mineras de antaño. Bajo el dominio del capital, la liberación de la sociedad de las constricciones impuestas por la naturaleza fue terrorista. Sin embargo, el proceso no se desarrolló simultáneamente en todas las direcciones.

En sus inicios, el espacio del capital era fundamentalmente territorio urbano. Las gentes que vivían en el campo, no realizando sino ocasionalmente intercambios con dinero, quedaban en gran parte fuera de las leyes de la economía. Pero en un periodo relativamente corto de la Historia esto dejó de ser así, de forma que, en la actualidad, todo el territorio sufre las consecuencias de la mundialización de la economía y, por consiguiente, todo el territorio es real o potencialmente urbano. Europa se convierte en una red de manchas metropolitanas en expansión, tendiendo a formar una megalópolis continental dispersa. En esas condiciones, la apropiación social del territorio es inseparable de su degradación y de su destrucción.

El fin de la agricultura tradicional, la última barrera a la descomposición territorial, significó la constitución de un mercado global del territorio. Arrancado a su existencia casi extraeconómica – como el agua o el aire –, el territorio será “clasificado” y entregado al mercado. La motorización de la población y la apertura de accesos posibilitaron que las ciudades perdieran sus límites y que las segundas o terceras residencias, reflejo de la prosperidad de determinados sectores, desplazaran a las actividades rurales. De este modo, irían cayendo todos los obstáculos físicos, lingüísticos, culturales, psicológicos, morales, etc., que definían la identidad territorial, dando como resultado la desaparición del lugar, la muerte de su carácter y de su singularidad. En un espacio integrado, el territorio no urbano es, o bien, reserva "no programada" de lo urbano, o bien decorado naturalista de lo urbano. Ello ha comportado tal dislocación en las formas de vida, tal trivialización de lugares y gentes, tales amenazas a la seguridad o a la salud, que el cuestionamiento de los responsables ha sido inevitable.

La voluntad de resistir al proceso de banalización generalizada (a la proletarización del hábitat) y a sus consecuencias nocivas subyace en cada contienda territorial, pero no obstante, esa voluntad casi nunca llega a expresarse con claridad, ya que se halla mediatizada por los intereses creados en las primeras fases del conflicto, en el tránsito de una economía agrícola a una economía de servicios. Estos intereses parciales redefinen una "identidad local" que trata de presentarse como auténtica, tras la que se esconde un grupo social concreto. En efecto, el cambio económico en el campo ha supuesto a la vez que la desaparición del campesinado *stricto sensu*, la aparición de una clase media neorrural formada a partir de la compraventa de tierras y de la economía generada por los habitantes de las urbanizaciones residenciales (los "domingueros").

No se trata de un campesinado de nuevo cuño, ni tiene demasiado que ver con el sindicalismo agrario, aunque sí con la política local. La componen tanto pequeños productores como funcionarios, estudiantes, comerciantes o trabajadores por cuenta propia. Esta nueva clase es consciente de su origen, la terciarización de la economía, por lo que no cuestiona el proceso que la hizo nacer, pero sí, en cambio, cuestiona sus excesos. Ni siquiera desea volver atrás, a situaciones menos ruinosas. La destrucción presente vale, la futura, ya no; sí a los adosados, no a su proliferación más allá de un límite y así sucesivamente. La dinámica uniformadora y destructora de los procesos urbanísticos pone en peligro su prosperidad y la impulsa a la acción, canalizada por un tipo de organización determinado llamado "plataforma cívica".

De modo general, las plataformas consideran el territorio como naturaleza y no como lugar donde vive gente. Por eso para ellas lo importante es "conservar el paisaje como un elemento clave de la identidad colectiva" (Declaración de Figueres, Primera Trobada d'Entitats i Plataformes en Defensa del Territori, octubre 2003) y no recrear las asambleas comunales y las formas de cooperación no capitalistas, la verdadera base de la identidad perdida. La identidad parece no ser un hecho histórico, sino un acontecimiento intemporal y eterno. Sobre los espacios naturales reposa algo así como una denominación de origen.

Así pues, el territorio puede soportar cualquier actividad económica extraña, a condición de ser planificada y diversificada por un consejo asesor, amparándose en leyes proteccionistas y financiándose con tributos verdes. Los incumplimientos deberían ser perseguidos por una fiscalía específica y castigados por un juzgado ambientalista. Según tal programa, no parece que haya conflicto territorial, sino alteraciones sin demasiada importancia de la buena marcha de la economía que pueden corregirse con una burocracia juridicopolítica. Más concretamente, con la presencia de las plataformas en los centros de decisión.

No piden, por lo tanto, éstas, el cese de las decisiones tomadas desde el exterior por la administración y las empresas, y mucho menos la toma asamblearia municipal de decisiones, sino "la participación ciudadana en la toma de decisiones que afectan al territorio como elemento clave de un modelo realmente democrático".

Esta democratización “completa”, definida en las agendas 21, a la vez que ahoga la posibilidad de una expresión directa legitima la destrucción del territorio, evitando el planteamiento de la cuestión social en el seno del conflicto, y, por lo tanto, evitando la formulación de una estrategia defensiva. Las plataformas no aspiran a mediar en el conflicto territorial, sino a sublimarlo. Y ya que no desean enfrentarse a nadie, no van a fomentar la autoorganización de los afectados, cosa que equivaldría a promover la revuelta territorial, sino a institucionalizar un diálogo con los responsables de la destrucción. Se trataría pues, de negociar los niveles de degradación “racionalizando” la oferta territorial; en suma, de homologar la destrucción, determinar el grado de la misma y garantizar el control. Retocar la forma, respetar el fondo. Los mismos responsables del poder dominante han de corregir las consecuencias de su desarrollismo urbanizador con paliativos consensuados con los dirigentes de las plataformas, como por ejemplo reservas naturales, turismo rural, auditorías y moratorias urbanísticas, subvención de cultivos, plantas de reciclaje, revisión de planes, etc., pero sin afrontar las verdaderas causas, comenzando por el citado desarrollismo, ni atacar a los verdaderos responsables, los promotores, las inmobiliarias, la administración, los operadores turísticos y los compradores de las ciudades.

La defensa del territorio queda reducida a simulacro merced a la desaparición de los enemigos, meros símbolos abstractos (p. e. la contaminación, la especulación, el incivismo), y merced a la evaporación del combate, sustituido por gestos afectados y momentos teatralizados (p. e. los almuerzos, las claxonadas, la entrega de firmas, etc.). La acción de las plataformas tiene más de campaña de sensibilización comercial, mediática, que de lucha efectiva. Esa clase de actuación transforma a los afectados en espectadores de su propia causa el control de la cual está en manos de portavoces o de alcaldes, en el redil asociativo o en el político. Sus verdaderos intereses, esencialmente antieconómicos, no llegan a formularse.

Desde el principio la opinión plataformil acepta la mercantilización del territorio, pero exige una gestión más eficaz a largo plazo (un nuevo modelo de crecimiento, de movilidad, de urbanismo, etc.) y una reinversión de parte de los beneficios producidos, por así decir, un reciclaje de las plusvalías. La "nueva cultura del territorio", o nueva manera de uso y consumo territorial, eslogan en boca tanto de los ecologistas como de los ejecutivos, simplemente proclama que en la nueva economía global el impacto medioambiental ha de incluirse en el precio. El hecho de que políticos y empresarios sostengan un parecido lenguaje indica que el poder económico esta dispuesto a dirigir la defensa del territorio, es decir, a controlar su destrucción, puesto que su conservación paisajística es tan rentable como lo fue antes su devastación. No es por casualidad que las mayores inversiones después de las del AVE sean las destinadas a la energía eólica. El poder se crece con las crisis.

Si la destrucción del territorio mediante la urbanización es el principal recurso para la formación del capital, también lo está empezando a ser su reconstrucción ajardinada. Poder y plataformas comparten un espacio común.

Por eso las plataformas de La Noguera (Lleida), que trabajan “por una nueva cultura de la energía, han solicitado a los diferentes responsables de los departamentos de Medio Ambiente y de Industria poder colaborar en una comisión conjunta, entre empresas, municipios y Generalitat, que racionalice la oferta energética” (Xavier Garcia, *Catalunya es revolta*).

Las plataformas ecologistas imploran un diálogo con el poder en el momento en que éste se vuelve ecologista; forzoso es que se encuentren, primero en los consistorios, después en la administración (p. e. en los gabinetes de medio ambiente), finalmente, en las asesorías privadas y en consejos de empresa. La destrucción, sin embargo, no se detiene, sólo que ahora se la califica de “sostenible”, y, en la medida en que los representantes de las plataformas la fiscalizan, “gestión democrática”. Es la nueva cultura del territorio. Las plataformas se interesan en la democracia cuando no es más que un espejismo. Porque si algún adjetivo merece el actual régimen político de las sociedades donde reina el espectáculo, es el de fascista. No vivimos en una sociedad de ciudadanos, sino en una de masas, en las que los impulsos consumistas y la asistencia tecnológica desempeñan el papel controlador y movilizador otrora atribuido al Estado totalitario y al partido único.

Esta nueva modalidad de fascismo no se sostiene con un expansionismo bélico al servicio de un Estado cualquiera, sino mediante un expansionismo económico en guerra contra el territorio y sus habitantes, vigilado por un Estado policía. En estas circunstancias, la formulación de un interés público desde instancias estatales es pura falacia. Bajo el fascismo, todos los partidos son piezas de un único partido, el del orden. Y todos los políticos defienden el predominio de los intereses privados sobre el interés público, o dicho de otra manera, la economía de mercado. En consecuencia ni la política ni la administración pueden ser neutrales y mediar entre dichos intereses. Ambas forman parte de la clase dirigente. Ambas acostumbran a financiarse con la recalificación del suelo. El capitalismo globalizador se basa en la gestión y no en la propiedad, igual que los partidos, por lo que cuando nos paramos ante la política o ante la administración, nos paramos ante empresas. Ahora mismo nos lo podrían decir los trabajadores de Parques y Jardines de Barcelona, puesto que el ayuntamiento va a privatizar la institución municipal de la que dependen. Ante una realidad así, los habitantes no son dueños de su territorio ni de sus ciudades: son clientes de quienes los gestionan. Clientes sin opción a elegir, con un solo plato en el menú.

La administración no es parte de la solución, sino parte del problema. En la mayoría de los casos, esté en manos de la derecha o de la izquierda política, es la principal valedora de las agresiones al territorio, sean ya túneles, trazados para la alta velocidad, pistas de esquí o megapuertos. Una defensa del territorio – una defensa de sus habitantes – ha de tener claro que la administración es el enemigo y abandonar toda tentación política.

Los partidos y las instituciones administrativas no pueden representar el interés público porque forman parte del sistema, porque ellos mismos representan intereses privados, y porque son instrumentos contra la formación de los mecanismos de decisión colectiva y las movilizaciones. Aseguran el mango de la sartén.

Con ellos nunca podrán afrontarse las medidas necesarias para reducir severamente la movilidad de la población o acabar con el despilfarro de agua y energía. Mucho menos se podrá recuperar el mundo rural y se podrá poner límite a las ciudades. Tal como están hoy los movimientos en defensa del territorio, contaminados hasta las cejas de esporas políticas y ciudadanistas, no tienen demasiado porvenir. Si aquéllas germinan y se desarrollan, convertirán la defensa del territorio en un factor subalterno de su destrucción más o menos encauzada. Pero si saben sacudirse tales deshechos, si se convierten en polos de agrupación y llegan a formular un interés general apoyado en las medidas antes mencionadas, pueden ser un factor determinante de cambios revolucionarios. Han de aprender de los fracasos del movimiento obrero y no caer, ni en la trampa gestionista vecinal, ni en el sindicalismo territorial.

Nunca enajenar su voluntad en manos de representantes no elegidos y ni revocables. No permitir la especialización política, excluir a los dirigentes. En eso consiste la autoorganización. La defensa ha de iluminar bien la lucha por el territorio, reflejar los antagonismos, señalar con nombres y apellidos a los adversarios, ensanchar los puntos de ruptura. No ceder al acoso ni a la seducción. Su irrenunciable objetivo ha de ser la liberación del territorio de las determinaciones mercantiles, y eso significa acabar con el territorio como territorio de la economía. A fin de cuentas, ha de establecer una relación respetuosa entre el hombre y la naturaleza, sin intermediarios. En definitiva, se trata de reconstruir el territorio y no administrar su destrucción. Esa tarea compete a los que viven en él, no a los que invierten en él y el único marco donde esto es posible es el que proporciona la autogestión territorial generalizada.

Miguel Amorós.
Charla en la Acampada contra el TAV de Alonsotegui (Bizcaia), 30 de julio de 2004.

Este escrito ha aparecido en el libro
Golpes y contragolpes,
la acción subversiva en la más hostil de las condiciones,
editado por Pepitas de Calabaza, 2005.

Septiembre 2004

La evolución de las ciudades bajo el dominio de las finanzas

Todas las grandes ciudades europeas experimentan un crecimiento en mancha de aceite, derramándose en los municipios vecinos, mientras que sus centros se descomponen y vacían. Adoptan la forma de "donut". La ciudad histórica se desteje socialmente, degradándose y encareciéndose a la vez. Las fábricas y talleres se trasladan a las áreas más alejadas de sus coronas metropolitanas y aún más allá, al tiempo que la población desfavorecida, principalmente jóvenes obreros y viejos jubilados, se ve forzada a instalarse en ghettos exteriores. El territorio urbano adquiere por todos lados la apariencia de un mosaico de parcelas yuxtapuestas de naves y almacenes, centros comerciales, adosados y bloques de vivienda barata, formando conjuntos inviables conectados por autopistas radiales y vías de circunvalación. La diseminación de los lugares de trabajo y habitación dispersa la población e incrementa la movilidad, y con ésta el derroche de suelo y energía, la demanda de infraestructuras viarias y la venta de automóviles. La organización del espacio sufre un cambio radical por el uso extensivo del territorio, fruto del paso a una economía productora de bienes industriales a una economía productora de servicios. Lo que en términos laborales significa el paso del trabajo estable y el salario pactado al trabajo precario y mal pagado.

Vivimos bajo el imperio del capital financiero, lo que significa que todas las actividades han de someterse a las urgencias de las finanzas internacionales. En estas nuevas coordenadas de la economía, es cuestión de que los productos industriales salgan cada vez más baratos para que se puedan pagar los servicios. Los bajos precios industriales financian las actividades terciarias, como antes los alimentos baratos financiaban la producción industrial. La industria no es rentable sin los salarios depreciados de una mano de obra tercermundista; lo verdaderamente productivo ahora son los servicios y sus actividades asociadas, a saber, el software, el turismo y el negocio inmobiliario. Toda la actividad económica se orienta en esa dirección, con la colaboración involuntaria de los trabajadores: el ahorro originado en las rentas del trabajo es una fuente primordial de financiación. Los dirigentes de las grandes ciudades no las presentan ya como eficientes centros productores, sino como nudos bien comunicados de redes mundiales, con una gran oferta de espacio, ocio y servicios, sobre todo financieros. Eso hace que las grandes ciudades se transformen en parques temáticos y bazares masivos salpicados de oficinas. Es verdaderamente paradigmático que los solares de la Unión Naval de Levante se hayan reservado para un *World Trade Center* valenciano. Sucede que las regiones metropolitanas ya no son grandes mercados de trabajo sino grandes mercados de capitales. Por lo tanto, a quien tienen que atraer, y en el caso, subvencionar, es al capital, no al trabajo. La administración metropolitana no trata pues de adaptar el territorio urbano a las necesidades de una supuesta ciudadanía popular, en gran parte obrera, sino de servirse de él para fomentar un clima de negocios. La economía "social",

destinada a paliarlos efectos del empobrecimiento, es simplemente una rama prometedora de los negocios. Las ayudas a la población arruinada, los equipamientos sociales y las zonas verdes irán para adelante si son negocios y sólo como negocios.

El proceso actual de transformación de la actividad económica, política y jurídica, llamado globalización se halla en su fase inicial, caracterizada por la deslocalización industrial y la especulación inmobiliaria. La primera es responsable de la flexibilización o ampliación de la jornada laboral y de la bajada de salarios, presentes en cada vez más convenios. Pero la domesticación de los obreros es ahora algo secundario porque éstos no son importantes en el proceso productivo. La segunda – la especulación – es el verdadero motor de la economía y de los mecanismos financieros en particular. Podríamos decir sin temor a equivocarnos, que también lo es de la política. Tanto los dirigentes políticos como los financieros toman conciencia del papel del suelo escaso en un territorio colmatado y toman posiciones en el mercado inmobiliario. Tanto la administración como los bancos engordan con operaciones especulativas, bien estén relacionadas con obras públicas, bien con promociones privadas, ordenadas jurídicamente por una nueva ley del suelo de 1992. Sin embargo, la globalización – y por consiguiente, la conexión de la red internacional de ciudades – no puede seguir avanzando sin una circulación ultrarrápida y barata de mercancías y personas (o sea, de mercancías), y para ello son condiciones sine qua non, grandes infraestructuras por un lado, y por el otro, energía y combustibles baratos. Un problema que se puede solucionar con una combinación adecuada de geopolítica, dinero, propaganda antiterrorista y guerras locales.

La marca registrada “Valencia”, aplicable al territorio comprendido entre Almusafes y Sagunto, produce manifestaciones de un urbanismo desenfrenado en todo semejantes al de Barcelona y otras ciudades. La clase dominante es hiperactiva cuando se trata de dinero e intenta por todos los medios liberar terreno urbanizable, es decir, introducirlo en el mercado. El primer efecto ha sido la casi total desaparición de la Huerta de Valencia, de sus caminos y acequias, de sus marjales y azudes, de sus molinos y de sus comunidades de regantes. El mejor jardín que jamás cobijó a una ciudad, su mayor seña de identidad, se ha desvanecido en solamente una generación. La nueva clase dirigente halla su genuina marca en el desarraigo. El poder económico y político actual exige la desaparición completa de la economía agrícola valenciana, antaño fundamental en la formación de la burguesía local, y la terciarización absoluta. En la dirección de la ciudad, los terratenientes y exportadores han sido desplazados por una burocracia móvil del cemento y del asfalto. Dicha burocracia se asienta en la circulación, y por tanto necesita infraestructuras como el AVE (aplazado para después del 2010), la ampliación del metro, la prolongación de la avenida Blasco Ibáñez, los bulevares del tercer cinturón y la ampliación del puerto, sin olvidar el megaproyecto de Zaplana “Ruta Azul”, que, aunque aparcado, es el verdadero programa del urbanismo “concertado” entre promotores, constructores, inversores y políticos, en versión levantina. El traslado del aeropuerto de Manises, o la urbanización de la costa comprendida entre Sagunto y Cullera, son retales que difícilmente van a ser olvidados por los especuladores. La Copa América juega en Valencia el papel que desempeña el Fórum de las Culturas en

Barcelona. Remodelaciones urbanísticas feroces y demostraciones de un dinamismo políticoempresarial destinadas a lograr la domiciliación de grandes empresas y agencias estatales. Con esos eventos se obtienen caudales para la reconversión del territorio que de otro modo no se obtendrían. Así puede proseguir el genocidio cultural de barrios como El Cabanyal, Velluters, El Carmen, Campanar o la Punta, la museificación de la Ciutat Vella – "Valencia, museo al aire libre" reza un eslógan publicitario – y demás proyectos "generadores de oferta turística" como la ciudad de las Artes y las Ciencias, que, como su nombre no indica, está destinada enteramente a los visitantes, o el Balcón del Mar, que también será un "contenedor de ocio", como el Parque de Cabecera (con su gran estacionamiento, su zoológico y su parque de atracciones) y el parque Central, con su futura estación "intermodal". Los nuevos bárbaros quieren una salida automovilística al mar, tratar sus enfermedades en una nueva "ciudad" sanitaria, litigar en una "Ciudad de la Justicia" y divertirse en un "Heron City". Nótese que el márketing tecnócrata empieza a designar como ciudad lo que no es más que un amontonamiento gigante de actividades relacionadas, adoptando el aspecto higiénico multijaula típico de los *shoping malls*.

La ideología de la moderna clase dominante se manifiesta en los edificios y, de modo general, en su manera de adueñarse del espacio. Sus monumentos encarnan sus valores y su contemplación nos sugiere jerarquía, artificialidad, fetichismo tecnológico, culto al poder, velocidad, soledad, control, incomunicación, condicionamiento, consumismo. Los más característicos son los centros comerciales de las afueras. Todos tienen algo de cárcel, lo que resulta paradójico ahora, cuando la moderna arquitectura carcelaria quiere suprimir las torres de vigilancia, cosa que dará a las cárceles la apariencia exterior de hipermercados. En resumen, la moderna clase dominante es autoritaria y fascista y sus construcciones son las de una sociedad de masas amorfas, es decir, que favorecen condiciones fascistas. La clase dominante construye para sí misma; a los habitantes no les cabe otro recurso que el de aprender a habitar su arquitectura. Acostumbrarse a vivir dentro de artefactos semejantes en aglomeraciones semejantes. A la postre todo el territorio se estructura como un único sistema urbano y todos los lugares acaban pareciéndose. El hábitat es la traducción espacial de la desposesión. Los individuos proletarizados viven en un entorno constantemente modificado por los vaivenes del capital. A menudo son desplazados de sus barrios por planes de renovación urbana hechos por enemigos de clase y arrojados de sus viviendas y de sus calles si es preciso mediante el acoso o la expropiación. Todos los circuitos sociales ajenos al capital han de ser destruidos. Con la movilidad exacerbada impuesta a toda la población se duplican los efectos de la deportación: la desaparición de la vida social del barrio, la aniquilación de la cultura de la calle, los últimos reductos de la conciencia de clase. La proletarización se completa con la motorización: el proletario automovilista jamás pone en duda el principio de la movilidad, sólo pide la supresión de los peajes.

Allá donde el proceso de reconversión urbana corre demasiado y tropieza con resistencias, tienen lugar luchas urbanas. Si son recuperadas por las asociaciones de vecinos serán desvirtuadas, aseptizadas y anuladas. La pacificación de conflictos urbanos no es una

vocación reaccionaria de los militantes vecinales sino una actividad remunerada: las asociaciones son subvencionadas para eso. Son centros de activismo cívico no contestatario que desempeñan una función animadora más que reivindicativa, y que no aspiran más que a formar parte del engranaje de decisiones administrativo. Si logran escapar a la recuperación de los mediadores, las luchas urbanas han de exigir como mínimo la presencia y el derecho a veto de los habitantes en todas las instancias cuyas decisiones les afecten. Pero éstos y sus representantes han de tener presente que se trata de luchas por el control del espacio social, por un uso social del espacio, uso solamente posible cuando los habitantes realmente se apoderen del espacio en el que viven. Sólo cuando el espacio urbano esté fuera de las trabas del capital será de nuevo productor de relaciones solidarias y de cohesión social en forma de asambleas y organismos diversos. Por lo tanto, la negociación, que es un momento de la lucha, ha de emprenderse en la perspectiva de la autogestión del espacio, pero ésta no puede existir sino a través de estructuras necesarias de formación de la opinión y la decisión. Estas no son otras que la movilización y las asambleas. Los luchadores no sean capaces de movilizar a la mayoría de los afectados nunca poseerán representatividad suficiente. Las luchas que no descansen en las asambleas masivas serán siempre recuperadas.

Cuando hablamos de la autogestión del espacio, de la autoconstrucción si cabe, planteamos una delicada cuestión: la expropiación social del espacio. Las luchas urbanas han de arrebatar el territorio al poder urbanista, a los urbanistas del poder. Han de liberarlo del mercado, no para el mercado. Por consiguiente, han de resolverse mediante ocupaciones. En las ciudades sometidas al poder de las finanzas autónomas, la urbs (el asentamiento) está separada de la civitas (la comunidad de intereses), el territorio y la cultura ciudadana van por rutas diferentes, la elite se ha liberado del espacio y la población sobrevive ajena al territorio que la acoge. El reencuentro de la colectividad y el espacio mediante la ocupación de masas y la supresión de la movilidad frenética, son la base esencial de la autogestión territorial generalizada, la forma espacial de la emancipación.

Miquel Amorós.
Charla en la librería Sahiri de Valencia y en el Ateneo Cultural de Alcoy,
24 y 25 de Septiembre de 2004

https://arqa.com/actualidad/boletines/boletin-informatico-de-la-sam-diciembre-de-2004-ii.html

Noviembre 2004

Postfacio a la edición española de “Historia de Diez Años”

La *Historia de Diez Años*, publicada en el número 2 de la revista *Encyclopédie des Nuisances* (“Enciclopedia de la Nocividad”) en febrero de 1985, redactada por el grupo del mismo nombre, quiso ser el balance de la *“primera época de la revolución proletaria moderna”* comenzada en 1968. El título proviene de un libro de Louis Blanc, todo un clásico de la política, donde se explicaba con ingenio y perspicacia el periodo transcurrido entre 1830 y 1840. Para la EdN el proletariado había logrado poner en crisis al sistema de dominación en varios países, pero se había detenido ante la magnitud de la tarea histórica que las consecuencias de su acción planteaban, de forma que dicho sistema se modernizaba y pasaba a la carga, descomponiendo los medios obreros e imposibilitando el contraataque. La EdN trataba de analizar a fondo esa derrota que tras de sí no dejaba ni líneas de demarcación con el enemigo capitalista, ni *“conclusiones generales irreversibles”.* A medida que la dominación espectacular ocupaba el terreno social se degradaban *“las condiciones subjetivas de la revolución”* y la alienación hacía estragos. Con el territorio del combate se perdía la memoria, y con la memoria, la misma idea de un proyecto de organización social autónomo. Esa crítica sin concesiones permitió una lucidez con la que se pudo no sólo diagnosticar el “mal” de la época, sino buscar un antídoto. La EdN tomaba sus distancias con los grupúsculos izquierdistas y pro situs que, identificados con un proletariado abstracto y confiando en la próxima aparición de unas “condiciones objetivas” revolucionarias, creían ahorrarse el trabajo de conocerlo y de apoyarlo, manteniéndose en compás de espera. Pero también las tomaba, en ese punto al menos, con la I.S., que había justificado su disolución de manera triunfalista: la I.S. no era necesaria porque los situacionistas estaban en todas partes. La EdN partía del extremo opuesto: como demostraba el reflujo post Mayo 68, el proletariado situacionista capaz de volver superflua la reflexión teórica no existía. Es más, puesto que la fusión de conciencia histórica y revuelta contra la sociedad del espectáculo ya no podía aguardarse como resultado inevitable de las condiciones dominantes, había que incidir en la citada reflexión y trabajar en pro de *“un punto de vista crítico unificado”* que abriese perspectivas de superación. Para ello la EdN actuaría del siguiente modo: en lugar de dar a conocer una nueva teoría general crítica de la sociedad, procedería a la actualización de dicha crítica mediante su relación con hechos concretos de descontento, protestas contra la “nocividad”. Así pensaba continuar la sentencia de este mundo pronunciada por la teoría revolucionaria del periodo precedente, es decir, por la teoría situacionista.

Por “nocividad” – *nuisances* – la EdN entendía no solamente los diversos excesos del sistema productivo, el carácter nocivo de sus productos o los factores “técnicos” que amenazaban la vida de las personas, sino el hecho de la separación real entre los individuos y los resultados de su actividad, responsable de la existencia execrable de especialistas [2]. El origen del

[2] “Discurso Preliminar”, *Encyclopédie des Nuisances*, nº 1, París, noviembre de 1984.

concepto y el punto de partida enciclopedista hay que buscarlo en las "Tesis de la I.S. y su Tiempo", concretamente en la tesis 17:

"La polución y el proletariado son hoy los dos lados concretos de la crítica de la economía política*. El desarrollo universal de la mercancía ha quedado completamente verificado como realización de la economía política, es decir, como "renuncia a la vida". Cuando todo entra en la esfera de los bienes económicos, sea incluso el agua de las fuentes o el aire de las ciudades, todo se convierte en* mal económico*. La mera sensación inmediata de nocividad* [nuisances] *y de peligro, más opresiva a medida que pasan los trimestres, al agredir principalmente a la gran mayoría, es decir, a los pobres, constituye ya un inmenso factor de revuelta, una exigencia vital de los explotados, tan* materialista *como lo fue la lucha de los obreros del XIX por la comida…"* [3]

La supervivencia de la especie, incompatible con la existencia del Estado, adquiría el rango de necesidad histórica, cuya tarea prescrita era, según el anuncio del proyecto de Enciclopedia para finales de 1979 aparecido en la revista *L'Assommoir*, *"la abolición del Estado y de las relaciones mercantiles de las cuales es guardián. Podría parecernos mucho, incluso demasiado. Sin embargo nuestra época no podrá contentarse con menos."* [4]

A lo largo de su trayectoria, la EdN que debuta el 1984, año orwelliano donde los haya, trataría de mantenerse en la línea marcada por la crítica situacionista tardía al tiempo que rompía con el supuesto básico del obligado devenir revolucionario de la 'clase de la conciencia'. Si bien el carácter esencialmente nuevo de su trabajo crítico le alejaba del punto de vista de la I.S., el extremismo coherente de la teoría situacionista le devolvía a la ortodoxia. El ex colaborador y enemigo oculto de la EdN, Guy Debord, escribía a su factótum Martos con disgusto a propósito del número 12 de la revista: *"En este número se cita a la I.S. más que en los once precedentes…"* [5]. En esa tesitura, las viejas verdades de los sesenta continuaban, a los ojos de la EdN, siendo válidas en los ochenta. Así pues, la destrucción de los ambientes obreros no significaba la desaparición del proletariado, "la mayor de las fuerzas productivas", ya que si "la expropiación de la vida existe, la lucha de clases también". Tales conclusiones, puestas en entredicho por el desarrollo tecnológico y la atomización social que remataron la derrota proletaria, y por el carácter irreversible de la misma derrota, eran nuevamente afirmadas cinco años después en un texto similar a la *Historia de Diez Años*, titulado "Ab Ovo" [6]. El nuevo balance sin embargo adelantaba que el proyecto revolucionario del proletariado no podía basarse en la apropiación de los medios de

[3] *La Verdadera Escisión en la Internacional, circular pública de la Internacional Situacionista*, París 1972. Existe una traducción española editada por Literatura Gris.

[4] « Encyclopédie des Nuisances. Tome premier. Discours préliminaire. Tableau de la vie humaine à la fin du XX^{e} siècle », en *L'Assommoir*, nº 3, París, 1979.

[5] Carta del 29 de febrero de 1988, en *Correspondance avec Guy Debord*, París, Le fin mot de l'Histoire, 1998. No deja de sorprender que Debord captase la novedad del trabajo enciclopedista mejor que la EdN, y que la aprovechase para escribir sus "Comentarios", en donde partía de la victoria total del espectáculo, olvidando la opinión de 1972, totalmente contraria.

[6] "Ab Ovo" ("En el Origen"), *Encyclopédie des Nuisances*, nº 14, París, noviembre de 1989. Existe en español una edición casera de la primera parte hecha por mí que va circulando.

producción, en su *detournement* por los trabajadores, puesto que eran inservibles para la construcción de una vida libre, sino en su íntegra transformación. Más tarde, cuando se adhirió sin tapujos a la crítica antiindustrial, la EdN hablaría de desmantelamiento del aparato productivo. Había sabido servirse de lecturas de algunos autores intelectualmente honestos como Ellul, Charbonneau o Mumford, alejados del medio radical pero sagaces en el desarrollo de dicha crítica. Siguiendo el camino señalado por Hannah Arendt [7], calificaba a la sociedad como sociedad de masas atomizadas y tildaba a la democracia espectacular de sistema totalitario de nuevo cuño, sin terrorismo policial ni partido nazi, todo lo cual difícilmente ligaba con el concepto habitual de proletariado, elemento típico de una sociedad de clases, completamente diferente de la contemporánea. Pero la existencia del proletariado quedaba garantizada con una nueva definición: era el sujeto de las luchas contra la nocividad, aquellas que los ideólogos de la dominación llamaban luchas "en defensa del medio ambiente" o luchas ecologistas. Habiendo desaparecido de las fábricas la lucha de clases, sobrevivía bajo esta nueva forma. Los rescoldos de la contestación antinuclear y la crisis general de la burocracia, manifiesta en el derrumbe del sistema soviético, la revuelta china y los estimulantes retrocesos del partido estalinista polaco, incitaban al optimismo, pero con eso o sin eso la EdN se mantenía en sus trece, confiando en la posibilidad de la formación colectiva de un punto de vista crítico en las luchas contra los fenómenos nocivos; es más, *"hoy vuelve a ser posible comunicar con éxito un programa de liquidación social fundado en la comprensión exacta de los intereses comunes, a quienes no tienen ningún poder de decisión: puesto que en el momento en que el desarrollo mismo del envenenamiento, de la falsificación y del secreto convierte la verdad una necesidad vital para cada uno, la mentira universal de las representaciones separadas conduce a los individuos a crear por sí mismos, mediante su autoorganización, los medios de la verdad"* [8]. Por culpa de un situacionismo más que residual, la EdN caía en el defecto de creer que el reino de la mentira crearía como reflejo dialéctico en los individuos la necesidad vital de la verdad, gracias a lo cual un programa revolucionario no tendría graves problemas en comunicarse. Lo contrario era más cierto. Aunque ya no contemplara la teoría situacionista, de acuerdo con Marx, como *"la expresión general, y nada más, del movimiento histórico real"*, la consideraba "un mínimo" al que había que reforzar y desarrollar. Ese ir y venir a la I.S. fue típico de la EdN en todos sus momentos. Era capaz de plantear la cuestión social en sus coordenadas históricas reales, incluso capaz de proporcionar a la época algunas ideas subversivas, pero el prestigio de la teoría más radical de su tiempo podía con su empeño. Para los miembros de la EdN la teoría situacionista no era un saber acabado propio de una época pasada, con méritos enormes pero en proceso de recuperación por el sistema dominante, sino, como diría Hegel, una teoría válida que, al ser cronológicamente la última, resultaba de todas las precedentes y contenía todos sus principios. Si bien pueden rastrearse en todos los números de la revista elementos de una crítica objetiva *distinta*, y así lo comprendieron y denunciaron sus enemigos, el único juicio crítico que llegó a emitirse fue

[7] *El Sistema Totalitario*, Hannah Arendt, Nueva York, 1951. Publicado en España por Alianza Editorial.
[8] "Prospectus Tome II", firmado *Encyclopédie des Nuisances*, noviembre 1988.

ad hominem; se refería exclusivamente a la práctica de la I. S. y no a las lógicas insuficiencias de índole teórica que podían hallarse frente a una situación completamente nueva [9]. La nocividad quedó definida como la última contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción y la lucha contra la nocividad fue convertida en un trasunto de la lucha de clases. Con esa operación de salvamento por transferencia se soslayaba la evidencia de que si el movimiento obrero clásico había periclitado, las luchas posteriores sufrirían las consecuencias de la derrota y serían necesariamente débiles y limitadas. No podía reconstituirse una clase casi *ex nihilo* y mucho menos convertirse en la fuerza central que pudiera paralizar a la sociedad de masas con sus exigencias de verdad. Lo que en "Historia de Diez Años" eran contradicciones menores, en "Ab Ovo" se habían convertido en trabas ideológicas. Del error se saldría con la práctica; los enciclopedistas esperaban contemplar *"el nacimiento de una revuelta declarada contra la insatisfacción general"* pero no como *"lúcidos y desarmados cronistas del desastre"* sino como parte de una corriente crítica a constituir respirando el aire libre de las luchas contra la nocividad. En el manifiesto que anunciaba el fin de su existencia como grupo, pero con el objeto de "ramificar" el proyecto inicial y acceder *"a un estadio superior de eficacia"* que sirviese *"para federar las protestas en torno a las posibilidades de intervención que se descubran"* gracias *"al encuentro de nuevas ocasiones y nuevos aliados"* [10] apostaban claramente por la acción. Al constituirse la "Alliance contre toutes les nuisances", primer paso – y único – hacia la formación de la corriente crítica anteriormente señalada, pronto comprobaron *en directo* los problemas que comportaba la introducción en la época de *"ideas y métodos incompatibles con la existencia del ecologismo administrativo."* Las luchas contra la nocividad eran fácilmente recuperadas por los ecologistas y los concejales de los municipios, no permitiendo sus protagonistas que la menor crítica revolucionaria se les acercase, prueba de la falta absoluta de conciencia de clase en la crisis territorial y ambiental. Por supuesto que existía el proletariado, puede que más que nunca, sólo que no en forma de clase. Al estar disperso en una sociedad de masas no existía "para sí", desconocía su verdad y no estaba en condiciones de extraerla de ninguna lucha. Los individuos proletarizados, expropiados, se hallaban encerrados en las miserias de su vida privada, y esa reclusión voluntaria era tan profunda que ningún interés general, ni ningún interés de clase, podía cristalizar a partir de muchos particulares. El gran éxito de la dominación era la separación total de los individuos, la base del capitalismo moderno y del fascismo político. La nueva "clase obrera", el proletariado que sufre la nocividad y lo sabe, no podía ser otra cosa que la negación abstracta de la renovada y transformada clase dominante, pero de ningún modo un sujeto histórico real. No se había equivocado la EdN al postular la nocividad como la esencia de la producción de mercancías y al indicar el carácter principalmente nocivo de la separación; el error consistía en afrontar tales evidencias con la esperanza puesta en una recomposición proletaria. El enigma del

[9] "Abrégé" ("Resumen"), *Encyclopédie des Nuisances*, nº 15, París, abril de 1992. Hay una edición castellana de Literatura Gris.

[10] "Los hechos necesarios", 24 de marzo de 1992, firmado por los siete miembros del grupo, *Encyclopédie des Nuisances*, nº 15. Traducido en *La Sinrazón en las ciencias, los oficios y las artes. Encyclopédie des Nuisances. Artículos selectos*, editado por Muturreko burutazioak, diciembre de 2000.

proletariado fue resuelto tarde, cuando la EdN había dejado de ser un grupo organizado y solamente se manifestaba de modo ocasional. En los noventa, la nueva época manifestaba a plena luz el verdadero alcance de la desposesión y de la miseria de los individuos, apenas en penumbra diez años antes. La subversión situacionista era impunemente recuperada por el aparato cultural y mediático de la dominación y convertida en *"la última forma del espectáculo revolucionario"* [11]. Mediante el análisis de las huelgas de diciembre de 1995 en Francia, los enciclopedistas se encontraron con un proletariado espectador de sí mismo, cuyas luchas transcurrían en los medios de comunicación y eran administradas por sus empleados. Póstumamente, la EdN rompió con la tradición situacionista y la superó, denunciando en un folleto colectivo una lucha de clases virtual, un fenómeno mediático y un espectáculo de masas. Y aunque en un mundo desastrosamente unificado nadie podía salvarse por separado había *"que empezar por salvarse uno mismo"* puesto que teníamos *"la obligación de desengañarnos de todas las credulidades de la vida moderna…"* [12]. Para los antiguos miembros del grupo y para los compañeros que se les adhirieron, las "Observaciones sobre la Parálisis de Diciembre" eran *"el primer texto importante que al hablar de un movimiento social, lo hace en términos nuevos, libres de la antigua visión marxista o post marxista."* A partir de ahí la nueva tarea a realizar consistiría en *"sacar las conclusiones que se imponen de las hipótesis todavía vagas, formuladas en los quince números de la revista. Tal aclaración, en un primer tiempo entre nosotros, podría aparecer en forma de cuarenta o cincuenta verdades bien dichas, pasando entre otras cosas por la criba las nociones que antaño se tenían por fundamentadas de la antigua teoría revolucionaria, de Marx a la I.S."* [13]. Lamentablemente dicha tarea nunca se llevó a cabo.

Con toda evidencia la sinrazón dominante ha seguido su curso y ha acabado de edificar su mundo. El terreno social sobre el que podría nacer una reflexión crítica desaparece a pasos agigantados junto con la posibilidad de un sujeto histórico emergente que la lleve a cabo. La revolución, bien trabada por los mecanismos de recuperación, ya no es un escándalo. Cuando los gestos de la revuelta se convierten en valores mercantiles la revuelta es imposible. La necesidad de una teoría crítica radical que nos ayude a captar la realidad y a marcar una estrategia para cambiarla, tal como la postulaba la EdN, se nota, pero dado el estado lastimoso de los individuos bajo el totalitarismo de la mercancía, y dados los mecanismos de represión y control puestos en marcha, lo principal sería ya no la interpretación del mundo sino la supervivencia ante las condiciones alienantes extremas que lo gobiernan; cuando un barco se hunde interesa menos un tratado de navegación que saber construir una balsa. Para salvarse del rodillo uniformizador y destructor del capitalismo global, de momento, será más necesario, como dice con cierto humor volteriano Jaime

[11] Carta de Debord "A todos los situacionistas", 28-I-1971, volumen IV de la *Correspóndance*, editado por Fayard, París, 2004.
[12] *Observaciones sobre la Parálisis de Diciembre*, Encyclopédie des Nuisances, París, 1996 Hay traducción mía publicada por Virus Editorial en junio de 1997.
[13] "Acta sucinta de la reunión del 2 de enero de 1997", documento interno redactado por Jacques Philipponneau y corregido por Robert Vasseur y Jaime Semprun.

Semprun, un manual de horticultura [14]. La degradación de los seres humanos ha llegado a tanto que es difícil pensar que el mundo pare en otra cosa que en la barbarie, cuando a decir verdad ya están instalándonos en ella. La clase revolucionaria puede haber desaparecido, pero eso no significa que haya que haya que preservar la crítica revolucionaria en algún refugio a diez metros bajo tierra, para exponerla a la luz el día que la barbarie se resquebraje y dicha clase reaparezca: *"Querer darle a nuestra empresa una eficacia a largo plazo está perfectamente justificado, puesto que las ideas a defender pueden tardar mucho en imponerse. No obstante, las medidas a tomar en tal sentido, no deben perjudicar en absoluto la eficacia a corto plazo ¿Pretendéis conservar la conciencia crítica en la reserva, como un trozo de pan en la fresquera? Un mendrugo mohoso, eso es lo que parecerá vuestra conciencia si no se renueva mediante la práctica"* [15]. Tan urgente pues resulta la preservación del pensamiento crítico como las tácticas de resistencia inmediata, pues su existencia depende de la circulación de las ideas, la salvaguarda del debate público, las prácticas de solidaridad efectiva, la voluntad subversiva, la conservación de la dignidad personal, la secesión del mundo de la mercancía, la preservación de la memoria, la supervivencia de un mínimo de lenguaje crítico autónomo, etc., o sea, de todo aquello que mantenga algo de luz en el caos. La incongruencia del conformismo queda manifiesta por el carácter de los tiempos, donde cada detalle humano, por ejemplo, un hecho tan simple como la alimentación sana, exige la abolición del capitalismo para existir. En el mejor de los casos, la *"corriente crítica que se atreva con todos los problemas y no respete ninguna especialización"* ["Los hechos necesarios"] ya llegará, y en el peor, si el mundo queda definitivamente arruinado, dará igual que llegue como que no.

Miguel Amorós.
Texto redactado en noviembre de 2004 para la edición de Klinamen,
y reelaborado en mayo de 2009 para Ediciones Corsarias.

Nota relativa al concepto de nocividad

para la edición castellana del **Mensaje dirigido a todos aquellos que no quieren administrar la nocividad sino suprimirla** de **L'Encyclopédie des Nuisances.**

La palabra NUISANCE, extendida entre la gente de habla francesa hacia 1965, que aquí hemos traducido por los términos aproximados de "nocividad" o de "fenómeno nocivo", en los diccionarios consultados viene explicada sintéticamente como "cosa, persona, acción, etc., que cause molestia o perjuicio." Se dan como ejemplos ilustrativos los mosquitos, los niños impertinentes, el orinar en las paredes, el ruido ambiental y el tirar basuras en lugares inapropiados. Los diccionarios. Los diccionarios que – en tanto que herramientas de la falsa conciencia de la época – contribuyen a la parálisis conceptual mediante la cual ésta presenta una imagen de sí misma inmutable y sin contradicciones, donde las NUISANCES – la

[14] "El Fantasma de la Teoría", Jaime Semprun, en *Nouvelles de nulle part*, nº 4, septiembre de 2003, París. Existe traducción española, publicada como folleto por DDT, Bilbao, noviembre de 2004.
[15] "Diálogos sobre la consumación de los tiempos modernos", Jaime Semprun, Editions de l'EdN, Paris, 1993. Hay traducción española en Muturreko burutazioak, Bilbao, 2006.

nocividad – son simples bagatelas. Quienes escriben los diccionarios no aprecian en absoluto el aspecto proteico de las palabras y detestan la evolución de su significado tanto como la propia realidad cambiante; efectúan auténticos trabajos de ocultación que podrían delatarse fácilmente tomando ejemplos mejor indicados de innegables NOCIVIDADES: las instituciones, el trabajo asalariado, la contaminación, las centrales nucleares, el sistema productivo, el urbanismo, la alimentación industrial, las neo-enfermedades, el racismo, los expertos, los aparatos represivos, los dirigentes, etc. Las palabras no solamente se usan para describir la realidad sino para transformarla; por consiguiente, su sentido camina contra las fuerzas que obstaculizan dicha transformación. Las palabras se reelaboran para revelar la verdad de un mundo que yace escondido bajo la hojarasca de un lenguaje caduco. Por eso, en dirección contraria a todos los diccionarios existentes, L'ENCICLOPÉDIE DES NUISANCES trata de hacer pública la dimensión histórica la dimensión histórica de las palabras, que para el caso de NOCIVIDAD equivale a la revelación de la característica más común de la organización social actual y del más abundante de los efectos de la producción moderna.

Pero los dirigentes no han de tolerar que la historia, a la que tratan de suprimir, les saque mucho trecho. Así, recientemente, el término ha conocido una redefinición ecologista. La última edición de uno de los diccionarios aludidos añade: "Conjunto de factores de origen técnico (ruidos, degradaciones, poluciones, etc.) o social (aglomeraciones, promiscuidad) que perjudican la calidad de vida. NUISANCES acústicas, visuales, olfativas, químicas. NUISANCES para el vecindario de las autopistas." Si el ecologismo ha entrado en el poder, por qué no iba a entrar en los diccionarios.

Miguel Amorós.
Edición autónoma como folleto en 1993, edición junto con otros escritos
en forma de librito en Virus en 1999 y 2003.

Volumen 1: 1984-2004

32 textos – 208 páginas – 655 000 c.

https://archive.org/details/amoros-interventions-v-1-es

Volumen 2: 2005-2008

36 textos – 220 páginas – 709 500 c.

https://archive.org/details/amoros-interventions-v-2-es

Volumen 3: 2009-mayo 2013

40 textos – 202 páginas – 633 400 c.

https://archive.org/details/amoros-interventions-v-3-es

Volumen 4: 2014-2017

https://archive.org/details/amoros-interventions-v-4-es

Volumen 5: 2018-2022

https://archive.org/details/amoros-interventions-v-5-es

Volumen 6: 2023-2025

https://archive.org/details/amoros-interventions-v-6-es

Fin del volumen 1